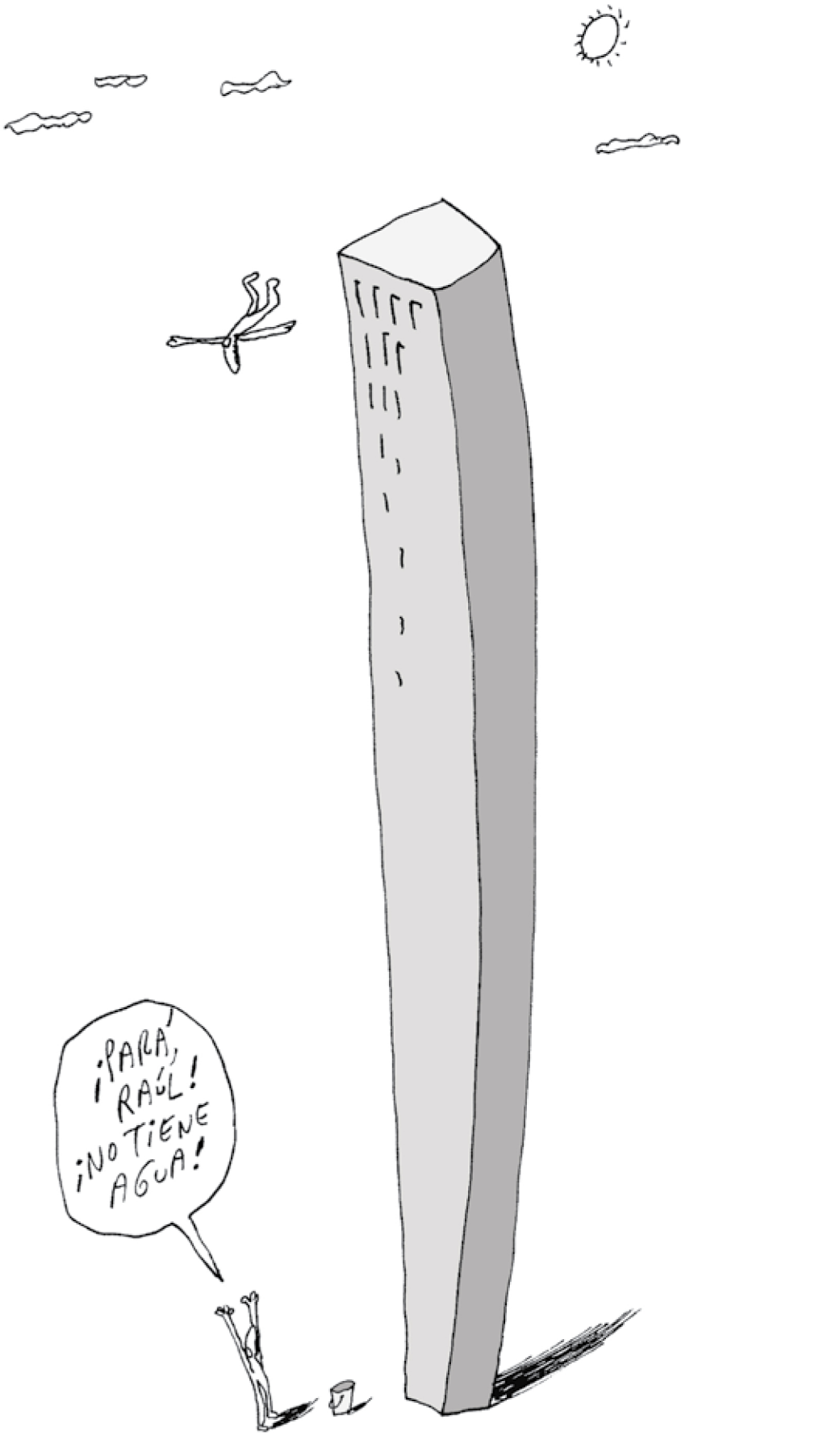
Orsai


¡PARÁ, RAÚL! ¡NO TIENE AGUA!

EL **TERCER** ENSAYO

La tarde que presentamos con Chiri el primer número de Orsai, en una cancha de fútbol de la ciudad donde nacimos, solo soñábamos con llegar vivos al número cuatro. Fue el día de los Inocentes de 2010, ahora hace dos años. La noche anterior escribí unas líneas y después las leí con nervios en la cancha, porque había un montón de caras conocidas de la juventud. Me topé con esas palabras hace poco, por casualidad, y me sorprendió descubrir que todavía mantengo una sensación. Esta revista, dije entonces, es lo mejor que hice con mi vida. Atentos al *con*. Tanto esa tarde de hace dos años como hoy, quiero matizar el detalle: no digo *en* mi vida. Digo *con*. No quiero decir que esta sea la mejor revista, ni tampoco que sea lo mejor que hice (la *New Yorker* y mi hija Nina se enojarían con razón). Quiero decir que esta revista le da respuesta atrasada a una pregunta que me hicieron mil veces en el pasado: «Hernán, ¿qué carajo estás haciendo con tu vida?». Nunca conseguí responder a esa pregunta espantosa. Todas mis profesoras de la secundaria me la hacían, una vez por trimestre. Y mis padres, cada vez que regresaba a casa, vencido y sin un peso en el bolsillo. Y mis amigos más sensatos en sus noches de lucidez. Y mis antiguos jefes, cada vez que yo entraba a la redacción dos horas tarde y con los ojos desorbitados. «¿Qué carajo estás haciendo con tu vida?». Desde hace un par de años sé que podría haber contestado: «Estoy ensayando una revista que algún día se va a llamar Orsai». Eso fue lo que conté aquella tarde en Mercedes por intuición, porque no sabía cuánto podía durar el proyecto. Dos años más tarde esa sensación, en lugar de apagarse como ocurre siempre con las ilusiones desmesuradas, creció. Porque soy perezoso y volátil, me sorprende ver que, por primera vez en cuarenta años, no me aburre hacer lo mismo día tras día, mes a mes. A veces te metés de cabeza en una aventura y te das cuenta, por el camino, que todo lo que hiciste antes, lo bueno y lo malo, lo inspirado y lo mediocre, ha sido una práctica involuntaria para llegar a *tu* proyecto. Haber conversado con Chiri en los recreos de la primaria, haberme venido a vivir a España, haber nacido en un pueblo, haber leído a los autores y a los dibujantes que leí, en el momento en que lo hice. Todo. Hacer Orsai es, para mí, hundirme con sinceridad en un deseo profundo. Empezó como un divertimento trasnochado, pero de a poco se convirtió en algo de una enorme trascendencia personal. Hacer Orsai sigue siendo, hoy, lo que más ganas tengo de hacer en el mundo. Los últimos dos años fueron los mejores que se pueden soñar, porque no hay ninguna tentación, en ninguna parte, que logre distraerme. No pasa muchas veces en la vida: saber que eso que estás haciendo es, inequívoca, exactamente, lo que querrías estar haciendo si cualquier deseo te fuera concedido. Si hoy se aparece Aladino en mi casa y, frotando su lámpara, me dice: «Señor gordo, pídame usted lo que quiera, sin compromiso», yo le respondo: «Aladino, dejáme de romper las pelotas que el jueves entramos a imprenta». Quiero empezar la tercera etapa de Orsai compartiendo con ustedes este sentimiento autorreferencial, repetido y, quizá, un poco maricón. Pero necesito hacerlo poque también soy lector, y sé que algunas veces se trasluce, en proyectos editoriales inicialmente felices, un acostumbramiento entre quienes lo llevan a cabo, un piloto automático, un «ya dimos todo lo que podíamos dar». No es este el caso. Durante 2013, si ustedes me dejan, si mis amigos más queridos me ayudan, quiero seguir ensayando una revista que, algún día, se va a llamar Orsai. ◣

Hernán Casciari

El ruido del despertador me alarma.

Uno que quiere sangre. Hace varios números me pasa que estoy un poco frustrado con la sección de «Cartas al Director». Creo que hubo nomás una o dos respuestas; una muy buena a una carta incoherente, de esa me acuerdo. Después nada. Me había entusiasmado el hecho de que alguien insultara al Director y este se descargara, como solía pasar en esas discusiones interminables en los comentarios del blog. Hasta confieso que esperé la aparición del tal Federico que agitaba soberbio en los comentarios del año pasado. Ahora las cartas son como los «pri» de cada posteo. Claro que más elaboradas, pero siguen siendo elogios o experiencias hermosas que les pasaron a los lectores. Nadie escupe a la cara del Director para que este responda y se pudra todo, o salga victorioso, o yo qué sé. A veces pienso que vos, Director (me permito tutearte porque ya te conozco desde hace siete años), puede que estés esperando que alguien te meta el dedo en el culo y te haga pensar una respuesta que no tenga que ver con la distribución a China o con que le falte un acento a un texto. Si tan solo el Indio, o algún fundamentalista ricotero te hubiera puesto en aprietos. ¡Eso hubiera estado bueno! Pero nada. Siento que esta sección puede llegar a naufragar. Quizá cambie de «Cartas al Director», a «Cartas de lectores». Esta misma carta es más de lector que al Director. ¡Pucha! Mirá que me rompo la cabeza... Estoy desorientado, y no es de ahora. Entonces me pregunto: ¿por qué algo que el Director nos prometió no se cumple? ¿Por qué de pronto nos embelesamos detrás de sus manías y desvaríos cual mesías indiscutido? ¿Lo hace todo tan bien? ¿No termina por volverse aburrido esto de que todo lo que el Director y sus secuaces hagan nos guste tanto? Quisiera, y con esto termino porque en definitiva no sé ni para dónde ir con esta queja, que como director me respondieras a estas preguntas. Ya que esta sección está para eso, ¿no? Yo qué sé, pegáme un poco, tengo muchos puntos débiles aun sin que me conozcas demasiado. O tomemos un vino y abracémonos en la tristeza del fracaso. En algo le tenés que errar, decime vos. Usá la sección para descargarte. ¡Hagamos terapia, la puta madre! Vos lo pedías en tu post llamado «Señor Director, dos puntos». ¿Por qué llegamos al final de la revista esperando batallas épicas en las que te tripéen un poco y vos resultes victorioso con la cabeza del osado lector, pero sin embargo solo tenemos cartas impresas (muy bonitas, no se enojen los que han salido en ellas) sin ningún pedido de explicación? ¿Qué nos pasó? ¿Qué hiciste vos para que todo el mundo se sintiera satisfecho si, por citar algo, ni siquiera tuvimos descuento con el carnet de socio en el bar? Te quiero, zonzo. Atentamente,

Quito Demaestri
Suscriptor Nº 57

Respuesta: *Te hicimos caso, Quito. Ya no se llama más «Cartas al Director», y este año la sección no va al final de la revista, sino al principio. Sobre el descuento en el bar: mostrale a Comequechu estas líneas y pedile un Campari gratis. Yo invito.*

Generation Gap. Me gustaría compartir con los lectores de Orsai una historia que es un ejemplo de la diferencia de generaciones, de cómo se sienten muchos de nuestros padres ante los avances tecnológicos. Desde Barcelona escribí un mail a mis padres y hermanos que viven en Funes (Rosario). Había agotado los 2GB de capacidad que Dropbox da gratis y envié la invitación a amigos para intentar ampliar la capacidad sin pagar. Mis líneas fueron: «Hola chicos, les mandé la invitación de Dropbox para que me den 500 MB de regalo. Dropbox es como un disco duro virtual y está bueno porque guardás tus archivos y los podés abrir desde cualquier compu. Me quedé sin espacio y solo invitando a gente me amplían la capacidad. ¡Si pueden instalárselo me hacen un favor!». La respuesta de mi padre fue la mejor de todas: «Hola Muñe: vos te olvidaste que somos unos viejos chotos, analfabetos en tecnología. Cuando hablemos por teléfono nos vas dando instrucciones y tratamos de instalar ese Dropbox. Me encanta porque parece que vivimos en dos mundos diferentes. Mi hizo acordar a esto: cuando nosotros éramos chicos, más o menos diez años yo, trece la tía y nueve Nilda, íbamos a pasar el verano a Jujuy. Para avisar que llegábamos tal día, el medio de comunicación disponible en ese momento era el telegrama. Entonces mis padres mandaban el telegrama: «Llegamos tal día». Cuando recibían el telegrama en Jujuy (al otro día, y a veces llegaba el telegrama después que el pasajero), lo llevaba el cartero y había que firmar el recibo de conformidad. Si lo recibía mi abuelita (una santa) tenía que llamar a alguien para que firmara, porque ella no sabía leer ni escribir. Entonces nosotros le dábamos clases a la abuelita para aprender a firmar y poder recibir el telegrama. Era toda una historia, y la preocupación nuestra de enseñarle a firmar. Lo mismo va a pasar con mis nietos, que nos enseñarán cosas mínimas para poder operar una compu porque somos ignorantes de la tecnología. Chau Muñe, te mando un besote y un abrazote». ¡Admiro a la gente mayor que se esfuerza por adaptarse a las nuevas tecnologías! Creo que es un reto para ellos y tiene mérito. Agradezco también a mi padre por dejarme publicar esta historia. Espero que sirva para que los jóvenes se animen a colaborar, para que este «generational gap» en la tecnología sea cada vez más pequeño. Un saludo,

Lucía Pacho
Suscriptora Nº 12.174

Crónicas de un librero. Después de leer los fragmentos del libro de Luis Mey en la Orsai N7 me puse a buscar en varias librerías de Buenos Aires el libro «Crónicas de un librero». Un día de poco trabajo salí temprano de la oficina para continuar en la búsqueda. Al entrar en una librería, sin mayores vueltas le pregunto al librero que me atiende: «Estoy buscando un libro de Luis Mey». Él me muestra los dos que tenía, pero no estaba el que yo buscaba. «No, es uno que escribió hace poco». Así que él me pregunta: «¿Usted sabe quién es Luis Mey?». Le digo: «Por supuesto, es un colega suyo. Y el libro que escribió es sobre las crónicas de un librero». El librero alza la cabeza y me pide que lo acompañe. De pronto escucho que grita: «¡Lucho!». Casi me doy la vuelta y salgo corriendo, yo solo quería el libro, ahora iba a aparecer el escritor-librero en persona. No tuve tiempo de correr, ahí estaba él, el mismo de la foto al final del artículo de la Orsai, pero con uniforme de librero. Nos dejan juntos, entre los libros, como si tuviéramos algo de qué hablar… Yo le explico que había leído la nota en la revista y él comienza a tirarme algunos datos, de cambios que hizo en el libro, y de lo oscuras que se comenzaron a poner las historias, y de la gente tan rara que llega a las librerías. El libro todavía no salió, por eso yo no lo conseguía. Al parecer lo que tenía que encontrar era al mismísimo Luis Mey. Quedamos en que el próximo año, cuando salga el libro, se lo voy a comprar a él para que me lo entregue firmado.

Andrea Romero
Suscriptor Nº 3.156
(es el número de mi ex)

PD: A propósito de mi separación, mi ex fue quien siempre compró las Orsai, pero soy yo la que las lee. En la separación de bienes, ¿las revistas son de quien las compra o de quien las lee?

Enamorado. Todo comenzó a mis once años, en 1994. Vivíamos con mi familia en un pueblo del interior de Córdoba llamado Corral de Bustos y, por esas cuestiones de la vida, nos vinimos a vivir a Río Cuarto, a unos doscientos kilómetros de mi mundo. Un millón de kilómetros para un nene de esa época, sin internet ni telefonía celular. Siempre solitario, tuve no menos de diez grupos de *amigos*; siempre me alejé: no encontraba mi lugar, no entendía por qué había que ir saltando entre las personas. Hasta que un día, en 2011, me llega una invitación a Facebook de una compañerita del primario con la que tomábamos clases de tenis en mi antiguo pueblo. La dejé colgada con la invitación un par de meses, pero un día la acepté y en nuestro primer chat, que duró no menos de siete u ocho horas, lloré desconsoladamente, como lloraba a los doce años en mi cama, de noche. En esas horas de chat pude contarle a alguien lo terrible de mi soledad. Tres meses después, un miércoles, fui a la casa de unos amigos a comer un asado. Volví a las dos de la madrugada medio en pedo, llamé a esta chica por teléfono y me subí a un micro de media distancia que salía para Rosario a las tres. Me enamoré. Hoy vivimos juntos, solamente pasaron diez meses y finalmente

—«¿Estaba rico el dibujo de Decur?
¿Eh, Mara, estaba rico?»

«No uses el tiempo de calidad con tu mascota para leer la última Orsai»
Un consejo de **Adrián Alonso Enguita**
Suscriptor Nº 3.524

entendí por qué, repentinamente, me emocionaba viendo la tele, leyendo algún libro o escuchando algún relato en la PC. No tenía identidad; en los grupos de amigos siempre se comparten cosas como «¿te acordás cuando le tirábamos bombitas de agua a las chicas de la cuadra?», o «¿te acordás cuando armamos el karting a rulemanes?», o «¿te acordás cuando tu vieja nos hacia la leche?». Durante los últimos dieciséis años de mi vida nunca pude compartir ninguna de esas historias de travesuras infantiles con nadie. Hoy lo puedo hacer. Hernán, te agradezco infinitamente ese bolsón de recuerdos disparadores de la emoción que la revista, y tus cuentos, traen en los relatos. No solo el olor a tierra mojada, los amiguitos de la primaria o las imágenes del pueblo, sino también (y más emocionante aún) el recuerdo de esa época en la que alguien siempre nos contaba un cuento o una historia y nos importaba más bien poco si era verdad o no.

Federico Depetris
Suscriptor Nº 18.813

Llorar cagando. Soy lo que se podría denominar un lector escatológico. Me encanta leer cuando voy al baño. Hay pocos placeres que me gusten más que esto. También tengo mis manías y obsesiones. Por ejemplo, lo primero que hago cuando me llega la revista es ir al baño, hojearla en orden, leyendo solo el título, la volanta y las frases a pie de página. Luego leo la revista de principio a fin, en orden y sin saltearme ninguna de las notas. He dejado la N5 hasta no haber visto «Videodrome». Todo este ritual lo volví a hacer cuando tuve en mis manos la N9. Leí «El alma de la fiesta» (el editorial) y me encantó, porque mi padre es el *quinceavo* pero sin Twitter. Siempre le aconsejo que no diga lo primero que le venga a la mente, sino lo cuarto o quinto. Pero, como todo padre, no me hace caso. Hasta ahí, todo bien. Hasta que empecé a leer «La educación miope» de Christian Basilis. Mis padres me compraban *Anteojito* cuando era chico. Imagínese usted la catarata de recuerdos que vinieron a mí en ese momento. Las vacaciones en Santa Teresita, el mate de leche de la abuela, las visitas al zoológico, los amigos de la infancia... Se me hizo un nudo en la garganta. Apenas si podía tragar el humo del cigarrillo. Seguí leyendo y el turro de Basilis por fin lo logró. Nombró la máquina de hacer huevos duros cuadrados. Y no aguanté. Ahí estaba yo. Sentado en el inodoro, con los calzoncillos a los tobillos, medio cigarrillo en la boca y llorando a moco tendido.

Ariel Serelis
Suscriptor Nº 3.116

En las malas también. Vengo de una librería del centro platense. El Aleph, no sé si la conocés. Te la recomiendo, tienen de todo y la atención es de la que me gusta: te acompañan durante la adquisición recomendando y charlando, pero no te molestan como los vendedores de ropa. Esta vez fui por un libro en particular. *El miedo*, de Gonzalo Garcés. Regalo para mi vieja por el día de la madre. No más que eso. El tema es que te escribo para agradecerte. No solo por tus textos, ni por la posibilidad que me diste junto a Chiri de conocer autores que me están volando el cerebro. Villoro, Hornby, Garcés, Mairal (no sé si alguna vez leí a alguien que usara tan acertadamente los adjetivos), Playo, Xtian, y la lista sigue. Por lo que les agradezco es de formar parte, de sentirme partícipe de algo que supera lo que imaginé allá por septiembre de 2010, cuando contaste de qué se iba a tratar el proyecto loco que surgió de la charla de un año con tu amigo de siempre. Agradecer el pertenecer activamente a la comunidad Orsai, un grupo de insolentes, en apariencia ingenuos, que demostró que todavía hay buenas intenciones y que no todo es egoísmo, guita o trajes postintorería. Agradezco que un periodista amigo escriba sobre René Lavand, que mi concubino y amigo toque en el bar Orsai, que abra el libro de Garcés que le regalé a mi vieja y en la dedicatoria diga «a Hernán Casciari», que pueda darle la mano a un gordo loco que leí por primera vez en 2007 en Barcelona y que conocí tres años después en Mercedes, que el amigo de ese escritor me responda el mail que le mandé para su cumpleaños. Por esa mezcla rara les agradezco. Por palpar ese sueño de creer que no todo está perdido. El año 2011 fue muy difícil para mí y mi familia. El diecisiete de mayo mi viejo tuvo un infarto. Sten y vida nueva. El catorce de octubre cumplía años y el bar Orsai justo se inauguraba ese mes. Le dí un papelito que decía «vale por un regalo cuando lo tenga, bancala». Le regalé *Charlas con mi hemisferio derecho*, pero estaba retenido en la aduana y no pude tenerlo para cuando te vi en la apertura. Me firmaste la entrada como dedicatoria —decía «Querido Bebe, feliz infarto»— y hoy lo tiene de separador, junto con el dibujo que le hizo Horacio Altuna, uno de sus ídolos absolutos. Un día después de lo de mi viejo, murió mi prima en un derrumbe. Se desplomó una pared de la cochera donde ella guardaba el auto, producto de la excavación errada que estaban realizando en una obra en construcción lindera. Hoy se cumplen diecisiete meses de la muerte de Ángela. En mi habitación tengo unas fotos suyas, junto a una vela que prendo cada dieciocho, y abajo una frase que me marcó desde que la leí en tu blog. En «El ladrón que roba con la cabeza», Horacio Q., estafador, dice «...nunca hay tiempo en la vida para dejar pasar la mínima posibilidad de ser feliz. No hacer todo lo posible no tiene perdón, y todavía nadie ha construido cárceles para purgar ese delito». En

estos tormentosos tiempos, este proyecto ha sido una vez más, una incondicional compañía. Si algo me deja Orsai, es la creencia de que no estamos solos. Gracias por la lección.

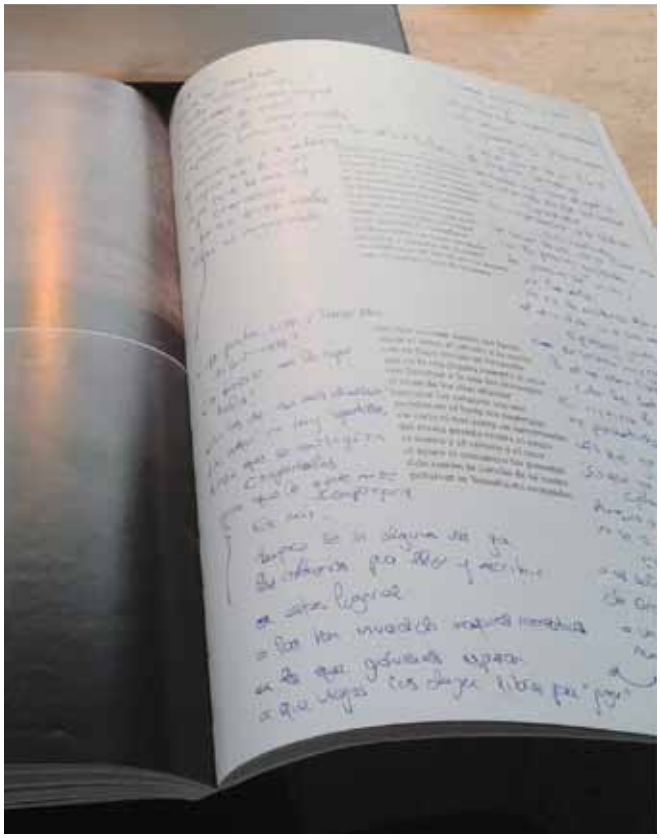
Pedro Cafferata
Suscriptor Nº 544

Razones para seguir. Estimado boludo: hubiese querido comenzar este escrito llamándole «gordo cabrón» o quizás algo más ofensivo que esto. Pero para ello debería revisar con interés el diccionario de insultos graves de mi infancia, y eso es algo que, ahora mismo, no me viene a mano. Aunque usted no sea consciente, me ha estado rechazando de forma inmisericorde desde el inicio de esta aventura bautizada como Orsai. No me quiso como ilustrador a pesar de que su revista recoge ilustraciones maravillosas. No me quiso como socio en la pizzería bonaerense a pesar de que tenía unos pequeños ahorros y estaba dispuesto a dar el paso previo al divorcio para poder participar de esa locura. No me quiso, o mejor, sus lectores alicantinos no me quisieron lo suficiente, como para convertirme en su distribuidor en esta zona del este peninsular, y eso que estaba dispuesto a no cobrar suplemento alguno, e incluso, desplazarme hasta la capital para entregar las revistas en mano… Podría seguir. Podría incluso visionar el futuro y asegurar que esa horda de iluminados que le sigue fielmente —aún no me explico por qué—, rechazaría sin dudar el modesto proyecto de tebeo que anhelaba publicar con su flamante editorial. En fin, no quiero alargarme más. Soy suscriptor de Orsai desde el principio a pesar de que, por falta absoluta de tiempo, sigo anclado en la lectura del, ya incunable, número dos. Soy suscriptor de Orsai a pesar de que todos los números de este año —menos los dos que recibí hoy mismo— están en manos de la única suscriptora que fue fiel a mi oferta y que, por no espabilar a pesar de mis avisos, acabó quedando fuera de área de distribución. Soy suscriptor de Orsai a pesar de que tengo todos los PDF guardados en mi iPad con la idea de que, en esa lejana jubilación que se perfila tan austera como irremediable, tendré tal escasez de recursos que deberé dedicar todo mi tiempo a leer, entre otros libros y tebeos acumulados, su envidiable colección de revistas sin tener que acarrear de un lado a otro los voluminosos ejemplares. Si cree que le escribo para algo más que para contarle todas mis cuitas, está más que acertado.

Hernán, necesito que me dé una razón, una única razón, para que con todo lo que le he contado, y la que está cayendo, me convenza de renovar mi suscripción para el próximo 2013. Y que sea una razón convincente, porque miro el calendario maya y me da que usted lo ha preparado todo para dar el tocomocho en la previa a ese fatídico año. PD: Repaso los ejemplares recién recibidos y no puedo más que rabiar de envidia al pensar que, probablemente, la idea de hacer algo tan bonito me surgió antes a mí, pero no tuve los arrestos necesarios para ponerme con ello.

Jordi Peidro
Suscriptor Nº 1.740

—«Mamá, ¿no has visto una revista muy chula que he dejado sobre la mesa de la cocina?»



«No dejes la Orsai cerca de tu madre mientras mira el programa de Arguiñano»
Un consejo de **Aarón Blanco**
Suscriptor Nº 1.268

SANDY
LA TORMENTA IMPERFECTA

UN RELATO DE **HERNÁN IGLESIAS ILLA**
ILUSTRADO POR **POLY BERNATENE**

Sandy fue el decimonoveno ciclón tropical de 2012, pero como le sopló la oreja a Nueva York apareció en todos los diarios. Nuestro cronista en la zona nos cuenta qué vio por la ventana.

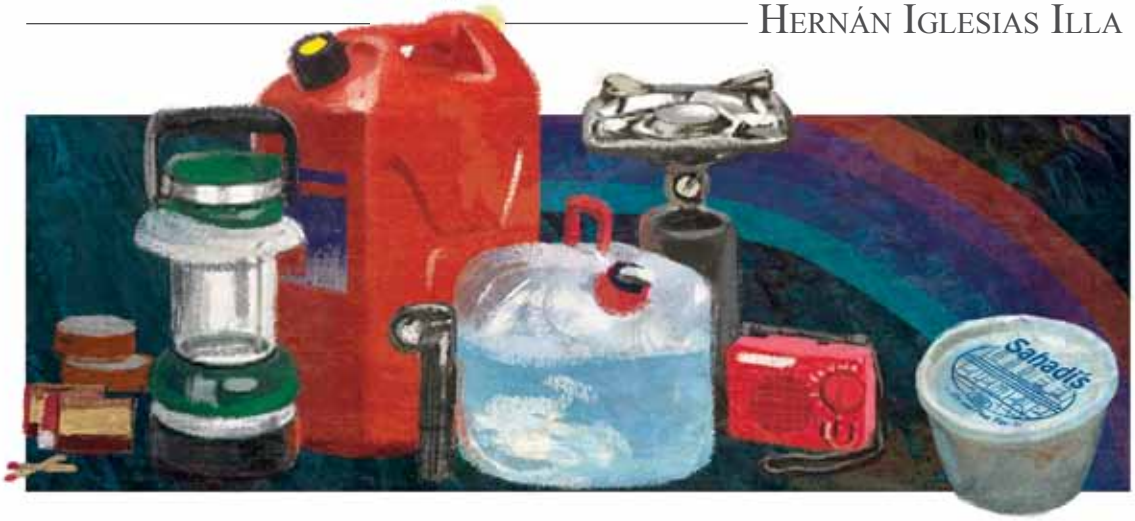
HERNÁN IGLESIAS ILLA
Buenos Aires, 1973

Vive en Nueva York desde 2004. Desde allí escribe para distintos diarios y revistas de América Latina y España como *La Nación, Gatopardo, Rolling Stone, Vanity Fair, Expansión y Brando*. Ha sido editor de *The Wall Street Journal Americas* en Nueva York y redactor del diario *El País* en Madrid. Es autor de dos libros: *Golden Boys* (Seix Barral, 2008), donde narra la historia de los banqueros latinoamericanos en Wall Street, y *Miami. Turistas, colonos y aventureros en la última frontera de América Latina* (Seix Barral, 2010), retrato de no-ficción de la nueva Miami latina. En 2006, con un jurado compuesto por Martín Caparrós, Juan Villoro y John Lee Anderson, ganó el Premio Crónicas Seix Barral, de la fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano y el Grupo Editorial Planeta. Participó en las antologías *Los días que vivimos en peligro* (Emecé, 2009), *Holy Fuck* (Garrincha, 2011), y *Sam no es mi tío* (Alfaguara, 2012). Actualmente escribe un libro sobre el viaje que realizó Domingo Faustino Sarmiento a Estados Unidos en 1847.

Aquel lunes a la tarde, mientras Sandy tomaba impulso y sacudía cada vez con más fuerza las viejas ventanas de madera de mi casa, me di cuenta de que la situación, además de preocuparme, me excitaba. Noté que convivían en mí una sensación de temor por el daño que podía provocar el huracán (descendido poco antes a «tormenta tropical») con un entusiasmo insólito ante la posible aparición de un desastre. Una parte de mí, descubrí con algo de vergüenza, deseaba el Apocalipsis.

Esta realización duró un minuto. Me olvidé de ella y seguí tuiteando y relatando «en vivo» la marcha del huracán, especialmente para mis amigos y conocidos de América Latina y España que parecían interesados o preocupados —como casi todo el mundo— en la posible (aunque improbable) destrucción de Nueva York.

¿De dónde venía esta adrenalina? Razones objetivas no tenía: un paso implacable de Sandy por la ciudad me dejaría sin luz o sin ventanas o, peor, de frente a un tortuoso y exasperante camino de regreso a la normalidad. Esa noche, más tarde, me hice una pregunta más abstracta: ¿Era posible que estuviera deseando lo peor solo para sentir que estaba «viviendo» algo interesante? Esto me pasa a veces, y creo que me pasa no solo a mí: la mezcla de excitación y nerviosismo que uno siente cuando se entera de noticias dramáticas, como la caída del Muro de Berlín, el atentado contra las Torres Gemelas o, en el caso de Argentina, las revueltas callejeras y la incertidumbre presidencial de la última semana de 2001 nos contamina el juicio. Emborrachados de «Historia», con mayúsculas, preferimos a veces tener una anécdota para contar en asados futuros (y una expe-



riencia para recordar: la vida, en el fondo, es un disco rígido con experiencias) antes que hacer una evaluación razonada sobre las desventajas del desastre.

A quienes nos pasa esto, preferimos hablar poco del tema, porque nos deja mal parados. Pero es así: las noticias de desastres nos generan adrenalina, nos elevan el pulso cardíaco, nos permiten sentir, un poco patéticamente, que estamos más vivos. Como el tipo que se aburre durante la semana y, «para sentirse vivo», se tira en paracaídas todos los sábados, algunos de nosotros, infectados por el virus de la novedad, tenemos problemas para distinguir entre la importancia de una noticia y sus catastróficas consecuencias humanas.

En Brooklyn Heights, el barrio donde vivo, había el domingo por la mañana, víspera de Sandy, más tiendas abiertas de las que habíamos previsto. Cerrado el subway y suspendidos los autobuses, creíamos con mi mujer que la ciudad ya iba a estar acurrucada sobre sí misma, intentando protegerse lo mejor posible para el impacto. Además, habíamos visto por televisión las imágenes de los bordes bajos de la ciudad, donde el agua ya había dado el salto y avanzaba por las calles, especialmente en el downtown de Manhattan, en Red Hook (Brooklyn) y en el barrio de Jamaica Bay, en Queens.

Bajamos entonces a la calle, con el objetivo de comprar leche y pan (que nos habíamos olvidado de comprar el día anterior), y en la primera esquina nos encontramos con un tipo de barba que cargaba dos bolsas con el logo de Sahadi's, la histórica tienda de productos mediterráneos sobre Atlantic Avenue. Nos abalanzamos sobre aquel hombre como si fuera el último humano sobre la faz de la Tierra: «¿Está abierto Sahadi's?», le preguntamos. «Sí, todavía está abierto», nos respondió, con una sonrisa cómplice, reconociéndose parte de la misma tribu que nosotros, los incapaces de sobrevivir el huracán sin aceitunas y babaganoush.

Hacia allí salimos, entonces, casi trotando, bajo una lluvia finísima pero apenas perceptible. Había en el aire una atmósfera de estado de sitio, como si fueran los últimos minutos antes del toque de queda. Y en cierta manera lo eran. Había poca luz y poco movimiento: el cine, los bancos, las oficinas públicas y las escuelas del barrio estaban cerrados. El tráfico era mínimo. Y el ruido normal del centro de Brooklyn, que a aquella hora de un lunes normal es alto y constante (ambulancias, obras en construcción, motores de camiones), estaba casi enmudecido. Solo se oían los latigazos del viento contra los árboles y las ventanas de los edificios.

Aun así nos sorprendió ver bastante gente en la calle. El barrio está a solo trescientos metros de las áreas de evacuación obligatoria, vacías desde la noche anterior: a salvo (pero peligrosamente cerca) de las zonas de desastre. Algunas de las personas que veíamos tenían el gesto serio y concentrado de quien se prepara para una jornada difícil, como en efecto fue la de aquella noche y la del día siguiente. Pero otras personas paseaban sus perros o trotaban por las sendas para bicicletas, aprovechando la relativa calma de la mañana para hacer ejercicio. Para muchas de estas personas, que no tenían que ir a trabajar (ni habrían podido, aunque hubieran querido), el día del huracán había amanecido como un feriado.

Sahadi's, en efecto, estaba abierto. Nuestra hipótesis inicial era que los inmigrantes yemeníes dueños y empleados del local viven

cerca, en el viejo enclave árabe de Atlantic Avenue, y por eso no necesitaban ni el metro ni los buses para ir a trabajar. Pero después vimos que el supermercado Key Food, que no tiene nada de «local» ni de inmigrante, también estaba abierto. Y que también estaba abierta la farmacia Rite-Aid, en la esquina de Atlantic y Court Street. Cuando volvimos a casa, vimos en la televisión y en la web que otros barrios de la ciudad mostraban paisajes similares: negocios locales abiertos, peatones distraídos aprovechando la tensa calma para tomar aire y desafiar, como dirían los gringos, a «los elementos».

¿Qué estaba pasando?, nos preguntamos. Para nosotros, que habíamos tomado nuestra excursión a la calle como una última aventura antes del bombardeo, esta sensación de normalidad era relativamente inexplicable. En La Bagel Delight, otro de los lugares históricos del barrio, paramos a comprar sándwiches de desayuno. Sus empleados, casi todos inmigrantes latinos, estaban ahí, preparando la comida y atendiendo a los clientes, como cualquier otro día. Le pregunté a Cynthia, la chica que trabaja en la caja registradora, cómo habían ido a trabajar. «Conduciendo, en carro», me respondió. Desde dónde, quise saber. «Desde Queens. Vinimos todos juntos en tres autos» . Eso explicaba parte del misterio.

En la televisión, mientras tanto, el gobernador de Nueva York, Andrew Cuomo, y el alcalde de la ciudad, Michael Bloomberg, advertían a la población para que no hicieran tonterías. «No hay ninguna necesidad de ir a la playa a tomar fotos», dijo Cuomo. Aquella mañana había muchísimas fotos en las redes sociales tomadas desde Coney Island y Rockaway Beach, dos de las playas neoyorquinas, documentando el avance de la tormenta y certificando el estereotipo del neoyorquino desafiante (y un poco arrogante) que no le tiene miedo a nada. Un día más tarde, esas mismas playas mostrarían dos de los paisajes más desoladores post-Sandy: bungalows reducidos a escombros, ramblas levantadas por el aire, familias desconcertadas, cruzadas de brazos sobre las pilas de basura, sus camionetas enterradas en la arena, los teléfonos sin señal, sus casas a oscuras.

En sus conferencias de prensa, Cuomo y Bloomberg hablaban con calma, haciendo equilibrio entre el pánico y la indiferencia. Evidentemente querían sacudirnos (a los neoyorquinos) de nuestro letargo, pero tampoco

Para nosotros, que habíamos tomado nuestra excursión a la calle como una última aventura antes del bombardeo, esta sensación de normalidad era relativamente inexplicable.

querían que nos volviéramos locos. Aunque no lo mencionaban, el nombre clave de aquella tarde-noche era «Irene», la tormenta de agosto de 2011 ante la cual Nueva York se había parapetado con dedicación y disciplina, pero cuyo paso había carecido del clímax anticipado por las advertencias oficiales y el deseo contradictorio de ansiedad y adrenalina.

Mi mujer y yo habíamos decidido aquel fin de semana ser parte de los indiferentes, aquellos que miraban con desdén a los exagerados que hacían dos horas de cola para comprar agua, pilas y latas de atún. Todavía confiábamos en que Sandy fuera, como Irene, una extraña decepción. Pero aquella tarde, viendo las conferencias de prensa, sucumbimos a la retórica oficial y al creciente enrarecimiento del clima general. Bajamos a Sahadi's, compramos lo que hacía falta (las colas fueron largas, pero no horriblemente largas) y volvimos a nuestro búnker improvisado, confundidos sobre la situación y sobre qué queríamos que ocurriera. Para calmarme, empecé a tomar notas sobre lo que estaba pasando. Esta es una versión emprolijada de aquellos apuntes:

Lunes. Siete de la tarde. Se ha hecho de noche. Las noticias indican que Sandy ha tocado tierra entre Delaware y Nueva Jersey, reduciendo su velocidad pero acercando su impacto. El viento es cada vez más fuerte, pero siempre inconstante: momentos de relativa calma son sucedidos por latigazos inesperados y filosos, que hacen temblar las ventanas y

Conozco a alguien que no se decide: a veces es bueno y a veces buena.

disparar las sirenas. No hay por ahora repercusiones confiables sobre la situación en Nueva York. Muchas de las fotos que circulan por las redes sociales, como una que muestra a la Estatua de la Libertad coronada por un tornado amenazante, resultan ser falsas.

Ocho de la noche. El árbol frente a la puerta de casa se ha caído. Se ha desperezado con un «crrrack» que sonó como un trueno y después se desvaneció lentamente, como en cámara lenta, hasta cortar la calle. Cayó encima de un viejo Volkswagen Jetta plateado, uno de los pocos autos que quedaban estacionados en la cuadra. Minutos después, un grupo de vecinos y curiosos se ha congregado alrededor de las raíces levantadas. Parecen intercambiar opiniones sobre cuál sería el mejor rumbo a seguir. O quizás simplemente comentan lo sucedido y lo que está sucediendo: los fenómenos climáticos en general (y los huracanes en particular) generan una sensación de comunidad incluso entre vecinos que no se conocen o no se ven casi nunca. Momentos más tarde, el portero del edificio de al lado, un irlandés bajito y gruñón con el que tengo desde hace años una relación estúpidamente conflictiva, sale de su *basement* con una motosierra. La enciende, sin hablar con nadie, y empieza a cortar las ramas horizontales del árbol. Los vecinos miran. El motor de la motosierra pincha el aire, enmudeciendo por un momento el viento y la lluvia, que ya casi ha parado. Diez minutos más tarde, la calle ha sido liberada, las ramas y el tronco del cadáver de árbol apilados a un costado y el propio Jetta, con el baúl abollado y el paso un poco torpe, ha logrado zafarse y se ha alejado tranquilamente.

(El irlandés bajito y gruñón me odia desde que una vez, hace unos años, me negué a mover la moto para que él pudiera estacionar su paquidérmica pick-up Dodge. Me tocó el timbre un sábado a la tarde, despertándome de una siesta pospartido de fútbol, y me preguntó si podía correr mi Vespa de donde estaba. Bajé, medio dormido, y vi que el tipo quería insertar la Dodge —un vehículo ridículamente innecesario en una ciudad— en un lugar ilegal, a la salida de un garage que no se usa los fines de semana. Me negué, sin saber bien por qué. Ahí mismo, descalzo en la vereda, vestido con el pantaloncito blanco de San Martín de Brooklyn, hice un gesto muy argentino con el brazo y le dije que no tenía derecho a pedirme que moviera mi moto. Nunca nadie me había pedido algo así y nunca me lo volverían a pedir después. Desde ahí no hubo retorno. Seguimos odiándonos en silencio. Cuando nos encontramos, nos miramos a los ojos sin decirnos nada, los dos bastante ridículos, amenazándonos a la distancia. Una vez lo vi, desde la ventana de mi casa, vaciar un vaso de café helado encima del asiento de la Vespa. Preferí callar, porque además de despreciarlo le tengo un poco de miedo. Es más pequeño que yo, pero tiene en los ojos una fiereza de clase trabajadora que me hacen sospechar una infancia dura en las calles de Dublín. Quizás me equivoco, pero prefiero no confirmar mis sospechas. Prefiero seguir masticando desde lejos mi supuesta superioridad intelectual).

Los fenómenos climáticos en general (y los huracanes en particular) producen una sensación de comunidad incluso entre vecinos que no se conocen o no se ven casi nunca.

Nueve de la noche. Pasa una cosa muy extraña. Cuando asomo la cabeza por la ventana, el aire está limpio, perfumado y tibio (la temperatura es de dieciséis grados). Huele a mar y a hojas húmedas. Me dan unas ganas enormes de desafiar la autoridad combinada de Sandy y de Michael Bloomberg, que nos han urgido a quedarnos quietos. Por el momento, decido obedecer. Mientras tanto, comienzan a llegar noticias de nuestros amigos y vecinos, la mayoría de ellas negativas: la gente se conecta a Facebook para anunciar que su barrio se ha inundado o para decir que se han quedado sin electricidad. Amigos en el sur de Manhattan, en Nueva Jersey y en Long Island avisan que están bien pero a oscuras, comunicándose desde sus

teléfonos, que todavía funcionan pero se están quedando sin batería. El viento sigue sacudiendo fuerte, pero es difícil saber si es más fuerte o más débil que hace una hora. La vieja ventana de madera de nuestro baño se sacude y cruje fuera de control, haciendo un ruido terrible. Toda la noche va a parecer a punto de estallar.

Diez de la noche. Explosiones a lo lejos, en el horizonte, como si fueran relámpagos o fuegos artificiales. Dicen que son transformadores eléctricos, achicharrados por el agua salada que viene desde la orilla: barrios enteros que se van quedando sin luz. En casa, las lámparas pestañean incontrolablemente. Mientras esperamos el momento fatal (hemos preparado las velas y la linterna), nos quedamos sin TV por cable y sin internet, pero con electricidad. Prendemos, después de meses sin hacerlo, la radio. Y nos sentamos a oír las novedades, que no son buenas: la altura del agua en Manhattan es récord, hay más de un millón de personas sin electricidad en el área metropolitana de Nueva York y se ha identificado al primer muerto, un hombre de Queens a quien le cayó un árbol encima de la casa.

Once de la noche. «Lo peor ya pasó», dice Bloomberg en la radio. Pero insiste en que nos quedemos en casa y no hagamos tonterías. Usa, en efecto, la palabra «macho». «No se hagan los machos», pide, primero en inglés y después en español. La arenga del alcalde tiene, en mi mujer y en mí, el efecto opuesto. Nos dan ganas de salir a explorar. Hemos estado encerrados desde la mañana y nos hemos anestesiado (ya no nos parece tan terrible) con el ruido del viento y el aleteo de las ventanas. Nos vestimos y bajamos a la calle, pero es una decisión equivocada. Nuestra intención era caminar las cuatro o cinco cuadras hasta Floyd, nuestro bar favorito del barrio, ver si estaba abierto y, eventualmente, tomarnos un trago a la salud de Sandy. Pero no pudimos llegar. Los chasquidos del viento, arremolinado e imprevisible, nos ponían paranoicos, porque no sabíamos qué esperar. En los momentos más difíciles, las ramas de los árboles bailaban y crujían apenas por encima de nuestras cabezas. Parecía una película de zombis justo antes de la aparición de los zombis. No había nadie en la calle (nos cruzamos con una persona, en bicicleta, que no nos hizo ningún gesto) y solo se oían las sirenas endemoniadas de los bomberos y la policía, acercándose o alejándose por las avenidas. Las calles y las veredas estaban tapadas de hojas y ramas descolgadas por el viento, apelmazadas por la lluvia. A mitad de camino, asustados y confundidos, volvimos a casa, con un nuevo respeto por el huracán.

Medianoche. Seguimos sin internet ni televisión, pero con electricidad. El viento parece haber amainado, y ha empezado a llover otra vez. Circulan fotos, que esta vez parecen reales: las estaciones inundadas del subway (¿cuántos días tardará en regresar?), los túneles llenos de agua, la enorme fila de ambulancias para evacuar el hospital de NYU. A medida que Sandy pierde energía, también la perdemos nosotros. Después de varias horas de tensión, finalmente logramos relajarnos. Poco después estamos dormidos.

Martes. Siete de la mañana. Sigue lloviendo. Afuera no hay nadie ni pasa ningún auto. En la televisión, las imágenes del desastre son conmovedoras. Se mezclan una sensación de relativo alivio, porque la tormenta ya pasó y ya es un nuevo día, con la pesadumbre de comprobar que el trabajo verdadero empieza ahora. Escucho en la tele a un tipo joven y musculoso de Rockaway Beach, que desafió a Sandy toda la noche en su departamento sobre la playa: «Esto es realmente grave. No es una cosa que podamos sacudirnos de un día para el otro». Esa es mi sensación en este momento. Los neoyorquinos estamos acostumbrados al presente permanente, a creer que nuestra ciudad es indestructible y que cualquier problema eventual puede derrotarse y olvidarse en un par de horas. Hasta anoche, uno confiaba en que Sandy iba a ser algo parecido: un «problema» intenso y complicado, que iba a demandar lo mejor de nosotros mismos pero que dejaría a la ciudad virtualmente entera, lista para volver rápido a sus rutinas de siempre. Me parece que no va a ser el caso. Nueva York va a tener que dedicarse a tiempo a curarse y a tener paciencia. No está acostumbrada a hacerlo, pero no va a tener alternativa.

En 1933 fue un gorila gigante. En 1956, una invasión alienígena. En 1964, una guerra nuclear. En 1981, un motín en una cárcel. En 1996 volvieron los alienígenas. En 1998 fueron tres películas: una con monstruo (*Godzilla*) y dos con meteoritos (*Armageddon* y *Deep Impact*).

Fui a comprar el libro «Corro todos los días», pero estaba agotado.

De las decenas de veces que Hollywood destruyó Nueva York en sus películas, desde la *King Kong* original hasta la *Cloverfield* de hace un par de años, la que más me hizo acordar el mes pasado al escenario post-Sandy es *I am Legend*, la adaptación de la novela de Richard Matheson protagonizada por Will Smith. En la película, Smith vaga de día por una Manhattan vacía, evacuada tras una epidemia misteriosa, pero se encierra de noche para evitar el ataque de los zombis, que merodean por Washington Square, frente a su casa. El mes pasado, en los días posteriores a la tormenta, el tercio sur de Manhattan estuvo durante días a oscuras y separado (porque estaban clausurados los puentes y los túneles) de buena parte de la ciudad. No funcionaban los semáforos ni los teléfonos: el poco tráfico que bajaba por las avenidas reducía la velocidad en las esquinas, asomándose a tientas; a la noche, los vecinos salían como espectros, armados con linternas, que usaban como antorchas con el doble propósito de ver el camino y anunciar su presencia a los extraños. Los restaurantes, sin heladeras ni hielo, regalaban su comida en la calle. Durante el día, peregrinos desconectados trepaban hasta la calle 39, donde desensillaban para cargar sus teléfonos, chequear sus correos electrónicos y calmar a jefes, amigos y parientes: «Mamá, estoy bien». A la noche, volvían hacia el sur, hundiéndose en la niebla negra, o se quedaban, como refugiados, en departamentos de amigos en Brooklyn o los barrios altos de Manhattan.

Durante dos días no hubo reglas, pero tampoco caos. Ante la posibilidad de una erupción carnavalesca, los habitantes del downtown neoyorquino eligieron la calma, quizás contenidos por las imágenes que llegaban desde las costas de Nueva Jersey y de Rockaway Beach, donde el daño había sido mucho mayor. Es difícil vivir sin electricidad y sin transporte, pero mucho más difícil debe ser aprender a vivir sin casa o sin auto. Algo parecido pensé yo, desde mi casa seca y encendida de Brooklyn, mientras veía la lentitud de los pelotones de rescate y la progresiva apreciación de la dimensión del desastre. Me acordé de mi excitación anterior, en la víspera del choque de Sandy, y de mis ganas contradictorias de que ocurriera algo importante. Sentí vergüenza de aquel yo acelerado e idiota, pero también supe que no debía castigarme demasiado. Porque sé cómo soy y sé cómo somos muchos de nosotros: sé que la próxima vez, mareado ante la posibilidad de ser «testigo de la Historia» (qué cliché más lamentable), probablemente me va a pasar algo parecido: una parte de mi cerebro me va a decir que lo mejor es desear que no pase nada; y una parte de mis tripas, en cambio, se va a poner en señal de alerta, como si oyera la llamada de la tribu, lista para despertar lo peor de mí y hacerme desear, bordeando el autosabotaje, la destrucción de la ciudad donde vivo. ◣

De las decenas de veces que Hollywood destruyó Nueva York en sus películas, desde la «King Kong» original hasta la «Cloverfield» de hace un par de años, la que más me hizo acordar el mes pasado al escenario post-Sandy es «I am Legend».

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y PERSONAS

Babaganoush: Pasta a base de puré de berenjena, típica de la cocina árabe, mediterránea e israelí.
Basement: Sótano, departamento ubicado bajo el edificio.
Bloomberg, Michael: (1942) Empresario y político independiente. Actualmente alcalde de Nueva York.
Brooklyn Heights: Barrio de Brooklyn muy elegante a solo cinco minutos de Manhattan, que agrupa a una gran comunidad de artistas.
Cuomo, Andrew: (1957) Político demócrata, gobernador del estado de Nueva York.
Downtown de Manhattan: Sur de Manhattan.
Emprolijar: En Argentina y Perú, mejorar algo, darle forma.
Feriado: Día no laborable. Fiesta.
Pilas: Baterías.
Red Hook: Barrio ubicado en la parte sur de Brooklyn.
San Martín de Brooklyn: Equipo de fútbol amateur retratado por Hernán Iglesias Illia en la crónica narrativa «San Martín de Brooklyn busca el repechaje», publicada en Orsai N1.
Subway: Tren subterráneo.

LOS **APODOS**

¿A vos también te gustan las catástrofes?

—Por supuesto. Me llamaban Gordo Catastra.

—Cierto. Fue uno de tus apodos juveniles. Lo confesaste públicamente hace poco…

—Se lo conté a una lectora en la Orsai N5. También le aclaraba que de chico me decían La Bola Boluda y Qué Hombre Imbécil, entre otros.

—También te decíamos Conchita.

—¡Eso no es verdad! Lo decís para humillarme en la sobremesa. Todo el mundo sabe que Conchita era el apodo del odontólogo Barreda.

—En Argentina puede ser; pero en España y Latinoamérica no creo que alguien lo sepa.

—Ahora se sabrá, porque hay un libro maravilloso sobre él, del gran Rodolfo Palacios, que va a expandir el mito. ¿Me lo mandás? Acá ya estuve averiguando y no se consigue. Tengo muchas ganas de leerlo.

—Cómo te gustan las catástrofes…

—Pero lo de Barreda no fue una catástrofe: cuando Conchita cagó a escopetazos a sus hijas, a su esposa y a su suegra era muy consciente.

—Ya sé, Bola. Lo raro es que para muchos se haya convertido en un ídolo.

—Claro. Yo lo adoro.

—Mentira.

—Vos también lo adorás, lo que pasa es que tu educación cristiana no te deja asumirlo.

—Para mí Conchita es un asesino. Y punto.

—Querido Christian Gustavo, lamento que en este tema estemos en bandos opuestos. El mundo se divide entre los que consideran a Conchita un asesino y entre quienes, como yo, lo consideramos un justiciero.

—Los que dividen el mundo entre una cosa y la otra me tienen las pelotas infladas. Siempre hay un boludo que te suelta «el mundo se divide entre los que lloraron con la escena del piano de Casablanca y los que no». ¿Por qué no me chupan todos un huevo?

—Con menos ira que la tuya, Conchita empezó su derrotero. Ojo. Lo que me parece muy triste para él, pero muy fructífero para su biografía, es que al querido doctor Barreda le haya quedado Conchita como apodo. No es alias de asesino múltiple. Es tierno, es humillante.

—Si vamos a eso, un huracán furioso tampoco puede llamarse Sandy. Para mí Sandy es el nombre de un postrecito de vainilla. ¿Te acordás?

—¡Cómo olvidarlo! Para mí Sandy es el personaje de Olivia Newton-John en *Grease*. Pero coincido: no es nombre que meta miedo. ¿Quién le pondrá nombres tan boludos a los huracanes?

—Los meteorólogos, para poder diferenciarlos entre sí. Mirá, acá encontré una página que dice que «nombrar a los huracanes permite una mejor identificación entre los servicios meteorológicos y los usuarios que reciben la información».

—Qué feo lo que me acabás de leer.

—No te quejes: venís de leer una crónica de Iglesias Illa. ¡Qué bien que escribe ese muchacho!

—¿Será porque vive en Brooklyn? Yo creo que si viviera en Buenos Aires, en un departamento de Almagro, escribiría para el orto. ¿Por qué será que hay tantos artistas viviendo en Brooklyn?

—Ni idea. ¿Paul Auster también vive ahí, no?

—Sí. Y Lou Reed y Harvey Keitel…

—Lo decís por las películas *Smoke* y *Blue in the face*, pero en realidad me estás mintiendo.

—No, de verdad, son todos vecinos de Iglesias Illa. Y ya que estamos: ¡qué buenas pelis esas dos! ¡Un canto al humo del tabaco!

—Jorge, eso no suena bien.

—Hay que volver a verlas. Y si es posible las dos el mismo día y en continuado. Voy a aprovechar el próximo huracán.

—¿Qué comprarías en el súper si tuvieras que pasar días encerrado en tu casa, sin poder salir?

—Yo nunca salgo de casa.

—Bueno, ¿qué le dirías a Cristina que te trajera del supermercado ante la amenaza de un huracán en Sant Celoni?

—Lo mismo de siempre. Cosas dulces, cosas saladas y cosas esponjosas. Pero jamás babaganoush, que es una crema de berenjenas, muy repugnante. No entiendo que un tipo inteligente como Iglesias Illa pueda comer berenjenas.

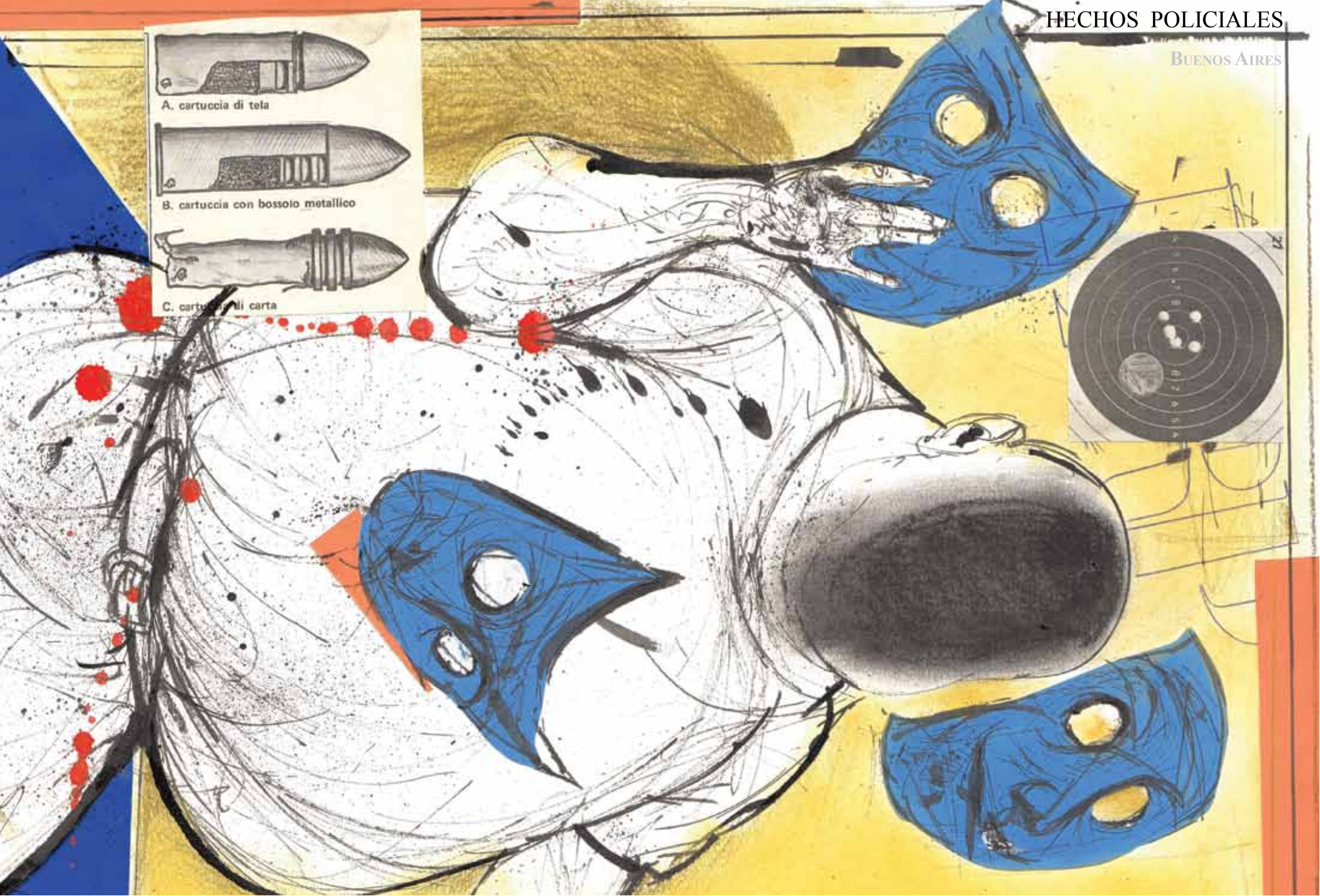
—Pibe raro. ¿Viste su relación con el portero?

—Me hace acordar a la relación que tenía Seinfeld con Newman. El otro día, procastinando, me enteré que el actor que hacía de Newman es el mismo que le puso voz al gordito que secuestra a Woody en Toy Story dos.

—¿El gordito malo que se disfrazaba de pollo?

—Ese mismo. Después de Barreda, uno de los villanos más simpáticos de la historia. ◣

¿SE PUEDE SABER CÓMO SE TE OCURRE CREAR EL LIBRE ALBEDRÍO? AHORA PENSARÁN POR SU CUENTA Y VAN A TOMAR DECISIONES EN BASE A SUS REALES INTERESES Y NECESIDADES PERSONALES.
TRANQUILO... TAMBIÉN CREÉ LA PUBLICIDAD.
MONTT


A. cartuccia di tela
B. cartuccia con bossolo metallico
C. cartuccia di carta

EL OSO

UN POLICIAL DE **RICARDO RAGENDORFER**
ILUSTRADO POR **LUIS SCAFATI**

En 1975 ocurrió una batalla mítica entre las Fuerzas Armadas y un grupo subversivo del ERP. En medio, un empresario del petróleo secuestrado y una valija con seis millones de dólares que nunca apareció.

RICARDO RAGENDORFER
La Paz, 1957

De origen austríaco, nació en Bolivia pero vive en Argentina. Trabajó en las revistas *El Porteño, Página/30, Noticias, Tres Puntos, Gente* y *TXT.* También en los diarios *Sur, Página/12* y *Ámbito Financiero.* Colaboró con el diario *La Prensa,* las revistas *First, Delitos & Castigos, Cerdos & Peces, El Tajo, Rolling Stone* y *Le Monde diplomatique.* Es autor de los libros *Robo y falsificación de obras de arte en Argentina, La Bonaerense* (junto a Carlos Dutil), *La secta del gatillo* e *Historias a pura sangre.* También trabajó en televisión como investigador en *El otro lado;* fue columnista en los programas *Unidos y Dominados* y *Telefé Noticias.* Impartió cursos, seminarios y talleres de Crónica policial y Periodismo de Investigación en la Facultad de Periodismo de la Universidad de La Plata y en la Escuela de Comunicación de la Universidad de Antioquia. En la actualidad es columnista del diario *Tiempo Argentino* y editor de policiales en el semanario *Miradas al Sur*. Por su capacidad para encontrar datos precisos y el ritmo de su pluma literaria, es considerado el mejor periodista de policiales de la Argentina.

Para el mayor Carlos Españadero, el doce de septiembre de 1975 comenzó exactamente a las 4.45 de la mañana, cuando los timbrazos de su beeper se le colaron en el sueño. Aún adormilado, oprimió el activador del aparato y escuchó: «Abonado 086, concurra a la casa de su madre». En el críptico idioma de su actividad laboral, eso significaba que debía presentarse de inmediato en el edificio de Viamonte y Callao. Sus párpados, entonces, se abrieron de golpe.

Su vehículo demoró veinte minutos en cruzar a toda velocidad la distancia entre su casa de Avellaneda y el cuartel general del Servicio de Informaciones del Ejército (SIE), también conocido como Batallón 601.

Los altos mandos de la casa lo aguardaban en el sexto piso.

Para su asombro, entre los presentes se destacaba un general corpulento y canoso, al que no tardó en identificar. Era nada menos que el segundo jefe del Estado Mayor. Su nombre: Leopoldo Fortunato Galtieri.

El jefe del SIE, coronel Alfredo Valín, lo trataba con deferencia.

El segundo jefe del SIE, coronel José Osvaldo Riveiro, se apuró en arrimarle un encendedor cuando puso un cigarrillo entre los labios.

Otros oficiales permanecían en un segundo plano. Españadero se sumó a ellos.

Recién entonces se supo el motivo de la convocatoria.

En resumidas cuentas, horas antes se había producido un enfrentamiento armado con una célula guerrillera sitiada por fuerzas policiales en una casa de Florencio Varela. Al no poder doblegar la resistencia de los irregulares, la policía había resuelto pedir refuerzos al Ejército. Así fue como al lugar del hecho había acudido un grupo de combate del Regimiento 7 de Infantería, con asiento en La Plata.

En el cuartel del SIE, el teniente coronel Jorge Suárez Nelson se encargó de informar la novedad con un detalle contextual:

—Descontando el Operativo Independencia, es la primera vez desde 1973 que tropas del Ejército participan en una acción militar de carácter interno.

Eso desató entre la concurrencia un murmullo triunfalista. Pero la voz aguardentosa de Galtieri se impuso en el espacio para reclamar precisiones. Suárez Nelson entonces aclaró:

—Esta operación, mi general, fue consecuencia de un minucioso trabajo de inteligencia efectuado por personal a mi mando. El objetivo era una célula del ERP. Todos sus integrantes fueron abatidos.

Alguien quiso saber a cuántos integrantes se refería.

—Estamos hablando de tres extremistas —fue la respuesta.

Al pronunciar esas palabras la suficiencia se disipó. Pero aun así Suárez Nelson tuvo aliento para admitir la existencia de un cuarto cadáver hallado entre los escombros de la vivienda.

—¿Y ese quién carajo era? —preguntó Galtieri.

La respuesta esa vez corrió por cuenta del coronel Valín:

—Era un empresario secuestrado.

En ese instante, el mayor Españadero se mostró perplejo.

La primicia del episodio fue comunicada al filo del amanecer por *El Rotativo del Aire* de Radio Rivadavia. Rápidamente otras emisoras se hicieron eco del asunto. El hecho prometía monopolizar la agenda periodística de ese viernes: una procesión de cronistas y reporteros gráficos fue confluyendo con el correr de las horas hacia la casa de Florencio Varela donde habían transcurrido los acontecimientos. Su estructura exhibía las marcas de la refriega. Por la tarde, el vespertino *Última Hora* —que suplía al clausurado diario *Crónica*— ilustró su tapa con un primerísimo plano de esa fachada y un título impactante: «Destruyeron a cañonazos un reducto guerrillero».

La noticia impresionó de modo muy especial a uno de sus lectores, un tal Rafael de Jesús Ranier. Al tipo solo le bastó un golpe de ojo para reconocer en esa foto un sitio que le era irremediablemente familiar. Pero su asombro fue mayor al toparse con el siguiente dato: «Entre los muertos estaba el ejecutivo de la firma Isaura, Luis León Domenech, quien fuera secuestrado el doce de agosto pasado».

Ranier no había calculado semejante epílogo.

Y tal imprevisión le causó un ramalazo de incertidumbre.

Quizás entonces haya recordado el inicio de aquella historia.

Hacía exactamente un mes, tres automóviles habían atravesado sigilosamente la zona residencial de Banfield hasta llegar a la esquina de Hipólito Irigoyen y Vieytes. El Peugeot 504 blanco que encabezaba la fila estacionó a media cuadra del único chalet que había en la manzana; otro vehículo del mismo modelo, pero color turquesa, lo hizo unos cincuenta metros más adelante. Y el tercero —una Ford Falcon Rural con cúpula metálica— siguió su marcha y recién se detuvo en un callejón cortado por las vías del ferrocarril, a casi un kilómetro de allí. Eran las ocho de la mañana.

Veinte minutos después se abrió el portón de la propiedad. Y del frondoso jardín salió un Chevrolet 400. A la distancia pudo verse que su único ocupante lucía una calva tipo Yul Brynner y enormes anteojos con marco de carey. Era Domenech. Ese contador público de setenta y dos años no imaginaba que durante los últimos días su rutina había sido estudiada mediante un meticuloso sistema de guardias y seguimientos.

Así fue como los encargados de aquella tarea habían podido saber que, de lunes a viernes, tras desayunar con su familia —compuesta por su esposa, una hija recientemente separada y dos pequeños nietos—, Domenech solía abandonar su domicilio entre las 8:15 y las 8:30 siempre a bordo del mismo vehículo. Y lo hacía sin custodia ni chofer. Por lo general, demoraba unos treinta y cinco minutos en llegar al edificio de la calle Suipacha 268, en el centro porteño. En el quinto piso funcionaban las oficinas de la petrolera Isaura. Él era el gerente general.

Esa mañana, en Banfield, el Chevrolet enfiló con cierto apuro por Hipólito Irigoyen.

A partir de entonces todo fue vertiginoso.

Pronto el Peugeot turquesa se interpuso en su camino. Al hacerlo sus ruedas chirriaron. Domenech, presa de la desesperación, solo atinó a poner el cambio en reversa. Pero el Peugeot blanco ya lo había encerrado por atrás. En

EL ANGEL DE LA MUERTE
9
27

ese instante se vio rodeado por tres hombres que empuñaban armas cortas. En pocos segundos fue subido al auto turquesa. Sus anteojos quedaron aplastados sobre el asfalto.

El Peugeot tardó minutos en llegar al callejón en donde estaba la camioneta, ya con el motor en marcha. El jefe del grupo se acomodó junto al chofer; el resto, en la caja. Domenech fue sentado sobre la rueda de auxilio.

Durante la travesía nadie pronunció palabra alguna.

Para evitar avenidas con tránsito, pinzas policiales y otras sorpresas, la camioneta dejó atrás la zona de Banfield por caminos alternativos. Luego, bordeando el extremo norte de Almirante Brown, llegó a Florencio Varela. Después continuó por la Ruta 2. Y tras cruzar la estación de Bosques, giró en dirección a un viejo puente de hierro para internarse en un camino angosto que apuntaba hacia el oeste. De esa manera ingresó a un humilde barrio llamado El Rocío, cuyas calles, a pesar de su desolación, tenían nombres de flores. La camioneta se detuvo en la esquina de Los Alelíes y Las Orquídeas.

Allí solo había una antigua casa en el medio de un descampado.

De la nada aparecieron dos muchachos. En un abrir y cerrar de ojos Domenech pasó a sus manos. Otra silueta —acaso de mujer— permanecía agazapada en la terraza.

La camioneta recién volvió a arrancar cuando el anciano y sus flamantes anfitriones se perdieron tras la puerta. El chofer —un militante afectado a la estructura logística del ERP— soltó entonces un suspiro de alivio.

Era Rafael de Jesús Ranier, el mismo hombre que cuatro semanas después descubriría en la tapa de un diario el sangriento final del asunto.

Ya se sabe que eso —la noticia— desató su nerviosismo. Su única reacción fue correr hacia un teléfono público. Mientras esperaba ser atendido, es probable que su mente haya regresado otra vez a las circunstancias de ese ya remoto martes doce de agosto.

A media mañana —recordó Ranier— tras abandonar la camioneta en una esquina de Bernal, había subido a un tren que lo condujo hacia la estación de Villa Domínico. Desde ese lugar caminó unos cien metros, hasta llegar a una modesta casa ubicada en la calle Salvador Soreda al 4900. Era su domicilio. Lo compartía con su mujer y los dos hijos que ella tenía de un matrimonio anterior. Pero ninguno de los chicos estaba allí. En cambio advirtió otra presencia. La de un tipo de mediana edad, vestido con una gastada camisa de trabajo, que tomaba mate en la cocina con la mayor naturalidad del mundo.

Ranier solía presentarlo en el vecindario como su tío. Y en esa ocasión le dispensó un efusivo saludo. Luego fue directamente al grano.

—Todo salió a pedir de boca —dijo Ranier.

El otro quiso saber más.

Ranier entonces efectuó un minucioso resumen de lo acontecido, incluyendo la dirección en la que Domenech permanecía confinado y un perfil de sus depositarios. Por último, escupió la cifra que el ERP exigiría por él: seis millones de dólares.

En ese instante, al presunto tío le brillaron los ojos.

Este no era otro que el mayor Carlos Españadero.

Un mes después, en la tarde del doce de septiembre —con la noticia de las muertes estampada en los diarios del día—, la voz de Españadero afloró al otro lado de la línea para serenar a Ranier, el hombre que se había infiltrado en el ERP.

Esa noche, el espía —cuyo nombre de guerra era el Oso— pudo dormir en paz.

Tras la emboscada a Domenech, el diario *La Unión*, de Lomas de Zamora, publicó unas líneas al respecto. La única repercusión fue una visita efectuada por un comisario de la Brigada de Banfield al editor para anticiparle los problemas que sufriría en caso de insistir con el tema. Desde entonces, ese secuestro se mantuvo en el más riguroso de los secretos.

El silencio también tuvo que ver con otra circunstancia: el ERP no había difundido el hecho, dado que —en ese caso— su móvil era solo económico; por entonces las finanzas de la organización no atravesaban un buen momento. De ahí que solo se contactaran con Isaura: la petrolera donde trabajaba Domenech.

Debían negociar el dinero.

La noticia llegó a las oficinas de Isaura por vía telefónica. Fue la propia hija de Domenech quien transmitió lo ocurrido al presidente de la firma, José María Elicabe. Este convocó a una urgente reunión de directorio para elegir a los encargados de pactar el rescate. Entre ellos estaba el gerente de comercialización, Antonio Armaño. Se trataba de un hombre de cuarenta

años. Había ingresado a la empresa como empleado raso y tiempo después se había transformado en la mano derecha de Domenech.

Armaño jamás pensó que su jefe pudiera ser víctima de un secuestro. Aunque Domenech, unos días antes, le había manifestado su temor al respecto. Para colmo ese presentimiento tenía un valor agregado: debido a los problemas financieros que vivía la industria petrolera tras la nacionalización de las bocas de expendio, Isaura no estaba en condiciones de afrontar una contingencia semejante. Para reforzar ese concepto, Domenech había recurrido a un ejemplo irrebatible: los doce millones de dólares pagados a cambio de Víctor Samuelson, un ejecutivo de la Esso raptado en 1974 por el ERP, eran imposibles para Isaura.

En aquella conversación, Armaño había intentado tranquilizar a su jefe apelando a su sentido del humor:

—Don Luis, vaya siempre con un balance de Isaura en el bolsillo —había dicho.

Pero ahora se arrepentía de aquellas palabras.

En la noche de ese mismo martes, tras aguardar vanamente el llamado de los secuestradores, en Isaura decidieron hacer la denuncia policial. Con ese propósito Armaño y Elicabe partieron hacia Lomas de Zamora. Media hora después ingresaron a un sombrío edificio ubicado en la calle Vernet al 1200. Allí funcionaba la Brigada de Investigaciones de Banfield. En el patio lindante a la oficina de guardia había un vehículo estacionado; era nada menos que el Chevrolet de Domenech. Los recién llegados lo contemplaron con espanto. Luego fueron recibidos por un hombre alto y esmirriado que se manejaba con una helada cortesía. Era el comisario Alberto Rousse.

El encuentro fue breve, pero tenso.

Los denunciantes aún no se habían acomodado en sus asientos cuando el uniformado les soltó la siguiente inquietud:

—¿Esta persona tenía deudas de juego?

La respuesta, desde luego, fue negativa.

—¿Y líos de polleras?

La respuesta esa vez quedó inconclusa debido a la sorpresiva irrupción de un sujeto que dedicó una mirada desorbitada a los presentes. Era el comisario Miguel Etchecolatz. Obviando toda forma de saludo se apuró en aclarar:

—Todavía no sabemos si los secuestradores son delincuentes comunes o subversivos.

Rousse aprobó la frase con un leve cabeceo, a sabiendas de que Etchecolatz no decía la verdad. Horas antes, ambos habían estado con un emisario del Batallón 601 que los había puesto al tanto de los datos proporcionados por el Oso Ranier —aunque omitiendo deliberadamente la posible cifra del rescate— y se había retirado tras impartir una orden: no actuar por el momento.

Sin novedad alguna, entonces, Armiño y Elicabe abandonaron la comisaría y regresaron sobre el filo de la medianoche al edificio de Isaura. Ahí supieron que todavía no se había producido el contacto con los secuestradores.

El coronel Valín —jefe del SIE— y los suyos ya estaban enterados de esa circunstancia.

En el transcurso de la tarde, todos los teléfonos de la empresa habían sido intervenidos. Igual suerte habían corrido las líneas particulares de sus directivos. En paralelo, un grupo de agentes controlaba la sede de Isaura desde la calle. Y otro ya exploraba el terreno para establecer una discreta vigilancia sobre la casa en la que Domenech permanecía cautivo.

El teniente Suárez Nelson estaba a cargo de las operaciones.

Con el correr de los días, la incomunicación entre el ERP y los allegados a Domenech comenzó a irritar a los jefes del Batallón 601. En el barrio El Rocío tampoco fue visible ningún movimiento revelador. La vivienda sobre la cual los espías apuntaban los ojos estaba rodeada por una arboleda que —al igual que la falta de alumbrado público— favorecía la privacidad de sus ocupantes. Además, su ubicación aislada de las casas más próximas ponía fácilmente en evidencia a los intrusos.

A los hombres del SIE no les quedó más remedio que instalar su puesto de observación en un taller abandonado que estaba entre la Ruta 2 y la calle Chascomús, a unos doscientos metros del búnker insurgente. En ocasiones, solía dejarse ver un falso botellero con el pelo cortado a la americana y un bulto en el sobaco. También había vendedores ambulantes y barrenderos inventados. Tenían la misión de estudiar las posibles vías de asalto. Pero sus presencias se fueron tornando aún más sospechosas que las de los propios guerrilleros.

En el ERP, paradójicamente, no suponían que se encontraban bajo la mira del Batallón 601.

El refugio estaba al mando de una mujer. Era la que estaba en la terraza la mañana

El refugio estaba al mando de una mujer. Se trataba de una militante de la Zona Sur a la que llamaban Popi. Su nombre era María Cristina Asconape.

en que Domenech había sido llevado hasta allí. Cuando la vio, aquel día, el Oso no demoró en reconocerla. Se trataba de una militante de la Zona Sur a la que llamaban Popi. Su nombre era María Cristina Asconape, tenía veinticuatro años y había recalado en el Gran Buenos Aires tras la detención de su pareja, ocurrida en octubre de 1974.

Hasta entonces, su vida había tenido visos de normalidad. María Cristina era instrumentista en el Hospital Ramos Mejía y trabajadora voluntaria de la Casa Cuna, y también era activista en el Sindicato de Trabajadores Municipales. Había ingresado al ERP a fines de 1971. Lo había hecho junto a Carlos Martínez, con quien que se había casado poco antes. Ambos residían en un pequeño departamento ubicado en la calle Viamonte al 2700, a pocas cuadras de la plaza Miserere.

La vida conyugal se quebró definitivamente un martes por la noche, cuando María Cristina recibió la visita de un compañero de militancia que traía una mala noticia: Carlos había sido baleado en el barrio de Palermo al resistirse a un control policial. Y había estado tirado sobre un charco de sangre hasta que llegó una ambulancia. Ella dedujo que Carlos podría estar en el Hospital Fernández. Hacia allí partió.

En la entrada había patrulleros y otros vehículos no identificables. En los pasillos pululaban individuos sin aspecto de médicos o pacientes. Lo cierto es que ninguno reparó en esa mujer menuda que intentaba disimular sus nervios mientras pedía un turno en la guardia. Al rato fue atendida por una médica que no tuvo una mala reacción al enterarse del verdadero motivo de su presencia: reveló que Carlos estaba en cirugía. Ambas quedaron en volver a verse en una confitería de la avenida Las Heras.

Un sexto sentido hizo que María Cristina no desconfiara de su flamante aliada, quien acudió a la cita con una novedad: Carlos había sobrevivido al quirófano y ya se encontraba en terapia intensiva, aunque con pronóstico reservado. También informó que su convalecencia transcurría en medio de un fuerte dispositivo policial. Por último, extrajo de su cartera un preciado objeto: el DNI de Carlos. Un enfermero lo había hallado entre sus ropas. En consecuencia, los uniformados aún ignoraban su nombre y domicilio. Eso le concedía a María Cristina unas horas de ventaja.

Esa misma madrugada, María Cristina —Popi— se lanzó hacia los escarpados caminos de la clandestinidad.

A partir de entonces se movió con una identidad ficticia entre Quilmes y Berazategui, ya asimilada a la estructura logística del ERP. En ese ámbito tuvo a su cargo la preparación de un equipo de sanidad. También participó en algunas acciones armadas y se puso a pergeñar un plan de fuga para Carlos, que seguía internado en el Fernández bajo una estricta vigilancia.

Sin embargo, el asunto sufrió una inexplicable filtración y el prisionero fue rápidamente llevado al penal de Villa Devoto. Corría febrero de 1975. Días antes de ese movimiento Popi había efectuado un traslado de armas con un compañero cuya corpulencia se apretujaba ante el volante de un Renault 12. El tipo era muy extrovertido y no paraba de hablar. A la mujer le había llamado la atención su actitud temeraria; se movía como si nada pudiese doblegarlo.

Popi no lo volvió a ver hasta la mañana del doce de agosto, cuando desde la terraza reconoció su peculiar silueta apretujada esta vez ante el volante de una Falcon Rural.

Las dos semanas posteriores transcurrieron sin ninguna variación.

La inexistencia de tratativas entre el ERP y los gerentes de Isaura seguía irritando a los jefes del Batallón 601. Y en el refugio de la calle Los Alelíes todo era monotonía.

Los espías atrincherados en el viejo taller de la Ruta 2 hasta se habían habituado a ver al cautivo cuando era diariamente llevado hacia el jardín para estirar las piernas. En tales ocasiones lo escoltaba un muchacho de porte robusto.

El Oso lo había identificado como el Negro Ramón; su nombre era Julio Tristán Montoto y tenía veintidós años. Unos meses antes había combatido en Tucumán, al igual que el tercer habitante de la casa. A este —según los dichos del Oso— le decían el Gringo; su nombre era Hugo Mogensen y acababa de cumplir los veintitrés.

Mogensen había cursado Derecho en la Universidad de La Plata. Luego había ingresado en el ERP, donde no tardó en convertirse en un cuadro militar. Tenía dos hijos y una exmujer que no comulgaba con su militancia. Su padre, Gustavo Mogensen, tampoco estaba de acuerdo con la actividad. El hombre —un empleado jerárquico del Plaza Hotel con ideas afines al peronismo ortodoxo— temía por la vida de su hijo, al punto de que en una ocasión había pensado en recurrir al consejo de un comisario amigo, convencido de que esa sería una solución adecuada. Pero a último momento desistió.

Mientras el padre evaluaba un salvoconducto, el hijo —el Gringo— combatía en Tucumán. A su regreso, el Gringo decidió pernoctar en la casa paterna, situada en la zona residencial de Berazategui. Conservó ese hábito estando ya abocado a la custodia de Domenech. Se trasladaba de un lugar a otro en el Rastrojero gris de su padre.

Los hombres del SIE, a través de un prolijo seguimiento, tomaron debida nota de ello. Pero seguían sin poder detectar una posible negociación por el rescate.

Suárez Nelson comenzó a sospechar que las partes interesadas podrían haber articulado una vía de diálogo a espaldas de los controles dispuestos por él. Esa impresión se vio robustecida por dos hechos: en la mañana del jueves once de septiembre sus agentes constataron que Domenech no había sido llevado a su paseo matinal. Además, al mediodía el Gringo había partido a bordo del Rastrojero para luego regresar manejando un Rambler Classic. El vehículo quedó estacionado junto al portón de la casa, como para que sus ocupantes pudiesen abordarlo con rapidez y sin exponerse a la vista de terceros.

Todo parecía encaminarse hacia un desenlace inminente.

Suárez Nelson —que aún soñaba con el dinero del rescate— no dudó de ello. Y, sin perder un instante, se comunicó con el comisario Etchecolatz.

Los primeros acordes del operativo policial resultaron imperceptibles.

Poco antes de las ocho de la noche, unos siete móviles sin identificación se internaron en las calles del barrio. Transportaban a treinta efectivos de la Brigada de Banfield, encabezados por el comisario Rousse y el propio Etchecolatz.

Minutos después entraron en escena otros cien policías pertenecientes a diversas comisarías del sur bonaerense. Algunos cortaron la Ruta 2, desviando el tránsito hacia el Camino General Belgrano. También fueron clausuradas varias arterias vecinales, mientras que el resto formaba un enorme cordón de seguridad alrededor del refugio guerrillero. Recién entonces, los hombres de la Brigada tomaron ubicación detrás de los árboles.

Únicamente faltaba la orden para entrar en acción.

Pero los jefes policiales pretendían que la oscuridad fuese total.

Así pasó una tensa media hora, en la que solo fue audible el canto de los grillos. Etchecolatz aprovechó ese lapso para supervisar la posición de su tropa con el fervor de un mariscal.

Sin duda, confiaba en el factor sorpresa. Pero su plan se derrumbó al ver el horizonte fracturado por una ráfaga de fuego que partía desde la terraza. Ello provocó el desbande de sus hombres.

Por unos segundos el silencio fue absoluto. Luego se escucharon algunos gemidos de dolor entremezclados con voces de mando.

—¡Un médico, carajo! ¡Un médico! —gritaba un sargento, mientras sostenía a otro suboficial con un balazo en la nalga.

Cerca de allí, Rousse dirigía una mirada incómoda hacia un oficial que se debatía entre la vida y la muerte con una parte de su masa encefálica esparcida en el pasto.

Mientras tanto, Etchecolatz bramaba órdenes que nadie parecía escuchar.

Otra ráfaga partió desde la terraza.

Esa vez las balas inutilizaron un Torino de la Brigada.

Pese a los bramidos del comisario, sus hombres volvieron a retroceder.

Por unos minutos los policías no atinaron a moverse de sus improvisados parapetos. Luego lograron reagruparse. En ese momento, algunos uniformados abandonaron el cordón perimetral para unirse a ellos. Y todos dispararon al unísono.

Pero la réplica de los insurgentes no tardó en hacerse oír.

Etchecolatz, quien había quedado en medio del fuego cruzado, se tiró boca abajo. Permaneció así durante la siguiente hora. Finalmente pudo reptar hacia la retaguardia. Sus ojos lucían más desorbitados que nunca.

Ante el cariz de los hechos el Ejército decidió tomar cartas en el asunto, luego de que la policía provincial cursara un desesperado pedido de auxilio al Estado Mayor. Al rato llegó al teatro de operaciones una columna de camionetas verdes. De su interior saltaron unos cincuenta efectivos armados hasta los dientes. Era un pelotón del Regimiento 7 de Infantería de La Plata. Lo comandaba el jefe de la unidad, coronel Roque Carlos Presti.

Al hombre le alcanzó un vistazo para evaluar la situación. Los destellos del fuego enemigo le permitieron entrever las formas de la pequeña fortaleza guerrillera. Pese a la lluvia de proyectiles desatada sobre ella, su estructura seguía intacta. Las balas que rebotaban sobre la puerta de hierro forjado solo lograban emitir un tintineo perturbador. Y la terraza era una trinchera infranqueable. Desde allí volaban granadas de guerra, ráfagas de ametralladora y disparos efectuados con un FAP.

El coronel recién apartó la vista al sentir un ardor en las retinas: el viento devolvía los gases lacrimógenos. Al regresar sobre sus pasos advirtió la presencia de dos civiles. Uno de ellos era el juez de turno. A viva voz había intentado mediar en el conflicto. Pero los tiros lo habían obligado a refugiarse detrás de un árbol. Ahora conversaba amigablemente con los comisarios.

El otro civil estaba rodeado por un grupo de policías; era nada menos que don Gustavo Mogensen, el padre del Gringo. El comisario Rousse lo había hecho traer para presionar a su hijo. El intento no prosperó.

A pesar de su estruendoso devenir, el combate se había estancado en una suerte de empate técnico. Sin dejar de accionar sus armas ambos bandos se mantenían mutuamente a raya. A los uniformados les resultaba imposible aproximarse hacia la casa y a sus ocupantes les era impracticable iniciar la retirada.

A medianoche la intensidad del tiroteo bajó. Los del ERP únicamente disparaban ráfagas a modo de advertencia. Eso significaba que habían empezado a economizar municiones.

Luego, los tiros cesaron.

Pero la calma no fue duradera; solo bastó el leve sonido de unas pisadas para desatar nuevamente el infierno. El coronel miró su reloj. El reverdecer de las hostilidades había despertado su impaciencia. Y valiéndose de señas impartió una orden a un grupo de conscriptos, quienes tardaron un minuto en montar una pieza de artillería sobre el descampado. Era un mortero de noventa milímetros.

Etchecolatz se tiró boca abajo. Permaneció así durante la siguiente hora. Finalmente pudo reptar hacia la retaguardia. Sus ojos lucían más desorbitados que nunca.

La primera descarga causó un fogonazo en la boca del caño, e iluminó el cielo al estrellarse sobre la casa. Así pulverizó parte del muro y el portón.

La respuesta fue una barrida de fusil, seguida por un tiro de pistola que sonó en el interior de la vivienda.

El segundo cañonazo hizo blanco entre el techo y la ventana.

Y el tercero arrasó con la terraza.

El silencio entonces fue definitivo.

Poco después, soldados y policías corrieron a campo traviesa. El asalto final resultó un juego de niños.

Don Gustavo Mogensen fue obligado a reconocer ahí mismo el cadáver de su hijo. El Gringo yacía en la terraza, con los brazos abiertos en cruz y la mirada inmóvil. El Negro Ramón agonizaba junto al tanque de agua, con una

mano estirada hacia un FAL caído a centímetros de su alcance. Un tipo de civil se aproximó y, sin mover el brazo que llevaba pegado al cuerpo, le disparó tres veces en la cabeza.

De la mujer, en cambio, no parecía haber rastros. Eso sobresaltó a los presentes. Su cuerpo luego fue hallado entre los escombros.

Unas horas después, cuatro presos políticos alojados en Devoto oían en su celda el programa *Charlando las Noticias*, conducido por Julio Lagos. El periodista había arrancado la emisión con una crónica algo lavada de lo sucedido en Florencio Varela. Después, siempre con su dicción afable, dio a conocer el nombre de los muertos. En ese instante uno de los presos empalideció.

—Acaba de caer mi compañera —dijo.

Recién entonces a Carlos Martínez se le humedeció la mirada.

Dicen que esa mañana unos cuarenta presos —del ERP y Montoneros, en su mayoría— homenajearon al trío abatido con una formación militar efectuada en el pasillo del pabellón.

A esa misma hora, un llamado telefónico arrancó de la cama al ejecutivo Armaño. Del otro lado de la línea estaba la voz de Etchecolatz. Sin rodeos, dijo:

—Vea, tenemos a su hombre.

Armaño quiso interesarse por el estado de su jefe. Pero no pudo hacerlo. El otro se le había adelantado con la siguiente indicación:

—Vaya lo más rápido que pueda a la morgue de La Plata.

Al rato, Armaño pudo reencontrarse finalmente con el hombre secuestrado. Luis León Domenech vestía la misma ropa con la que había salido de su casa. Y parecía dormido. En realidad tenía un disparo en la nuca.

La versión policial atribuyó su muerte a una bala guerrillera.

Por su parte, los hombres del SIE se mostraron convencidos de que había habido negociaciones secretas entre la empresa petrolera y el ERP, y de que ese arreglo —sin que ellos pudiesen detectarlo— había culminado con el pago del rescate.

Los insurgentes en ningún momento se pronunciaron al respecto, aunque un rumor generado en la organización señalaba la existencia de intensas tratativas que, con vistas a lo ocurrido, habían quedado truncas. Para contribuir al desconcierto general, además, Armaño aseguraría a través del tiempo que jamás existió contacto alguno con los secuestradores.

Lo sucedido en el barrio El Rocío conmovió a la opinión pública por su virulencia. Al flamante presidente interino Ítalo Luder, el incidente le sirvió para poner en relieve la peligrosidad de las «bandas subversivas». Pero el Ejército se mantuvo en silencio, exagerando así su presunta subordinación al poder civil.

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y PERSONAS

Almirante Brown, Avellaneda, Banfield: Localidades del sur del Gran Buenos Aires.
Batallón 601: Servicio de inteligencia del Ejército Argentino durante la dictadura militar.
Batallón de Arsenales Domingo Viejobueno: (Operativo Monte Chingolo) El 23 de diciembre de 1975, el ERP intentó copar este batallón del Ejército Argentino para apoderarse de armamento. El Ejército ya había sido avisado y esperó el ataque. En el enfrentamiento murió un centenar de personas.
Berazategui, Bernal: Localidades del sur del Gran Buenos Aires.
Brynner, Yul: (1920-1985) Actor de origen ruso y nacionalizado estadounidense, famoso, entre otras cosas, por su calva.
Casa Cuna: Orfanato.
***Charlando las noticias*:** Ciclo radial iniciado en 1971 en Radio Belgrano, conducido por el periodista Julio Lagos.
Confitería: Bar.
Cuadra: En urbanismo, cada uno de los lados de una manzana.
***El rotativo del aire*:** Mítico programa de radio argentino que se inició en 1958.
Españadero, Carlos Antonio: (1932) Mayor del Servicio de Inteligencia del Ejército.
ERP: (Ejército Revolucionario del Pueblo) Grupo guerrillero que operó en Argentina en la década del setenta.
Estanciera: Camioneta fabricada por Industrias Kaiser Argentina durante 1957 y 1970.
Etchecolatz, Miguel: (1929) Director de investigaciones de la Policía Federal argentina durante 1976 y 1977.
FAL: Fusil Automático Ligero.
Falcon: Modelo de la marca Ford. Habitualmente de color verde, fue el coche utilizado por las Fuerzas Armadas durante la dictadura argentina para secuestrar y *desaparecer* personas.
FAP: Fusil Automático Pesado.
Florencio Varela: Localidad del sur del Gran Buenos Aires.
Galtieri, Leopoldo Fortunato: (1926-2003) Militar argentino que ocupó de facto la presidencia de la República entre 1981 y 1982.
Isaura: Compañía petrolera que inició su actividad en 1926.
La Plata: Capital de la provincia de Buenos Aires.
Lío de polleras: Asuntos sentimentales. *Pollera*, en Argentina, es falda de mujer.
Lomas de Zamora: Localidad del sur del Gran Buenos Aires.

Para la milicia liderada por Mario Roberto Santucho, la batalla de Florencio Varela tuvo un efecto ambivalente. Sus órganos de difusión no habían escatimado elogios ante la excelencia operativa y el heroísmo de los combatientes caídos. Pero en las hendijas de esa historia se proyectaba la sombra de una duda: el modo en que las fuerzas policiales habían localizado el búnker guerrillero.

A Juan Mangini —también conocido como «Pepe»— este interrogante le quitaba el sueño. Era nada menos que el jefe de Inteligencia del ERP.

En el atardecer del quince de septiembre —tres días después de la balacera—, Pepe cruzaba presurosamente la avenida General Paz al volante de una vieja Estanciera. No se trataba de alguien que pasara desapercibido: pesaba unos ciento veinte kilos, su abdomen era tan llamativo como la hernia que le abultaba el bajo vientre y el cabello con gomina le otorgaba un aire tanguero.

En esa ocasión el rostro de Pepe lucía contrariado; acababa de toparse con un dato inquietante: la Regional Capital estaría infiltrada por un espía del Batallón 601. Al menos así lo había asegurado un sargento del SIE captado por los Montoneros. Estos no habían tardado en elaborar un informe al respecto, antes de establecer un encuentro con el hombre del ERP para entregarle una copia.

Pepe ahora se dirigía a una quinta del sur bonaerense para tratar el asunto con el propio Santucho. Y su preocupación iba en aumento.

En el *paper* no había mayores precisiones sobre la identidad del agente enemigo. Con la excepción de un apodo: el Oso.

Epílogo

El informe montonero contenía una inexactitud: en la estructura capitalina del ERP no había nadie llamado así. En consecuencia, el Oso siguió operando sin contratiempos en el Gran Buenos Aires.

A este personaje se le atribuye la entrega al Ejército de cincuenta militantes. Además de haber propiciado la localización de varias casas operativas, imprentas, talleres de armamento y depósitos de propaganda, en donde fueron acribilladas otras trece personas. A tal conteo se le suman las cincuenta y tres bajas guerrilleras en el frustrado ataque al Batallón de Arsenales Domingo Viejobueno, próximo a la localidad bonaerense de Monte Chingolo, oportunamente delatado por él.

Ese hecho —ocurrido en vísperas a la Navidad de 1975— dejó al descubierto su condición de agente militar.

Tras ser sometido a juicio revolucionario por el ERP, Rafael de Jesús Ranier fue ejecutado el trece de enero de 1976. ◣

Luder, Ítalo Argentino: (1916-2008) Político argentino que ocupó interinamente la presidencia de la Nación durante el gobierno de Isabel Perón en 1975.
Mangini, Juan: Responsable de Inteligencia del ERP.
Montoneros: Organización guerrillera argentina. Desarrolló la lucha armada entre 1970 y 1979.
Operativo Independencia: Actuación del Ejército y la Fuerza Aérea argentinos para aniquilar la «Compañía de Monte Ramón Rosa Giménez» del ERP, en la provincia de Tucumán.
Penal de Villa Devoto: Cárcel ubicada en el barrio de Villa Devoto, dentro de la ciudad de Buenos Aires.
Peronismo: Partido político creado alrededor de la figura de Juan Domingo Perón. Más tarde apodado Justicialismo. **—ortodoxo:** En los setenta, fracción del Justicialismo más cercano a las Fuerzas Armadas que a las organizaciones insurgentes.
Plaza Miserere: Plaza ubicada en el barrio del Once en la Ciudad de Buenos Aires.
Presti, Roque Carlos: Coronel del Regimiento de Infantería Mecanizada 7 entre octubre de 1975 y septiembre de 1977.
Quilmes: Localidad del sur del Gran Buenos Aires.
Ranier, Rafael de Jesús: (1947-1976) También apodado «el Oso» era un exmiembro de las Fuerzas Armadas peronistas infiltrado en el ERP.
Rastrojero: Pequeño utilitario fabricado en Argentina a partir de 1952.
Riveiro, José Osvaldo: (1933) Teniente Coronel. Segundo jefe del Batallón 601.
Rousse, Alberto: Comisario Inspector de la Brigada de operaciones de la provincia de Buenos Aires. Hoy arrepentido.
Samuelson, Víctor: (1937) Norteamericano, gerente general de la refinería Esso S.A.P.A., secuestrado en 1973 por el ERP.
Santucho, Mario Roberto: (1936-1976) Fundador del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y comandante del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).
Suárez Nelson, Jorge: (1928-2008) General de Brigada, jefe de la central de reunión del Batallón de Inteligencia 601.
Sur bonaerense: Zona del conurbano de la ciudad de Buenos Aires.
Torino: Modelo de la marca Renault fabricado en Argentina entre 1966 y 1981.
Valín, Alfredo: Jefe del Batallón de Inteligencia 601 desde 1974 a 1977.
Villa Domínico: Localidad del sur del Gran Buenos Aires.

LOS **ERPIANOS**

—¿En qué momento el Oso se convirtió en el topo? ¿Cuándo cambió de especie?

—Yo estuve buscando algunos datos sobre Jesús Ranier. Y me enteré, por ejemplo, que antes de infiltrarse en el ERP el Oso militaba en las «Fuerzas Armadas Peronistas», hasta que lo detuvo la policía. Lo apretaron, lo amenazaron con matar a su familia, el Oso se quebró y a partir de ahí empezó a trabajar para los servicios de Inteligencia. Lo cuenta Gustavo Plis-Sterenberg en un libro sobre los erpianos, *Monte Chingolo*.

—Me perdí. ¿Quiénes son «los erpianos»? Suenan a alienígenas de *Star Trek*. Los vulcanos, los andorianos, los erpianos…

—Los que militaban en el ERP, gordito pánfilo. El Oso, después de Monte Chingolo, fue juzgado por un tribunal revolucionario y lo condenaron a muerte. Le dieron a elegir cómo quería morir, si con una inyección letal o con un disparo.

—¿Qué eligió?

—Balazo. Lo más rápido, supongo. Lo mataron y después dejaron su cuerpo tirado en el barrio de Flores, con un cartel que decía que era un traidor y que había entregado a sus compañeros. Tenía veintinueve años.

—Yo pensaba que era más grande.

—¿Viste? A mí me pasó lo mismo. Me pasa también con los jugadores de fútbol y con los participantes de *Feliz domingo*. Sigo pensando que son más grandes que yo.

—Es una gran historia la del Oso. Y además está contada por una leyenda del periodismo policial. ¿Sabe Patán Ragendorfer que el año pasado hablamos de él en una sobremesa de la N8?

—No le pregunté, pero seguro que sí. Fue la noche del recital de los Redondos en La Plata, ¿no? Una noche que pasó de todo.

—Y de la que yo no me acuerdo nada.

—¿Vos leíste la crónica que hizo Patán para la *Cerdos & Peces* sobre la necroscopia de los restos del cantante Rodrigo?

—Maravillosa. Si me acuerdo bien, la exhumación se había hecho para extraer muestras de ADN. Había un juicio de paternidad en el medio…

—Claro. Te voy a refrescar cómo termina esa crónica, que la tengo acá mismo.

—Dale.

—Cuenta Ragendorfer: «El trabajo de los forenses se prolongó durante más de una hora. El resto de los presentes intercambiaba opiniones y observaba desde una distancia prudencial cómo iban cortando partes del cuerpo (un pedazo de fémur, huesos de los dos brazos y seis piezas dentales), que fueron siendo colocadas y catalogadas en frascos de vidrio. Finalmente se vio cómo volvían a acomodar las extremidades dentro del ataúd. Al ver eso, la abuela del presunto hijo del ídolo, musitó: "El nene tiene las manitas como las del padre". Y rompió en llanto».

—¿Está hablando de Rodrigo Bueno, no? El ídolo cuartetero, el que canta *La mano de Dios*…

—¿Increíble, no?

—Hay que tener huevos para escribir algo así.

—Después de escribir libros como *La Bonaerense* y *La secta del gatillo* está claro que a Patán le sobran huevos. Es una leyenda.

—Fogwill decía que su apellido, en austríaco, se traducía así: *ragen* significa «aldeano»; y *dorfer*, «que se eleva». Pero también, según Fogwill, Ragendorfer podía traducirse como «el vengador del pueblo». Se lo cuenta el mismísimo Patán a Saccomano en un reportaje buenísimo.

—«El vengador del pueblo», me gusta eso.

—Este año tendríamos que hacer más crónicas policiales, una por número.

—Totalmente. Y tendríamos que llamar al autor de «Conchita» para que escriba una. Y a Claudia Piñeiro. Anotálo.

—¿Viste que hablamos de topos e infiltrados y en ningún momento hablamos de *Homeland*?

—Qué raro, ¿estaremos madurando? Una cosa loca que me enteré el otro día es que la actriz que hace de la rubia bipolar en *Homeland*, y la que hace de Jessica Brody, son amigas desde chiquitas. Fueron juntas a la escuela.

—¿Como nosotros? No te lo puedo creer…

—¿A vos cuál te gusta más? ¿La rubia que revolea los ojos o la morocha con labios de pato?

—Ninguna de las dos. A mí y a Diego Papic nos gusta Dana, la hija de los Brody.

—También te gustaba Claire Fisher, Gordo Catastra... Dana es menor de edad. Estas declaraciones te pueden dejar six feet under.

—¿Sabés qué quiere decir Casciari en italiano? «Un gordito que se eleva». Así que no te preocupes por mí. Me desentierro solo. ◣

10.6 SEGUNDOS

UN CUENTO DE **HERNÁN CASCIARI**

MONTAJE GRÁFICO DE **JORGE CABRAL**

Menos de once segundos antes, cuando el jugador argentino recibe el pase de un compañero, el reloj en México marca las trece horas, doce minutos y *veinte* segundos. En la escena central hay también dos británicos y un hombre algo mayor, de origen tunecino. El deporte al que juegan, el fútbol, no es muy popular en Túnez. Por eso el africano parece el único que no está en actitud de alarma atlética. Se llama Alí Bin Nasser y, mientras los otros corren, él camina despacio. Tiene cuarenta y dos años y está avergonzado: sabe que nunca más será llamado a arbitrar un partido oficial entre naciones. También sabe que si, doce años antes, cuando se lesionó en la liga tunecina, le hubieran dicho que estaría en un Mundial, no lo habría creído. Tampoco la tarde en que se convirtió en juez: en Túnez no es necesario, para acceder al puesto, más que tener el mismo número de piernas que de pulmones. Cuando dirigió su primer partido descubrió que sería un árbitro correcto. Fue más que eso: logró ser el primer juez de fútbol al que reconocían por las calles de la ciudad. Lo convocaron para las eliminatorias africanas de 1984 y su juicio resultó tan eficaz que, un año más tarde, fue llamado a dirigir un Mundial. En México le pedían autógrafos, se sacaban fotos con él y dormía en el hotel más lujoso. Había arbitrado con éxito el Polonia-Portugal de la primera fase, y vigilado la línea izquierda en un Dinamarca-España en donde los daneses jugaron todo el segundo tiempo al achique; él no se equivocó ni una sola vez al levantar el banderín. Cuando los organizadores le informaron que dirigiría un choque de cuartos —nunca un juez tunecino había llegado tan lejos—, Alí llamó a su casa desde el hotel, con cobro revertido, se lo contó a su padre y los dos lloraron. Esa noche durmió con sofocones y soñó dos veces con el ridículo. En el primer sueño se torcía el tobillo y tenía que ser sustituido por el cuarto árbitro; en el sueño, el cuarto árbitro era su madre. En el segundo sueño saltaba al campo un espontáneo, le bajaba los pantalones y él quedaba con los genitales al aire frente a las televisiones del mundo. De cada sueño se despertó con palpitaciones. Pero no soñó nunca, durante la víspera, en dar por válido un gol hecho con la mano. No soñó con que, en la jerga callejera de Túnez, su apellido se convertiría en metáfora jocosa de la ceguera. Por eso ahora dirige el segundo tiempo de ese partido con ganas de que todo acabe pronto.

Ahora el jugador argentino toca el balón con su pie izquierdo y lo aleja medio metro de la sombra. El calor supera los treinta grados y esa sombra, con forma de araña, es la única en muchos metros a la redonda. Alrededor del campo, acaloradas, ciento quince mil personas siguen los movimientos del jugador pero solo dos, los más cercanos a la escena, pueden impedir el avance. Se llaman Peter: Raid uno, Beardsley el otro; nacieron en el norte de Inglaterra, uno en el cauce y el otro en la desembocadura del río Tyne; los dos tuvieron, pocos años antes, un hijo varón al que llamaron Peter; los dos se divorciaron de su primera mujer antes de viajar a México; y los dos están convencidos, a las trece horas, doce minutos y *veintiún* segundos, que será fácil quitarle el balón al jugador argentino porque lo ha recibido a contrapié y ellos son dos: uno por el frente y el otro por la espalda. No saben que, una década después, Peter Raid hijo y Peter Beardsley hijo serán amigos, tendrán quince y dieciséis años y estarán bailando en una rave de Londres. Un escocés de apellido O'Connor —que más tarde será guionista del cómico Sacha Baron Cohen— los reconocerá y, en medio de la danza, los esquivará con una finta y un regate. Lo hará una vez, dos veces, tres veces, imitando el pase de baile que ahora, diez años antes, le practica a sus padres el jugador argentino. Raid hijo y Beardsley hijo no entenderán la broma, entonces otros participantes de la rave se sumarán a la burla de O'Connor y se formará un bucle de bailarines que, en forma de tren humano, esquivará a los muchachos en dos tiempos. Peter Raid hijo será el primero en comprender la mofa, y se lo dirá a su amigo: «Es por el video de nuestros padres, el de México ochenta y seis». Peter Beardsley hijo hará un gesto de humillación y los dos amigos escaparán de la fiesta perseguidos por decenas de muchachos que gritarán, a coro, el apellido del jugador que diez años antes, ahora mismo, se escapa de sus padres con un quiebre de cintura. Muy pronto Raid padre y Beardsley padre dejarán de perseguir al jugador: será el trabajo de otros compañeros intentar detenerlo. Ellos ahora permanecen congelados en medio de una cinta que el tiempo convierte, a cámara lenta, de VHS a YouTube. Ahora sus hijos tienen cinco y seis años y no recordarán haber visto en directo el primer regate del jugador, pero al comienzo de la adolescencia lo verán mil veces en video y dejarán de sentir respeto por sus padres. Peter Raid y Peter Beardsley, inmóviles aún en el centro del campo, todavía no saben exactamente qué ha pasado en sus vidas para que todo se quiebre.

LA VOZ DEL INTERIOR
Argentina reconquista
Malvinas
BASTA, PIRATAS:
SI NOS ATACAN
IVAN A LA LO

Raudo y con pasos cortos, el jugador argentino traslada la escena al terreno contrario. Solo ha tocado el balón tres veces en su propio campo: una para recibirlo y burlar al primer Peter, la segunda para pisarlo con suavidad y desacomodar al segundo Peter, y una tercera para alejar el balón hacia la línea divisoria. Cuando la pelota cruza la línea de cal el jugador ha recorrido diez de los cincuenta y dos metros que recorrerá y ha dado once de los cuarenta y cuatro pasos que tendrá que dar. A las trece horas, doce minutos y *veintitrés* segundos del mediodía un rumor de asombro baja desde las gradas y las nalgas de los locutores de las radios se despegan de los asientos en las cabinas de transmisión: el hueco libre que acaba de encontrar el jugador por la banda derecha, después del regate doble y la zancada, hace que todo el mundo comprenda el peligro. Todos menos Kenny Sansom, que aparece por detrás de los dos Peter y persigue al jugador con una parsimonia que parece de otro deporte. Sansom acompaña al jugador argentino sin desespero, como si llevara a un hijo pequeño a dar su primera vuelta en bicicleta. «Parecía que estuvieras en un entrenamiento, joder», le dirá el entrenador Bobby Robson dos horas después, en los vestuarios. «Ese no eras tú», le dirá su medio hermano Allan un año más tarde, borrachos los dos, en un pub de Dublín. Ken-

ny Sansom rebobinará mil veces el video en el futuro. Verá su paso desganado, casi un trote, mientras el jugador se le escapa. Comenzará, en noviembre de ese año, a tener problemas con el juego y el alcohol. En la prensa sensacionalista lo apodarán «White» Sansom, por su afición al vino blanco. Su único amigo de las épocas doradas será Terry Butcher, quizá porque ambos compartirán el eje de un trauma idéntico. Butcher es el que ahora, cuando los relatores de radio y los espectadores en las gradas todavía están poniéndose de pie, le tira una patada fallida al jugador que avanza por su banda. Sin saber que su apellido, en el idioma del rival, significa *carnicero*, el jugador sorteará más tarde una segunda patada del central inglés, esta vez con ánimo mortal, en el vértice del área pequeña. Terry Butcher tampoco superará nunca el fantasma de esos diez segundos en el mediodía mexicano. «Al resto de mis compañeros los regateó una sola vez, pero a mí dos..., pequeño bastardo», le dirá a la prensa muchos años después, con los ojos vidriosos. Kenny Sansom y Terry Butcher no regresarán a México jamás, ni siquiera a playas turísticas alejadas del Distrito Federal. En el futuro, sin hijos ni parejas estables, tendrán por afición (con casi sesenta años cada uno) juntarse a tomar whisky los jueves por la noche e inventar nuevos insultos contra el jugador argentino que ahora, sin marca, entra al área grande con el balón pegado a los pies.

Antes del inicio de la jugada, un hombre da un mal pase. Con ese error empieza la historia. Podría haber jugado hacia atrás o a su derecha, pero decide entregar el balón al jugador menos libre. Ese hombre se llama Héctor Enrique y se queda inmóvil después del pase, con las manos en la cintura. Después de ese partido nunca podrá separarse del jugador, como si el hilo invisible del pase vertical se transformara, con el tiempo, en un campo magnético. Enrique todavía no lo sabe, pero volverá a participar de un Mundial de fútbol, veinticuatro años después y en tierra sudafricana. Será parte del cuerpo técnico de un entrenador que, más gordo y más viejo, tendrá el mismo rostro del hombre joven que ahora corre en zigzag. Y acabará su carrera todavía más lejos, en los Emiratos Árabes, de nuevo a la derecha del jugador al que, hace dos segundos, le ha dado un pase a contrapié. Durante muchas noches del futuro, en un país extraño donde las mujeres tienen que ir en el asiento trasero de los coches, Enrique pensará qué habría ocurrido si, en lugar de esa mala entrega, le hubiera cedido el balón a Jorge Burruchaga, su segunda opción. Burruchaga es el que ahora corre en paralelo al jugador, por el centro del campo. Son las trece horas, doce minutos y *veinticuatro* segundos: está convencido de que el jugador le dará el pase antes de entrar al área, que únicamente le está quitando las marcas para dejarlo solo frente a los tres palos. Burruchaga corre y mira al jugador; con el gesto corporal le dice «estoy libre por el medio» y mientras espera el pase en vano no sabe que un día, algunos años después, aceptará un soborno en la liga francesa y será castigado por la Federación Internacional. Otra entrega a destiempo. Pero él, congelado en el presente, todavía corre y espera la cesión que no llega nunca. Días más tarde hará el gol decisivo de la final, pero el mundo solo tendrá ojos y memoria para otro gol. Año tras año, homenaje tras homenaje, el suyo no será el más admirado. Una noche Burruchaga llamará por teléfono a Arabia Saudita para conversar con su amigo Héctor Enrique, y lamentará, un poco en broma, un poco en serio, aquel gol ajeno que opacó el decisivo de la final. Entonces Enrique verá por la ventana una tormenta de arena y, sin pretenderlo, lo hará sonreír. «No fue para tanto aquel gol», le dirá, «el pase se lo di yo, si no lo hacía era para matarlo».

OM-VA: BERNÈS BALANCE TAPIE DANS LE PRETOIRE

By PAUL BYRNE

Le 6 septembre, le comité exécutif de l'UEFA exclut l'OM, champion de France en titre, de l'édition 1993-1994 de la Ligue des champions. De plus, le club phocéen sera privé de Supercoupe d'Europe et de la finale de la Coupe intercontinentale. Le 22 septembre, la fédération française suspend l'attribution à l'OM du titre de champion de France pour la saison 1992-1993, ainsi que les licences de Jean-Pierre Bernès et des joueurs impliqués, Eydelie, Robert et Burruchaga. Le 22 avril 1994 l'Olympique de Marseille (qui finira second du championnat de D1 en 1993-1994) est rétrogradé en deuxième division par la FFF, qui retire sa licence de dirigeant à Bernard Tapie.

Dentro del campo de juego el viento sopla a doce kilómetros por hora. Si hubiera soplado a sesenta kilómetros por hora, como ocurrió en la Ciudad de México seis días más tarde, quizás la jugada no hubiera acabado bien. El avance parece veloz por ilusión óptica, pero el jugador regula el ritmo, frena y engaña. Hay una geometría secreta en la precisión de ese zigzag, un rigor que se hubiera roto con un cambio en el viento o con el reflejo de un reloj pulsera desde las gradas. Terry Fenwick piensa en las variables del azar mientras se ducha cabizbajo tras la derrota. Sobre todo en una, la menos descabellada. Antes del partido, Fenwick le aconsejó a su entrenador Bobby Robson que lo mejor sería hacerle, al jugador rival, un marcaje hombre a hombre. Bobby respondió que la marca sería zonal, como en los anteriores partidos. ¿Qué habría ocurrido si Robson le hacía caso?, se preguntará Terry Fenwick desnudo, en la soledad del vestuario, con el agua reventándole las sienes. En este momento, a las trece horas, doce minutos y *veintiséis* segundos del mediodía, es él quien ve llegar al jugador con el balón dominado; es él quien cree que dará un pase al centro del área. Fenwick piensa igual que Burruchaga, apoya todo el cuerpo en su pierna derecha para evitar el pase y deja sin candado el flanco izquierdo. El jugador, con un pequeño salto, entra entonces por el hueco libre, pisa el área y encuentra los tres palos. «Mierda», le dirá a la prensa Terry Fenwick en 1989, «arruinó mi carrera en cuatro segundos». Dos años después del exabrupto, en 1991, Fenwick pasará cuatro meses en prisión por conducir borracho. Dirá, a mediados de la década siguiente, que no le daría la mano al jugador argentino si lo volviera a ver. En esas mismas fechas una de sus hijas cumplirá dieciocho años. Durante la fiesta, Terry Fenwick la encontrará besándose con un argentino en una playa de Trinidad. Reconocerá la identidad del muchacho por una camiseta celeste y blanca con el número diez en la espalda. Fenwick aún no lo sabe, pero en su vejez dirigirá un ignoto equipo llamado «San Juan Jabloteh» en Trinidad y Tobago, un país que nunca jugó un Mundial, pero que tiene playas. Fenwick se emborrachará cada día en la arena de esas playas. La tarde del encuentro de su hija con el argentino querrá acercarse al chico para golpearlo. El argentino hará el gesto de salir para la izquierda y escapará por la derecha. Fenwick, de nuevo, se comerá el amague.

Ocho pasos, de cuarenta y cuatro totales, dará el jugador dentro del área, y le bastarán para entender que el panorama no es favorable. Hay un rival soplándole la nuca a su derecha, Terry Butcher; otro a su izquierda, Glenn Hoddle, le impide la cesión a Burruchaga; Fenwick se ha repuesto del amague y ahora cubre el posible pase atrás y, por delante, el portero Peter Shilton le cierra el primer palo. El norte, el sur y el este están vedados para cualquier maniobra. Son las trece horas, doce minutos y *veintisiete* segundos del mediodía. Tres horas más en Buenos Aires. Seis horas más en Londres. En cualquier ciudad del mundo, a cualquier hora del día o de la noche, intentar el disparo a puerta en medio de ese revoltijo de piernas es imposible, y el que mejor lo sabe es Jorge Valdano, que llega solo, muy solo, por la izquierda. Nadie se percata de la existencia de

"Tienes vocación de héroe y ganas de ser distinto: usas ropas estrafalarias y manos. Aristócrata."

Valdano, ni ahora en el área grande ni durante la escuela primaria, en el pueblo santafecino de Las Parejas. Jorge Valdano se sentaba a leer novelas de Emilio Salgari mientras sus compañeros jugaban al fútbol en los recreos, arremolinados detrás de la pelota. El fútbol le parecía un juego básico a los nueve años, pero a los once ocurrió algo: entendió las reglas y supo, sin sorpresa, que los demás chicos no lo practicaban con inteligencia. Empezó a jugar con ellos y, mientras el resto perseguía el balón sin estrategia, él se movía por los laterales buscando la geometría del deporte. Y fue bueno. Integró dos clubes del pueblo y pronto lo llamaron de Rosario para las inferiores de Newell's; debutó en primera antes de los dieciocho. A los veinte era campeón mundial juvenil en Toulon. A los veintidós ya había jugado en la selección absoluta. Pero en esos años de vértigo nunca amó el juego por encima de todo. Si le daban a elegir entre un partido entre amigos o una buena novela, siempre elegía el libro. Hasta ese momento de sus treinta años, Valdano no estaba seguro de haber elegido su verdadera vocación. Por eso ahora, que espera el pase, siente por fin que ese puede ser su destino, que quizá ha venido al mundo a tocar ese balón y colgarlo en la red. Sabe que la única opción del jugador es el pase a la izquierda. No le queda otra salida. Mientras pisa el área piensa: «Si no me la da, largo todo y me hago escritor». Pero el jugador entra al área sin mirarlo. Tampoco Butcher, ni Fenwick, ni Hoddle, ni Shilton se enteran de su presencia. Ni siquiera el camarógrafo, que sigue la jugada en plano corto, lo distingue a tiempo. En el video, Valdano es un fantasma que asoma el cuerpo completo recién cuando el balón está en el vértice del área pequeña. Jorge Valdano todavía no lo sabe, pero al final de ese torneo comenzará a escribir cuentos cortos.

No hay enemigo mayor para un atacante que el portero. El resto de los rivales puede usar la zancadilla rastrera o las rodillas para el golpe en el muslo. No importa, son armas lícitas en un deporte de hombres y el agredido puede devolver la acción en la siguiente jugada. Pero el portero, el guardavallas, el *goalkeeper*, el arquero (como el de Lucifer, sus nombres son infinitos) puede tocar el balón con las manos. El portero es una anomalía, una excepción capaz de deshacer con las manos las mejores acrobacias que otros hombres hacen con los pies. Y hasta ese día ningún futbolista de campo había logrado devolver esa afrenta en un Mundial. Por eso ahora, cuando el jugador pisa el área y mira a los ojos al portero Peter Shilton (camisa gris, guantes blancos), entiende el odio en la mirada del inglés. Media hora antes el argentino había vengado a todos los atacantes de la historia del fútbol, convirtiendo un gol con la mano. La palma del atacante había llegado antes que el puño del guardameta. En el reglamento del fútbol esa acción está vedada, pero en las reglas de otro juego, más inhumano que el fútbol, se había hecho justicia. Por eso en este momento culminante de la historia, a las trece horas, doce minutos y *veintinueve* segundos, Peter Shilton sabe que puede vengar la venganza. Sabe muy bien que está en sus manos desbaratar el mejor gol de todos los tiempos. Necesita hacerlo, además, para volver a su país como un héroe. Shilton había nacido en Leicester, treinta y seis años antes de aquel mediodía mexicano. Ya era una leyenda viva, no le hacía falta llegar a su primer y tardío Mundial para demostrarlo. Aún no lo sabe, pero jugará como profesional hasta los cuarenta y ocho años. Protagonizará en el futuro muchas paradas inolvidables que, sumadas a las del pasado, lo convertirán en el mejor *goalkeeper* inglés. Sin embargo (y esto tampoco lo sabe) en el futuro existirá una en-

ciclopedia, más famosa que la *Britannica*, que dirá sobre él: «Shilton, Peter: guardameta inglés que recibió, el mismo día, los goles conocidos como *la mano de Dios* y el *del Siglo*». Ese será su karma y es mejor que no lo sepa, porque todavía sigue mirando a los ojos al jugador argentino que se acerca, y tapa su palo izquierdo como le enseñaron sus maestros. Cree que Terry Butcher puede llegar a tiempo con la patada final. «Quizá sea córner», piensa. «Quizá pueda sacar el balón con la yema de los dedos». Tampoco sabe que dos años más tarde se publicará en Gran Bretaña un videojuego con su nombre, titulado «Peter Shilton's Handball», ni que sus hijos lo jugarán, a escondidas, en las vacaciones de 1992. Mejor que no conozca el futuro ahora, porque debe decidir, ya mismo, cuál será el siguiente movimiento del jugador. Y lo decide: Shilton se juega a la izquierda, se tira al suelo y espera el zurdazo cruzado. El argentino, que sí conoce el futuro, elige seguir por la derecha.

Antes de tocar por última vez el balón con su pie izquierdo, a las trece horas, doce minutos y *treinta* segundos del mediodía mexicano, el jugador argentino ve que ha dejado atrás a Peter Shilton; ve que Jorge Valdano arrastra la marca de Terry Fenwick; ve que Peter Raid, Peter Beardsley y Glenn Hoddle han quedado en el camino; ve a Terry Butcher que se arroja a sus pies con los botines de punta; ve a Jorge Burruchaga que frena su carrera con resignación; ve a Héctor Enrique, todavía clavado en la mitad del campo, que cierra el puño de la mano derecha; ve a su entrenador que salta del banquillo como expulsado por un resorte y al otro entrenador, el rival, que baja la mirada para no ver el final del avance; ve a un hombre pelirrojo con una pipa humeante en la primera bandeja de las gradas; ve la línea de cal de la portería contraria y recuerda el rostro del empleado que, durante el entretiempo, la repasó con un rodillo; ve nítidamente a su hermano el Turco que, con siete años, le echa en cara un error que cometió en Wembley en una jugada parecida, ve los labios sucios de dulce de leche de su hermano cuando dice «la próxima vez no le pegues cruzado, boludito, mejor amagále al arquero y seguí por la derecha», ve el rostro de su hermano con la luz de la cocina donde ocurrió la escena, ve la picardía con que lo miraba; ve, detrás del arco, un cartel que dice Seiko en letras blancas sobre fondo rojo; ve las uñas pintadas de verde de su primera novia, el día que la conoció, y ve a esa misma chica, ya mujer, amamantando a una niña; ve una pelota desinflada y se ve a él mismo, con nueve años, que intenta dominarla; ve a su madre y a su padre que arrastran, con esfuerzo, un enorme bidón de kerosén por una calle de tierra en la que ha llovido; ve una taquilla, en un vestuario de La Paternal, que lleva su nombre y su apellido en letras flamantes, ve su orgullo adolescente al leer por primera vez su nombre y su apellido en la taquilla; ve un estadio, sus tablones de madera, y ve también que un día el estadio entero, y no solo la taquilla, llevará su nombre. El jugador argentino ha controlado el aire de sus pulmones durante nueve segundos, y ahora está a punto de soltar todo el aire de un soplido. Al revés que los rivales y compañeros que ha dejado atrás, él puede respirar con su pierna izquierda, y también puede intuir el futuro mientras avanza con el balón en los pies. Ve, antes de tiempo, que Shilton se arrojará a la derecha;

ve la intención segadora de Terry Butcher a sus espaldas, se ve a él mismo, muchos años más tarde, con un nieto en los brazos, visitando la entrada del Estadio Azteca donde se levanta una estatua de bronce sin nombre: solo un jugador joven con el pecho inflado, un balón en los pies y una fecha grabada en la base: *22 de junio de 1986*; ve una rave en Londres donde dos chicos de quince años escapan de una multitud que se burla; ve un departamento en penumbras donde solo hay una mesa, dos amigos y un espejo sobre la mesa; ve a una muchacha en una playa del trópico que se deja besar por un chico que lleva puesta una camiseta argentina; ve un enjambre de periodistas y fotógrafos a la salida de todos los aeropuertos, de todas las terminales, de todos los estadios y de todos los centros comerciales del mundo; ve a un niño embobado con un videojuego en la ciudad de Leicester, mientras su hermano vigila por la ventana que no aparezca el padre; ve el cadáver de un hombre viejo que ha muerto en Ginebra ocho días antes de ese mediodía, un hombre que también ha visto todas las cosas del mundo en un único instante; ve Fiorito de día; ve Nápoles de tarde; ve Barcelona de noche; ve el estadio de Boca a reventar y él está en el medio del campo pero no lleva un balón en los pies, sino un micrófono en la mano; ve a un anciano en el aeropuerto de Cartago, que espera a su hijo en el último vuelo desde México, para abrazarlo y consolarlo; ve un tobillo inflamado; ve a una enfermera de la Cruz Roja, regordeta y sonriente; ve todos los goles que ha hecho y los que hará; ve todos los goles que ha gritado y los que gritará en su vida entera; se ve, con cincuenta y tres años, mirando desde el palco la final del mundo en el estadio Maracaná; ve el día que verá a su madre por última vez; ve la noche en que verá por última vez a su padre; ve crecer a todos los hijos de sus hijos; ve los dolores de parto de una mujer que está a punto de parir a un niño zurdo en Rosario, un año y dos días más tarde de ese mediodía mexicano; ve un espacio mínimo, imposible, entre el poste derecho y el botín de Terry Butcher. Cierra los ojos. Se deja caer hacia adelante, con el cuerpo inclinado, y se hace silencio en todo el mundo. El jugador sabe que ha dado cuarenta y cuatro pasos y doce toques, todos con la zurda. Sabe que la jugada durará diez segundos y seis décimas. Entonces piensa que ya es hora de explicarle a todos quién es él, quién ha sido y quién será hasta el final de los tiempos. ◣

EL **PING-PONG**

Me acuerdo cuando me hiciste escuchar la defensa que Dolina hace del Diego después del famoso «que la chupen».

—¿Te acordás? Fue a raíz del mensaje de un oyente que lo sacó de las casillas.

—No era un oyente, era una vieja…

—Es verdad, era una vieja que le decía «usted ayudó a alimentar al monstruo que tan bien nos hace quedar con la prensa extranjera».

—Dolina se calentó.

—No se calentó, ¿no te acordás? Le respondió tranquilo y se tomó su tiempo. «Yo decidí bancar a Maradona justamente por personas como usted», así empezó. Esa respuesta está online, entera, y no tiene desperdicio.

—Después de leer tu cuento lo primero que hice fue volver a ver el gol a los ingleses. No me canso de verlo. Qué increíble. ¿Te acordás que Sanfilippo dijo que había sido gol en contra?

—Sanfilippo es una vieja que opina de fútbol.

—Dijo que era la pierna de Butcher la que había empujado la pelota a la red, y no Diego.

—¿Le habrán puesto alguna vez esa toma del gol frontal en la que se ve claramente que no? ¡Qué bueno que está ver el gol entero solamente desde ese ángulo! El otro día lo encontré en Taringa. Está completo. Y además en cámara lenta, para que no queden dudas.

—A un jugador inglés, creo que a Beardsley, también le había quedado esa duda después del partido. Y dicen que en el vestuario lo encaró a Butcher y le preguntó si el gol lo había hecho él. El carnicero, pobre, le dijo «creo que no».

—¡Qué jugador Butcher! Al lado de él, los huevos de Giunta son dos fetos de codorniz.

—¿Cuándo se le rompe la cabeza? ¿Jugando unas eliminatorias decisivas para Inglaterra? Sale de la cancha, le dan siete puntos de sutura, le ponen una venda y sigue jugando. No solo eso: sigue cabeceando todas las pelotas que entran al área y el corte se le abre y termina el partido chorreando sangre, como si lo hubieran degollado.

—Un gladiador...

—Fue el jugador que quedó peor parado después de la jugada del Diego, porque es el único al que Maradona gambetea dos veces. Me da pena lo que le pasó al carnicero, no se lo merecía.

—¡Cipayo!

—¿Para vos es mejor Messi o Maradona?

—No caigas en el error pelotudo de compararlos. Son dos santos de un mismo credo.

—No los estoy comparando, te estoy empezando a hacer un ping-pong de preguntas y respuestas.

—Ah, me hubieras avisado antes. Bueno, entonces seguí.

—Ahora te digo una palabra y vos me decís qué se te viene a la cabeza, ¿sí?

—Ok.

—Vamos con la primera: Maradona.

— Efedrina.

—¿No tenés otra?

—Doña Tota.

—¿Más futbolístico?

—Messi.

—Messi no sirve, porque es la segunda palabra del ping-pong.

—Lo lamento. Para ese ítem se me agotaron las palabras.

—Ok. Va la segunda: ¿Messi?

—Totín.

—¿Totín?

—Sí, mi perro.

—Listo. No juego más.

—¡La última, por favor! No seas malo, preguntame la última…

—Está bien: ¿Dios?

—Cristiano.

—¿Vos estás seguro de que Dios es Cristiano? ¿No te vas a arrepentir de esto que estás diciendo?

—Tenés razón, Christian Gustavo: Dios somos todos y también todas las cosas. Te doy mi palabra de panteísta.

—¿Por qué no nombrás nunca a Maradona en el cuento, gordito canchero?

—Es un homenaje que le hago a Cortázar. ¿Te acordás del cuento del boxeador que cae a la lona y queda knock out? Está en el libro *Último round*. Cortázar jamás nombra al boxeador y uno no se da cuenta. Ese cuento es un pase de magia, como el del Negro Enrique. Además te doy un dato. Sí nombro a Maradona en el cuento.

—No, no lo nombrás. Me fijé muy bien.

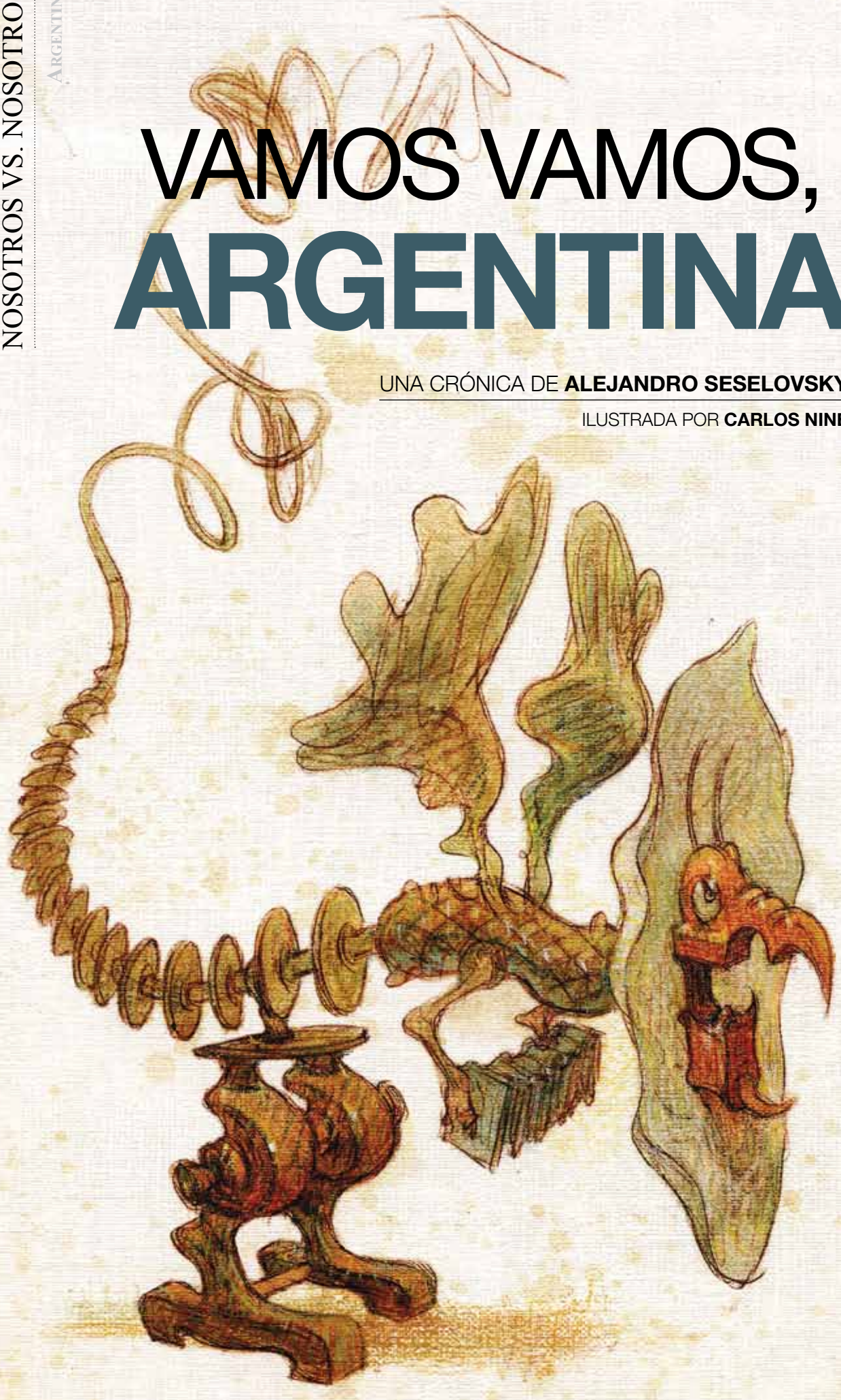
—Fijáte mejor. Está nombrado, y en mayúsculas. Lo que pasa es que sos miope. ◣

OBJETIVO:
SER TAN FAMOSO QUE ACABEN DECORANDO LOS SEMÁFOROS CON MI PROFILE
¡PODRÍA PASAR!
NO ES LO HABITUAL, PERO QUIZÁS PODRÍA CANJEARLO POR OTRO HONOR QUE SE ME RESERVE: EL PREMIO NACIONAL, LA MEDALLA DE LA MADRE, LA REAL ORDEN DEL PELÍCANO...
En cuanto la población hubiera asumido (subconscientemente) mi despótico mandato doméstico, sería el momento de CAMBIAR LA HISTORIA abusando un poco del superpoder ADELANTE / STOP.
Punks de paisano
Suscriptores de Orsai
Conversadores militantes
Casi todas las mujeres
Los que se conocen el tema
¡ADELANTE, ADELANTE!
MANEL F.
¡STOP!
Clase media con pretensiones
Glamurosas de manual
Complejo de culpa
La Banca
Paternalismo progre
No me confundáis: ¡creo en la libertad y en la democracia! ¡Esto es solo una propuesta!
SI EN DOS MESES NO NOTÁIS MEJORA, VOLVEMOS A PONER LOS SEMÁFOROS COMO ANTES

VAMOS VAMOS, ARGENTINA

UNA CRÓNICA DE **ALEJANDRO SESELOVSKY**

ILUSTRADA POR **CARLOS NINE**



Alejandro Seselovsky
(Rosario, 1971)

Periodista. Escribe para *Clarín*, *Diario Perfil*, *Página/12*, *Gatopardo*, *La Mano*, *Gente*. En 2005 publicó el libro *Cristo llame ya*, editado por Grupo Editorial Norma, donde revela el submundo de los evangélicos en Argentina. En 2011, con la misma editorial, publicó *Trash, retratos de la Argentina mediática*, un volumen sobre la telebasura y los personajes más bizarros de la farándula de Buenos Aires. Fue uno de los primeros periodistas al que le enviamos un billete de avión para publicar la «Crónica del deportado», en Orsai N1 y —como no utilizó los viáticos— repetimos en Orsai N6 enviándolo a su casa, Rosario, para que nos contara el conflicto legal y familiar por el que pasa el legado del escritor y humorista Roberto Fontanarrosa. Hoy, casi como un amuleto, lo tenemos nuevamente en Orsai N11 para que delire a sus anchas sobre un tic bien argentino, el de enfrentarnos siempre: nosotros contra nosotros.

Una manera veloz y sintética de contarlo sería esta: *Vamos, vamos Argentina*, el himno que nos hermana en todos los estadios del mundo, guarda un secreto que también puede entenderse como una metáfora del país que habitamos. La canción fue incluida en el disco del Mundial 78 y figura como autor Roque Mellace, quien registró el tema el trece de diciembre de 1977. Pero bajo la punta de este iceberg hay otra historia. Y esa historia dice que el verdadero artífice de la popular melodía es un señor llamado Fernando Sustaita, más conocido como Dick: el célebre integrante del dúo Bárbara y Dick que empezó a descollar en los años sesenta con canciones como «El funeral del labrador» y otros grandes éxitos que nuestros padres, probablemente, todavía recuerden.

Pero antes de continuar, pido atención al silencio y silencio a la atención: en el año 1974, el guapo y popular Dick compuso un jingle titulado *Contagiáte mi alegría*, cuya melodía es exactamente la misma que la del *Vamos, vamos Argentina.* Sin embargo cuatro años más tarde —en pleno preludio del Mundial 78—, un autor anónimo descolgó aquella melodía del éter y le sobreimprimió los versos que ahora cantamos todos:

Vamos, vamos Argentina,
Vamos, vamos a ganar...
que esta barra quilombera
no te deja, no te deja de alentar.

Un estornudo inocente, digamos, pero tan poderoso que en pocos meses consiguió viralizar a veinticinco millones de organismos y que, desde entonces, nos ha infectado a nosotros, infectará a nuestra posteridad y a todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino.

De modo que *Contagiáte mi alegría* cumplió la voluntad que presagiaba en el título y se multiplicó entre millones de personas. Pero para que eso sucediera la canción original tuvo que pagar su precio, morir y luego resucitar en otra piel: *Vamos, vamos Argentina*. Paciencia, porque ahora sí llegamos al origen del entuerto.

Un año antes del Mundial, un señor llamado Roque Mellace había registrado una canción cuyo título era, justamente, *Vamos, vamos Argentina*. La melodía no tenía nada que ver con la del popular cantito tribunero, pero la letra era muy parecida. Casualidad o prodigiosa velocidad de reflejos, lo cierto es que —cada vez que alguien entonaba la pegadiza melodía—, Mellace empezó a cobrar los derechos de autor y el bueno de Dick tuvo que masticar bronca durante años.

Todo este hermoso quilombo es una gran parábola que puede servir, entonces, para hablar de nuestro ser nacional.

De nada le sirvió precipitarse sobre los mostradores de la Sociedad Argentina de Autores y Compositores de Música (Sadaic) para registrar la misma melodía pero con otra letra. De nada le sirvió haber intentado otras variantes en el título. Como en los estatutos de Sadaic está permitido registrar piezas diferentes con títulos idénticos, durante años la magna institución que cobija a los autores y compositores argentinos de todos los géneros y estilos se dedicó a liquidarle los ingresos a Mellace, mientras el bueno de Dick miraba cómo sus derechos se esfumaban a través de la ventana.

Todo este hermoso quilombo es una gran parábola que puede servir, entonces, para hablar de nuestro ser nacional. Es decir: nuestra canción más popular, el clamor patrio que nos hermana, nuestro verdadero himno de esperanza, tironeada en la Justicia durante décadas por apropiación ilegítima y derechos de autor. Los trapos sucios, por suerte, los lavamos en casa.

¿Pero quién quiere contarlo de una manera veloz y sintética, si se puede contar de un modo más argentino?

La cantaste, la canté, todos los argentinos la cantamos. Porque nos vamos configurando así, con los primeros sonidos consensuados, con las primeras letras patrias aprendidas mientras somos recibidos por las identificaciones nacionales: vamos, vamos, Argentina te enseñan las tías nobles mientras te cargan en las rodillas. Con los años, las tías desaparecen, se convierten en fotos que llenan la bolsa de lo que falta pasar a digital, pero las tonadas perduran. Y un día no sabés cuándo fue que aprendiste lo de la «barra quilombera que no te deja de alentar», pero lo enseñás a un chiquito propio o a uno casual, igual lo enseñás: vamos, vamos Argentina, vamos, vamos a ganar. Pasan los gobiernos, los militares, los peronistas, quedan las canciones pelotudas.

Del sucundún de *Las olas y el viento* al *Payaso Plin Plin*, las canciones pelotudas son las que están mejor preparadas para sobrevivir a la extinción de la Especie y la Civilización. Como las cucarachas, cuando ya no quede ni Argentina ni resto del mundo, va a seguir sonando por fácil, por elemental, producida por los ruidos fortuitos del viento desértico y la erosión ácida, para que la escuche nadie, la felicidad, ja ja ja ja.

Son las once de la noche de un domingo y en la televisión *La Voz Argentina* triunfa como reality del año. El juego consiste en formar cuatro equipos de cantantes, cada uno al mando de una celebridad de la música. Mi favorito es el equipo del Puma Rodríguez, porque el tipo juega una carta brava, una carta que no cualquiera: se imita a sí mismo, el Puma, haciendo de señor mayor ligeramente libidinoso en lo que él mismo imaginará serán los brillos de su madurez. Cada equipo, además, tiene sus coach, sus entrenadores vocales. Y como el reality en

realidad es el triunfo de la telenovela, es la telenovela volviéndose real, pinocho de carne y hueso, entonces todos se abrazan, y todos lloran, y todos agradecen la oportunidad de estar acá. Chicos del interior que paran por unos días de juntar manzanas y vienen a probarse, gordas con la revancha en la voz, para todos ellos, ay, qué buena está la fiesta de la televisión, mamá.

El Mundial 78 nos dejó una colección de discos en ristra con canciones festivas para que no olvidáramos celebrarlo.

En 1974 Fernando Sutaita llevaba ocho años siendo el Dick de Bárbara y Dick. Alto, patricio, un James Bond con cuenta ganado que había aprendido a cantarle al amor en la solemnidad melódica de los sesenta, cuando el bolero se cantaba a sangre y fuego, como se canta una cardiopatía: se hubiera puesto un tiro en sus elegantes pelotas el elegante señor Sustaita de haber imaginado que para seguir cantando boleros en el siglo veintiuno sería necesario parodiar el ambo cruzado, deformarse ostensiblemente la peluca, hacerse llamar «Los Amados». Ni siquiera imaginó la parodia cuando compuso el famoso jingle *Contagiáte mi alegría.*

La melodía era oprobiosamente elemental, pero como luego ocurrió con *Te quiero tanto* de Sergio Denis o con *Vení Raquel*, de los Auténticos Decadentes, esa canción pasó a la inmortalidad como villancico de tribuna, debidamente modificado, adaptado para cantarse a coro desde una hinchada popular.

Para cuando llegó la copa del Mundo en 1978, el *Vamos, vamos Argentina* se cantaba así como venía y Fernando Sustaita, Dick, se hamacaba despreocupado sobre un éxito que, sin embargo, no tenía sello en mesa de entrada. Si lo hubiera tenido se ahorraba treinta años de culebrón judicial, pero no.

Además de la verificación de que éramos un país sano y fuerte capaz de logros deportivos a gran escala gracias a la entereza de su pueblo, el Mundial 78 nos dejó una colección de discos en ristra con canciones festivas para que no olvidáramos celebrarlo. Te podías comprar el de los relatos de José María Muñoz; o el de Ennio Morricone con la canción oficial. O el disco suvenir con todas las canciones que canta la hinchada, donde estaba el *Sí sí señores* de Santos Lipesker y, por fin, volviéndose una antífona oficial, el *Vamos, vamos Argentina* ahora bien grabado, en estudio, con coros profesionales, arreglos, un productor. El único detalle es que la canción aparecía firmada por un tal Roque Mellace. Y cuando Dick intentó reivindicarse como autor, ya era demasiado tarde y el disco estaba girando en el combinado de todos.

Digresión. Yo tengo una canción para registrar. Se llama *Qué tendrá el petiso* y tengo planes de convertirla en himno de la patria negra ahora que en la Argentina el rock se llama Bebe Contepomi. Ahora que el rock tuvo que ir a pedirle prestada algo de su furia original a Pablito Lescano y Pablito, generoso, graba con Calamaro, graba con Vicentico, como recordándoles quiénes fueron. (Yo quiero tomar/ vi-tamina, me tomo una bolsa/ y estoy pila pila). Ahora que Pablo Lescano se volvió un shock de keratina sobre el rock y su cadáver insigne. Ahora que Niceto tiene pista de cumbia. Ahora que la cumbia, victoriosa, ha impuesto su fiesta, y le ha colocado güiro y octapad a la lucha de clases. Ahora que el Quilmes-Movistar-Pepsi-La-Concha-De-Tu-Madre-Rock-Festival te hace pagar una entrada para ver a Los Tipitos si lo que querés es ver a Jack Johnson.

—La concha de tu madre es un sonido que reconozco.

—Sí, se ha vuelto una voz habitual.

—Cada vez más.

—No sé cuándo fue que sucedió.

—Solo sucedió.

—Digamos que es una construcción semántica exitosa. A la luz de su popularidad, tiene que haber hecho las cosas bien.

Mandá «la concha de tu madre» al veinte veinte y te regalamos *El arte de injuriar* auto-

grafiado por Diego Armando Cruz, el sargento Maradó. (Vos la tenés adentro. Y que la sigan mamando. Venimos siendo Diego. Lo venimos siendo tanto).

—El problema con Maradona es que no se murió, no se hizo mártir. Y vivo es demasiado real.

Fin de la digresión.

Lo que vino después fue muchísima más Argentina: Sadaic siempre reconoció a Sustaita como autor original, pero debido a un error administrativo bien criollito, pagó derechos de autor a un autor que no era el verdadero. Está bien, ahora autores somos todos, alcanza con que te decidas por blogger o wordpress y completes el blanco disponible para —suenan las fanfarrias imperiales— *El Autor*. Pero en los setenta para ser autor de algo (de una canción, de un detenido desaparecido) tenías que hacer carrera. Y entonces en la medición de simbólicas pijas artísticas también se libró el combate entre Sustaita y Mellace.

En 2007 la Justicia, que también tiene el temita de que es argentina, dijo que si Mellace alguna vez había cobrado, por algo fue, y debería seguir cobrando. Los herederos de Sustaita, muerto un año antes por un cáncer de garganta, apelaron, siguieron apelando. La canción no es de nadie. O peor, es mía, es de todos.

Derechos de autor intercedidos, pagos mal liquidados, al final la Argentina de la barra quilombera está llena de quilombos, como si el mundo le extendiera su posibilidad de realización material a la brava imaginería de la canción, a su pulsión anarco-cabeza. En este jingle primitivo que nos cruza melódicamente como cuentas de una tanza supranacional, la barra quilombera es propuesta y aspiración, un subrepticio wannabe. Y como somos un país que le da gestión a sus deseos, ahí está. ¿Querías quilombo, patria mía? Lo pedís, lo tenés.

—No, pero era solo un cantito.

—Nunca nada es solo un cantito.

En su historia de la manganeta formidable, la Argentina pareciera exhalar un patrón consistente, en cuyo último subsuelo habita un escepticismo sin fundamento pero muy apasionado acerca de las verdaderas ventajas del Estado y de la Ley. En 1853, la Constitución nos dio finalmente una Nación argentina. Y en 1872, José Hernández y su Martín Fierro —nuestro poema insigne— aportaron una noción para esa nación que nacía.

La acción transcurre a mediados del siglo diecinueve en la pampa argentina. Martín Fierro, el protagonista de la historia, es un gaucho desertor y homicida perseguido por la Justicia. Pero también es un hombre valiente, amigo de sus amigos y con sentido del honor. Es de noche y Fierro, en la oscuridad del campo, mira las estrellas. Y piensa. Piensa cosas y también se queja de la mala suerte que lo arrastró a ese lugar. De pronto el grito de un chajá lo pone en alerta y enseguida comprende el peligro. La policía se acerca. Fierro echa mano a su facón y se encomienda a los santos. Está dispuesto a morir como un valiente, y cuando la partida policial se le echa encima él se defiende con tanto coraje que uno de esos policías, el sargento Cruz, decide cambiar de bando y se pone a pelear junto al gaucho matrero. Después, los dos se escapan al desierto, juntos, para vivir entre los indios.

Derechos de autor intercedidos, pagos mal liquidados, al final la Argentina de la barra quilombera está llena de quilombos.

A la edad de veintiocho años, cuando los hombres del pensamiento crítico todavía se están buscando el pito, Jorge Luis Borges comprendió un atributo cardinal de la naturaleza argentina. Y en *Evaristo Carriego*, su primer libro en prosa, lo tuiteó para siempre: «El argentino es un individuo, no un ciudadano».

Copio de sus Obras Completas: «Nuestro pasado militar es copioso, pero lo indiscutible es que el argentino, en trance de pensarse valiente, no se identifica con él (pese a la preferencia que en las escuelas se da al estudio de la Historia) sino con las vastas figuras genéricas del Gaucho y del Compadre. Si no me engaño, este rasgo instintivo y paradójico tiene su explicación. El

«El argentino hallaría su símbolo en el gaucho y no en el militar, porque el valor cifrado en aquel por las tradiciones orales no está al servicio de una causa y es puro. El gaucho y el compadre son imaginados como rebeldes; el argentino, a diferencia de los americanos del norte y de casi todos los europeos, no se identifica con el Estado...»

(J. L. Borges)

argentino hallaría su símbolo en el gaucho y no en el militar, porque el valor cifrado en aquel por las tradiciones orales no está al servicio de una causa y es puro. El gaucho y el compadre son imaginados como rebeldes; el argentino, a diferencia de los americanos del norte y de casi todos los europeos, no se identifica con el Estado».

Y después sigue: «Los films elaborados en Hollywood repetidamente proponen a la admiración el caso de un hombre (generalmente, un periodista) que busca la amistad de un criminal para entregarlo después a la policía; el argentino, para quien la amistad es una pasión y la policía una mafia, siente que ese héroe es un incomprensible canalla».

Cuatro tres siete nueve ocho seis cero cero: el conmutador de Sadaic te recibe con la *Gata* Varela entonando el tipo de tango que ha triunfado, el de la cadencia rasposa, goyenecheano, un tango rockero y actitudinal. De Gardel a Edmundo Rivero, de Charlo a Horacio Molina, la historia de la música popular nos ofrece cantores de profundísima disposición técnica, obsesivos de la afinación y el oído perfecto, filólogos de la emoción tanguera que podían pasarse un año ensayando una pieza, estudiando sus partituras originales y no salir a interpretarla hasta no sentirse seguros de ella. Pero la barra quilombera, eeeeeehh, ha elegido la garganta con arena y los postulados deficitarios del tango-chabón. Después de la Gata viene una zambita.

Me atiende la recepcionista que me pasa con prensa que me pasa con el departamento de Obras que me pasa con alguien más. En los intervalos de la espera van sonando las músicas argentinas que abruptamente se terminan cuando, del otro lado de la línea, una voz me promete revisión de expediente y actualización del conflicto. Mientras tanto, me informa que Fernando Sustaita registró, junto a dos personas más, la canción *Vamos, vamos Argentina* el siete de noviembre de 1978 y lo hizo con los siguientes subtítulos: *Argentina vamos, vamos*; *Vamos, vamos Argentina, la del Mundial*; *La del mundial* y *Argentina, vamos vamos, la del Mundial*, como para que nadie dudara de qué canción y de qué autor estábamos hablando. Pero por más enfático que se hubiera propuesto ser, Sustaita no podía modificar el hecho de que Roque Mellace registrara algo que se llamó *Vamos, vamos Argentina* el trece de diciembre de 1977, casi un año antes. Gol de Mellace. Y Sustaita se va a llorar a los vestuarios con René van de Kerkhof.

La historia de los países es, tantas veces, la historia de algunos de sus apellidos, el branding nominal de los sujetos que se encaraman en el destino de todos y de algún modo lo van llevando: nos van llevando...

La historia de los países es, tantas veces, la historia de algunos de sus apellidos, el branding nominal de los sujetos que se encaraman en el destino de todos y de algún modo lo van llevando —nos van llevando—: Tinelli, Kirchner, por decir dos.

La cupé Torino, los termos Lumilagro, el programa de Marcelo. Pocas veces la televisión argentina expresó con tanta claridad a esa criatura nacional, a esa incandescente barra quilombera, como en aquel aventurero startup que se llamó *Videomatch* y que asomó su cabeza en la pantalla del primer Telefé cuando ya estaban apagando las luces de los ochenta, como avisando lo que se venía.

Con un cotillón primigenio de bullicio y medianoche, el programa supo establecerse a partir de un fuerte registro identificatorio: todos éramos esa barra de amigotes tan atolondradamente argentinos, destinados al consumo masivo, héteronormados y con roles definidos para facilitar su masticación: Bonadeo les dio su gordo infaltable; Teto Medina, su galán de Camel Box; y Lanchita Bissio, esa simpatía loca, mentirosa. Por otro lado, nunca hubo dudas acerca del rol principal: nació al frente de su equipo, lideró desde el inicio su propio sabor del encuentro, y dos décadas después sería el dueño del resto de la televisión nacional, sería una marca nativa, un invento nuestro y nosotros un invento de él, el país de píterypaula. Tinelli, toda esa Argentina de Marcelo Hugo.

Son las once y media de la noche de un viernes. Estoy en la sala de maquillaje de un canal de televisión. Sentada al lado, maquillándose también, Virginia Gallardo, una exnovia de Ricardo Fort. El culo hecho. Las tetas hechas. Los dientes hechos. Otra Elfa de la civilización del espectáculo que se alista para salir a asegurar la pantalla porque la pantalla asegura anunciantes y los anunciantes aseguran vida, existencia. Unos minutos después ya estoy dentro del rockabilly de la tevé trash, debidamente sentado a punto de salir en vivo junto a otros invitados. Estamos en el cuarto subsuelo de la grilla de programación, en los arrabales de la planilla, dispuestos a festejar si arañamos los tres puntos de rating: cuatro. Contra los treinta de Marcelo, Fantino ya sabe que es imposible, así que con inteligencia se ubicó en un extremo del off industrial, apostó a Twitter y se volvió de culto como se puede volver de culto un Mauro Viale, una Anabela Ascar. Guido Süller, tras los decorados, me dice que va a atacarme por algo que escribí. Que esté listo para contestarle. Armamos un entretenimiento fugaz de petardos mojados, un catch de palabritas reproducidas cien mil veces por punto de rating y que no quedarán en ningún lado. Podría escribirlas yo acá para salvarlas de la intrascendencia y de la nada, pero no creo que se lo merezcan. El reality, el infomercial: la era de la hibridez.

La Argentina, además de soja, exporta figuras de su recauchutaje televisivo. A Chile, a Uruguay, a Paraguay, a México. Su balanza comercial es largamente positiva porque se han ido muchos más de los que han venido. Lo de la familia Caniggia es otra cosa, eso fue una repatriación.

El programa de Fantino se llama *Animales sueltos* y vale la traducción mano a mano: los animales son la barra, y están sueltos así que seguramente estarán haciendo quilombo.

—Hija de puta, estás de barra quilombera hasta el culo.

—A vos nadie te pregunta con qué te drogás.

—Te voy a meter en una granja.

—¡Dejáme en paz!

Creímos que la cocaína era una droga de los noventa porque el menemismo y su carrera hacia el éxito corporativo precisaban de su transporte de euforia. No. No. No. En esta segunda década del siglo veintiuno, la merca argentina está relatada en la televisión mejor que

en ningún otro espacio: el brote neurótico, la pelea en velocidad y su gran snif de todos los días, de todas las horas, de todo el tiempo: la medición del rating minuto a minuto: minutoa-minuto. Salgo del estudio y voy hasta los controles: ahí está, una pantallita como cualquiera en una pc de escritorio informando el número de audiencias propias y ajenas, actualizándose cada sesenta segundos, con dos operarios del recontraespionaje administrando esa información, haciéndosela llegar a conductores y productores de piso. Y un Gran DT, un productor ejecutivo, que manda el corte porque en el programa de al lado también fueron al corte pero ahora pide aire porque ya vuelven y ahora manda informe y ahora pide riña en el piso y ahora pide la paz porque ya no vamos.

Es un acto sin banderías políticas manifiestas, pero está claro que la gente que vino es gente que apoya al gobierno kirchnerista.

Son las tres de la tarde del domingo nueve de diciembre del 2012. En la esquina de Diagonal Norte y la avenida 9 de Julio, una multitud celebra el día de la Democracia y los Derechos Humanos fuertemente promovido por el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. En los laterales, acompañando a las columnas que todavía distraídamente marchan hacia Plaza de Mayo, puestos de agencias oficiales ofrecen folletería instructiva: por los derechos de los pueblos originarios, por los derechos de las mujeres, por los derechos de las minorías sexuales, por los derechos de las víctimas del Terrorismo de Estado. Hay fotos, algunas esculturas alusivas y venta de mermeladas regionales. Amado Boudou, el vicepresidente de la Nación, ha dicho en su cuenta oficial de Twitter que la Plaza estaba llena de amor. Es un acto sin banderías políticas manifiestas, pero está claro que la gente que vino es gente que apoya al gobierno kirchnerista.

Junto a una boca de subterráneo, un grupo de veinteañeros salta y canta consignas contra el diario *Clarín*, a quien señalan como enemigo del pueblo. Están visiblemente eufóricos y parecieran alcanzar cierto clímax cuando, gritando a coro, recitan:

—Cristina, Cristina, Cristina corazón, acá tenés los pibes para la liberación.

Ellos llevan barbitas no deliberadas, remeras con mensajes, pantalones de jeans y en los pies, tenis. Ellas apuestan a los colores vivos y llevan pantalón bajo la falda. Las personas se mueven, se desplazan, pero ellos han elegido quedarse un rato más allí. El camino por Diagonal Norte es un poco tortuoso y el amuchamiento de personas hace que se pueda avanzar muy lentamente. Personas que van saliendo y personas que van entrando quedan cara a cara por unos segundos hasta que sus respectivas mareas se mueven y nuevamente con las mareas, las personas. Después de unos cien metros, sobre la izquierda en dirección a la Plaza, hay un escenario donde un grupo de música folclórica argentina está ejecutando un carnavalito, vestidos apropiadamente con ponchos y gorros quebradeños. Lo hacen con oficio, con habilidad. Cuando terminan, el cantante grita algo sobre la democracia y algo más sobre los derechos humanos. Algo que todos aplauden.

Pasando el escenario, la perspectiva en fuga hacia delante ya permite avistar la primera esquina de Plaza de Mayo, la que está junto a la Catedral de Buenos Aires, donde descansan los restos del general don José de San Martín, padre de la patria. Donde Diagonal se junta con Rivadavia se produce un claro y por allí se lo ve pasar a Juan Cabandié, nieto recuperado por las Abuelas de Plaza de Mayo y actualmente legislador kirchnerista. Cabandié pasa por delante de Reinaldo Ojeda, un hombre que ha perdido una pierna, se mueve con una muleta y que fue figura en el programa *Bailando por un Sueño* que conduce Marcelo Tinelli. Nadie reconoce a Ojeda, que posiblemente haya sido poco consumido por el público del kirchnerismo, aunque él tampoco parece necesitarlo, más bien está concentrado en su trabajo: drásticamente vestido de colombiano, con el sombrero del Vallenato y la camiseta de Falcao, Ojeda tiene un puesto de empanadas hechas con masa de arepa. Las vende a ocho pesos cada una, lo que las convierte

en las empanadas más costosas de Buenos Aires teniendo en cuenta que Guerrín cobra las suyas siete con cincuenta. Guerrín. Al otro lado de Bolívar, sí, finalmente, Plaza de Mayo, la última terminación nerviosa de la política argentina y su historia. Allá adelante, pasando ese gran clítoris de la Nación que es la Pirámide de Mayo y antes de llegar a Casa Rosada, se levanta el escenario central, donde ahora sube Fito Páez para cantar algunos de sus clásicos. Comienza con *Yo vengo a ofrecer mi corazón*. La reacción de la gente, de toda esta clase media que no es ni alta ni baja, o sí, es baja, ratona, pero que tiene el capital de su ilustración en la Universidad de Buenos Aires, los saberes que les han dejado Durkheim y Weber en los apuntes del CBC, es entusiasta. Avanzar hasta el centro de la Plaza implica un ahogo que dura varios minutos, solo pudiendo ver la espalda demasiado cercana de la persona que está adelante. Los piletones donde los manifestantes peronistas del 45 refrescaban grácilmente sus pies producen un relieve y desde allí es posible divisar la pantalla que retransmite lo que va a seguir pasando en el escenario: después de Fito, hablará la señora Presidenta. Cierra Charly García. Pasan unos minutos de evidente reorganización interna y nuevamente se apagan las luces. Hay un rumor expectante acerca de lo que vendrá hasta que es anunciado un video sobre la democracia y la sucesión de los gobiernos argentinos. En pantalla se ven pasar distintos protagonistas de la historia reciente. La reacción del público es fácilmente anticipable. Demasiado. Quedás expuesto a cierto tipo de vergüenza, la misma que sentís cuando alguien aplaude al Che Guevara en los conciertos de Ismael Serrano.

Irigoyen: aplausos.
Perón: aplausos.
Evita: aplausos.
Almirante Rojas: abucheos.
López Rega: abucheos.
Cámpora: aplausos.
Martínez de Hoz: abucheos.
Videla: abucheos.
Hebe de Bonafini: aplausos.
Néstor Kirchner: aplausos.
Cristina Fernández: aplausos.

Sale la Presidenta al escenario. Habla Cristina. En vivo. Ahí está, rigurosamente vestida de negro, abriendo la discusión acerca de los usos y recursos del luto político. Y tanta gente poniendo la fe en debates como ese. Tal vez porque la muerte de Néstor haya sido una

Los piletones donde los manifestantes peronistas del 45 refrescaban sus pies producen un relieve y desde allí es posible divisar la pantalla que retransmite lo que pasa en el escenario: después de Fito, hablará la señora Presidenta. Cierra Charly García.

muerte imperiosa, una muerte de doce puntos: no había reelección del modelo sin esa muerte. Es decir, si ya te compraste la remera de La Cámpora en Mercado Libre y necesitás creer que Néstor le entregó su vida a la causa, tenés de dónde agarrarte. Antes de hablar, la Presidenta entrega premios a bienaventurados del arte popular. Y después de los premios todos cantan el Himno Nacional. Cuando la Argentina son los dientes de Jairo.

Unas vendedoras de Coca Cola se paran a cantar también. Hay una especie de jubilosa concentración, un magma. Después Cristina dice: compañeras y compañeros.

Saliendo, contrariando el gentío, con los

La canción «Vamos, vamos Argentina» tiene una estrofa oculta, unos versos que quedaron en ningún lado, que nunca cantó nadie.

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y PERSONAS

Ascar, Anabela: (1963) Locutora, periodista y presentadora argentina.
Auténticos decadentes: Banda de rock y ska argentino formada en 1986. Sus canciones —con la letra cambiada— son usadas por las hinchadas de fútbol.
Bailando por un Sueño: Reality show que se emite dentro del programa *ShowMatch* conducido por Marcelo Tinelli.
Barra quilombera: Designación que se da a los aficionados —hinchas— de un club de fútbol en Argentina. (*Ver Quilombo*.)
Bissio, Ricardo (Lanchita): (1954) Columnista deportivo, conductor de radio y televisión argentino.
Bonadeo, Gonzalo: (1963) Periodista y comentarista deportivo argentino.
Branding nominal: Anglicismo que designa el proceso de hacer y crear una marca.
Cabandié, Juan: (1978) Nieto recuperado por las Abuelas de Plaza de Mayo. Actualmente es un activista por los Derechos Humanos y dirigente político.
Calamaro, Andrés: (1961) Músico, compositor, intérprete y productor argentino.
Cámpora, Héctor José: (1909-1980) Político y odontólogo argentino. Fue presidente de la Nación durante cuarenta y nueve días.
Cámpora, la: Agrupación política argentina, formada en 2006 que se declara peronista y kirchnerista. Su nombre es un homenaje al expresidente argentino Héctor Cámpora.
Caniggia, familia: Familia mediática argentina integrada por el futbolista Claudio Paul Caniggia, su mujer, Mariana Nannis y sus hijos Kevin, Alexander y Charlotte.
Carnavalito: Música y baile tradicional que se practica en algunas provincias del norte argentino, en la parte occidental de Bolivia, norte de Chile y en zonas de Perú.
CBC: (Ciclo Básico Común) Es el primer año de todas las carreras de la Universidad de Buenos Aires.
Chabón: Muchacho, hombre joven.
Charlo: (1906-1990) Cantante de tangos, pianista, actor y compositor argentino.
Contepomi, Bebe: (1970) Periodista argentino especializado en rock.
Cupé Torino: Automóvil fabricado en Argentina por IKA, Industrias Kaiser Argentina, entre 1966 y 1981.
De Bonafini, Hebe: (1928) Una de las fundadoras de la asociación Madres de Plaza de Mayo.
Denis, Sergio: (1949) Cantautor argentino. Su canción *Te quiero tanto* —con la letra cambiada— es usada por las hinchadas durante los partidos de fútbol.
Durkheim, Emilio: (1858-1917) Sociólogo francés.
El payaso Plin Plin: Canción popular infantil de Argentina.
Evita (Duarte, Eva): (1919-1952) Líder política argentina, esposa del presidente Juan Domingo Perón.
Facón: Cuchillo que utilizaban los gauchos.
Fantino, Alejandro: (1971) Conductor de televisión y radio argentino.
Fernández de Kirchner, Cristina: (1953) Política y abogada. Actualmente ejerce la presidencia de la Argentina.
Fort, Ricardo: (1968) Empresario y personaje mediático de la Argentina.
Gallardo, Virginia: Personaje mediático de la Argentina.
García, Charly: (1951) Compositor e intérprete de rock argentino.
Goyenecheano: Relativo a Roberto Goyeneche, mítico cantor de tangos de Argentina.
Guerrín: Clásica pizzería de la ciudad de Buenos Aires.
Güiro: Instrumento de percusión típico de Brasil y países de Centroamérica.
Hernández, José: (1834-1886) Militar, periodista, poeta y político argentino, autor del poema gauchesco *Martín Fierro*.
Irigoyen, Hipólito: (1852-1933) Político argentino, dos veces presidente del país.
Johnson, Jack: (1975) Músico estadounidense.
Kirchner, Néstor: (1950-2010) Político, abogado y empresario argentino. Fue presidente del país desde 2003 hasta 2007.
***Las olas y el viento*:** Famosa canción del cantautor argentino Palito Ortega.
Lescano, Pablito: (1977) Músico fundador del grupo de cumbia Damas Gratis.
Lipesker, Santos: (1918-1978) Músico y compositor argentino. Integró la orquesta de tango de Pedro Maffia y más tarde se dedicó al jazz.
López Rega, José: (1916-1989) Policía, político y ministro argentino,

carteles de frente, se lee: Paka Paka o muerte. Paka Paka es una señal infantil producida por la secretaría de Medios que forma parte de los estandartes kirchneristas en el área de comunicación, el área donde el gobierno libra sus batallas más duras. Detrás del cartel, el despeje, la salida. Cris, me encantó la córeo.

Segundo llamado a Sadaic. Me pasaron el nombre de la doctora en leyes que está al frente del departamento de judiciales. Ella es de la tierra de mujeres divinas, ella es argentina, como ella no hay:

—No, mirá, eso está archivado.

—¿Pero quién está cobrando los derechos actualmente?

—Y bueno, eso habría que verlo.

La canción *Vamos, vamos Argentina* tiene una estrofa oculta, cuatro versos que quedaron en ningún lado, que nunca nadie cantó. Son los Evangelios apócrifos excluidos de la liturgia tribunera, tal vez por haber sido redactados expresamente por un productor musical para que el disco pudiera girar más veces. Esos versos dicen que el equipo está en la cancha, que el partido ya empezó, que el estadio se estremece cada vez que la Argentina hace un gol. Canten, putos. ◣

conocido por su influencia sobre Juan Domingo Perón y María Estela Martínez de Perón.

Los Amados: Compañía argentina de músicos y actores que combina música y teatro en un contexto de humor cuyo tema central es el Amor.

Los Tipitos: Banda de rock argentino fundada en 1994.

Lumilagro: Marca de termos (recipiente que se puede cerrar para mantener condiciones térmicas).

Manganeta: Término lunfardo que significa «engaño».

Martínez de Hoz, José Alfredo: (1925) Político, abogado y economista que participó como ministro de Economía durante la dictadura argentina.

Matrero: En la jerga argentina, gaucho huido de la justicia. Fugitivo.

Medina, Teto: (1962) Presentador argentino y personaje mediático de televisión.

Mellace, Roque: (1941) Compositor nacido en Calabria pero radicado en Argentina que en 1977 registró la canción titulada *Vamos, vamos Argentina*. Recién en 2007 la Justicia reconoció la autoría de la canción popular y obligó a Sadaic a pagar los derechos de autor.

Merca: Cocaína en argot argentino.

Mercado Libre: Comunidad online de compra-venta en Latinoamérica.

Molina, Horacio: (1935) Cantante de tangos argentino.

Morricone, Ennio: (1928) Compositor y director de orquesta italiano, conocido mundialmente por haber compuesto la banda sonora de muchísimas películas y series.

Muñoz, José María: (1924-1992) Locutor, relator de fútbol y periodista deportivo. Integró la Comisión organizadora de la Copa del Mundo de 1978 realizada en Argentina.

Niceto: Pub de Buenos Aires.

Octapad: Batería electrónica.

Ojeda, Reinaldo: (1975) Bailarín colombiano que por un problema de nacimiento solo tiene una pierna. En 2012 participó en el programa argentino *Bailando por un sueño.*

Páez, Fito: (1963) Compositor e intérprete argentino.

Paka Paka: Primer canal infantil público operado por el ministerio de Educación argentino.

Perón, Juan Domingo: (1895-1974) Político y militar argentino elegido tres veces como presidente de la Nación.

Píterypaula: Dúo mediático conformado por Peter Alfonso y Paula Robles, famosos por su participación en el programa argentino *Bailando por un sueño.*

Qué tendrá el petiso: Famosa canción del cantante argentino Ricky Maravilla.

Quebradeños: Gorros típicos de lana utilizados en el norte argentino.

Quilombo: Palabra utilizada en Argentina que originariamente designaba un prostíbulo. Actualmente se la utiliza como sinónimo de desorden.

Recauchutaje: De «recauchutar», volver a poner caucho en las cubiertas o llantas desgastadas.Reciclaje.

Rivero, Edmundo: (1911-1986) Cantante, guitarrista y compositor argentino de tangos.

Rodríguez, Puma: (1943) Cantante, actor y empresario venezolano.

Rojas, Almirante Isaac: (1906-1993) Militar naval argentino que encabezó el golpe de Estado, denominado «Revolución libertadora», al gobierno de Juan Domingo Perón en 1955.

San Martín, José: (1778-1850) Militar argentino conocido como el «Libertador de América» por ayudar con sus campañas a independizar Argentina, Chile y Perú.

Süller, Guido: (1961) Personaje mediático argentino.

Telefé: Canal argentino de televisión.

Tinelli, Marcelo: (1960) Presentador, empresario y periodista deportivo. Actualmente es vicepresidente del club San Lorenzo de Almagro.

Van de Kerkhof, René: (1951) Exfutbolista holandés.

Varela, Gata (Adriana): (1952) Cantante argentina de tangos.

Viale, Mauro: (1947) Periodista argentino.

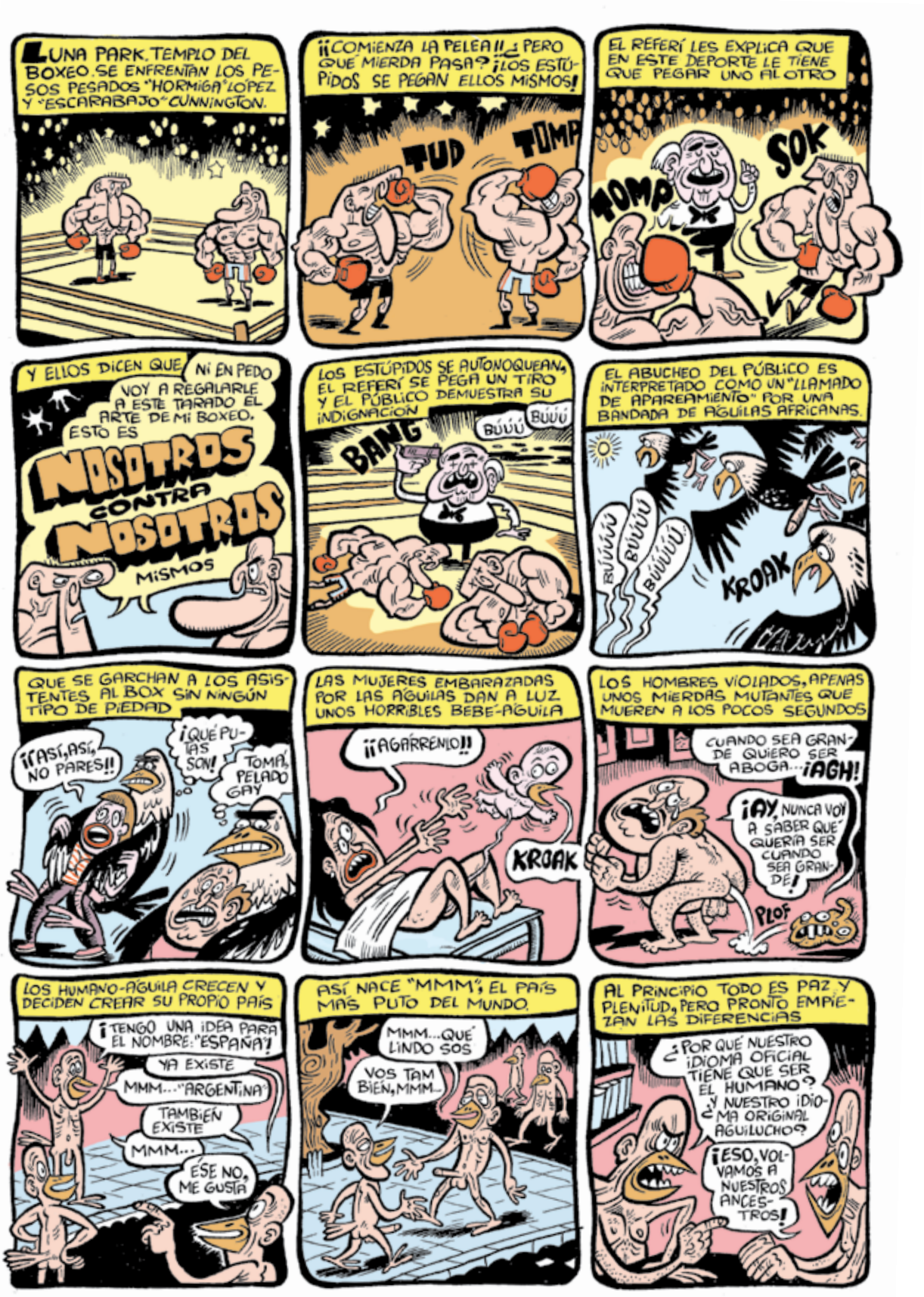
Vicentico: (1964) Músico y compositor argentino. Cofundador y vocalista de la banda Los Fabulosos Cadillacs.

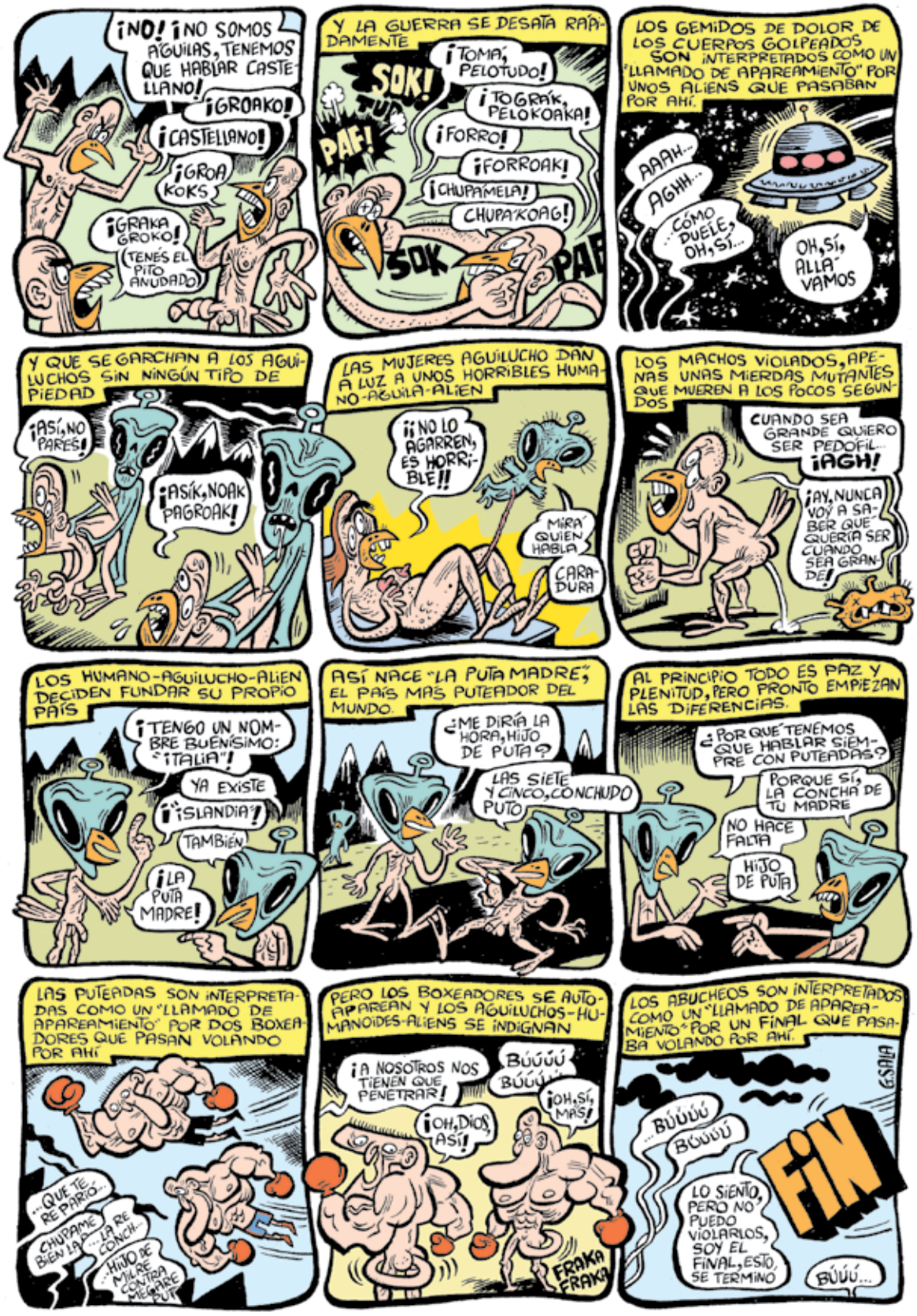
Videla, Jorge Rafael: (1925) Exmilitar y dictador argentino.

Videomach: Programa de televisión argentino, conducido por Marcelo Tinelli emitido desde 1990 hasta 1999.

Wannabe: Contracción de «I want to be». Se empezó a usar en 1980 para designar a una persona que imita a otra. Escalador social.

Weber, Max: (1864-1920) Filósofo, economista, jurista, historiador, politólogo y sociólogo alemán.


UNA PARK. TEMPLO DEL BOXEO. SE ENFRENTAN LOS PESOS PESADOS "HORMIGA" LÓPEZ Y "ESCARABAJO" CUNNINGTON.
¡¡COMIENZA LA PELEA!! ¿PERO QUÉ MIERDA PASA? ¡LOS ESTÚPIDOS SE PEGAN ELLOS MISMOS!
TUD
TOMA
EL REFERÍ LES EXPLICA QUE EN ESTE DEPORTE LE TIENE QUE PEGAR UNO AL OTRO
TOMA
SOK
Y ELLOS DICEN QUE
NI EN PEDO VOY A REGALARLE A ESTE TARADO EL ARTE DE MI BOXEO. ESTO ES
NOSOTROS CONTRA NOSOTROS MISMOS
LOS ESTÚPIDOS SE AUTONOQUEAN, EL REFERÍ SE PEGA UN TIRO Y EL PÚBLICO DEMUESTRA SU INDIGNACIÓN
BANG
BUUU
BUUU
EL ABUCHEO DEL PÚBLICO ES INTERPRETADO COMO UN "LLAMADO DE APAREAMIENTO" POR UNA BANDADA DE ÁGUILAS AFRICANAS.
BUUUU
BUUUU
BUUUUU
KROAK
QUE SE GARCHAN A LOS ASISTENTES AL BOX SIN NINGÚN TIPO DE PIEDAD
¡¡ASÍ, ASÍ, NO PARES!!
¡QUÉ PUTAS SON!
TOMÁ, PELADO GAY
LAS MUJERES EMBARAZADAS POR LAS ÁGUILAS DAN A LUZ UNOS HORRIBLES BEBÉ-ÁGUILA
¡¡AGARRENLO!!
KROAK
LOS HOMBRES VIOLADOS, APENAS UNOS MIERDAS MUTANTES QUE MUEREN A LOS POCOS SEGUNDOS
CUANDO SEA GRANDE QUIERO SER ABOGA...
¡AGH!
¡AY, NUNCA VOY A SABER QUÉ QUERÍA SER CUANDO SEA GRANDE!
PLOF
LOS HUMANO-ÁGUILA CRECEN Y DECIDEN CREAR SU PROPIO PAÍS
¡TENGO UNA IDEA PARA EL NOMBRE: "ESPAÑA"!
YA EXISTE
MMM... "ARGENTINA"
TAMBIÉN EXISTE
MMM...
ÉSE NO, ME GUSTA
ASÍ NACE "MMM", EL PAÍS MÁS PUTO DEL MUNDO.
MMM... QUÉ LINDO SOS
VOS TAM BIÉN, MMM...
AL PRINCIPIO TODO ES PAZ Y PLENITUD, PERO PRONTO EMPIEZAN LAS DIFERENCIAS
¿POR QUÉ NUESTRO IDIOMA OFICIAL TIENE QUE SER EL HUMANO? ¿Y NUESTRO IDIOMA ORIGINAL AGUILUCHO?
¡ESO, VOLVAMOS A NUESTROS ANCESTROS!


¡NO! ¡NO SOMOS ÁGUILAS, TENEMOS QUE HABLAR CASTELLANO!
¡GROAKO!
¡CASTELLANO!
¡GROA KOKS
¡GRAKA GROKO!
(TENÉS EL PITO ANUDADO)
Y LA GUERRA SE DESATA RAPIDAMENTE
¡TOMÁ, PELOTUDO!
SOK!
PUF
¡TOGRAÍK, PELOKOAKA!
PAF!
¡FORRO!
¡FORROAK!
¡CHUPAMELA!
CHUPAKOAG!
SOK
PAF
LOS GEMIDOS DE DOLOR DE LOS CUERPOS GOLPEADOS SON INTERPRETADOS COMO UN "LLAMADO DE APAREAMIENTO" POR UNOS ALIENS QUE PASABAN POR AHÍ.
AAAH...
AGHH...
...CÓMO DUELE, OH, SÍ...
OH, SÍ, ALLÁ VAMOS
Y QUE SE GARCHAN A LOS AGUILUCHOS SIN NINGÚN TIPO DE PIEDAD
¡ASÍ, NO PARES!
¡ASÍK, NOAK PAGROAK!
LAS MUJERES AGUILUCHO DAN A LUZ A UNOS HORRIBLES HUMANO-ÁGUILA-ALIEN
¡¡NO LO AGARREN, ES HORRIBLE!!
MIRÁ QUIEN HABLA
CARADURA
LOS MACHOS VIOLADOS, APENAS UNAS MIERDAS MUTANTES QUE MUEREN A LOS POCOS SEGUNDOS
CUANDO SEA GRANDE QUIERO SER PEDÓFIL...
¡AGH!
¡AY, NUNCA VOY A SABER QUÉ QUERÍA SER CUANDO SEA GRANDE!
LOS HUMANO-AGUILUCHO-ALIEN DECIDEN FUNDAR SU PROPIO PAÍS
¡TENGO UN NOMBRE BUENÍSIMO: "ITALIA"!
YA EXISTE
¡¡ISLANDIA!!
TAMBIÉN
¡LA PUTA MADRE!
ASÍ NACE "LA PUTA MADRE", EL PAÍS MÁS PUTEADOR DEL MUNDO.
¿ME DIRÍA LA HORA, HIJO DE PUTA?
LAS SIETE Y CINCO, CONCHUDO PUTO
AL PRINCIPIO TODO ES PAZ Y PLENITUD, PERO PRONTO EMPIEZAN LAS DIFERENCIAS.
¿POR QUÉ TENEMOS QUE HABLAR SIEMPRE CON PUTEADAS?
PORQUE SÍ, LA CONCHA DE TU MADRE
NO HACE FALTA
HIJO DE PUTA
LAS PUTEADAS SON INTERPRETADAS COMO UN "LLAMADO DE APAREAMIENTO" POR DOS BOXEADORES QUE PASAN VOLANDO POR AHÍ
...QUE TE RE PARIO...
CHUPAME BIEN LA...
...LA RE CONCH...
...HIJO DE MIL RE CONTRA MEGA RE PUT...
PERO LOS BOXEADORES SE AUTOAPAREAN Y LOS ÁGUILUCHOS-HUMANOIDES-ALIENS SE INDIGNAN
¡A NOSOTROS NOS TIENEN QUE PENETRAR!
BÚÚÚÚ
BÚÚÚÚ
¡OH, SÍ, MÁS!
¡OH, DIOS, ASÍ!
FRAKA FRAKA
LOS ABUCHEOS SON INTERPRETADOS COMO UN "LLAMADO DE APAREAMIENTO" POR UN FINAL QUE PASABA VOLANDO POR AHÍ.
ESAIA
BÚÚÚÚ
BÚÚÚÚ
LO SIENTO, PERO NO PUEDO VIOLARLOS, SOY EL FINAL, ESTO SE TERMINÓ
FIN
BÚÚ...

CAVA PARA TODOS

La región de Cataluña, al norte de la Península Ibérica, ya no quiere formar parte del Estado español. Un vasco escribe por qué, y un madrileño lo dibuja. Nosotros contra 'nosaltres'.

UN ENSAYO DE **JOSÉ A. PÉREZ**

ILUSTRADO POR **JAVIER OLIVARES**

JOSÉ A. PÉREZ
Bilbao, 1979

Escritor y guionista, licenciado en Publicidad y Relaciones Públicas por la Universidad de Navarra. Es autor de mimesacojea.com, un popular y polémico blog satírico español gracias al cual, por ejemplo, *The Sun* le llamó «escritor enfermizo». Ha creado y dirigido varios programas de televisión, como *Ciudad K*, una serie de humor para La 2 de TVE, que se centra en la vida de una población donde nadie tiene un cociente intelectual menor de 160. También es el creador y director de *Escépticos*, una premiada serie documental donde se analizan ciertos temas, como las medicinas alternativas o la religión, desde una perspectiva científica y crítica. Pérez también escribe textos de opinión, más o menos en serio, más o menos en broma, en varios medios de comunicación, como el diario vasco *El Correo*, la versión digital del desaparecido *Diario Público* y la edición española de *Rolling Stone*.

El cava es un vino espumoso que se produce fundamentalmente en la región catalana del Penedés. Es una especie de champán *low cost* muy popular en España. Con su brindis se desea próspero año nuevo y siempre está presente en celebraciones, banquetes y cada vez que una administración de lotería hace súbitamente millonario a quien menos se lo esperaba.

Desde 1977, Freixenet, una popular marca de cava, señala el inicio de la Navidad en lo que a programación televisiva se refiere. Lo hace con un spot siempre distinto pero siempre parecido que, con los años, ha terminado por convertirse en un elemento más de la cultura popular española. Por él han pasado Liza Minnelli, Gene Kelly, Paul Newman o Sharon Stone, todos brindando por el año nuevo en un castellano más o menos perfecto.

Un buen ejemplo de su relevancia cultural tuvo lugar en 2009, cuando la empresa de cava anunció que, debido a la crisis que atravesaba el país, esas navidades se repondría el spot del año anterior. Era la primera vez que ocurría en treinta y dos años. Poco importa si el departamento de marketing tomó aquella decisión por apuros financieros o por una estrategia milimétricamente diseñada; el hecho es que nunca se habló tanto del anuncio de Freixenet como el año en que no hubo anuncio de Freixenet.

En 2004, cuando Lehman Brothers aún era una entidad financiera de la máxima confianza y España una gráfica ascendente sin final previsto, un político catalán puso en un brete a la industria del cava. Lo hizo sin querer, por

supuesto, fruto de esa costumbre tan española, tan humana y tan política de soltar estupideces sin medir los posibles resultados. El político era Josep-Lluís Carod-Rovira, filólogo y entonces presidente del partido independentista catalán Esquerra Republicana de Catalunya. Las palabras de la polémica fueron: «sería incomprensible que desde Cataluña se apoyara Madrid 2012». Se refería a la candidatura olímpica de la capital española, un proyecto en el que se había invertido mucho tiempo y dinero.

El entrecomillado de Carod-Rovira no daba mucho margen a la interpretación, y alguien decidió responder a la ofensa con una similar falta de sutileza. Apenas un día después de que se produjeran las explosivas declaraciones, empezaron a circular varios mensajes de texto de origen incierto. Lo hicieron fundamentalmente por teléfonos de periodistas. «Si Carod quiere boicot, boicot habrá», decía uno de los SMS. Y remataba: «Ni una gota de cava catalán en Navidad». Casi inmediatamente, los medios de comunicación se hicieron eco de aquellos mensajes, convirtiendo la anécdota en una crisis nacional.

Si uno fuese maliciosamente estricto, podría llegar a decir que el boicot al cava catalán fue un monstruo creado y alimentado por los propios medios de comunicación. Cuestión de opiniones. Pero el hecho cierto es que, tras la publicación de aquellos mensajes, algunos productores de cava denunciaron que sus pedidos habían descendido con respecto a años anteriores. Ocurre que el capitalismo no entiende fronteras. Y, a la larga, aquella crisis acabó afectando a algunas empresas no catalanas implicadas en la producción y comercialización del cava, como los proveedores extremeños de corchos y los vidrieros de Zaragoza.

El vodevil dio para horas de radio y televisión, lógicamente muy poco enriquecedoras, en las que contertulios de todo pelaje se ganaban el cheque opinando si cava sí o cava no. La derecha más oscurantista y cavernaria se aferró a la polémica como un perro de presa a un conejillo idiota y emponzoñó todavía más el debate con sus habituales España una, España grande y España, sobre todo, española.

Vete tú a saber cómo durmió Carod-Rovira aquellos días. Seguramente, no muy bien. Las peticiones de rectificación y cuerpo a tierra le llegaban no solo desde Madrid, sino también desde la propia Cataluña. Joan Raventós, diputado de CiU (el principal partido nacionalista catalán entonces y ahora), aportó un haiku a la polémica comparando las palabras del político independentista con el «granizo que daña la cosecha».

Así las cosas, Carod-Rovira tenía dos opciones: confesar que todo había sido un desafortunado error o abandonar la política y montar un quiosco. Optó por lo más rentable. Con los dientes ostensiblemente apretados tras el bigote, compareció ante la prensa y deseó mucha suerte a la candidatura olímpica de Madrid.

Cuatro años después, un Carod-Rovira mucho más templado concedía una entrevista a la periodista Marta Rodríguez. En ella, el político decía: «La mayoría soberanista será más fácil de conseguir por la vía de un independentismo práctico que por la de una identidad lingüístico-cultural. De patriotas de lengua y cultura hay unos cuantos, pero de bolsillo, lo somos todos».

La Gran Crisis del Cava tuvo lugar en una España y en una Cataluña muy distintas de las actuales. Por entonces, los españoles —catalanes incluidos— irradiaban optimismo. Vivían en un rico país repleto de grúas en movimiento, hoteles en primera línea de playa y políticos impunemente corruptos sonriendo a las cámaras tras sus gafas de sol. Era la España del milagro económico, donde todo se relativizaba, donde cualquier problema era pospuesto hasta el final de la fiesta.

Como todo el mundo sabe, la fiesta se acabó de golpe en 2008. Ese año el desempleo empezó a dispararse y el gobierno puso en marcha el primer plan de austeridad. En julio, un mes después de que España ganase su segunda Eurocopa, pronunciaba la palabra *crisis* por primera vez (hasta entonces había empleado imposibles eufemismos tales como «desaceleración transitoria ahora más intensa»).

Cada año, el Centro de Investigaciones Sociológicas, dependiente del Ministerio de la Presidencia, hace público un estudio que revela las principales preocupaciones de los españoles. Hoy, los dos primeros puestos del ranking los ocupan la crisis económica y su síntoma más directo, el desempleo. La clase política es percibida como el tercer mayor problema del país, posición que hace unos años ocupaba el terrorismo. Esta pésima valoración del ejercicio político no sorprende a nadie, teniendo en cuenta que el paro supera ya el veinticinco por

ciento y las previsiones para los próximos años no son nada halagüeñas.

El movimiento 15-M, que tomó las calles en 2011 con su pacífica indignación, sigue vivo como un rumor de fondo, incapaz de generar la ilusión necesaria para que los españoles se crean de verdad que pueden salir del agujero. De cuando en cuanto, hay una explosión violenta en alguna parte del país, coches patrulla en llamas, escaparates destrozados, un ojo perdido por un pelotazo… En todas las calles: se vende, se alquila, cerrado, últimos días.

En este contexto, el once de septiembre de 2012, día de la fiesta nacional catalana, un millón y medio de personas tomaron las calles de Barcelona al grito de «independencia». El hecho era inaudito; nunca la Diada —que así se llama esta fiesta— había reunido a tanta gente. Ni siquiera tras la muerte de Franco y la instauración de la democracia. Nunca las aspiraciones independentistas de los catalanes se habían expresado de forma tan explícita y multitudinaria.

Catalunya, nou estat d'Europa (Cataluña, nuevo Estado de Europa), aparecía escrito en un gran pancarta. Tras ella, y también delante y alrededor, cientos de miles de personas de todos los ámbitos sociales. Eran fundamentalmente trabajadores anónimos, pero también se vio a algún conocido millonario, como el empresario de la comunicación y productor de Woody Allen Jaume Roures. Incluso miembros del partido socialista se dejaron ver por la manifestación, desoyendo casi con toda seguridad la disciplina de su partido.

Tan solo un día tardó el presidente catalán Artur Mas en hacer suyas las reivindicaciones expresadas en la Diada. Con una España todavía en estado de shock por la masiva exhibición independentista, Mas anunció su voluntad de luchar por una Cataluña con «estructuras de Estado». Se cuidó de no emplear la palabra independencia, quizá para no ponérselo demasiado fácil a los titulares. No importó; todo el mundo usó la palabra por él.

Durante su mandato, Mas había llevado a cabo algunos duros recortes en el Estado del bienestar: copago sanitario, recortes en el sueldo de empleados públicos, aumento del precio de las tasas universitarias, del agua y del transporte público y cierre de centros de salud y de quirófanos. No parece extraño que, dadas las más bien oscuras perspectivas electorales que le auguraban, el President viera en la bandera de la independencia un mástil al que agarrarse. Y se agarró a él como nunca ningún presidente catalán se había agarrado antes.

Cataluña, dijo Más, debía ser un Estado. A no ser, claro, que España aceptase *la otra opción*. Porque en política, ya se sabe, siempre hay otra opción. De eso va precisamente la política. En este caso, la otra opción tenía mucho que ver con el «patriotismo de bolsillo» del que hablara Carod-Rovira, y podía resumirse en dos palabras que Mas llevaba años repitiendo dentro y, sobre todo, fuera de Cataluña: pacto fiscal.

Nunca las aspiraciones independentistas de los catalanes se habían expresado de forma tan explícita y multitudinaria.

Según el nacionalismo catalán, con un pacto fiscal entre Cataluña y el Estado español, las tensiones quedarían enterradas. Al menos, durante un tiempo. «Es de las pocas oportunidades», decía Mas en 2011, «que tiene el Estado español para rehacer sus relaciones con Cataluña de manera tranquila y serena. No la deberían desaprovechar».

Cataluña aporta más dinero al Estado del que obtiene de él. La pedagogía política ilustra ese fenómeno con la imagen de una balanza siempre inclinada del lado de España. El saldo negativo en las cuentas de Cataluña, que casi nadie pone en duda, es descrito por las autoridades españolas como *solidaridad*. La España democrática, dicen quienes apoyan este modelo, se basa precisamente en ese compromiso solidario entre regiones. Así, las comunidades que más tienen deben aportar más al conjunto del Estado. El nacionalismo catalán, sin embargo, describe esta situación con otra palabra: expolio.

Con los años, el nacionalismo catalán ha ido dando forma a un relato que, como muchos

han señalado, presenta evidentes similitudes con otro bien conocido: el que Alemania viene repitiéndose y repitiendo al mundo desde el inicio de la crisis. A saber. Durante décadas, el rico Norte ha financiado, con su excedente, la irresponsabilidad fiscal del Sur. Ahora, llegadas las vacas flacas, el Norte exige responsabilidad y sacrificio y contención. Pero el irresponsable Sur es demasiado frívolo y demasiado perezoso para conseguirlo.

El pacto fiscal que anhelan las autoridades catalanas busca, en última instancia, corregir el desequilibrio en la balanza. Y tiene un claro referente: el llamado Concierto Económico vasco. Este marco legal regula las relaciones financieras entre el Estado español y las tres diputaciones forales vascas, que son las encargadas de recaudar impuestos en Euskadi. El origen del Concierto vasco se remonta al siglo XIX, aunque el marco vigente fue aprobado en plena Transición española. Gracias a esta herramienta, la crisis en Euskadi está siendo algo más llevadera que en las demás comunidades autónomas.

Pero la idea de dotar a Cataluña de un pacto fiscal similar al Concierto Económico vasco es muy poco popular en el conjunto de España. Algunos lo ven como una ruptura del espíritu solidario que se mantiene desde la Transición democrática. Otros, lo entienden más bien como un paso más en el camino hacia la autodeterminación catalana. Ya sabes: si hoy les das eso, mañana pedirán otra cosa.

Josep Antoni Duran i Lleida, Secretario General de Convergència i Unió, tiene el privilegio de ser el autor de las más desafortunadas declaraciones dichas por un político en los últimos años. Eso, en España, tiene bastante mérito, ya que la competencia es dura en ese terreno. Ocurrió en 2011, y lo que dijo es que en algunas zonas de España, los campesinos «reciben un PER (programa que garantiza una renta mínima a los jornaleros) para pasar una mañana o toda la jornada en el bar del pueblo».

Le llamaron de todo, claro, sobre todo en las regiones donde los campesinos se dieron por aludidos (es decir, en las zonas donde los

El masoquista supersticioso se pasa el salero de una mano a la otra.

The
CAVERN

campesinos reciben el PER). En el frívolo y perezoso Sur. En Andalucía. Pero lo cierto es que aquellas palabras expresaban (de manera muy poco elegante) la opinión de una parte de la sociedad catalana. Eran el fiel reflejo del desprecio que el nacionalismo catalán sentía y siente hacia un fenómeno, medio real medio imaginario, al que suele referirse como «la sociedad del subsidio». Un fenómeno que dejaría de ser problema de Cataluña con el pacto fiscal.

El único problema del pacto fiscal es que el Gobierno español no está dispuesto a concederlo. Mas intentó negociarlo con el silencioso y lacónico Mariano Rajoy, un tipo que parece conformarse con no provocar una guerra durante su mandato. Un presidente cuyo plan de contención del gasto está llevando al país a un pesimismo que solo los más viejos del lugar recuerdan. Un tipo que, lo ha dicho en repetidas ocasiones, no «cree» en el pacto fiscal.

Pero el asunto es largo y más profundo que eso. En el Partido Popular no «creen» en esa Cataluña-nación. Esa idea sencillamente no es compatible con su concepción nacionalista de España. Una España crisol, sí, pero una y sin fisuras.

La manifestación más tensa de este conflicto tuvo lugar hace tan solo unos años, cuando Zapatero decidió que había llegado el momento de revisar los estatutos de autonomía de ciertas regiones españolas. El de Cataluña, bautizado por la prensa como «Estatut», se remozó en 2006, tras un largo tira y afloja que ocupó decenas de primeras planas, y cientos de declaraciones cruzadas con las que los medios martirizaron a los españoles durante meses.

Las autoridades españolas y catalanas acordaron que, en el nuevo Estatut, Cataluña sería nación. Aunque solo en el preámbulo. También se acordó un modelo de financiación que parecía poner de acuerdo, en sus mínimos, a nacionalistas y socialistas. No era, ni de lejos, tan generoso como el Concierto Económico vasco, pero era un comienzo. Sin embargo, el nacionalismo progresista votó en su contra por considerarlo «descafeinado», lo que provocó una nueva y virulenta tormenta política que culminó con el derrumbe del Gobierno catalán y una larguísima fase de nosotros contra *nosaltres*.

Apesar de todo, el nuevo Estatut, gravemente mutilado con respecto a la propuesta original, entró en vigor en junio de 2006. Como era previsible, fue inmediatamente recurrido, entre otros, por los conservadores españoles. Cuatro años después, el Tribunal Constitucional resolvió que catorce de sus artículos eran inconstitucionales, y que la consideración de nación para Cataluña no tenía valor jurídico.

En los tribunales, el PP ganaba la batalla. En la calle, millón y medio de catalanes le respondían «som una nació».

En los tribunales, el PP ganaba la batalla. En la calle, millón y medio de catalanes le respondían «*som una nació*».

Con estos precedentes, parecía obvio que Rajoy en ningún caso aceptaría el pacto fiscal, ni siquiera aunque Cataluña se arruinase, cosa que ocurrió en agosto de 2012. Ese mes, la Generalitat pidió al Gobierno español un rescate por valor de más de 5.023 millones de euros. Cataluña era, en ese momento, la comunidad más endeudada de toda España, y, según sus representantes políticos, la ayuda resultaba imprescindible para afrontar los pagos más urgentes. Unas semanas antes, el Gobierno español había creado una línea de crédito conocida como Fondo de Liquidez Autonómica con el objeto de «rescatar» a las autonomías que así lo solicitaran.

La crisis económica ha llevado a la Generalitat a realizar recortes tan impopulares como los practicados por Rajoy en el conjunto de España. O más. Los funcionarios han visto su sueldo rebajado en un cinco por ciento. El presupuesto de la Sanidad pública ha mermado un once por ciento durante los dos últimos años, con el consiguiente cierre de ambulatorios y centros de urgencia. Se han recortado a la mitad las subvenciones a las guarderías, se han cerrado escuelas, se ha ampliado la jornada a los profesores y se les ha reducido el sueldo. Artur Mas, sin embargo, ha prometido que una Cataluña independiente sería más fuerte. Más rica. ¿Pero es eso cierto? Bueno, nadie lo sabe con certeza. Aunque, por supuesto, muchos dicen saberlo.

En la campaña electoral estadounidense de 2008, Barack Obama ponía a España como un ejemplo de éxito. Cuatro años después, era el ejemplo del fracaso.

En el mismo momento en que Mas hizo suyas las pancartas de la Diada y anunció su compromiso para trabajar por esas ansiadas estructuras de Estado, las calculadoras de media España empezaron a echar humo. Muchos dicen que, en efecto, un Estado catalán sería más próspero. Otros muchos sostienen justo lo contrario.

Intereconomía es una popular cadena de televisión de extrema derecha que, desde su nacimiento, ataca con virulencia las aspiraciones nacionalistas de las regiones españolas. No tiene mucha audiencia, pero es un referente ineludible para todos los abnegados amantes de la unidad de España (progolpistas incluidos).

De un tiempo a esta parte, en Intereconomía también han hecho suya la filosofía del patriotismo de bolsillo, solo que ellos, lógicamente, la usan como argumento en favor de la unidad de España. Según sus cálculos, una Cataluña independiente vería su PIB reducido entre un veintitrés y un cincuenta por ciento. Además, los catalanes serían expulsados del euro, por lo que tendrían que crear una nueva moneda.

Pero en Intereconomía no se olvidan de los componentes sociológicos, y señalan que existe la muy realista posibilidad de que algunos —muchos, casi todos los ciudadanos españoles— mostrasen una cierta «hostilidad» hacia los productos procedentes de ese nuevo Estado catalán. Después de todo, ¿a quién le iban a quedar ganas de tomarse una copa de cava en una España mutilada?

El mucho menos sofocado *Financial Times* afirmó que una Cataluña independiente sería probablemente más rica, aunque estaría más endeudada. Algunos grandes empresarios catalanes, por su parte, advirtieron de una obviedad: que los procesos independentistas no son lo mejor para el negocio. José Manuel Lara, presidente del enorme grupo de comunicación Planeta, llegó a decir que, de conseguir Cataluña la independencia, a su empresa no le quedaría más remedio que mudarse a Madrid.

Bruselas, en un tono no precisamente amistoso, advirtió a CiU de que quien se independiza de un estado miembro de la Unión, queda fuera de la Unión. Desde un punto de vista europeo, no parece muy tranquilizador que España, esa economía *too big to fail*, empiece a resquebrajarse. Porque una cosa está clara. Si Cataluña abriese un proceso de autodeterminación, el País Vasco sería el siguiente en hacerlo, generando un efecto dominó que, hoy por hoy, nadie parece dispuesto a tolerar, ni en Madrid ni en Bruselas.

Tan pronto como el órdago de Mas empezó a copar páginas internacionales, CiU se apresuró a mandar guiños tranquilizadores. El más evidente fue la súbita aparición de miles de banderas europeas en todos y cada uno de los actos del partido. Además, el President concedió una entrevista a *The New York Times* donde usó palabras como democracia, igualdad o diálogo. El periodista, sin embargo, optó por el titular: «En Cataluña, Artur Mas amenaza con la secesión».

En época de crisis, ya se sabe, los viejos fantasmas reaparecen. Uno de los más terroríficos fantasmas españoles es el de la ruptura nacional. Otro es la sospecha de que la riqueza y prestigio atesorados durante el periodo democrático sea más frágil de lo que parece a simple vista.

Cuando, en 2002, el entonces presidente José María Aznar se fotografió con los pies sobre la mesa de George Bush durante una cumbre del G-8, muchos pensaron que aquel pequeño y egocéntrico hombrecillo había perdido la cabeza definitivamente. Más aún cuando tuvo a bien explicar aquel gesto. «Estaba con el presidente Bush», dijo, «cuando este puso los pies encima de la mesa y me preguntó: ¿sigues haciendo deporte? Yo le dije que sí y él comentó: yo hago cuatro kilómetros en seis minutos y veinticuatro segundos. Yo puse los pies encima de la mesa y le respondí: yo hago diez kilómetros en cinco minutos y veinte segundos. Es la primera vez que superamos a Estados Unidos en algo».

Al final, España solo superó a Estados Unidos en eso. El tan cacareado milagro económico, el que llevó los pies de Aznar hasta la mesa

de Bush, resultó ser fruto de la especulación, el endeudamiento y una muy generosa dosis de corrupción. Los halagos dedicados a España en el escenario internacional se convirtieron en comentarios irónicos, o en abierto desprecio, de la noche a la mañana. En la campaña electoral estadounidense de 2008, Barack Obama ponía a España como un ejemplo de éxito. Cuatro años después, era *el* ejemplo del fracaso.

El mismo *New York Times* que señaló, para vergüenza nacional, que Mas es uno de los pocos políticos españoles que habla inglés, publicó en 2012 una galería de imágenes en blanco y negro donde indigentes españoles revuelven en contenedores de basura en busca de algo que comer o que vender o que ponerse para matar un poco el frío.

Hoy los españoles saltan por la ventana. Una epidemia de hipotecas que ya no pueden pagarse, firmadas cuando el milagro era cotidiano, estrangula a trabajadores madrileños, andaluces y castellanos, pero también a vascos y catalanes. Los que no pueden soportar la presión acaban en primera plana. España, aquel país que pujaba por sentarse en una silla del G8 lucha ahora por no volver a las vías del desarrollo. Íbamos tan deprisa que descarrilamos. El fracaso es de todos. También de los catalanes.

A lo largo de esta crisis que dura ya un lustro, Angela Merkel se ha convertido en la enemiga número uno del pueblo, el rostro y la voz de una Alemania que nos pide más esfuerzos cada vez. El cinturón está ya tan apretado que empiezan a reventar las costillas de los trabajadores. Cierran hospitales, colegios y centros de investigación. Los sindicatos apenas son capaces de organizar una huelga general de impacto. En Twitter alguien hace una broma: «Se busca ingeniero con tres masters y cuatro idiomas. Incorporación inmediata como camarero». Todo el mundo entiende el chiste, pero nadie se ríe. En los centros de enseñanza de idiomas, los cursos de alemán agotan plazas.

Un caldo de cultivo idóneo para la desesperanza y la emigración, pero también para los extremismos, para el nacionalismo integrador y para el desintegrador. Para el *Arriba España* contra el *Visca Catalunya*. El Partido Popular, que desde la oposición tantas veces acusó a Zapatero de romper España, ve ahora cómo España corre

verdadero riesgo de ruptura bajo su impotente mandato. El Gobierno niega ser esclavo de la troika, pero lo es y todos los españoles lo saben.

Vuelven los viejos fantasmas. Antonio Tejero, el militar que en 1981 entró en el Congreso de los Diputados y disparó al techo al grito de «todo el mundo al suelo», denuncia al presidente catalán por provocación, conspiración y proposición para la sedición. Alegrémonos, visto su currículum, de que esta vez, al menos, acuda a la vía judicial. Es, quizás, un triunfo de la democracia.

En los medios, la crisis catalana funciona como placebo y como cortina de humo para desviar la atención de escándalos mayores. Mientras los ciudadanos discuten si un Estado catalán les haría más o menos pobres, más o menos felices, no se habla sobre los casos de corrupción que salpican a políticos de todos los partidos y hasta a miembros de la Casa Real.

Regresan viejas expresiones, como el «café para todos», que designa la chapucera forma en que, durante la Transición española, se decidió conceder un similar grado de autogobierno a las diecisiete autonomías (salvo a Euskadi, que obtuvo más). Fue fruto de la necesidad contextual, dicen ahora quienes participaron en aquel proceso. Desde entonces, una invisible tectónica de placas ha ido generando una tensión que algún día, tarde o temprano, acabará manifestándose en la superficie.

La Constitución española, garante de la unidad territorial, ha sido considerada durante décadas poco menos que un libro sagrado, intocable e inviolable. Como si sus autores hubiesen construido un texto tan sublime y perfecto que no requiriese cambio alguno. Es lo que suele argüir el Estado español para demostrar que la autodeterminación sencillamente no es posible. Así está escrito en El Libro Que No Puede Alterarse.

Es la explicación que se dio cuando Juan José Ibarretxe, presidente vasco desde 1999 hasta 2009, planteó algo parecido a lo que Mas pide ahora: una libre asociación de Euskadi con España. Los adversarios políticos y sus medios de cabecera convirtieron a Ibarretxe en poco menos que un loco, un mesías, un idiota egocéntrico. Exactamente igual que hacen ahora con el presidente catalán. Palabra. Por. Palabra.

La propuesta de Ibarretxe, como era previsible, fue desestimada en el Congreso de los Diputados. «La Constitución no puede abrirse», se decía entonces. Solo en 1992 se había abierto un poco, casi nada, la puntita, para añadir dos palabras, «y pasivo», tras la expresión «derecho de sufragio activo». Era una exigencia del Tratado de Maastrich, y todos los grandes partidos estuvieron de acuerdo en hacerlo. Claro que aquello había sido una excepción, una obligación impuesta por Europa, no el capricho de un loco mesías de provincias.

Pero entonces, un día, los dos grandes partidos demostraron a los españoles que uno puede «abrir» la Constitución sin consulta previa, sin el beneplácito de las formaciones políticas minoritarias y casi sin avisar. Fue en agosto

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y PERSONAS

***Arriba España*:** Lema del franquismo que se convirtió en obligatorio durante la Guerra Civil.
Aznar, José María: (1953) Político español, expresidente de España por el Partido Popular (PP).
Barbecho: Tiempo que se deja a la tierra sin sembrar para que vuelva a estar fértil.
***Café para todos*:** Expresión utilizada en la Transición española del franquismo a la democracia. Con ella se indicaba que todas las regiones y nacionalidades podrían aspirar a ser autónomas.
Carod-Rovira, Josep-Lluís: (1952) Político independentista catalán. Fue presidente del partido Esquerra Republicana y vicepresidente del Gobierno de Catalunya.
Concierto Económico vasco: Instrumento jurídico que regula las relaciones tributarias y financieras entre la Administración General del Estado de España y la Comunidad Autónoma del País Vasco.
Convergència i Unió: Federación de dos partidos nacionalistas catalanes, Convergència Democràtica de Catalunya y Unió Democràtica de Catalunya.
Duran i Lleida, Josep Antoni: (1952) Político catalán, diputado por Barcelona, Secretario General del partido Convergència i Unió (CIU).
Franco, Francisco: (1892-1975) Militar y dictador español desde 1936 hasta su muerte en 1975.
Freixenet: Empresa productora de cava ubicada en Barcelona.
Generalitat: Sistema institucional en que se organiza políticamente el autogobierno de Cataluña.
Ibarretxe, Juan José: (1957) Político vasco, perteneciente al Partido Nacionalista Vasco. Ha sido lehendakari (presidente del Gobierno vasco) durante tres legislaturas.
Lara, José Manuel: (1946) Empresario nacido en Barcelona, presidente del Grupo Editorial Planeta.
Lehman Brothers: Compañía global de servicios financieros de Estados Unidos, fundada en 1850. En 2008 presentó la quiebra.
Low cost: Bajo costo.
Mas, Artur: (1956) Economista y político catalán, actual presidente de la Generalitat de Catalunya.

de 2011, el mes de menor consumo mediático, mientras la población sudaba en pueblos y ciudades de veraneo. Aquella reforma constitucional tuvo como objetivo establecer dentro del propio texto un límite máximo de endeudamiento. Los partidos minoritarios pidieron que la medida fuera sometida a referéndum, cosa que no ocurrió. Tampoco se explicó jamás el motivo de tanta urgencia y secretismo, aunque muchos ciudadanos creyeron ver la sombra de aquella troika que con más o menos discreción gobernaba el país desde hacía tiempo.

Sea como fuere, aquel incidente veraniego dejó bien clara una cosa: que el Sagrado Texto de la Constitución Española podía abrirse y hasta podía ser alterado en un par de semanas, sin consulta popular y sin el menor debate social ni parlamentario. Los nacionalistas llevaban décadas esperando una oportunidad así. Si la Constitución podía cambiarse, el modelo territorial en ella contenido *también* podía cambiarse. Pero en política la lógica de causa-consecuencia no siempre se aplica. Este fue uno de esos casos. Y, como descubriría Mas en sus reuniones con Rajoy, que se pueda cambiar la Constitución no implica, ni mucho menos, que haya la más mínima intención de hacerlo.

Los sueños de una Cataluña independiente tendrán que esperar. En las elecciones de 2012, un Artur Mas con la implícita promesa de la independencia en su programa electoral, quedó muy lejos de la mayoría absoluta. La gran bola de nieve que empezara a rodar en la masiva manifestación de septiembre se dio de bruces contra una montaña de realidad aún más tumultuosa.

Los días previos a las elecciones, la mayor parte de las encuestas daban la mayoría absoluta a Mas. Las menos que no lo hacían, le ubicaban muy cerca. Todas erraron. CiU ganó las elecciones holgadamente, pero sus resultados fueron peores que en los anteriores comicios.

Aunque la suma de fuerzas nacionalistas era (es) mayoritaria en el Parlamento catalán, el proyecto del Estado propio tendrá que quedar en barbecho. El propio Mas admitía, en su comparecencia tras las elecciones, que habría que seguir trabajando en la consecución del «derecho de decidir».

No parece descabellado poner negro sobre blanco que Cataluña será independiente. Algún día. Eso parece indicar la voluntad de la mayor parte de su sociedad. Así lo reflejan las urnas, aunque no de una manera lo suficientemente clara y rotunda.

Quizás en un futuro no muy lejano la selección catalana de fútbol derrote a la española en algún torneo internacional, aunque seguramente tendrán que pasar generaciones para que los españoles puedan contemplar semejante espectáculo sin padecer un ataque de bruxismo.

Sería bonito ver ese día en que catalanes y españoles, nosotros y *nosaltres*, brindemos por nuestros respectivos futuros con una copa de cava bien frío. Porque el champán francés, si la cosa no mejora, se nos saldrá de presupuesto. ◣

Órdago: En el mus (juego de cartas) envite del resto.
Paro: Forma coloquial que se utiliza en España para denominar el desempleo.
Partido Popular (PP): Partido político español de ideología conservadora, liberal y de centroderecha. Actualmente gobierna España.
Rajoy, Mariano: (1955) Actual presidente de España por el Partido Popular (PP).
Raventós, Joan: (1950) Político catalán, presidente del Consejo Comarcal del Alt Penedès y diputado en las elecciones del Parlamento de Cataluña en 1995, 2003 y 2006.
Rodríguez Zapatero, José Luis: (1960) Presidente de España por el PSOE (Partido Socialista Obrero Español) desde 2004 hasta 2011.
Roures, Jaume: (1950) Empresario y productor cinematográfico catalán. Actualmente es propietario del treintaitrés por ciento del grupo Mediapro, dentro del cual se encuentran el diario *Público* y el canal de televisión LaSexta.
Som una nació: *«Somos una nación».*
Tejero, Antonio: (1932) Ex Teniente Coronel de la Guardia Civil y uno de los principales cabecillas del fallido golpe de Estado de 1981 en España.
***Too big to fail*:** «Demasiado grande para caer».
Transición: Período histórico de España que abarca desde el fin de la dictadura de Franco hasta aproximadamente la entrada de España a la Comunidad Europea en 1986.
Tratado de Maastrich: Tratado de la Unión Europea (TUE), firmado en 1992 en Maastrich (Holanda), que establece una Unión sobre tres pilares: las Comunidades Europeas, la política exterior y de seguridad común (PESC) y la cooperación policial y judicial en materia penal (JAI).
Troika: Alianza de tres entidades de idéntico nivel. En este caso, la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional.
***Visca Catalunya (Lliure)*:** «Viva Cataluña (libre)».

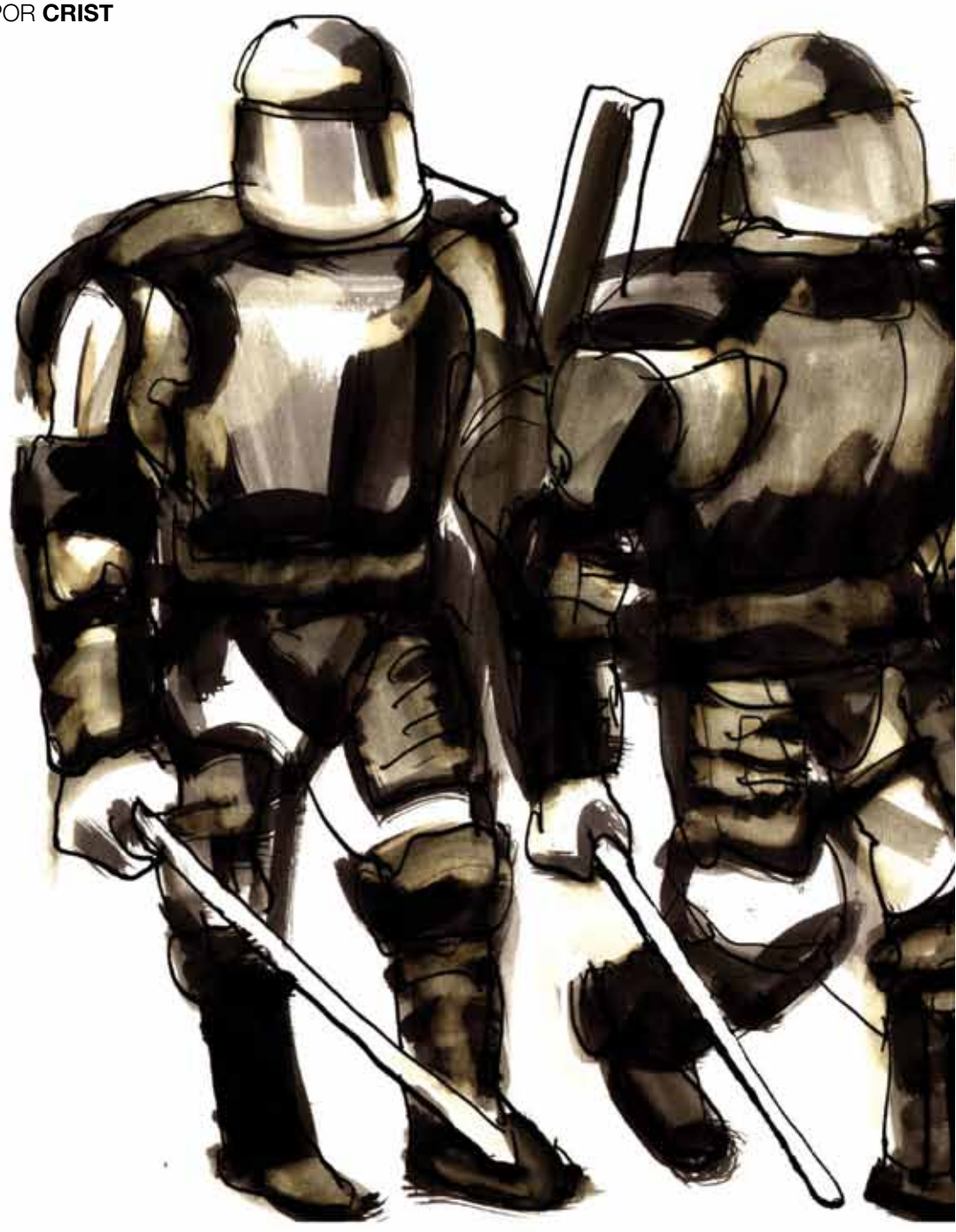
El profesor de música dio las notas del examen. Todos se sacaron un do.

POST
en Barça, en Bs.As, en el DF
orsai
orsai
orsai
Yo Sojo-Tú Sojas-Él Soja-
Nosotros Sojamos-
Vosotros Sojáis-
Ellos Sojan
PRESENTE DEL ARGENTINO
MASAS HUBO EN TLATELOLCO
MASAS HUBO EN EL 2001 ARGENTINO
EN BARCELONA TENÉS LA MASÍA.
QUÉ NOS PASA A LOS ARGENTINOS
tenemos como escritor nacional a un ciego
como cantor nacional un mudo
y el primer trabajador: Juan DOMINGO
BUENOS AIRES BUENOS ROUNDS
Encontré la carta del tío catalán, el tío abuelo. Decía- en catalán- que él iba a ser fusilado pero que sus últimas palabras iban a ser pidiendo la independencia, en catalán.

ALES
R.I.P
Perrito catalán desentierra huesitos
Hace 40 años alguien dijo:
ESE PAÍS DEL SUR, ARGENTINA SE LLAMA, TIENE UNA CLASE MEDIA IMPORTANTE ¿NO? BIEN, EN 25, 30 AÑOS DEBE SER REDUCIDA DRÁSTICAMENTE.
Trascartón, una serie de poderosos dieron instrucciones precisas y...
DETRÁS DE TODA MÁSCARA HAY UNA CALAVERA
LA OTRA NOCHE SOÑÉ CON MIRÓ, GAUDÍ Y OROZCO, TAMBIÉN ESTABA SAÚL STEIMBERG, YO QUERÍA HABLAR DE SUS PINTURAS, SUS CONSTRUCCIONES, SUS MURALES, SUS DIBUJOS, Y A ELLOS SOLO LES IMPORTABA PREGUNTARME A MÍ SOBRE LA SITUACIÓN ARGENTINA
¡QUÉ DESPERDICIO!
La Opo Mex
PINCHE MAMÓN
CHINGA
GAMBORIMBO
HÍJOLE
POS ÁNDALE
LA CHINGADA

PRIMAVERA MALTRATADA

UNA CRÓNICA DE **ALEJANDRO ALMAZÁN**
ILUSTRADA POR **CRIST**



Durante todo 2012 México vivió
en la esperanza de una primavera.
Pero también puso en alerta al viejo
invierno de siempre.

ALEJANDRO ALMAZÁN
Ciudad de México, 1971

Estudió comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM. Ha colaborado en *Macrópolis, Reforma*, *Milenio*, *El Universal* y el CNI-Canal 40. Es miembro fundador del semanario *Emeequis*. Actualmente colabora en la revista *Gatopardo*, en Grupo Milenio y en el diario *El Mundo*, de España. Ha ganado tres veces el Premio Nacional de Periodismo en la categoría de crónica por «Lino Portillo, asesino a sueldo» (2003), «Cinco días secuestrada, cinco días de infierno» (2004) y «Un buchón no se retira, solo hace una pausa» (2006). Ha ganado también el Premio Nacional Rostros de la Discriminación, el premio que otorga la Sociedad Interamericana de Prensa y el Fernando Benítez. Es autor de *La victoria que no fue* (Grijalbo, 2006), *Gumaro de Dios* (Mondadori, 2007), *Placa 36* (2009), la novela *Entre perros* (Mondadori, 2009) y *Palestina, historias que Dios nunca hubiera escrito* (2011). Sus textos sobre narcotráfico han sido publicados en antologías recientes en Alfaguara (España), Debate (México) y Puntocero (Venezuela).

Hace algunos meses, el viernes once de mayo de 2012, estaba tan deprimido por la reciente separación con mi mujer que nada lograba zamarrearme. Esa mañana, sin embargo, sucedió algo que nos sorprendió a todos, incluso a quienes lo habían hecho posible: los estudiantes de la Universidad Iberoamericana no habían aguantado a un Enrique Peña Nieto que los desdeñaba y Peña no había soportado a unos estudiantes que lo irritaban con sus preguntas. Después de ver videos y fotos en Twitter, pensé que a nadie se le había ocurrido rechazar de esa manera tan franca al candidato priista. ¡Fuera! ¡Asesino, asesino!, le gritaron los chicos con el corazón en la boca. Eso, además de aventarle un zapato, fue lo único que hicieron. Entonces casi todas las universidades apuntaron hacia Peña y miles seguimos a los de la Ibero.

Todo se desencadenó con los habituales aires altaneros que pueden derrumbar hasta al más insolente. En el PRI debieron saberlo, pero su candidato a la presidencia, sobrado y arrogante, no entendió que la confianza es la falla del valiente. «Tomé la decisión de emplear la fuerza pública para mantener el orden y la paz», les respondió a los chicos de la Ibero cuando le preguntaron sobre lo sucedido en San Salvador Atenco, un pueblo bravo y politizado a donde Peña, como gobernador del Estado de México, mandó a miles de policías en 2006 para que sus habitantes nunca dudaran de que la sabiduría del político es la habilidad de usar la fuerza; el desenlace de aquella represión fue salvaje: unas treinta mujeres terminaron violadas, dos estudiantes murieron a balazos y más de doscientos campesinos fueron llevados a las mazmorras. «La acción fue en legítimo derecho», siguió diciéndoles Peña con cierto desenfado, quizá porque todavía ese día pensaba que todo le estaba

permitido, que todo lo podía. Pobre hombre. A los pocos minutos debió huir de la universidad como un gato en desgracia. Tal vez hoy todo sería una anécdota de sobremesa si la reacción de los priistas no hubiese sido la de siempre: primero golpear y después pensar. A la estación de radio de la Ibero, Pedro Joaquín Coldwell, el presidente nacional del PRI, llegó echando fuego por la nariz. Dijo que aquella reunión con los estudiantes había sido una trampa para su candidato y juró que atrás de los chicos había grupos de choque paridos en la izquierda más radical y en los movimientos sociales que solucionan todo con bombas molotov. Como cualquier politiquillo que se precie de serlo, Coldwell les endilgó a los chicos los mejores adjetivos de su decrépito diccionario: intolerantes, porros, majaderos, infiltrados y otras monerías. Cuando esas declaraciones se reprodujeron en las redes sociales, una gran indignación se apoderó de la Ibero. A un estudiante de comunicación, por ejemplo, se le ocurrió grabar un video con ciento treinta y un chicos que, credencial en mano, le demostraban a Coldwell que no eran porros ni mucho menos unos locos a quienes debían encerrar en el manicomio. De YouTube, el video pasó a Twitter, se convirtió en trending topic mundial y un alumno del Tecnológico de Monterrey, jugando con el número, hizo el hashtag #YoSoy132. Peña, un tipo inculto pero carismático, seguro debió haber tenido miedo por lo que siempre ha escapado de su control: las palabras rebeldes de los jóvenes.

La noche del tres de mayo de 2006, cuando Peña tenía ya ocho meses como gobernador, se le presentaron dos caminos: buscar el diálogo con los campesinos de San Salvador Atenco o ir a partirles el hocico. La historia había empezado a medio día, a diez kilómetros de Atenco. En el ayuntamiento de Texcoco, a unos pocos comerciantes se les había negado el permiso para vender flores. Los atequenses agarraron sus machetes, su símbolo de resistencia, y acudieron al mercado para solidarizarse con los floristas. Mientras negociaban con las autoridades de Texcoco, policías del Estado de México y de la Federal hicieron su aparición. Si el infierno existe, aquel trozo de México debió ser una de sus estaciones. Entre gases lacrimógenos, ráfagas y toletazos, Ignacio del Valle, el líder de los atequenses, fue arrestado. Un funcionario que estuvo aquel día en la oficina de Peña llegó a contarle a la revista *Proceso* que buscaron al entonces presidente Vicente Fox. «Fox nunca contestó, pero le mandó a decir a Peña que lo apoyaría si decidía no negociar». Fox tenía una buena razón para vengarse de Ignacio del Valle: él y su pueblo habían logrado oponerse a la construcción de un nuevo aeropuerto sobre tierras de Atenco. La gran obra que Fox había anunciado como una alegoría de su administración, la echó abajo un puñado de macheteros. Peña, al final, escogió la ruta más efectiva y dejó todo en manos de Wilfrido Robledo, el entonces jefe de la Agencia de Seguridad del Estado. El Operativo Rescate contó con tres mil policías. Nueve días después, en la columna «Templo Mayor» del diario *Reforma*, se habló de una reunión entre Peña y su gabinete. En ella se planteó la necesidad de «freír judicialmente a unos cuantos policías». Robledo, un hombre que se curtió en las cloacas militares, se molestó: «Ni se les ocurra tocar con el pétalo de un citatorio a cualquiera de mis muchachos; ellos actuaron tal y como la situación lo ameritaba». Seis años después, los chicos de la Ibero pidieron respuestas sobre aquella represión y a Peña, que venía inflado del primer debate presidencial, lo traicionó la vanidad y dio un paso en falso.

Policías del Estado de México y de la Federal hicieron su aparición. Si el infierno existe, aquel trozo de México debió ser una de sus estaciones.

Kapuściński decía que todos los libros dedicados a los movimientos sociales nunca deberían empezar por un capítulo que hablara de la podredumbre del poder, sino por uno que se ciñera al aspecto sicológico de cómo el ser

humano vence su miedo y su apatía, y entonces se hace libre. Y esto fue lo que hicieron los chicos de la Ibero, una universidad privada, jesuita, que en sus casi setenta años de historia había preferido cerrar los ojos, la boca y las entrañas. Hace seis años, gracias a una beca, estudié un semestre en la Ibero. En ese tiempo me pareció que los chicos malgastaban su inteligencia hablando de sus viajes, sus fiestas y sus caprichos. Por fortuna mis prejuicios se fueron al contenedor de la basura. Si la UNAM y el Politécnico nos enseñaron en 1968 a no quedarnos callados frente al autoritarismo, en 2012 los de la Ibero nos impulsaron para salir a las calles como si reprocharle a Peña fuera un deber.

Peña, el del remolino en la frente que hace parecer que le falta un poco de pelo. El de la dentadura blanqueada. El que solo bebe vodka, ahora que le asqueó el brandy. El que compensa su complejo de estatura (un metro setenta y dos) con unas plantillas especiales para aumentarse un par de centímetros. El que no sale a la calle sin antes lanzarse al cuello cuatro disparos de la loción Carolina Herrera. El que de niño creía tener poderes para dormir a los camaleones y otros reptiles. El que jugaba al burócrata e imaginaba que una muñeca de la Mujer Biónica era su secretaria. El fanático de los pastelillos y las papas Sabritas. El que no sabe bailar. El que siempre quiso tener una mascota con «la cara e inteligencia del delfín y los cuernos del perro» (sic). El que admira a Napoleón Bonaparte. El que empezó a usar gel para que el mechón en la cara no le empezara a poblar la frente de pelo y este se juntara con las cejas. A ese mismo Peña lo conocí en 2004, poco antes de que se convirtiera en candidato a gobernador del Estado de México. Aquella mañana Peña estaba nervioso y miraba para todos lados. Comenzó alabando a su tío, el entonces gobernador Arturo Montiel,

El bebé aprendió a entrar agugugugoogle.

un hombre que habla como si trajera piedras en la garganta y que, aún hoy, no ha podido recuperarse ni de su divorcio ni de las acusaciones en su contra por corrupción y malversación de dinero público. Luego, mientras su asistente le pasó un pañuelo para que se secara la sudorosa frente, Peña me habló de manera confusa acerca de su futuro. El hombre del pelo peinado con raya perfecta se sabía galán, pero también conocía sus limitaciones: era un tanto huraño y no se le daba la retórica; incluso los diputados de otros partidos creían que el tipo pasaba toda la noche en vela, aprendiéndose las frases que debía decir a la mañana siguiente. Quizá por eso, el horizonte que aquel día me describió Peña se reducía a ser un senador sin futuro. «¿A poco sí me ves como gobernador?», me preguntó cuando nos despedimos, con el tono de quien pone en manos ajenas su mañana. «Usted es el sobrino de Montiel», le dije y él arrojó una inusitada mirada lampareante. En su campaña presidencial de 2012, Peña ya no era aquel tipo desarmado que tartamudeaba frente al público. Había resultado ser un showman nato. En sus mítines cantaba con entusiasmo —aunque mal—, intentaba bailar esos jingles empalagosos que evocaban los años ochenta —a la canción que cantaba Laura Branigan, *Gloria*, los publicistas del candidato la volvieron más horrenda—, y se plantaba en el templete con la seguridad que tienen los gatos que trepan las azoteas. Y a pesar de que las bolsas dobles bajo los ojos parecían pedirle descanso, Peña se fortalecía apenas recibía los besos de sus admiradoras. «¡Quiero un hijo tuyo!», escuché que le gritaron más de una vez. A Peña siempre le sobraban halagos para las mujeres. Llegué a pensar que lo hacía porque entendió que la mujer es uno de los regalos que la humanidad se ha concedido a sí misma. Pero no. Alguien de su campaña me dijo que todo era simple estrategia. «Las mujeres, para el candidato, son votos», me explicó de manera muy pedagógica y recordé que las mexicanas representan el cincuenta y dos por ciento de los votantes. «La estrategia es aprovechar el encanto de Quique, el cabrón las trae muertas». Mientras cubría la campaña para la agencia Notimex, le dije a un viejo amigo priista que Peña era el Justin Bieber mexicano. «No sabe nada de la vida, pero cómo vende y rompe corazones», le comenté. «Podrá ser un producto que fabricó la tele», me respondió ajustándose las gafas, «pero también hay que reconocer que el tipo hace bien su papel; ¿a poco no es un histrión?».

Durante la sacudida, uno suele preguntarse por qué ocurrió ese día y no en otro. Qué fue distinto si ayer aún nos habíamos dicho que nos amábamos. Lo mismo habría que preguntarse con el #YoSoy132 si apenas unas horas antes los priistas y toda aquella gente de los medios que patrocinaba a Peña decían que el tipo sí sabía hilar más de dos palabras y, para que no quedara ninguna duda, empujaban la versión de que Peña había ganado el primer debate presidencial. Por qué hasta dos meses antes de las elecciones unos chicos apartidistas habían perdido la paciencia y decidieron apretar los puños si la desfachatez de Peña ya era una provocación mucho antes de que iniciaran las campañas. Por qué no salieron o, mejor dicho, por qué no salimos a manifestarnos en cuanto nos dimos cuenta de que Televisa había decidido jugar como manda su código de ética: de manera sucia, aprovechándose del setenta por ciento del total de la audiencia para meternos por los ojos a Peña y a su señora, esa actriz de telenovelas que entendió muy bien la estrategia de propaganda que requería su marido: ser la actriz de reparto, ese personaje encantador que suma, pero que trata siempre de no robarle cámara al primer actor. ¿Por qué sucedió el once de mayo? Quizá porque la vida es así, misteriosa, y cuando uno menos lo imagina viene un chispazo y todo explota. O quizá porque Peña, Televisa y otros medios abusaron del aguante de los jóvenes. O quizá porque el colectivo nunca olvidó las trampas que en 2006 utilizó Felipe Calderón para ganar con un porcentaje mínimo. O quizá fue porque Calderón declaró una guerra que convirtió al país en un cementerio y los chicos contabilizaron minuciosamente los muertos y los agravios del poder. O quizá porque en este sexenio los jóvenes entendieron que ellos no querían terminar en la infantería del narco, sino convertidos en hombres de bien. *Haiga sido como haiga sido*, Calderón dixit, aquel once de mayo todos comenzamos a necesitarnos.

Hubo quienes pensamos que nuestra primavera sería como la que, un año antes, había irrumpido en los países árabes. Confieso haberme visto con un fusil, rodeado de chicos a los que solo los movía la búsqueda de un mejor país. Pero alguna vez leí que las revoluciones suelen ser dramáticas y a nadie, en su sano juicio, le agradan los dramas. Y es cierto: la revo-

lución es el último cartucho que nos queda y los jóvenes del #YoSoy132 tenían aguante y fuerza de voluntad para que los medios se democratizaran o, al menos, salieran del clóset y admitieran su simpatía por Peña. No habría balas, pero sí todo un arsenal de palabras que solo pedían un competencia justa, como esos boxeadores que se trepan al ring y cuya única diferencia es evitar ese golpe que les arranque la vaselina de la ceja y los tumbe.

La última semana de mayo, los priistas hicieron circular la versión de que Peña ya había superado el mal momento de la Ibero. Pero pocos les creyeron. Peña apenas dormía, casi no comía, todo el día estaba enfadado y se le había trepado un tic en el párpado izquierdo. Algunos de sus asesores llegaron a aconsejarle que aumentara sus dosis de cinismo y dejara que los chicos se manifestaran hasta que el hartazgo los devolviera a sus casas. En política, dicen, hay que saber esperar y Peña no aguantó. Quiso levantar la cabeza después del golpe en la Ibero y sacó un manifiesto donde intentó restaurar su imagen del hombre que escucha a los jóvenes, del que entiende las necesidades del pueblo, del que no miente. No funcionó. La mediana credibilidad que había ganado a fuerza de spots se estaba debilitando cada vez que el #YoSoy132 brotaba en una nueva universidad en el país. Peña comenzó a perder puntos. Su candidatura, pensaba la gente, era una imposición, una necedad. Algo había qué hacer. Aún ahora imagino a Peña en su cuarto de guerra, bebiéndose un vodka y dando órdenes que alguien más le había mandado: ¡Díganles a los encuestadores que sigo veinte puntos arriba! ¡Avísenles a nuestros amigos periodistas que deben aplastar a esos jóvenes cabrones! ¡Investiguen a esos de la Ibero y amenácenlos! ¡Y por el dinero no se preocupen! Y sí: el dinero siguió cayendo como confeti.

Por lo general, el poder suele cobrarle favores a ciertos dueños de medios en el momento oportuno. Es una vieja práctica donde se perdonan impuestos y hasta la vida. También se regalan concesiones, se hacen negocios, se aplasta al enemigo y se brinda con champán en santa paz. Los gobiernos de Vicente Fox y Felipe Calderón no lo entendieron bien a bien por su ambición y torpeza, pero al PRI nunca se le ha olvidado este arte. Después del once de mayo vino el boom del sicariato en la prensa. Fue el momento en que muchos periodistas salieron a defender al amo. Sacaron su pluma o el micrófono, escribieron o hablaron con los riñones y pararon el culito cuando cobraron por su buena obra. Recuerdo a un columnista canoso y ególatra decir que atrás del #YoSoy132 estaba Andrés Manuel López Obrador, el candidato de la izquierda que había dejado las bravuconadas en el cajón y ahora hacía una rara campaña basada en el amor al prójimo. Un tipo en la radio, pedante y grosero, dijo tener información de que los chicos recibían dinero de Carlos Slim, ese millonario que es la prueba de que en México no solo vivimos muertos de hambre. Otro periodista, que tiene la filosofía de que le paguen para no pegar, vació toda su bilis en un diario que es de su propiedad. Televisa y TV Azteca grabaron a dos o tres chicos que gritaban consignas y se preguntaron en sus noticieros estelares si eso podía considerarse un movimiento social. Los encuestadores también quisieron bajarnos los ánimos: en sus sondeos, Peña seguía inquebrantable como el acero. Todo aquello daba pena. Hasta pensé que las moscas no sabían de qué color ponerse de la vergüenza. Pero ese era el juego: el PRI, y tal vez también Calderón (siempre vio a Peña como la mejor opción para entregarle la banda presidencial), habían aplicado el plan B: desacreditar a los jóvenes, colgarles el sambenito de violentos. Si en los noventa les había funcionado a los priistas con el PRD y los zapatistas, por

Siempre había pensado que a las manifestaciones acudía tanta gente porque, además de defender la dignidad, cualquiera podía ir a insultar a los poderosos.

qué no en el 2012, cuando en el país se había arraigado la cultura de la conspiración. Pero el PRI y sus aliados no entendieron que el Atari no se juega igual que el Xbox y solo provocaron más indignación.

Siempre había pensado que a las manifestaciones acudía tanta gente porque, además de defender la dignidad, cualquiera podía ir a insultar a los poderosos. El día que fui a la primera de las marchas convocadas por el #YoSoy132, sin embargo, aprendí que las personas también van en búsqueda de esperanza. El #YoSoy132 representaba eso aquel miércoles veintitrés de mayo en la Estela de Luz, un monumento carísimo que la gente le ha dado por llamar la Suavicrema —una galleta larga que produce la marca Marinela y que está hecha de grasas hidrogenadas—; un monumento, también, con el que Calderón conmemoró el Bicentenario de la Independencia. Aquella concentración de jóvenes la vi como la esperanza de que todo iba a salir bien, de que eso iba a llenar todos nuestros vacíos. Una esperanza parecida a la que mi mujer me había dado para volver a estar juntos. En la Estela de Luz, los jóvenes mostraron sus cartas: el #YoSoy132 era un movimiento pacífico, exigía equidad en la cobertura informativa de los cuatro candidatos, estaba en contra del duopolio televisivo (Televisa y TV Azteca) y quería que el siguiente debate presidencial, el del diez de junio, se transmitiera por cadena nacional; no estaban dispuestos a que las dos televisoras prefieran pasar un partido de fútbol, un programa de concursos o el final de una telenovela. Los chicos nunca dijeron aquel día que el movimiento fuera antipeña, pero no hubo necesidad de anunciarlo: los estudiantes del ITAM, de la UNAM, del Tecnológico de Monterrey, de la UAM, del Politécnico, de la Anáhuac y de tantas otras universidades se habían solidarizado con los de la Ibero. Los extraños habían dejado de serlo. Todos, hubiera cantado U2, eran uno.

El PRI quiso convencernos de que su candidato tenía el apoyo de la mayoría: organizó una marcha en DF a favor de Peña. Pero todo fue un apoyo de apariencia. La mayoría de los manifestantes, que no pasaron de mil, fueron llevados en buses. La manifestación resultó un tanto ridícula. En algunos estados, sobre todo los del norte, las cosas no le salieron tan mal a Peña: con la vieja fórmula de que al pobre hay que darle dinero para no perder su agradecimiento, el candidato priista fue defendido durante los mítines. En los estadios de béisbol, en los auditorios y en las pequeñas plazas Peña fue el rey. En las calles no. Ahí era el represor, el que traía en sus espaldas a ese PRI corrupto, de las devaluaciones, del que todo soluciona con manotazos en la mesa. Peña no lo hubiese querido, pero entre los jóvenes se convirtió en el villano favorito.

Desde los primeros días del #YoSoy132, un grupo de estudiantes formó la Coordinadora General. Ahí se discutió si el movimiento debía declararse abiertamente antipeña o solo contra todo lo que representaba su candidatura. Lo platicaron en reuniones en Tlatelolco y en Las Islas de Ciudad Universitaria. Uno de los vicios juveniles es tener discusiones interminables y disímbolas, y las de la Coordinadora no fueron la excepción a la regla: ora hablaban de pedir juicio político para Calderón por los sesenta, setenta, ochenta mil muertos en la guerra contra el narco, y ora pedían medicinas gratuitas; ora proponían agua para todos, y ora se les ocurría exigir que Pemex no se privatizara. Pero a los jóvenes, dicen las abuelas, hay que perdonarlos y, aun cuando todo era ambiguo en sus reuniones, el #YoSoy132 conservaba intacta su legitimidad. Al único consenso al que llegaron los chicos fue que la Coordinadora había sido superada por la cantidad de universidades y que debía transformarse en la Asamblea General Interuniversitaria. Eso, desafortunadamente, no solucionó la asambleítis y aparecieron dos grupos claramente definidos: uno que pugnaba por el voto útil y otro que se inclinaba por anular el voto; uno que respetaría los resultados de la elección y otro que hablaría de fraude si Peña ganaba; uno que no cuestionaba al neoliberalismo y otro que pedía urgentemente un cambio de modelo económico. Faltaba orden, es cierto, pero no ímpetu.

Las máscaras del expresidente Carlos Salinas —al que se le adjudica ser una especie de titiritero de Peña— y las mentadas de madre al candidato priista se multiplicaban en cada marcha que convocaba el #YoSoy132. El sentimiento antipeña ya no tenía vuelta. Para principios de junio, las manifestaciones en la Ciudad

de México imantaron a niños y a abuelos. Todos brincaban porque el que no lo hacía, decía el canto de los jóvenes, era Peña.

Quienes marchaban por Reforma, por el Zócalo o por el Monumento a la Revolución empezaron a simpatizar con la candidatura de al que, en los últimos seis años, el poder lo había catalogado como el diablo: López Obrador. ¿Por qué los jóvenes tuvieron más empatía con él? Puede ser porque la panista Josefina Vázquez Mota fue incapaz de convertir su victoria dentro del PAN (derrotó a un amigo de Calderón) en una candidatura que embrujara al elector; además, alguien debía pagar las equivocaciones de Calderón y Josefina era el tiro al blanco más cercano. Puede ser, también, porque Gabriel Quadri solo le prestó sus ocurrencias a la política y vendió su poca reputación a la dueña de Nueva Alianza, el partido que lo postuló; es decir: pactó con Elba Esther Gordillo, la lideresa de los maestros, y esa mujer tiene más enemigos que dinero. O puede ser porque Ló-

Habría que hacer cacerolazos contra la contaminación sonora.

pez Obrador fue la víctima de la elección. Era el apestado, el que estaba solo contra el mundo y a ese tipo de personas, por los motivos más extraños, se les tiene consideración. Aunque el programa de gobierno de López Obrador era muy bueno, muchos jóvenes con los que hablé entonces nunca pudieron decirme por qué iban a votar por él. López Obrador, simplemente, se puso de moda y subió en las encuestas.

El diez de junio se realizó el segundo debate. Peña llegó a la Expo Guadalajara trepado en una Suburban gris a prueba de balas, pero no a prueba de marchas en su contra. A esas horas de la tarde, en la Ciudad de México, en Monterrey, en Querétaro, en Cancún, en Chihuahua, en Tijuana, en Morelia, en Puebla, en Durango… y ahí en Guadalajara, muchos jóvenes habían salido a las calles para decirle a Peña que no lo querían como presidente. Peña traía una cara de piedra. Por culpa de esos chicos había dejado de ser esa máquina capaz de atraer votos y simpatías. Algunos medios ya no podían protegerlo de los agraviantes que no compaginaban con su presunta fama. Peña fue al debate creyendo que tendría que dar ganchos, uppercuts y derechazos mortíferos en la mandíbula. Pero López Obrador, su principal rival, no lo atacó y Peña derrochó el tiempo como si quisiera imponer un récord de aburrimiento. El #YoSoy132, créase lo que se crea, había agarrado a Peña del pescuezo y se había propuesto no soltarlo.

Dos días después del segundo debate sucedió algo muy raro. Guillermo Osorno, director de la prestigiada revista *Gatopardo*, lo describió muy bien en un reportaje: «El martes doce en la tarde, al mismo tiempo que se llevaba a cabo la asamblea en el Politécnico, estaba convocada una conferencia de prensa en el Monumento a la Revolución. Había aparecido un grupo disidente del #YoSoy132 llamado #GeneraciónMX. Publicaron un video en YouTube en el que explicaban la razón de haber dejado el movimiento. Los estudiantes involucrados decían que ya no eran #YoSoy132 porque se dieron cuenta de que el movimiento no tenía dirección. La izquierda no había respetado su movimiento y lo había hecho suyo. Ellos se proponían totalmente apartidistas. Prometían no atacar ni apoyar a ningún candidato y dibujaban una agenda de reforma política.

Llegué a la conferencia de prensa un poco tarde. Había de nuevo un esfínter de reporteros alrededor de lo que supuse que eran los integrantes del grupo disidente. Pero mientras avanzaba por la densa capa reporteril me di cuenta de que en el centro del círculo no había más que un integrante: Rodrigo Ocampo, "itamita", que había participado en algunas acciones del #YoSoy132. Ocampo, moreno, alto, pelo engominado, estaba explicando por qué era el único que se presentaba a la conferencia de prensa. Él y sus compañeros fueron amenazados y tenían miedo. Ocampo, sin embargo, no pudo responder quién era el autor de las amenazas y, en última instancia, quiénes eran los estudiantes ligados a los partidos de izquierda. Salió del monumento acompañado de un chico, caminando solo por la calle de Gómez Farías. En simetría con las notas que ligaban a #YoSoy132 con la izquierda, aparecieron otras que conectaron a #GeneraciónMX con el PRI. No se volvió a saber nada de Ocampo y su grupo».

El diez de junio se realizó el segundo debate. Peña llegó a la Expo Guadalajara trepado en una Suburban gris a prueba de balas, pero no a prueba de marchas en su contra.

La depresión se me volvió a trepar a mediados de junio, por eso no supe en qué andaba el #YoSoy132. Vanessa Job, una ducha reportera que cubrió el movimiento como nadie, rellenó hace poco esa laguna: la Asamblea resultó con la misma lentitud que la Coordinadora y hubo que pensar en el plan C: que cada universidad o facultad tuviera una asamblea y

esta fuera autónoma. Eso, al principio, permitió que el movimiento no dejara de sorprendernos: ora proponía un tercer debate (al que Peña no asistió y el cual se transmitió por internet), ora regresaban a Televisa para protestar, ora organizaban un concierto masivo, ora convocaban a talleres para ser observadores electorales, ora hacían brigadeos en el transporte público y plazas del Estado de México para convencer a la gente de no votar por Peña, ora repartían volantes en las grandes ciudades donde trataban de informar qué clase de partido era el PRI y ora en la Soberana República del Twitter le daban una paliza a los trolls de Peña. Pero esas asambleas autónomas tuvieron un costo: aparecieron los infiltrados y poco a poco se fue perdiendo el punto medio. A veces los acusaban de hacer desmanes en las calles. A veces hablaban de que tal o cual universidad había sido ya cooptada por el PRI. Creo que ese fue el principio del fin, si es cierto que las cosas terminaron.

La noche del uno de julio, cuando se anunció que Peña había ganado las elecciones por casi seis puntos porcentuales, López Obrador salió a desconocer el resultado, pero no convocó a sus simpatizantes a ninguna movilización. «Nos vamos a ir por la vía legal», decía todos los días que daba conferencia de prensa y probaba que el PRI había invertido más de mil millones de pesos solo en la campaña de Peña. Ricardo Monreal, el brazo derecho de López Obrador, llegó a decirme que se había optado por confiar en las marchas del #YoSoy132 que en desgastar el capital político. Los jóvenes, tal vez sin saberlo, eran los únicos con los que contábamos quienes habíamos votado por Andrés Manuel.

¿Y luego qué pasó? Es muy triste lo que siguió. Para empezar, todas las pruebas que López Obrador entregó al Tribunal Electoral no convencieron a los magistrados de que el PRI, a través de un sistema de tarjetas de prepago, había comprado al menos cinco millones de votos el día de la elección; Peña, el último día de agosto, fue declarado presidente electo. Al mismo tiempo algo se apagó en los chicos, como si las brasas que llevaban dentro les hubieran estorbado de un día para otro. Por si fuera poco, Televisa tuvo la idea de invitar a algunos líderes del #YoSoy132 para un programa que se trans-

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y PERSONAS

Anáhuac, la: Forma coloquial de la Universidad Anáhuac México Norte.
***A poco si*:** Equivale a «A que…».
Aventar: Arrojar algo violentamente.
Brigadeos: Campañas de concientización.
Calderón, Felipe: (1962) Abogado y político mexicano, presidente de México hasta diciembre de 2012.
Coldwell, Pedro Joaquín: (1950) Político y abogado, miembro del PRI, actualmente es Senador de la República por el estado de Quintana Roo.
Confeti: Papel picado.
Del Valle Medina, Ignacio: (1953) Líder de la rebelión civil de San Salvador Atenco.
Fox, Vicente: (1942) Político y miembro del Partido Acción Nacional (PAN). Desde 2000 a 2006 fue presidente de México.
Gordillo, Elba Esther: (1945) Elegida máxima dirigente del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) en México.
Ibero, la: forma coloquial de la Universidad Iberoamericana de Ciudad de México.
ITAM: Siglas del Instituto Tecnológico Autónomo de México.
Itamitas: Estudiantes del ITAM (Instituto Tecnológico de México).
Job, Vanessa: (1977) Periodista mexicana, colaboradora de la revista *Emeequis*. Fue corresponsal del periódico *Reforma* y del periódico *ABC* de España.
Kapuściński, Ryszard: (1932-2007) Escritor, periodista e historiador nacido en Bielorrusia. Maestro de la Fundación del Nuevo Periodismo Iberoamericano, creada por Gabriel García Márquez.
Las trae muertas: Que seduce a las mujeres.
López Obrador, Andrés Manuel: (1953) Político y politólogo candidato a presidente por el Movimiento Progresista en las elecciones de México 2012.
***Mentar la madre*:** Insultar, ofender.
Misandria: Odio a los varones, considerados como injustos y opresivos hacia las mujeres.
Monreal, Ricardo: (1960) Coordinador parlamentario del Movimiento Ciudadano de la Cámara de Diputados de México.
Montiel, Arturo: (1943) Político militante del PRI, gobernador del Estado de México desde 1999 hasta 2005.
Notimex: Agencia de noticias estatal de México.
Nueva Alianza: Partido político que participó por primera vez en las elecciones mexicanas de 2006.
Ocampo, Rodrigo: (1990) Estudiante del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM) e integrante del movimiento #GeneraciónMX.
Osorno, Guillermo: (1963) Escritor, periodista y editor. Actualmente es director editorial de la revista *Gatopardo*.

mite todos los domingos por la noche. Deslegitimar el movimiento fue la consigna. Digamos que de julio a octubre se rompió lo que unía a los chicos y cada uno volvió a su yo de cada día. Dejamos de necesitarnos los unos a los otros. Así pasó con mi mujer. Sigo pensando que nuestra primavera no debió marchitarse.

Epílogo

Al político suelen fascinarle los símbolos. A Peña, por ejemplo, se le ocurrió que la insana Policía Federal debía cercar el Congreso de la Unión desde una semana antes de que fuera a rendir protesta como presidente. También anunció que volvíamos a los viejos tiempos, nada buenos por cierto, cuando la policía política mataba, secuestraba y desaparecía a las personas. Presentó un gabinete al que nadie le confiaría a sus hijos. Abrazó a Calderón, en el cambio de poder, como se abrazan los cómplices. E invitó a concurrir al Palacio Nacional a Paquita la del barrio, la popular cantante que lleva a la misandria hasta sus últimas consecuencias. Los periodistas han estado hablando de ello, pero no se han dado cuenta de que el verdadero símbolo estuvo en otro lado: en los gases lacrimógenos y las balas de goma contra los estudiantes. En la mayoría de los medios, a los chicos no se les ha dejado de tildar de salvajes y, al parecer, una buena cantidad de gente ha comprado esta historia. Yo no. Los testimonios de algunos familiares de los sesenta y nueve detenidos en Ciudad de México nos dicen, uno) que hubo infiltrados en la manifestación convocada por el #YoSoy132; dos) que la Policía Federal disparó directo a los estudiantes; tres) que entre los presos hay turistas, oficinistas, un trabajador de cine, estudiantes, un fotógrafo free-lance, pero no los que rompieron cuanto se les atravesó en Paseo de la Reforma; cuatro) que en el Ministerio Público los presos fueron tratados como animales; y cinco) que Peña quizá olvida, pero nunca perdona. En Twitter y otras redes sociales, el #YoSoy132 se ha tratado de defender. Ha exhibido videos donde un federal le dispara a un chico en la cabeza o donde uno de los infiltrados, antes de enfrentarse a los policías, platica con ellos como lo hacen los buenos amigos. Aún hoy, finales de diciembre de 2012, el #YoSoy132 no ha podido recuperarse de esta trampa, pero tengo fe en que lo harán. Después de todo, nada importante nace que no se tome su tiempo. ◣

PAN: Siglas del Partido Acción Nacional, con ideología de centro derecha.
Panista: Afiliado o seguidor del Partido Acción Nacional.
Papas Sabritas: Marca de papas o patatas fritas.
Paquita la del barrio: (1947) Francisca Viveros Barradas, cantante de estilos tradicionales mexicanos.
Pemex: Empresa pública mexicana de petróleo, creada en 1938.
Peña Nieto, Enrique: (1966) Político y abogado, miembro del PRI, presidente electo de México (2012-2018).
Politécnico, el: Forma coloquial de Instituto Politécnico Nacional.
Porro: Infiltrado en una manifestación con el fin de obstaculizarla.
PRD: Siglas del Partido de la Revolución Democrática, con ideología de izquierdas; segunda fuerza política de México.
PRI: Siglas del Partido Revolucionario Institucional, con ideología de derechas; primera fuerza política en México.
Priista: Afiliado o seguidor del Partido Revolucionario Institucional.
Quadri, Gabriel: (1954) Político, candidato a presidente de México por el partido Nueva Alianza en las elecciones de 2012.
Robledo, Wilfrido: (1948) Marino, titular de la Agencia de Seguridad Estatal durante los enfrentamientos de Atenco.
Salinas de Gortari, Carlos: (1948) Economista y político mexicano. Presidente de México desde 1988 hasta 1994 por el PRI.
San Salvador Atenco: Población situada en la zona oriental del Valle de México, conocida por su resistencia a la construcción de un aeropuerto en sus tierras.
Slim, Carlos: (1940) Empresario mexicano. Según la revista *Forbes* encabeza la lista de los hombres más ricos del mundo.
Televisa: Conglomerado mexicano de medios de comunicación.
Templete: Pequeña estructura con forma de templo, usada normalmente para guardar objetos.
Texcoco: Municipio de la Zona Metropolitana de México.
TV Azteca: Conglomerado mexicano de medios, propiedad de Grupo Salinas.
UAM: Siglas de la Universidad Autónoma Metropolitana.
UNAM: Siglas de la Universidad Nacional Autónoma de México.
Vázquez Mota, Josefina: (1961) Economista y política. Primera mujer candidata a presidente de México por el PAN en las elecciones de 2012.
Zapatista: Seguidor del movimiento armado liderado por Emiliano Zapata en 1911.

JUVENTUD **SENIL**

Me quedé pensando en el eufemismo del que habla José Pérez: en lugar de crisis, «desaceleración transitoria ahora más intensa». ¿Cuánto habrán tardado los asesores de Zapatero para llegar a este enunciado?

—Es una frase que tuvo dos momentos diferentes. Primero fue solo «desaceleración transitoria». Y cuando el gobierno no pudo sostener más la mentira le acopló «ahora más intensa».

—La palabra «ahora» es clave, ¿no? Porque aunque la crisis se profundizara la frase no perdía vigencia.

—Y además seguía siendo «transitoria». Zapatero hizo muchos esfuerzos para no pronunciar la palabra crisis: «ahora vamos a entrar en un periodo de crecimiento negativo»; «tenemos alguna dificultad que nos viene de afuera»… Y llegó a decir que lo que estaba pasando en España no era una crisis económica sino una «desaceleración acelerada». ¿No hubiera sido más fácil decir «crisis» de entrada?

—Depende. No es lo mismo que yo te diga que vos sos un «muchachito de hueso ancho que consume material adulto en internet» a que te diga «gordo pajero».

—Me ofende mucho más lo primero que lo segundo. Prefiero la frase directa.

—Hablando de frases directas, cuando Pérez dice que «Cataluña aporta más dinero al Estado del que obtiene de él» está resumiendo todo lo que hay que entender del asunto catalán, ¿o no?

—Como cuando el Chicho dice «Argentina son los dientes de Jairo»…

—Eso no tiene nada que ver.

— ¿Cómo que no? Lo dice porque los dientes de Jairo sintetizan nuestro ser nacional. Pensá un poco: son dientes de sonrisa europea en la cara de un morocho argentino.

—Un morocho argentino que además habla un perfecto francés con la boquita fruncida.

—¡Claro! ¿Entendés ahora? Los dientes de Jairo son el eufemismo de lo que nosotros siempre quisimos ser y nunca pudimos. Esos dientes, querido amigo, simbolizan el cruce ideológico entre Victoria Ocampo y Eva Perón.

—En ese caso también podríamos decir que la Argentina son los dientes de Carlitos Tévez…

—También, pero ahí la metáfora se va un poco a la mierda…

—¿Por qué creés vos que las mujeres catalanas tienen la voz tan grave? ¿Nunca te diste cuenta de eso, vos que todavía vivís ahí?

—La verdad que no. De lo que sí me di cuenta es que los peluqueros vascos y los catalanes hacen cortes de pelo típicos de cada región. Tranquilamente podés reconocer de cuál comunidad autónoma es la chica del tren solamente con mirarle fijo el flequillo.

—Cuando vivía en Cataluña mi peluquero, el Francesc, me cortaba el pelo como Gerard Piqué. Como yo le tengo miedo a los peluqueros nunca me animé a decirle cómo lo quería de verdad. También me sacaba los pelos largos de las cejas con una pinza de depilar muy dolorosa y sin pedirme permiso. Yo creo que, en el fondo, lo suyo era un acto de xenofobia.

—Los catalanes no son xenófobos. Todo lo contrario. Los que sí son un poco xenófobos con nosotros son los mexicanos.

—¿Y cómo querés que sean? ¿Viste el presidente que tienen? No puedo creer que Peña Nieto, de chico, jugara a que era el dueño del mundo,

y que su secretaria fuera una muñeca de la Mujer Biónica. Todavía no sé bien si es un desquiciado mental o un genio.

—Yo lo tengo clarísimo: para mí es un genio.

—¿Vos sabés en realidad qué pasó entre Gómez Bolaño y Carlos Villagrán? ¿No vendrá de ahí todo este quilombo de los estudiantes en México? ¿No serán, en el fondo, chicos decepcionados por la pelea entre Quico y el Chavo?

—Lo dudo. Una vez Elda Cantú, la editora de *Etiqueta Negra*, me explicó que los mexicanos no lo quieren mucho a Chespirito. Porque trabajó en Televisa, pero sobre todo porque está muy identificado con la derecha.

—¿Me estás diciendo que Chespirito no es un icono para la juventud mexicana?

—No. Allá los progres no lo quieren. Y los mexicanos no pueden entender que en el resto de Latinoamérica nos guste *El Chavo* o *El Chapulín*.

—¿Ni siquiera les gusta a los estudiantes de la Ibero, que es una universidad de chicos ricos?

—Todo lo contrario. ¿No viste lo que cuenta Almazán? Y te digo más: antes del conflicto estudiantil los pibes de la Ibero supuestamente eran los frívolos, los pijos de México…

—Se dice los conchetos… Te agallegaste mucho, querido amigo robusto.

—Eso, los conchetos. Pero se le plantaron a Peña Nieto y al PRI como si fueran soldados de Pancho Villa, y además despertaron a todos los estudiantes mexicanos. Fenómeno interesante.

—Pero ahora están dormidos, dice Almazán.

—Pero también dice «nada importante nace que no se tome su tiempo». Esa podría ser una buena frase para sintetizar su crónica, ya que estamos en tren de sintetizar.

—¿Viste alguna vez la cara de Elba Esther Gordillo?

—No.

—Es la mujer que, según Almazán, tiene más enemigos que dinero… Buscála y fijáte. Puede ser también una forma de sintetizar el estado actual de la política mexicana.

—Ahí voy —le digo a Chiri, y la busco en Google—. Acá la tengo. ¡Ave María purísima! Es una mezcla entre Manzanero y Latoya Jackson. ¿Quién vendría a ser esta mujer?

—La «lideresa de los maestros» mexicanos.

—O sea que es una educadora…

—Supongo. Le dicen «la Maestra».

—Qué miedo que me dio.

—Hace tiempo que Rodrigo Solís, el autor de «Bicho» en la Orsai N4, me viene diciendo que en México están pasando muchas cosas y que había que contarlo. En un mail que me mandó después de las elecciones me decía que por segundo sexenio consecutivo había ocurrido un fraude electoral en el país. Y que Peña Nieto, «un tipo con aspecto de galán de telenovela», me decía, era en realidad un experimento impuesto por Televisa. Todo bastante macabro.

—Hay una canción que cantan los estudiantes mexicanos que dice algo así: «No más, no más, mentira ya no más, el arte va pa'lante, la tele va pa'trás». Un día la escuché y se me quedó pegada en la cabeza. Me duró como una semana.

—Qué feo cuando te pasa eso. A mí una de las que se me pega automáticamente es «A don Ata», pero te pido por favor que no me la cantes. Me tortura. Se me impregna en la cabeza y no me la puedo sacar, como cuando te muerde un zombi en *The walking dead*.

—¿Vos sabías que el *Vamos, vamos Argentina* tiene una segunda parte que no la conoce nadie?

—¡Como la Marcha Peronista! Me encanta cuando en los actos peronistas llega la segunda parte de la marchita y todos los peronistas mueven la boca tratando de embocar la letra. Siempre que veo en la tele un acto peronista, me quedo hasta que llegue ese momento...

—Tenés costumbres raras, Christian Gustavo.

—Pero gracias a esas costumbres descubro cosas. Por ejemplo que uno de los que se sabe enterita la segunda parte de la marcha es Antonio Cafiero. Y te digo más: casi apostaría a que es el único peronista que se la sabe entera.

—No apuestes boludeces…

—Lo maravilloso de todo esto es que la marcha peronista también tiene un origen oscuro. No se sabe bien quién la compuso. Algunos dicen que fue Rodolfo Sciamarella, un famoso autor de la época. Otros dicen que es de los hermanos Francisco y Blas Lomuto, y otros del pianista Norberto Ramos. También dicen que la música fue sacada de la marcha de un club de barrio. Y hay más teorías que ahora no recuerdo.

—Nuestros mitos suelen ser oscuros.

—Como todos los mitos.

—Es muy bueno cuando Borges dice que, gracias a la tradición oral, los argentinos no nos identificamos con los militares sino con el gaucho y el compadrito; la exaltación de los militares estuvo siempre al servicio de una causa, en cambio la otra tradición es pura. En ese párrafo de Borges que cita Seselovsky, creo yo, está todo lo que tenemos que saber sobre nosotros.

—Menos una cosa: ¿por qué peleamos nosotros contra nosotros?

—Supongo, querido Christian Gustavo, que nos peleamos porque un «nosotros» está creciendo y otro «nosotros» se está poniendo viejo.

—¿Y nosotros de qué lado estamos?

—Como toda la vida: en la juventud senil. ◣

5 Lunes
Monday
Lundi

¡Brindis de la ofi!

6 Martes
Tuesday
Mardi

Le pedí el teléfono yo
¡¡JA!!

Sebas: 1743825663

Casa: 47780913
Trabajo: 43334378 int 2020
Abuela: 47880909 ¡sólo Findes!
Face: Sebas78 ó Sebas_78

¡FIJARSE CUÁLES!

7 Miércoles
Wednesday
Mercredi

llamé yo y llamó él

Cuando me estaba hundiendo de nuevo, apareciste vos, Sebas, para decirme "Malory todo va a estar bien" ¿En dónde estuviste todo este tiempo? ¿Cómo no nos cruzamos antes? Llegaste justo para iluminar todo. Fue una noche pero siento que te conozco hace tiempo. ¿Vos sentís lo mismo? ¿Ves las coincidencias mágicas, la simetría perfecta, las señales? Nos unen tantas cosas. La música, el cine, la característica de teléfono. Te necesito tanto como vos a mí aunque todavía no te des cuenta.

8 Jueves
Thursday
Jeudi

llamé yo

Espera Esper
Espera ES
espera espe
ESPERA
ESP
ESPERA
ESPERA ESPERA
Espera

9 Viernes
Frid
Ven

llamó él
y
llamé yo (2)

YOS TE LO PERDÉS!!

Soy una mujer hermosa y vago mucho, Soy una mujer hermosa y vago mucho, Soy una mujer hermosa y vago mucho

10 Sábado
Saturd
Samedi

¡Día de SPA!
¡Mascarilla:
1/2 palta madura
1 cda de miel
1 cda de azúcar

11 Domingo
Sunday
Di

llamé yo (4)

Objetivo para la semana:

Poner TODO en esta relación, entregarme por completo, darle para adelante

CRUZANDO EL RUBICÓN

UNA CONVERSACIÓN CON **ALEJANDRO DOLINA**

UNA ENTREVISTA DE **GONZALO GARCÉS**

PRODUCCIÓN FOTOGRÁFICA DE **PEDRO OTERO**

La conversación debería suceder siempre así: uno ha oído hablar de una persona extraordinaria. Algo sabe sobre él, pero no demasiado, no tanto que no pueda hacerle preguntas con cierta inocencia, es decir preguntas hechas no para que la persona extraordinaria vuelva a hacer su número de circo, no para que vuelva a decir esas cosas bonitas que uno ya le ha oído decir muchas veces, sino porque uno tiene verdadera, impaciente, boba curiosidad por saber. Y si las cosas salen bien, el otro responde. O piensa un poco en voz alta y responde.

Esto pasó el jueves pasado con Alejandro Dolina. Yo recordaba de Dolina algunos libros: *Crónicas del ángel gris* (1988), *El libro del fantasma* (1999). Sabía que había publicado unos cuantos más. Sabía también que desde hace más de treinta años es uno de los tipos más escuchados de la radio argentina, que recibió tantos premios que marea enumerarlos (¿es posible ganar cuatro veces el premio Martín Fierro? ¿O cuatro veces el premio Clarín?) y que es uno de esos artistas que, más que admiración, inspiran fervor. Sobre el Negro Dolina no se escriben tesis de doctorado, aunque eso también. Pero a Dolina primero que nada se lo quiere. Se pone una foto suya en alguna pared para que proteja la casa. De chico, lo juro, yo confundía a Dolina con Clemente, el personaje de Caloi. Tal vez porque los dos son emblemas del barrio, tal vez porque los dos son, a su manera, y signifique eso lo que signifique, filósofos de barrio. Lo cierto es que yo no estaba seguro si Clemente era un personaje de Dolina o bien Dolina era una historieta como Clemente o quizá Dolina hacía la voz de Clemente, lo cual tampoco tenía mucho sentido porque las historietas no tienen voz, salvo que con Dolina nunca se sabe. Pero entre Clemente y Dolina, aparte de la tinta, hay una diferencia que no es menor: el pájaro de Caloi no cambió, no puede cambiar. Dolina cambió. Mejor dicho, cambió sin cambiar.

Ahora me resulta entrañable constatar un par de cosas. Primero, que Dolina viene conversando apasionadamente hace muchos años con Schopenhauer, con la China antigua, con Platón, con Borges, con Tolstoi, con los trovadores provenzales, con Woody Allen, con Werner Heisenberg, con Max Planck y otros filósofos de barrio. Es una conversación sin certezas y que tiene todo el aspecto de no terminar. Es decir, es una verdadera conversación. Lo otro, ya lo dije: Dolina ha cambiado sin cambiar. Por ejemplo en aquellos cuentos del Ángel Gris había esa división, tan cortazariana, entre los Hombres Sensibles y los Refutadores de leyendas. Los primeros eran muchachos románticos, los segundos eran racionales y por lo tanto agentes del mal. Ahora Dolina dice que la belleza es una serie de regularidades en el espacio y en el tiempo, asociadas con los ciclos de las estaciones y las cosechas, que tiene su utilidad en la evolución del hombre. Dice que lo apasiona la termodinámica («Esa historia con final triste»), que en el fondo todo da lo mismo, que no existe la magia de la radio, que hoy ya no es posible un Beethoven, que en definitiva solo importa el deseo. Y diciendo todas estas cosas descreídas, Dolina nunca ha parecido más romántico. Más tempestuoso. Más flamígero. De joven escribía elogios del misterio. Ahora es un hombre que se ha animado a internarse y perderse, como diría un poeta mexicano, en el mero y el mismito corazón del misterio. ¿Es más hermosa la teoría de la relatividad que la zarza ardiente? Dolina piensa que sí. Si esto fuera una fábula, de esas que le gustan a Dolina, hablaría de un hombre que para deshacerse de una vez por todas de su juventud comete el peor de los pecados, se pasa al bando enemigo, y descubre que el enemigo siempre había estado, en secreto, de su parte.

Es la primera vez que al armar una entrevista no cambio casi nada. Ni el orden en que se dijeron las cosas, ni casi una palabra del entrevistado. Cuando se recorta y se rearma una conversación se busca dar o resaltar un sentido. Pero acá hay algo, para mi gusto, mejor. Hay una charla que va por donde quiere ir, sin cuestionarios ni consignas previas, y un hombre de verdad profundo que dice lo que piensa y piensa mientras habla. Y que termina, como un loco de Dios, a los gritos, desafiándose a sí mismo a cruzar el Rubicón.

—De joven, si no ando mal informado, pasaste un año en Europa. ¿Cómo fue eso?

—En Europa hice una vida que no repetí aquí. Una vida donde no se sabía qué iba a pasar al día siguiente. Alejada de los mandatos sociales y familiares. Uno los tiene aunque los niegue. A veces pesan sobre todo por el esfuerzo que uno pone en no cumplirlos. Tienen más fuerza de lo que uno piensa, los mandatos sociales. Hay que pensar en cada esquina hasta qué punto uno no es influido, por mucho que cacarée independencia. No es tan sencillo, especialmente en lo que toca a la forma en que uno acomoda su vida amorosa. «Acomodar» la vida amorosa es pobre e inexacto; la vida amorosa es lo contrario de una comodidad y de un diseño. La vida amorosa sucede. Pero hay todavía en nuestro tiempo unas visiones del amor que son lo contrario de lo que el amor es.

—¿Cómo es eso?

—El mandato social exige garantizar nuestro sentimiento de mañana. Dar garantías acerca de nuestro comportamiento. Yo no digo que eso esté mal; la sociedad necesita esa garantía, siquiera para criar a los hijos. Pero confundir eso con la pasión, con el deseo, tratar de que el deseo suceda a intervalos regulares y en lugares cómodos, con personas de nuestro mismo grupo social, de edad adecuada, etcétera, bueno, eso es llevar las cosas demasiado lejos. Y por más que la sociedad esté convencida de su propia liberalidad al respecto, yo creo que sigue ejerciendo una fuerte presión sobre cualquier tipo de heterodoxia.

—A lo mejor todo resulta de una confusión entre formas de amor. Los griegos distinguían entre eros *y* agape*, entre el amor pasional y ese amor más sereno que puede durar. Y se ha dicho que fue Hollywood el que confundió a los dos, e inició el mandato de que el amor pasional dure para siempre...*

—Es verdad. Pero, en realidad, ocurrió antes de Hollywood. Ocurrió en el siglo XII o XIII, en la tierra del Languedoc, en las llamadas cortes de amor.

—¿Las cortes de amor, donde los trovadores competían para ver quién amaba mejor y de manera más refinada a su dama?

—Sí. Ahí se vinieron a gestar una serie de verdades y de mentiras, que configuraron unos códigos. Que son los mismos de Hollywood. Y son quizá los mismos que todavía nos manejan la cabeza. En realidad, la antigüedad clásica no conoció esa clase de amor; les hubiera parecido algo diabólico, ¿no? Pero apareció esa forma de amor. Hay un ensayo de Octavio Paz que se titula *La llama doble*, acerca de esto, que es estupendo. Paz atribuye el origen del amor tal como lo vivimos nosotros —es decir el amor pensado como irreemplazable, como escuela de desengaños, el amor pensado como sufrimiento, si fuera necesario— al discurso que se desarrolló en las cortes de amor del siglo XII. Ahí estaría la pasión, es decir lo primero que uno siente, la visión de un cuerpo hermoso, diría Platón, y luego el agregado de un discurso espiritual al respecto.

De no ser por la muerte, quién sabe si sería necesario el amor pasional, porque si uno va lo suficientemente lejos, todo se reduce a sobrevivir.

—Bueno, Paz arriesga una hipótesis inquietante: dice que el amor pasional, en el fondo, es un deseo de muerte. De morir con el otro, más que vivir con él.

—Sí, eso dice, yo creo que no sin razón. Porque hay siquiera un argumento poético: de no ser por la muerte, quién sabe si sería necesario el amor pasional. Ya que finalmente, si uno va lo suficientemente lejos, todo se reduce a sobrevivir. Todos nuestros dones tienen como objeto la supervivencia. Aun, probablemente, el don de disfrutar del arte. Pero en ese sentido la relación entre la muerte y el amor pasional es indudable y evidentísima: una raza de inmortales no amaría ni escribiría novelas.

—Claro, lo que nos apura a amar es saber que al final está la parca. Me hacés acordar a esa película de Woody Allen, Maridos y esposas*. En una escena, Judy Davis, a propósito*

del amor, cita el segundo principio de la termodinámica: «Tarde o temprano, todo se convierte en mierda». «Son mis palabras», aclara la Davis, «no las de la Enciclopedia Británica».

—Es extraordinario... Sí, estoy de acuerdo. Qué raro que yo no recuerde esa escena. Debo haber ido al baño en esa parte. Pero en muchas películas de Woody Allen se hacen bromas del mismo orden. A mí me parece que el descreimiento de Woody Allen no es solo un descreimiento religioso. Es un descreimiento filosófico acerca de la condición humana. A él le parece que nada sirve para nada. Que nada tiene mucho sentido y que es una superstición cualquier dictamen acerca de la condición humana.

—Yo te escuché decir una vez que a fin de cuentas lo único que vale es la juventud...

—Sí, es una queja de viejo, más que una consideración filosófica. Pero sí.

—Pero cuando uno es joven comete tantos errores, dice tantas estupideces, no sabe qué es lo que realmente le gusta y lo que no le gusta, sufre tanto... ¿Dónde estaría, al final, el valor de la juventud?

—Pero es que uno es tan poderoso que no importa. Además, ¿quién sabe si uno comete errores? Yo creo, como Woody Allen, que todo da lo mismo. Que el error y el acierto no están lejos y son quizá la misma cosa. Y que lo único que tiene sentido es el deseo. Y la posibilidad de satisfacerlo, algunas veces. Eso es lo único que nos hace movernos, que torna interesantes nuestros movimientos. Y quizá se puede pensar también que no solo la muerte sino el deseo, que es su socio, son los motores del mundo.

—Con la edad te estás poniendo nietzscheano.

—Sí, y muy occidental. No me cautiva tanto la aniquilación del deseo, alcanzar el nirvana para solucionar ese problema. Me gusta el deseo. Me gusta en todas sus formas. Siempre y cuando el deseo no se afloje. El deseo es ineficaz cuando su cumplimiento es tan lejano que provoca el desaliento o cuando su cumplimiento es tan cercano que provoca el aburrimiento. Si el deseo se cumple inexorablemente y al instante, bueno, eso aburre. Y si no se cumple nunca te descorazona. Un deseo suficientemente elástico, que se cumple a veces, yo creo que mantiene al espíritu en una intensa ansiedad, que es lo más parecido a la felicidad que yo he conocido.

—Te entiendo. Pero, ¿qué pasa con ese deseo a nivel colectivo? ¿No te parece que vivimos en una sociedad que tiende a prometer la satisfacción de todos los deseos en forma inmediata, a mostrarnos el mundo como un supermercado, y por lo tanto cualquier frustración se vive como un fracaso terrible?

—Es posible que sea así. Mejor dicho, es seguro que es así. Pero, para volver a lo que te decía, el deseo es un elástico que de tanto estirarse y aflojarse, empieza a no servir. De tanto desear, y de tanto convertir bagatelas en utopías, el deseo también se afloja. Y el alma se desengaña, se aburre, se ofende. Si cualquier cosa es un deseo, uno se ofende. El espíritu se ofende.

Si el deseo se cumple inexorablemente y al instante, aburre. Y si no se cumple nunca, te descorazona.

—¿Alguna vez te pasó a vos?

—(Larga pausa). Sí, claro. Sí. (Otra pausa). Voy a tratar de construir una respuesta clara. Muchas veces uno se acostumbra a creer que toda mujer que se cruza en su camino es la única. Y cada aventura amorosa, cada vez que aparece el deseo amoroso, uno, por afán de mejorarlo, empieza a adornarlo con definiciones que son erróneas. Que todas las mujeres son la única. Que nadie vivió esto como yo. Voy a probar este amor tratando de establecer pequeñas rupturas, para solazarme ante el regreso. Y finalmente uno se da cuenta de sus propias trampas. Con el tiempo, ese mal uso, ese abuso de los amoríos pequeños, disfrazándolos del único amor de la vida, finalmente nos impiden disfrutar de... (busca las palabras) ...de las pequeñas linternas que hay en nuestra vida. Y no nos deja comprender que no es necesario que todos los faros sean el faro de Alejandría. Es un ejemplo de mal uso de las pequeñas alegrías, cuando tratamos de transformarlas en la única y mayor de la vida. Eso nos impide arribar a ninguno de los dos puertos: ni a Alejandría, ni a ese velador.

—Te hago la pregunta de otra forma. En

Sospecho que la mujer de Tólstoi lo tenía harto. Y que él escribía ciertas páginas a favor del matrimonio para que la mujer no lo jorobara.

Ana Karenina*, de Tólstoi, nos muestran tres caminos posibles para el amor. Está Ana, que se vuelca al amor pasional, y destinado a la tragedia. Está Levin, que tiene un largo matrimonio. Y está Oblonsky, que es un mujeriego feliz. ¿De cuál de estos, personalmente, te sentís vos más cerca?*

—Yo, al leer ese libro, sentí dos cosas. La primera fue una culposa identificación con Oblonsky. La segunda, una duda acerca de lo que verdaderamente pensaría Tólstoi. Porque Tólstoi a veces parece darse vuelta, ¿no? A veces parece suscribir un camino, a veces otro. Yo tengo la sospecha de que la mujer lo tenía harto. Y que le revisaba lo que escribía, y que él algunas páginas, como esas donde habla del matrimonio de Levin, las escribía para que la mujer no lo jorobara. Pero esa es una cosa que a uno se le ocurre, no tiene el mejor rigor hermenéutico. Ahora me acuerdo que Tólstoi confesó alguna vez que él y su mujer llevaban un doble juego de diarios íntimos: uno para cada uno de ellos, y otro para que el otro lo leyera. Pero me temo —y creo que esto es el origen de toda esta parte de nuestra conversación— que yo soy muy banal en mis relaciones con el amor

y que no solo no creo que todas sean el faro de Alejandría, sino que huyo del faro de Alejandría. Me asusta el faro de Alejandría y me gustan las chispitas. Pero lo confieso sin jactancia, casi con dolor y humillación. La pregunta sería: ¿por qué lo confieso con dolor? ¿Quién ha dicho que hay que buscar el faro de Alejandría? Respuesta: todo el mundo.

—Esa sería una buena razón para hacer todo lo contrario.

—¡Y claro! Pero todo el mundo te lo dice. Incluso cuando te festeja las distintas antorchas que llevás en tu mano. Te dicen: «No, está bien». Pero después agregan siempre: «Ya vas a ver que un día aparecerá la mujer que...», etcétera.

—Eso parece algo que diría una madre.

—Es que el mundo habla como una madre. (Risas).

—Bueno, para seguir con los escritores, entonces, en el amor vos te alejás de Borges. Porque para Borges cada mujer era única e irremplazable...

—A mí me parece que a Borges no le interesaba mucho el tema, me parece.

—No sé si estoy de acuerdo: Borges habla mucho de amor, en cuentos como El Aleph*,* El Zahir*, lo que pasa es que es un amor muy obsesivo, muy torturado.*

—Pero no son sus alegorías más interesantes, me parece. Casi todas las alegorías más interesantes de Borges tienen que ver con el mundo y su percepción. Diría que esas son las mejores. «Somos el sueño de otro», «Soñamos y somos soñados»... Borges ha sido un lector de Schopenhauer y él mismo ha buscado y ha rastreado esas alegorías del mundo como sueño, como engaño, o como representación de otra cosa. Esas son las más felices alegorías de Borges. Sobre el amor, no sé si acierta.

—Ahora, Borges era un hombre que creía en la decadencia de Occidente. Había leído a Spengler, a Vico, creía que la época que le tocó vivir era una época de declinar de la cultura occidental. Ahora esa idea pasó de ser algo que podía sostener un filósofo o un escritor a una idea más o menos aceptada por todos: Europa y Estados Unidos, lo sabemos todos, están perdiendo peso frente a países como China o la India...

—Digamos que se ha confirmado, sí.

—Y vos, ¿tenés algún sentimiento acerca de esto? ¿O te da lo mismo?

—(Largo silencio). No sé si me da lo mismo. Pero hay un sentimiento de fatalidad en esto. No es resignación la palabra: es el convencimiento de que hay poco que hacer al respecto.

Las mejores alegorías de Borges tienen que ver con el mundo y su percepción. Sobre el amor, en cambio, no sé si acierta.

—Siempre fuiste reacio a la nostalgia. Si pensás por ejemplo en la cultura, en los libros, las películas, la música de hace treinta años, y comparás con lo que tenemos ahora, ¿sentís que se perdió algo?

—Es difícil saber eso. Porque ha cambiado la percepción del arte. Y la forma en que el arte se nos presenta ha cambiado también. Entonces, es difícil que hoy aparezcan Mozarts. Tipos como Beethoven. No pueden aparecer, porque la música tal como se nos presenta ahora no permite que nazca un señor así. Y si naciera, sería apenas una reduplicación. El arte musical ha cambiado, las escuelas artísticas, no solo las musicales sino, no hace falta que te lo diga, las literarias, la filosofía, el posmodernismo con su coexistencia de escuelas, con su declaración de la insuficiencia de una sola disciplina, ya hacen imposible —pero no por falta de talento, sino porque la forma en que ese encara y se recibe el arte es distinta— un solo Beethoven. Qué digo Beethoven, un solo Somerset Maugham. Esos muy buenos escritores de fila tampoco van a aparecer, porque ya no son necesarios. Quizá. Hay cosas en el arte que ya han ocurrido y no van a volver a ocurrir. Entonces, es necesario seguir caminando en la oscuridad y al andar los caminos del arte, de la emoción, de la ciencia, resulta que la cosa es cada vez más compleja. Un mero buen escritor ya no es necesario. Lo que sí es necesario es indagar qué cosa es verdaderamente el arte. En qué consiste

este fenómeno. Por qué nos emociona. Para qué lo necesitamos. Cuál es su sentido antropológico e histórico. Y en ese andar, que es de duda y de entredicho perpetuo, un gran escritor como Somerset Maugham ya no hace falta. O resulta mal parado. Resulta a contramano de la inquietud literaria. Mientras que en 1940 todo el mundo estaba esperando una nueva novela de Somerset Maugham o de Graham Greene —estoy buscando ejemplos de escritores muy buenos, y reconocidos mundialmente, pero no *geniales*—, ahora nadie espera eso. Nadie. Y el escritor que está escribiendo ahora para ser Graham Greene no lo conseguirá nunca.

En 1940 todo el mundo esperaba una novela de Graham Greene. Ahora nadie espera eso. El escritor que está escribiendo ahora para ser Graham Greene no lo conseguirá nunca.

—Orson Welles decía que en cada época hay una profesión o un quehacer que concentra el prestigio, el dinero, la gloria. Que ese papel va cambiando. Y por eso en cada época los más audaces, los más talentosos, se vuelcan a esa profesión. Alguna vez había sido la literatura (esto lo decía Welles en los setenta), pero ya no. ¿Adónde se ha trasladado, para vos, ese podio?

—Quién sabe; a lo mejor ha desaparecido. A lo mejor en el tiempo de Welles había migrado a otro lugar, y además creo que sé adónde sospechaba Welles que había migrado: al cine. Y posiblemente tuviera razón. Pero ahora no sé si es tan cierto.

—Pintás un panorama muy negro. Hace poco hablaba con Abelardo Castillo acerca de Fausto*. Me decía que, a medida que creemos menos, el pacto con el diablo se hace más difícil. Porque el Fausto de Goethe pactaba con el diablo a cambio de la juventud. El Fausto de Thomas Mann, a cambio de la gloria artística. Pero un Fausto de hoy, cuando sabemos que el mundo mismo tiene fecha de caducidad y que las obras artísticas también son perecederas, ¿a cambio de qué podría vender el alma?*

—Bueno, lo primero que creo es que en todos los Faustos el sentido del pacto es bastante oscuro. Yo no estoy seguro, por ejemplo, de que en el *Fausto* de Goethe el pacto sea por la juventud. Porque en realidad, la letra chica del pacto hablaba de un momento «del cual no pudiera salirse». Y eso ya no es la juventud. Eso es algo más, eso es un *sentido*. Un «quedémonos aquí». Un lugar donde uno pudiera quedarse sin que le ocurriera esa paradoja que señalaba Lewis Carroll, según la cual para quedarse en el mismo lugar hay que correr muy rápido. Y en el pacto de Thomas Mann, a lo mejor la gloria artística no es otra cosa que una metáfora. Y ¿de qué son metáforas la gloria artística, el amor, la juventud? Son metáforas *una de la otra.* Lo que se presenta como el amor resulta que es la poesía hecha mujer, o la posibilidad de hacer una rima que pensamos que nunca podríamos hacer. Y lo que se presenta como la gloria artística resulta que es, en realidad, una mujer, diría Graves. No hay otra musa que la mujer que uno ama. Esas cosas son metáforas una de la otra. Y a lo mejor no hemos salido de esa rueda. Lo único que hacemos es cambiar, como decía Welles, pero los cambios son cíclicos. Y quizá esté girando tan rápido la rueda que vemos un solo color donde hay muchos. Vemos un blanco donde en realidad están todos los colores.

—O quizás esté, para volver a Schopenhauer, el deseo.

—El deseo. Es una buena respuesta. No el cumplimiento del deseo, sino el *funcionamiento* del deseo. El deseo funciona, como decíamos antes, cuando no se cumple siempre.

—Alejandro, antes de venir a entrevistarte un amigo me dijo: «si hablás con Dolina, no le preguntes por sus libros, porque reniega de ellos». Me voy a arriesgar a preguntarte, al menos, por qué renegás.

—Creo que tengo una respuesta. Y es que siempre deseo estar en otro lugar y no en el que estoy. Y escribir es ir arribando a distintos lugares, y una vez que uno se instala allí quiere ir a otra parte, quiere no haber escrito eso sino algo diferente. Yo lo he descubierto del

modo más banal, en episodios muy menores de la vida real. Primero uno empieza por creer que no está cómodo en ningún lugar. Uno piensa: qué mala suerte tengo, cómo me cuesta encontrar lugares donde estar bien. Y después se da cuenta de que esto es automático. Que no hay lugares para uno. Que es una patología que te hace abominar del lugar donde estás instalado. Entonces, no se puede escribir tranquilo. Y la única manera de publicar es resignarse, soltar algo como quien dice: está bien, te lo doy, pero no me parece que esté bien.

—¿Vos seguís esperando escribir un libro que sí esté bien?

—No, ya no. Porque descubrí cómo es el mecanismo. El mecanismo de mi ansiedad por borrar y escribir otra cosa. No hablo de arrepentirse por haber cometido un pecado —la palabra suena un poco religiosa para mi gusto— sino del deseo de repetir el momento anterior y corregirlo, como si pudiéramos tomar la última hora, borrarla y rehacerla. Esto sucede, ¿eh? Está un tipo con una mina y piensa: Sí, está muy linda, pero ¿por qué no aquella otra? Estoy en este lugar, qué lindo que es. ¿Pero por qué no en Venecia? Estás en Venecia: ¿por qué no en Florencia? No hay manera de estar en ninguna parte. Hasta que uno se da cuenta de que estas sustituciones son sustituciones una de la otra: de nuevo, metáforas una de la otra. Y andar a los saltos, en cadenas de metáforas circulares, es propio de un poeta que no acaba de fructificar. Pero discúlpeme, doctor: esa es una confidencia más psicológica que artística.

—Me hablás de poetas que no terminan de fructificar. Y yo pienso en ese personaje del que hablaste a veces, Athanasius Kircher, que hizo tantas profecías y nunca pegó una...

—El padre Kircher fue un jesuita que vivió en el siglo XVII. Era un hombre que acometió todas las disciplinas, y escribió unos libros que ilustró, además, porque era un estupendo ilustrador, sobre... bueno, sobre el arca de Noé, por ejemplo. Y cuando él hablaba del arca de Noé no hablaba con un lenguaje piadoso, sino con el lenguaje de un naturalista. Imaginemos la prosa darwiniana describiendo el arca de Noé. ¡Es extraordinario! *Nada* de lo que decía era verdad, pero estaba expuesto con un rigor conmovedor, y además gracioso. El arca de Noé; animales del arca de Noé. Están los dibujos: pasillo, etcétera. Claro, de tanta exactitud uno empieza a convencerse. El hombre que macanea prefiere la vaguedad poética. «¡Ah, cómo sería aquella embarcación donde coexistían todas las especies...! ¡Ah, las aguas que subían! ¡Ah, los hombres que con su maldad enojaron a la divinidad!». Pero este no. Este decía: «El arca de Noé medía trescientos veintidós metros de largo y setenta y seis de ancho. Tenía cincuenta y siete pasillos, en cada uno de los cuales se alineaban ciento once jaulitas». Ah, bueno. Ah, bueno. Es un efecto que consigue, de un modo muy superior, Swedenborg. Que habla del cielo y de los ángeles con una precisión tal que te conmueve. Esa precisión en el sueño, en lo fantástico, es muy eficaz. Y Kircher la tenía. Escribió también sobre el mundo subterráneo: contó todo lo que había debajo de la tierra, ríos que se unían por canales debajo de la tierra, y así el río Po no era otro que el río Éufrates, y todo por el estilo. Hasta llegar a su revelación de la lengua egipcia. Donde da una lista completa de significados de todos los jeroglíficos, sin acertar ni uno. Después apareció Champollion, siguió el método más correcto, como sabemos, a partir de la piedra de Rosetta, y bueno, cotejados estos jeroglíficos con los de Kircher, resulta que no embocó uno. Hay que tener mucha puntería para eso.

De tanta exactitud uno empieza a convencerse. El hombre que macanea prefiere la vaguedad poética.

—Bueno, hay que tener grandeza para atreverse a apostar con tanta precisión, y perder.

—Y apostar a un mundo de maravilla. Apostar a un mundo en el que Dios era indispensable. Y era un elemento más dentro de la descripción del mundo natural. «Y aquí están los ángeles». ¡Fantástico!

—Ahora, esa precisión la encontrás ya en el Antiguo Testamento. Se habla del número de leguas que recorren los profetas, de las medidas exactas que debe tener la tumba de un padre...

—Sí, bueno, este exageraba aprovechando la época. Porque el Antiguo Testamento

Van Go

era preciso, es verdad, pero el lenguaje de la ciencia de ese entonces era muy elemental. En cambio el lenguaje de la ciencia del Siglo de las Luces ya no era tan elemental. Y Kircher lo usaba, como te digo, para describir cómo era el arca de Noé.

¡Mentira! No hay magia de la radio; sí hay la gracia, el interés y la emoción artística que a veces despierta la palabra.

—Qué interesante, esto de la belleza de la precisión. Alguien dijo que la teoría de la relatividad de Einstein es más hermosa que la zarza ardiente de la Biblia. ¿Vos estás de acuerdo?

—Sí, yo estoy de acuerdo, porque creo que en definitiva la belleza no es otra cosa que unas regularidades del tiempo y del espacio. No otra cosa es la belleza, si uno va hasta el fondo del asunto. Estas simetrías, o la falta de ellas, son la belleza. Que haya un palo cada cuatro metros es una belleza: elemental, aburrida. Que haya un palo cada cuatro metros, pero que vayan cambiando su rango, siendo más altos de cuatro en cuatro, o que de golpe falte un palo: bueno, esas son bellezas más complejas. La música es el mejor ejemplo de eso. Si hay un palo cada tanto, es en el espacio; si hay un golpe cada tantos segundos... (da una palmada en la mesa) ...es en el tiempo. Y no hay otra explicación de la belleza que funcione en todos los casos. Esta funciona en todos los casos. Claro, después viene la complejidad. Pero debe ser que en algún momento de la evolución del hombre como animal, la belleza vino a ser como un signo de que todo estaba bien. Si se dan regularidades —por ejemplo, sale el sol; se pone el sol; vienen las estaciones; aparecen los cultivos— resistimos caminando, podemos calcular el camino a casa. Todo eso tiene que ver con la regularidad en el tiempo y el espacio. Las regularidades se alteran ante las catástrofes. Y quizá el hombre aprendió a amar esas regularidades porque eran una señal de que el universo estaba en orden. No hay que confundir la belleza con el arte, que es otra cosa.

—Una vez leí en una revista de neurociencia una explicación sobre la belleza femenina. Decía que toda la belleza de las mujeres puede remitirse a los signos de juventud. Por ejemplo, nos gustan los ojos grandes. Y los bebés justamente tienen los ojos desproporcionadamente grandes. Y así con todo.

—Sí. ¿Y por qué es así? Para que mejor prospere la raza. Para que nuestra estirpe se asegure. Te gustan las jóvenes: las que tienen las mejores probabilidades de engendrar.

—¿Y cómo encajarían en esto las formas más complejas de belleza? ¿Las que, por ejemplo, llegan a la belleza por el rodeo de la fealidad? ¿Goya, Picasso, Munch?

—Ahí aparece la ausencia de simetría como un refinamiento de ese mismo fenómeno. Tomamos en cuenta los ritmos, los espacios, pero esta vez para no cumplirlos.

—¿O como metáfora de la disgregación y la muerte que son, también, necesarias para que se renueve la vida?

—Totalmente. Pero aun el que incumple esos cánones los tiene presentes.

—Es fascinante.

—Pero yo no sé si creo todo esto que te digo. Es apenas una forma de empezar a contestar. Lo que pasa es que uno, en cierto momento, debe dejar de conformarse con respuestas tales como el «no sé qué». Qué sé yo... «La radio tiene una magia»... ¡No tiene una magia! Tiene unos señores que hablan y que a veces dicen cosas sensatas o provocativas y otras veces no. Y no es porque el tipo no está en tu casa que a vos te hace gracia. «Claro, la magia de la radio es que vos te imaginás que el tipo está en tu casa». ¡Mentira! No hay magia de la radio; sí hay la gracia, el interés y la emoción artística que a veces despierta la palabra. Pero no porque el tipo no está. Si no, el arte más perfecto sería el de nula percepción. Si la radio fuera mejor que la televisión simplemente porque la percepción está reducida, bastaría con seguir reduciéndola para obtener mejores resultados artísticos, cuya perfección sería una radio apagada.

—*Me pregunto si algo de esto se podrá aplicar a la política. También en política hay mitos, hay supersticiones. Hay frases en política, yo creo, que serían el equivalente a «la magia de la radio»...*

—Sí, hay tonteras, naturalmente.

—*Se habla mucho de los mitos de la política argentina, de los supuestos que manejamos en política. ¿Cuáles serían, para vos?*

—A mí me parece que la ciencia también debe tener algo que decir —ya que estamos científicos hoy— sobre la política. Y a lo mejor no la ciencia. Lo que quiero decir es que no cuesta nada pensar bien. Y lo digo yo, desde mi torpeza para hacerlo. Pero vale la pena hacer el esfuerzo. Creo que hay razonamientos verdaderamente políticos, como el que establece la diferencia entre la economía de mercado y la economía regulada. Esas son políticas diferentes; conllevan una visión del mundo también. Se puede entablar una discusión a partir de ahí. Es el costado legítimo de la política como discusión. «¿Usted qué prefiere?». «Mire, yo prefiero la economía de mercado: dejar que Dios elija a los suyos. O sea, dejar que los más poderosos prevalezcan. Pero me parece que para la supervivencia de la estirpe esto es mejor. Porque se produce una mayor cantidad de

En Argentina la discusión política real únicamente se expresa mediante denuestos, mediante posturas irónicas de personas no muy inteligentes.

bienes, y sobreviven más personas». Esta es una idea. Entonces aparece el otro, que dice: «Yo en cambio creo que es necesario regular la economía, porque de la otra manera es la ley de la selva». Yo sospecho que esas dos formas de ver el mundo, que elementalmente acabo de describir, son legítimas, y pueden entablar una discusión. Pero eso nunca sucede, y menos en la Argentina.

—Justamente, te lo iba a preguntar: en todas partes, pero sobre todo en la Argentina, lo que se realiza tiene muy poco que ver con lo que se enuncia como principios. ¿Qué se hace entonces?

—Se sufre mucho. Llega un momento en que la discusión política real, la que sucede todos los días, únicamente se expresa mediante denuestos, mediante posturas irónicas de personas no muy inteligentes. Una persona poco inteligente que practica la ironía suele ser patética. Y cuando uno asiste a ese espectáculo, puede ser que durante un rato se divierta, y hasta encuentre mayor brillantez en aquellos que defienden las políticas con las que uno concuerda. Piensa: «qué suerte, yo defiendo las economías reguladas y los Estados nacionales, y las personas que defienden esto hacen mejores chistes». Eso es una porquería. Este no es un concurso a ver quién es más canalla. Yo de eso estoy harto. Y no asisto a ninguna discusión política con... Iba a decir con curiosidad científica, pero esto es muy pretencioso; ni siquiera con la atención de quien espera que algo se esclarezca. O aprender algo acerca del problema social clásico. En cambio, tengo la premonición de que en la discusión va a haber algún denuesto, que va a haber puteadas. Y entonces el peor de las muchedumbres que hay en mí se dispone a asistir a esos debates. Lo hago con apetito y expectativas de puterío. Y no con apetito y expectativas de gracia demostrativa.

—Permitime que hable con el modo cándido, propio de alguien que ha llegado hace poco a la Argentina. Yo diría que el gobierno de Cristina Kirchner es muy desigual, y que es parcialmente coherente con los postulados que enarbola. ¿Qué decís vos?

—Sí, yo diría eso y diría más: diría que a la vista de otros gobiernos que hemos tenido, no hemos tenido otro mejor. Pero, sin embargo, tiene algunos lunares. Y acaso los lunares más serios que el gobierno presenta —más que los lunares temáticos; por ejemplo, yo podría decir que la forma en que el gobierno cobra los impuestos es detestable—, vienen del hecho de que sus defensores se adiestran en copiarles las peores mañas a sus enemigos políticos. Casi diría que imitan a lo más canallesco del otro campo. Hasta podría decir que han aceptado los términos de una batalla política que el adversario ha propuesto. Y que nos ha alejado de los asuntos verdaderamente sustantivos.

Si yo fuera el gobierno dejaría que los hechos hablen por sí solos. Sería arriesgado, pero más arriesgado es que las verdades, por sobreactuadas, empiecen a parecer mentiras.

—¿Un ejemplo?

—Cualquiera. Empieza alguien hablando de la Ley de Medios y aledaños. Dice que fulano, que trabaja en el programa de televisión *6,7,8,* que es favorable al gobierno, lo hace por dinero. Digamos que empieza el adversario. Acá la política no tiene un sustento programático. Solo están defendiendo como pueden unos privilegios que, si el gobierno actuara bien, tendrían que acabarse. Entonces, para ponerte el ejemplo, aparece un tipo y dice: «Ustedes defienden al gobierno porque el gobierno les paga, son unos mercenarios». Punto, listo. A partir de eso, cada vez que alguien, en cualquier campo, defiende una posición, no hay nunca una refutación de la posición misma, sino una descalificación del expositor, diciendo que el tipo opina como opina porque o el gobierno o el grupo opositor le paga. Y así no se sale. «¿Qué habla usted?, si es un corrupto». «¿Corrupto yo? ¿Y usted, que recibió tal cosa?». Yo creo que al gobierno no le conviene que desaparezca la discusión. Porque yo creo que este gobierno

Hay una noticia alentadora: la preocupación por la política de millones de personas que antes no se habían asomado al asunto.

tiene razón. Pero también que es bastante poco eficaz a la hora de demostrar sus razones.

—¿Hay margen para incorporar a los defensores críticos del gobierno?

—Posiblemente ya están incorporados. Y son absorbidos por unas maneras que hay en la conducción de estos asuntos. No sé quién conduce esto, quién conduce el enfrentamiento. Pero no lo hace bien. Yo, si fuera el gobierno, incluso no diría nada, y dejaría que los hechos hablen por sí solos. Sería arriesgado, pero más arriesgado es que las verdades, por sobreactuadas, empiecen a parecer mentiras.

—Tengo un amigo que apoyó con mucha convicción al primer kirchnerismo, y ahora dice que el gobierno le recuerda la fan fiction: cuando los seguidores de una película o una serie empiezan a producir imitaciones, y vacían de contenido al original.

—Puede ser que su amigo se deje guiar por *Clarín*.

—Puede ser. Lo cierto es que la descalificación personal que nos dispensa de debatir ideas no es algo de ahora.

—No, pero ahora no hay otra cosa casi. Y esto se produce después de una noticia a mi juicio alentadora, que era la preocupación por la política de millones de personas que antes no se habían asomado al asunto. Parecíamos Ale-

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y PERSONAS

6, 7, 8: Programa político de la Televisión Pública de Argentina. Debe su nombre al hecho de que seis panelistas debaten por el canal siete a las ocho de la noche.

Allen, Woody: (Brooklyn, 1935) Actor, director y guionista de cine estadounidense. El filme que se menciona en la entrevista, *Husbands and Wives*, es de 1992.

Borges, Jorge Luis: (Buenos Aires, 1899; Ginebra, 1986) Escritor y poeta argentino. Los cuentos que se mencionan en la entrevista («El Aleph» y «El Zahir») integran el libro *El Aleph*, de 1949.

Carroll, Lewis: (Cheshire, 1832; Surrey, 1898) Matemático, fotógrafo y escritor británico. Su obra más popular es *Alicia en el país de las maravillas*.

Castillo, Abelardo: (Buenos Aires, 1935) Escritor argentino. Publicó el cuento inédito «Las larvas» en Orsai N3.

Champollion, Jean-François: (Lot, 1790; París, 1832) Filólogo y egiptólogo francés, considerado el padre de la egiptología.

Clarín: Periódico argentino fundado en 1945, el de mayor tiraje en el país. En la actualidad, en conflicto con el gobierno de Cristina Kirchner a causa de una ley que no favorece los monopolios de comunicación. (Ver *Ley de Medios*).

Goethe, Johann: (Fráncfort, 1749; Turingia, 1832) Poeta, novelista, dramaturgo y científico alemán. La novela que se menciona en la entrevista, *Fausto*, es de 1808.

Goya, Francisco: (Zaragoza, 1746; Burdeos, 1828) Pintor y grabador español. Su obra más popular es la «Maja desnuda».

Graves, Robert: (Londres, 1895; Deyá, 1985) Escritor y erudito británico, especializado en historia y mitología. Es el autor del libro *Yo, Claudio*.

Greene, Graham: (Hertfordshire, 1904; Vevey, 1991) Escritor, guionista y crítico británico. Su obra más popular es *El tercer hombre*.

Kircher, Athanasius: (Hesse, 1602; Roma, 1680) Sacerdote jesuita, políglota, y uno de los científicos más importantes de la época barroca.

Kirchner, Cristina: (La Plata, 1953) Presidenta de la Argentina desde 2007. Su predecesor en el cargo, Néstor Kirchner, fue su esposo.

Kirchnerismo: Movimiento político de origen peronista, nacido en el año

jandría en el siglo II después de Cristo, cuando el furor era la teología. Los conductores de camellos hablaban de la Trinidad y asuntos similares. Pero eso que entre nosotros fue, por un tiempo, furor por la política, cayó en lo que yo describí antes. La discusión política se convirtió en una pelea de café. Igual, siguen existiendo la derecha y la izquierda. Van invadiendo nuevas constelaciones. Y las estrellas finalmente sí cambian, aunque cambian de un modo tan imperceptible que parece que estuvieran fijas.

—Las ideas también cambian de lugar. El peronismo puede ser, según la época, de izquierda o de derecha.

—Puede ser. Pero sabemos que la forma de imponerse del partido justicialista, de arribar al poder, no es por la derecha. El partido justicialista llega siempre al poder por la izquierda, es decir por el pronunciamiento de las clases populares. Eso debería tenerse en cuenta. Porque es cierto que el partido justicialista contiene elementos que podrían ser de la derecha. Pero el peso relativo nunca es mayoritario del lado de la derecha. Lo que hay que hacer con las alianzas es ser amplio cuando uno está en dificultades y ser estricto cuando uno es poderoso. Ha habido históricamente sectores del peronismo que han sido de derecha; a lo mejor ha llegado el momento de desprenderse de ellos. O tal vez, ya pasó ese momento.

—Podemos dejar la charla acá...

—Bueno, yo espero no haber defraudado, porque no tengo respuestas entusiastas.

—No siempre uno necesita respuestas entusiastas...

—No, yo las detesto. Cuando alguien me habla con mucho entusiasmo, me da miedo. Pero en fin, me gustó la charla. Fue difícil. Difícil en el mejor sentido. Porque si es siempre la misma entrevista... «¿Qué prefiere usted: escribir o componer?». La respuesta es: ¿Qué más da? ¡Cómo perdemos el tiempo esperando respuestas que en realidad no nos interesan, que no tienen sentido! ¿Me gusta más a mí escribir que tocar el piano? ¡No interesa! No son esas las respuestas que estamos esperando. Muchas veces los reportajes no son más que preguntas cuyas respuestas no importan un carajo.

—Y al mismo tiempo, la mente de uno pide algo de eso.

—A mí me parece que lo que pide la mente es verlo a uno en acción.

—Pide ver a César cruzando el Rubicón.

—¡Eso! ¡Eso pide! «A ver, quiero ver cómo me cruza el Rubicón usted, señor... A ver, crúcemelo». El tipo va al teatro a ver eso. ¡A ver a un artista en acción! ◣

2003, bajo el mandato de Néstor Kirchner (2003-2007).
Ley de Medios: Promulgada en 2009, es una ley que establece las pautas que rigen el funcionamiento de los medios radiales y televisivos en Argentina, muy resistida por el Grupo Clarín.
Mann, Thomas: (Lübeck, 1875; Zúrich, 1955) Escritor alemán, luego nacionalizado estadounidense. La novela que se menciona en la entrevista, *Doktor Faustus*, es de 1947.
Maugham, Somerset: (París, 1874; Niza, 1965) Novelista, dramaturgo y escritor de cuentos en lengua inglesa. Muy popular en la década del treinta.
Macanear: (Argentinismo). Mentir.
Mina: (Argentinismo). Mujer.
Munch, Edvard: (Loten, 1863; Ekely, 1944) Pintor y grabador noruego de la corriente expresionista. Hay un guiño a su obra más popular, «El grito», en la página 139 de esta edición de Orsai.
Paz, Octavio: (Ciudad de México, 1914-1998) Poeta, escritor y ensayista mexicano, Premio Nobel de Literatura de 1990. El ensayo que se menciona en la entrevista, «La llama doble. Amor y erotismo», es de 1993.
Peronismo: Partido político creado alrededor de la figura de Juan Domingo Perón. Más tarde apodado Justicialismo.
Picaso, Pablo: (Málaga, 1881; Mougins, 1973) Pintor y escultor español, creador, junto con Georges Braque y Juan Gris, del movimiento cubista.
Schopenhauer, Arthur: (Danzig, 1788; Prusia, 1860) Filósofo alemán.
Siglo de las Luces: Siglo XVIII.
Spengler, Oswald: (Blankenburg, 1880; Múnich, 1936) Historiador y filósofo alemán, conocido por su obra *La decadencia de Occidente*.
Swedenborg, Emanuel: (Estocolmo, 1688; Londres, 1772) Científico, teólogo y filósofo sueco.
Tólstoi, León: (Poliana, 1828; Lípetsk, 1910) Novelista ruso. La novela que se menciona en la entrevista, *Ana Karenina*, fue publicada en 1877.
Vico, Giambattista: (Nápoles, 1668-1744) Abogado y filósofo italiano. Su obra más importante es la «Scienza nuova».
Welles, Orson: (Wisconsin, 1915; Los Ángeles, 1985) Actor, director, guionista y productor de cine estadounidense. Su obra más popular es *Citizen Kane*, de 1941.

LA **REINA ROJA**

La patología de abominar del lugar donde se vive la sufrimos un poco todos, ¿no Jorge?

—A mí no me pasa. Yo puedo vivir tranquilamente en cualquier parte.

—¿En Afganistán también?

—Obviamente no, me refiero a que estoy muy bien acá, en Sant Celoni y en la cultura occidental, pero también a que podría estar muy bien viviendo en una quinta en las afueras de Mercedes, en un pueblito uruguayo o en el distrito de Paramonga.

—¿Dónde queda Paramonga?

—No importa, pelotudo. ¿Por qué te quedás en la insignificancia? Lo que te quiero decir es que me da lo mismo, siempre y cuando no vaya a lugares donde me pueda explotar una bomba en la cara.

—Eso te puede pasar en cualquier lado. ¿No te acordás que a Donnie Darko se le cayó una turbina de avión arriba de la cama? Y él vivía en un tranquilo suburbio del primer mundo…

—Pero a él lo salvó un conejo apocalíptico…

—Esto que hablamos me hace acordar a un poema de Lawrence Durrell que tradujo Levrero.

—¿Qué dice?

—Dice que no hay tierra nueva, ni mar nuevo, porque por más que te escapes al lugar que sea tu ciudad te va a seguir siempre. Acá lo tengo. «…Los mismos suburbios mentales van de la juventud a la vejez, y en la misma casa acabarás lleno de canas… La ciudad es una jaula. No hay otro lugar, siempre el mismo puerto terreno, y no hay barco que te arranque de ti mismo. ¡Ah! ¿No comprendes que al arruinar tu vida entera en este sitio la has malogrado en cualquier parte del mundo?».

—¿Será por eso que, como dice Lewis Carroll, para quedarse en el mismo lugar hay que correr muy rápido?

—Puede ser. ¿Sabías que de ahí surge la famosa hipótesis de la Reina Roja. Es una hipótesis evolutiva que dice (un ejemplo) que la velocidad de los conejos y de los zorros se tiene que haber desarrollado al mismo tiempo en las dos especies. Es decir, corriendo muy rápido en el mismo lugar. De lo contrario una de las dos ya no existiría… La teoría sirve también para explicar lo que sufre el Coyote con el Correcaminos.

—¿También servirá para explicar la relación entre el hombre y la mujer?

—Habría que preguntárselo a Dolina. ¿Viste que lee revistas de neurociencia? ¿Y que leyendo esas revistas encuentra respuestas interesantísimas sobre la belleza femenina?

—No, querido amigo miope, el que lee revistas de neurociencia es Garcés. Confundiste la pregunta con la respuesta. Eso prueba que con vos nuestra especie está corriendo un peligro enorme.

—En todo caso lo que quiero decir es que la explicación de Dolina es muy buena: «Nos gustan las mujeres jóvenes porque son las que tienen mejores probabilidades de engendrar». A Symns no sé, pero a nosotros dos la teoría nos justifica.

—Christian Gustavo, debo recordarte que estas charlas se publican y que luego las leen nuestras esposas.

—Cambiemos de tema abruptamente entonces. Hablemos de termodinámica. ¿Sabés algo de eso? Porque a mí la palabra termodinámica me remite a tecnología de punta uruguaya.

—Eso fue gracioso, no me río fuerte porque es tarde.

—¿Pero sabés qué es termodinámica?

—Dolina suele hablar del tema en su programa de radio. Y, hasta donde sé, es un principio científico que tiene que ver con el carácter irreversible del tiempo. El tiempo fluye solo hacia adelante, por lo tanto no tenemos la menor posibilidad de construir una máquina del tiempo que funcione. Y entonces tampoco podemos evitar lo inevitable.

—O sea que Michael Fox miente.

—Spielberg miente.

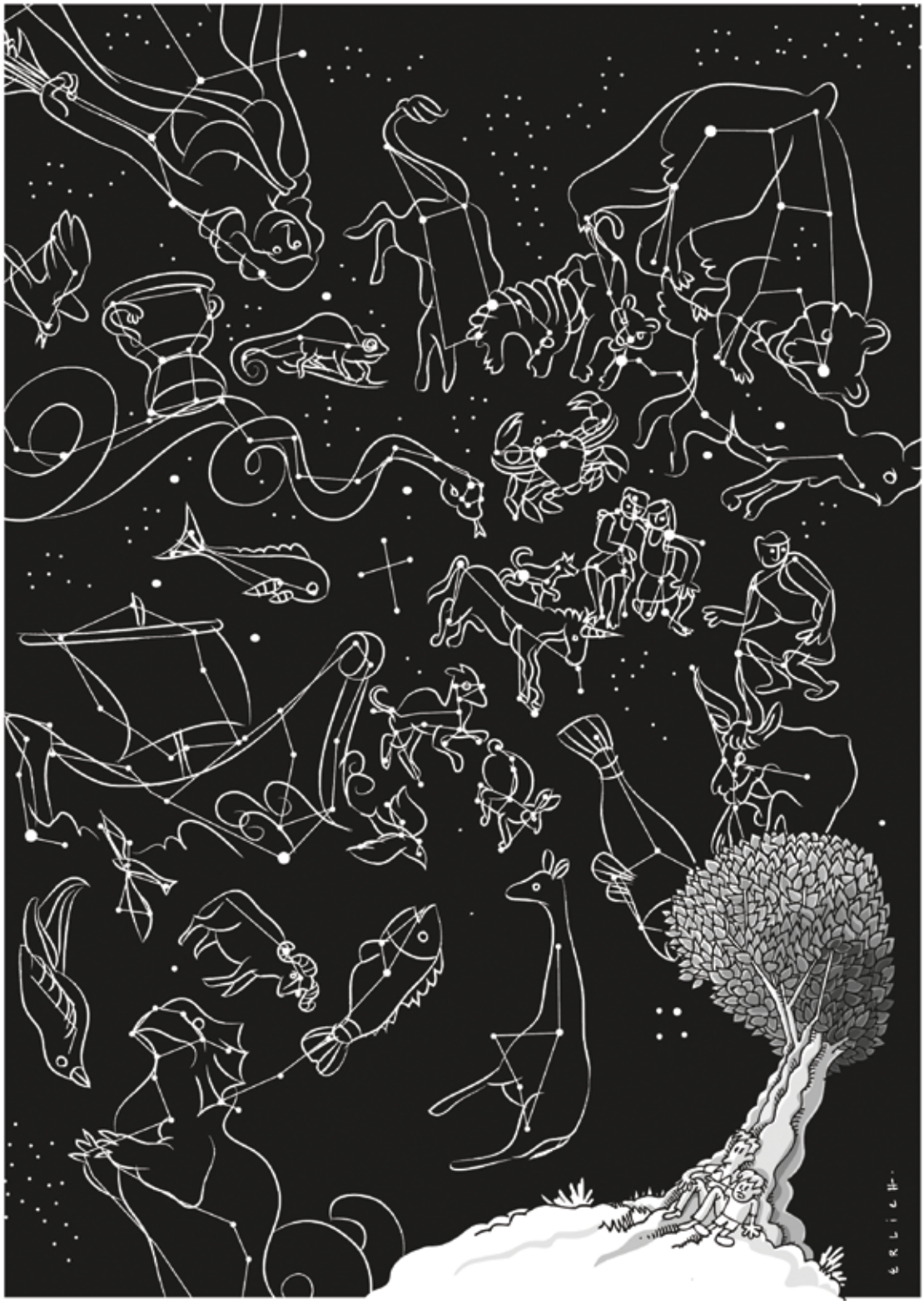
—¿Vos creés, como Dolina, que un escritor como Somerset Maugham hoy ya no haga falta?

—No tengo dudas. Yo creo, aunque a esta altura ya lo venimos repitiendo mucho, que los Somerset Maugham de la actualidad están escribiendo series de televisión. Ya no esperamos una novela de Graham Greene, pero sí una nueva serie de Vince Gilligan, o de Steven Moffat, o de David Simon.

—Como otros esperan una película de Spielberg... Entonces, si en cada época hay una profesión que concentra el prestigio, ¿será esta la época de los guionistas de televisión? Porque Dolina duda de que ese podio siga existiendo.

—Puede ser. A lo mejor la época de los guionistas ya pasó y todavía no nos enteramos. Pero si ese podio existe de verdad nosotros ya perdimos el tren, querido amigo.

—Termodinámica pura.



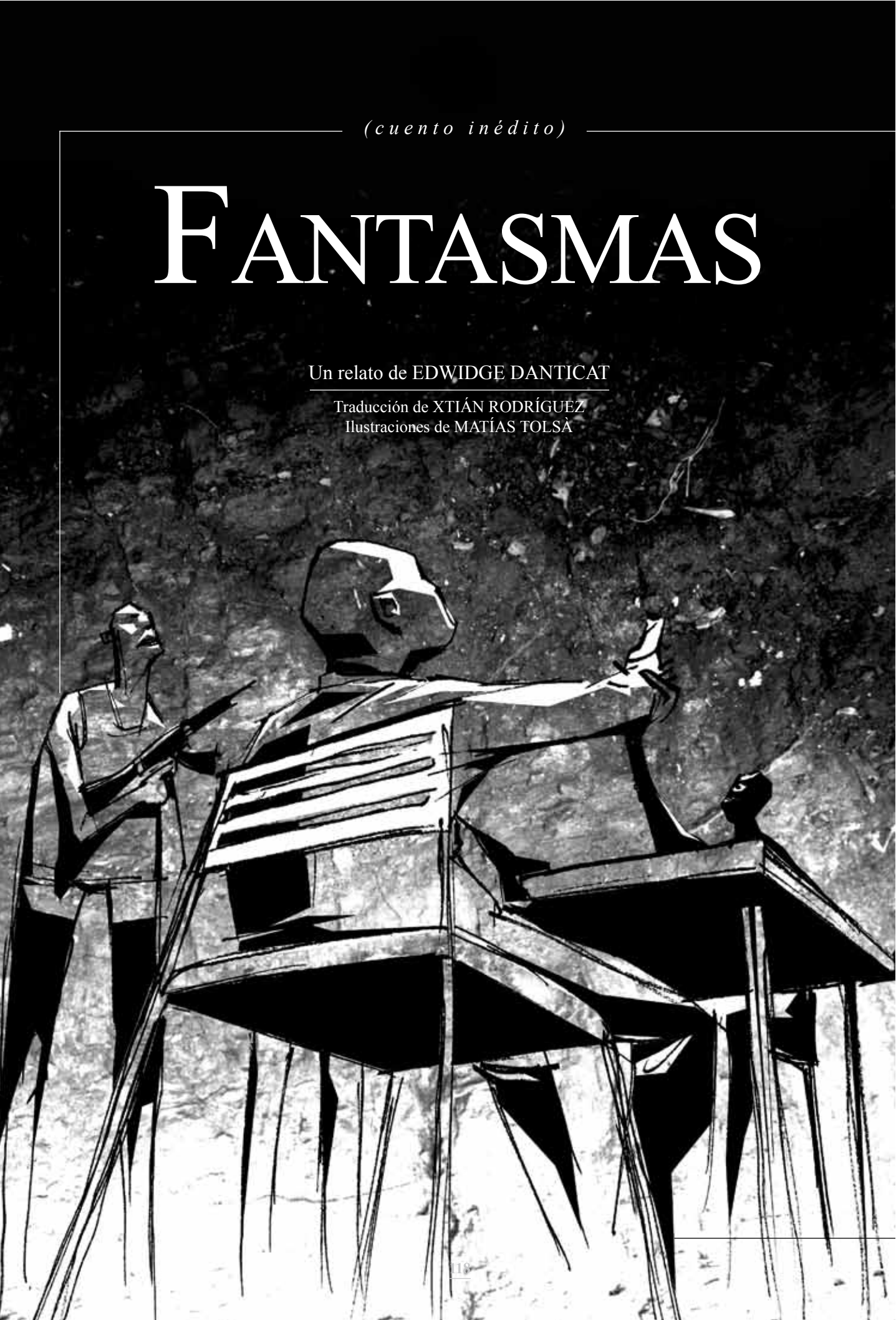
— Papá... ¿Cuál de todos es Dios?

(cuento inédito)

FANTASMAS

Un relato de EDWIDGE DANTICAT

Traducción de XTIÁN RODRÍGUEZ
Ilustraciones de MATÍAS TOLSÀ



EDWIDGE DANTICAT
Puerto Príncipe, 1969

Creció bajo el régimen dictatorial de Jean-Claude Duvalier. Cuando solo tenía dos años, su padre debió emigrar a Estados Unidos para conseguir trabajo. Dos años después emigró su madre y Edwidge junto con su hermano menor quedaron bajo el cuidado de su tío, un pastor que vivía en Bel Air, una de las zonas más pobres de Haití. Al cumplir doce años pudo viajar a Estados Unidos y así rencontrarse con sus padres que vivían en Brooklyn. En 1994 publicó su primera obra *Palabras, ojos, memoria*. Tres años después fue finalista del prestigioso National Book Award con su libro de cuentos *Krik? Krak!* En ese año también publicó la novela *Cosecha de huesos*. En 2008 fue galardonada por el National Book Critics Circle Award con *Brother, I´m dying*. Es la primera escritora haitiana que escribe en inglés. Su obra ha sido traducida a más de diez idiomas.

Pascal Dorien vivía en Bel Air, el Bagdad de Haití, como algunos le llamaron, pero eso sería Cité Pendue, un barrio aún más indigente y brutal, donde cientos de chicos de la escuela secundaria que participaron en un concurso nacional de arte sacaron fusiles M-16, decapitaron cadáveres y escribieron cosas como «No es de buena educación disparar en los cortejos fúnebres» y «Estoy feliz de haber entregado mis armas. ¿Y tú?». Bel Air era en realidad un barrio de clase media. Tenía algunas iglesias protestantes y católicas, templos vudú, restaurantes, panaderías, tintorerías, y hasta cibercafés. Durante un tiempo no hubo guerras de pandillas; había solo una pandilla, cuyo cuartel general estaba en un almacén vacío y grande, pintado con murales de serpientes, leones y cabras, y Haile Selassie y Bob Marley. Las dos docenas de jóvenes que vivían en el almacén lo llamaban Baz Benin, por razones que solo al que se le ocurrió el nombre conocía a ciencia cierta. Esa persona, Piye, fue asesinada cuando un equipo de fuerzas especiales le disparó varias balas en la nunca, una noche, mientras dormía en su cama. El tiroteo fue en represalia por una serie de secuestros seguidos de muerte, algunos de los cuales habían sido cometidos por los hombres de Baz Benin y otros, no. (Los hombres de Baz Benin usaban entre ellos apodos de la realeza Nubia, también sugerían, en criollo, actos de amenaza: «piye», por ejemplo, significa «saqueo»).

Los padres de Pascal eran dueños de una tienda y restaurante en Bel Air. Tenían un patio apenas más grande que los de sus vecinos hacinados, por lo que lo habían cerrado con láminas de metal corrugado oxidado, y allí, en cuatro mesas largas de madera, debajo de una serie de bombillas que colgaban de una ventana enrejada en el segundo piso, servían hasta treinta clientes por noche, si los clientes rotaban con rapidez. Vendían arroz y frijoles, por supuesto, y plátanos fritos y harina de maíz, pero su especialidad, durante mucho tiempo, fue carne de paloma frita.

Los padres de Pascal se habían mudado a Bel Air en un momento en que el barrio estaba habitado, en su mayoría, por campesinos que vivían allí temporalmente para que sus hijos pudieran terminar la escuela primaria. Pero a medida que los árboles de las provincias se convertían en carbón y las montañas cedían,

licuándose en barro arrastrado hacia el mar, ellos, como los demás, se quedaron y criaron a sus dos hijos y al menos mil palomas que, a lo largo de los años, vendieron vivas o muertas.

El padre de Pascal había sido criador de palomas desde que era niño en Léogane. Había suspendido la actividad brevemente en los años ochenta, cuando algunos soldados vinieron y se llevaron sus aves, porque se rumoreaba que estaba criándolas para enviar mensajes a los invasores armados de la República Dominicana. Pero cuando la dictadura se derrumbó, sin ninguna ayuda de sus palomas, comenzó de nuevo. Para ese entonces la mayoría de sus clientes eran jóvenes nerviosos que querían hacer un ritual antes de su primera relación sexual: cortar la garganta de la paloma y dejarla sangrar en una mezcla de leche condensada Carnation y bebida carbonatada con gusto a malta. A veces sus padres venían con ellos, y después de que sus hijos habían tapado sus narices y tomado la bebida, los padres se reían y decían, mientras el cuerpo sin cabeza de la paloma seguía girando en el suelo, «Siento lástima por esa chica».

Para ese entonces la mayoría de sus clientes eran jóvenes nerviosos que querían hacer un ritual antes de su primera relación sexual.

Era un ritual que los padres de Pascal no aprobaban. Pero por cada ave que era asesinada así se les pagaba lo suficiente como para comprar dos más. Añoraban en silencio los días en los que la gente compraba palomas como mascotas para sus hijos. Luego comenzaron a añorar los días en los que los clientes eran padres e hijos, porque de repente sus clientes eran solo hombres jóvenes y fornidos que se reunían en lo que en un principio llamaron «organizaciones populares» y luego pandillas. Los pandilleros, que también se hacían llamar *chimés* —quimeras o fantasmas— eran, en su mayoría, chicos de la calle que no recordaban haber vivido en una casa, chicos cuyos padres habían muerto o habían sido asesinados durante la dictadura, dejándolos solos en una ciudad superpoblada y sin ley. Más tarde, a estos jóvenes se les unieron deportados de los Estados Unidos y Canadá y algunos hombres de más edad del barrio, del tipo aspirantes a músicos de rap. Los lugareños de más edad estaban «conectados», es decir, los empresarios y los políticos ambiciosos los usaban para engrosar las filas de las manifestaciones políticas, dándoles armas para disparar cuando se necesitaba una crisis y retirándolos cuando se necesitaba calma. A veces, antes de estas manifestaciones, venían tantos hombres a buscar la mezcla de leche, malta y sangre de paloma que a los padres de Pascal los tentaba la idea de cerrar el negocio y no abrirlo más. ¿Cómo era que se habían convertido en aquellos en cuyo patio se torturaban y masacraban palomas? Finalmente liberaron sus últimas dos palomas. Durante un tiempo, las aves volvieron al nido pero entonces alguien en el vecindario debió haberlas atrapado, y los padres de Pascal nunca vieron a las aves de nuevo.

Aun así, con el dinero que habían hecho con las palomas, los padres de Pascal pudieron ampliar su menú. Compraron la casa de al lado y agregaron unas cuantas mesas más. El padre de Pascal compró una camioneta, que conducía de ida y vuelta entre Léogane y Puerto Príncipe, llena de gente y ganado. Sin embargo siempre estaba en el restaurante para la hora más ajetreada, desde las siete de la tarde hasta la medianoche, cuando los pandilleros, muchos de los cuales, para esa época, habían abandonado la política por el tráfico de drogas, ocupaban todo el lugar. Ver a estos niños pasar de ser vendedores a consumidores de lo que les gustaba llamar «el polvo del hombre blanco», verlos volverse irreconocibles entre ellos, hizo que los padres de Pascal se desanimaran y se asquearan, pero mantuvieron el restaurante abierto, ya que, y esto lo reconocían a menudo, la desgracia que había destruido el barrio que una vez había sido una especie de refugio para los pobres les permitió prosperar y enviar a sus hijos a la escuela, escuela que compartían con los herederos de la pequeña clase media del país. A pesar de que

no podían permitirse lujos extras —vacaciones en los centros turísticos de Jacmel y Labadie, o veraneos en el extranjero con parientes emigrados— sus hijos estaban haciendo contactos que algún día podrían ayudarlos a conseguir buenos empleos y matrimonios. Con el fin de que sus hijos se fueran un día sin tener que mirar hacia atrás, los Dorien tuvieron que quedarse.

Jules, el hermano mayor de Pascal, ya había cumplido ese sueño. Había salido durante mucho tiempo con una chica cuyos padres estaban en Montreal. La muchacha había prometido que tan pronto como consiguiera su visa se casaría con Jules, para así poder mandar a buscarlo una vez que llegara a Canadá. Mientras tanto el gobierno había cambiado otra vez y las Naciones Unidas tuvieron que formar una nueva fuerza policial. Jules se había enrolado, a pesar de que era flacucho, medía apenas un metro y medio, y tenía una cabeza desproporcionadamente grande, un rasgo distintivo de la familia que le había ganado el apodo *Tèt Veritab*, Cabeza de Melón. Pero Jules se dio cuenta de que no podía ser un policía y vivir en la habitación que compartía con Pascal encima del restaurante de sus padres en Bel Air. Cada vez que arrestaban a un miembro de la pandilla del barrio lo culpaban a Jules. Así que se había ido a vivir con los tíos de su novia durante unos meses, luego se casó y abandonó el país. Pascal se había quedado, por supuesto, y una vez que Jules se fue, nadie lo molestó ni a él ni a sus padres.

Cuando no estaba ayudando en el restaurante o yendo a clases de computación en una escuela de formación profesional, Pascal trabajaba como redactor de noticias para Radio Zòrèy, una de las emisoras más populares del país. Como había crecido en Bel Air y había sido testigo de primera mano de los cambios allí vividos, Pascal imaginó que se convertiría en el tipo de periodista que podía hablar sobre el *geto* desde adentro. Una noche se le ocurrió una idea, mientras se dirigía desde la pequeña cocina de concreto que sus padres habían construido del lado de la calle —para tentar a los transeúntes con apetitosos olores— hasta la mesa donde Tiye, un jefe de pandilla, manco y calvo, bebía una cerveza y fumaba un cigarro enorme. Tiye (que significa «matar») tenía un brazo artificial de plástico y acero bajo una camisa blanca de manga larga y subía y bajaba expertamente su cerveza con los ganchos de metal brillante de la prótesis. Rodeado por tres entusiastas «lugartenientes», Tiye contó cómo, en la época en la que tenía ambos brazos, había abofeteado a un hombre, apretándole la cabeza entre los brazos y golpeándole los oídos. Se reía tan fuerte mientras contaba esto, que tuvo que secarse algunas lágrimas de los ojos.

Pascal imaginó que se convertitía en el tipo de periodistas que podía hablar sobre el «geto» desde adentro.

Pascal, escuchando subrepticiamente, deseó tener una cámara de video, o por lo menos una grabadora. Quería que el resto del país supiera qué hacía llorar a estos hombres. No pueden seguir siendo chimès para nosotros por siempre, pensó. Su programa en Radio Zòrèy, si alguna vez se lo daban, se llamaría *Fantasmas*. Sería controvertido al principio, pero pronto miles lo sintonizarían. Una especie de voyeurismo enfermo los mantendría a la escucha todos los días, durante semanas, durante meses, con la periodicidad con la que se transmitiera. La gente reorganizaría sus horarios para poder escuchar el programa. No podrían dejar de hablar de él. «¿En qué anda la gente de las barriadas ahora?», dirían. Luego se sentirían estimulados a encontrar formas de aliviar los problemas de esa gente. El programa también incluiría psicólogos, sociólogos y urbanistas.

Al amigo de Pascal, Max, le gustaba este argumento de venta del programa. Max era un chico de clase media que vivía en otro tipo de barrio, mezcla de riqueza y desesperación. Max no era rico, como la mayoría de los chicos a los que su madre les daba clases en el Lycée Dumas, en las colinas de Puerto Príncipe, pero

tampoco históricamente pobre, como Pascal, y eso se notaba en el pequeño pendiente de oro que siempre usaba en la oreja derecha. Max había comenzado en la emisora como dj de la tarde, cuando el rap Kreyòl —el hip-hop de los barrios pobres— estaba empezando a llegar a las radios. A veces, Pascal le prestaba a Max un CD de uno de los raperos aspirantes de Baz Benin y Max lo pasaba en su programa de música de una hora de duración.

«¿Y qué esperaba?», le decía el jefe de la pandilla al líder empresarial. «Usted fabrica hielo mientras nosotros vivimos en el infierno».

«Estoy contigo, pero no voy a poder convencer a la gerencia», decía Max. Le hacía compañía a Pascal mientras traducía los cables de las agencias de noticias de ese día a lenguaje criollo coloquial para que el locutor los leyera. «¿Quién patrocinaría un programa como ese?».

«El gobierno debería patrocinarlo», decía Pascal. «Estaría ofreciendo un servicio público».

Pero, tal como su amigo lo había predicho, el gerente de la emisora lo rechazó. Unas semanas después, mientras Pascal mecanografiaba el guion de las noticias de la tarde, escuchó al gerente de noticias, un hombre tartamudo que había sido portavoz inepto de la policía, hablando sobre un programa llamado *Homme à Homme*, «Hombre a hombre». El programa consistiría en una serie de conversaciones en el estudio entre pandilleros y empresarios. «Van a discutir a fondo sus diferencias», escuchó que decía el gerente de noticias, «con la ayuda de un mediador entrenado».

El primer programa enfrentó al propietario de una fábrica de hielo que había sido robada por lo menos una vez a la semana durante los últimos seis meses con un líder de la banda de Cité Pendue, que se creía que había organizado las «redadas».

«¿Y qué esperaba?», le decía el jefe de la pandilla al líder empresarial. «Usted fabrica hielo mientras nosotros vivimos en el infierno».

El mediador, un haitiano-estadounidense que había sido entrenado por el FBI como negociador en casos de toma de rehenes, propuso lo obvio: que el empresario vendiera su hielo a un precio menor para la gente que vivía cerca de la fábrica, y que el jefe de la pandilla respetara la propiedad de los demás.

Pascal no estaba en la emisora durante la grabación, pero oyó parte del programa en su casa. No pudo oír todo el asunto porque estaba ayudando en el restaurante esa noche y las burlas de Tiye y su pandilla a los dos invitados de *Homme à Homme* eran demasiado ruidosas. Muchos de los pandilleros conocían el plan de Pascal —se había acercado tímidamente a algunos de ellos como posibles invitados para su programa—, y, mientras Pascal les servía cervezas, se burlaban de él, diciendo: «Hombre, te robaron la idea». Algunos de ellos trataron de retenerlo mientras colocaba las botellas en la mesa, como si quisieran exprimir la ira que sabían que crecía en su interior. Cuanto más se reían de él, más se enojaba. Se podía ver en la capa de sudor que se extendía en su rostro. Tiye seguía riendo cuando dijo:

—Pascal, hermano, no me gusta la forma en que ese *masisi* dijo que los chicos de Cité Pendue tienen que dejarlo tranquilo con el hielo. Debería ir a buscarlo y patearle el culo.

—Exacto —intervino uno de los lugartenientes.

—Pascal —dijo otra persona—, deberías patearle el culo al tipo que te robó el programa.

En ese momento sonó el teléfono móvil de Pascal. Era Max.

—Hombre —dijo Max— ese tipo te robó la idea y, ¿sabías que cuando lo puse en evidencia me despidió?

—No deberías haber dicho nada —respondió Pascal—. Ahora que perdiste tu trabajo, probablemente yo pierda el mío también.

Tiye y sus muchachos cantaban: *Tenemos que patearle el culo*.

—La verdad es que ya me lo saqué de la cabeza —le dijo Pascal a Max, mientras le pasaba una bandeja vacía a su cansado padre, que acumulaba la última comida de la noche en un

plato para comer él mismo, con un cigarrillo colgando de sus labios—. *Homme à Homme* no es el programa que quería hacer. Yo quería hacer algo más carnal, más personal.

Después de terminar de hablar por teléfono, Pascal esperó a que Tiye y su banda se fueran. Su madre y las chicas del barrio que había contratado lavaban los platos sucios. Preguntó si podía ayudar, pero se negaron. El severo rostro de su madre, más oscuro que el fondo de la olla quemada que estaba fregando, nunca cambiaba. Era como si el calor de la cocina lo hubiera derretido y sellado. Incluso si nunca volvía a trabajar en su vida, la belleza que poseía cuando conoció a su padre por primera vez no volvería.

Esa noche convenció a su madre para que se vaya a dormir un poco más temprano que de costumbre, y luego él mismo se metió en la cama. En su habitación, donde había dos catres enfrentados en paredes opuestas, que él y su hermano habían pintado de color rojo brillante, sintió la ausencia de Jules en las entrañas. Si fuera más joven se hubiera puesto a llorar, como lloran los niños por sus madres.

Irse había sido más fácil para Jules de lo que todos habían supuesto. Los pandilleros lo habían amenazado cuando él era policía y por eso había pedido asilo político en Canadá apenas llegaron los papeles de su esposa. Ahora Jules vivía en Montreal, mientras Pascal dormía solo en esa habitación ridículamente roja, con la ropa colgando de los clavos que él y su hermano habían clavado en las paredes. Jules llamaba solo una vez por semana, los domingos por la tarde, a pesar de que podría haber llamado más a menudo. Pascal y sus padres tenían teléfonos móviles ahora, y los mantenían cargados y con minutos utilizables, esperando. A veces, mientras su madre ventilaba los vapores de la comida que cocinaba, dejaba escapar un largo suspiro mientras decía: «Me pregunto qué estará haciendo Jules ahora». La verdad era que Pascal siempre se preguntaba lo que estaba haciendo Jules. Incluso estaba pensando en pedirle a Jules que lo mandara a buscar. Si él se fuera, pensó, sus padres podrían finalmente dejar el restaurante y volver a Léogane, donde podrían criar palomas otra vez, para soltarlas por la mañana y verlas regresar a salvo al atardecer.

Pascal se fue a la cama con todos estos pensamientos arremolinados en la cabeza, molesto, decepcionado por el programa de radio. Ahora sería mucho más difícil venderle la idea a otra emisora. Los programadores podrían decir: «Pero *Homme à Homme* ya está saliendo al aire. No queremos darles a estos pandilleros tanta relevancia». Se durmió pensando que tendría que redefinir su idea, afilarla un poco. Tal vez tendría que sumarle música. Max podría ayudarlo con eso. Podrían pasar hip-hop urgente, palpitante, con influencias de reggae y, entre canción y canción, dejar que los vecinos hablen.

Todavía estaba durmiendo la mañana siguiente cuando una docena de policías, miembros de las fuerzas especiales, con los rostros cubiertos por pasamontañas, derribaron la puerta principal de la casa de sus padres, subieron a su habitación, le vendaron los ojos y lo arrastraron fuera de la cama. No le permitieron siquiera sacarse el pijama y vestirse, mientras su madre lloraba descontrolada y su padre gritaba que se estaba cometiendo una gran injusticia.

Para sus oídos, no había diferencia entre sus risas, sus burlas, y las de Tiye y su pandilla. Podrían haber intercambiado lugares y nadie se habría dado cuenta.

En el momento en que llegó a la comisaría más cercana, una pequeña multitud de periodistas de televisión, radio y periódicos —entre ellos su jefe— lo estaban esperando. La noche anterior, explicó la portavoz de la policía —una mujer de voz chillona—, se había producido un tiroteo en Radio Zòrèy. Habían visto a cuatro hombres con fusiles M-16 y ametralladoras saltar desde la parte trasera de una camioneta de color canela. Habían disparado a las puertas y ventanas del edificio de tres pisos, matando al

guardia nocturno. La policía había arrestado a Tiye, el famoso jefe de Baz Benin, y él había mencionado a Pascal como el cerebro de la operación, la persona que lo había enviado a él y a sus hombres a hacer el trabajo. A Pascal no se le permitió hablar en la conferencia de prensa. Tuvo que quedarse de pie, como un decorado amenazante, rodeado por el todavía encapuchado equipo de fuerzas especiales, con las muñecas irritadas, esposadas a sus espaldas.

Hacía mucho calor en la habitación donde fue llevado para ser interrogado, con hedor a vómito fresco en el aire. Además de la silla de metal oxidado en la que lo obligaron a sentarse, con las manos esposadas aún, había una luz fluorescente cuyo parpadeo penetraba el paño negro que le cubría los ojos.

Durante el interrogatorio fue golpeado repetidamente en la nuca.

—¿Conoces a Tiye? —le preguntó uno de sus interrogadores, chupando de un cigarro y soplándole el humo en la cara.

—Sí —respondió Pascal, tosiendo. Sus pulmones parecían cerrarse. La presión forzó pedazos de la cena de la noche anterior hacia la chaqueta del pijama y, cuando se le permitió doblar el cuello hacia abajo, a su falda.

Las preguntas continuaron.

—¿Cómo conoces a Tiye?

—Él vive en mi barrio y, a menudo come en el restaurante de mis padres —tartamudeó.

—Eres un hombre grande, ¿eh? Tus padres tienen un restaurante en los barrios pobres. Tengo hambre ahora. Dame de comer. Dame de comer.

Los oficiales reían mientras él se atragantaba y lloraba. Para sus oídos, no había diferencia entre sus risas, sus burlas, y las de Tiye y su pandilla. Podrían haber intercambiado lugares y nadie se habría dado cuenta.

—¿Cuánto le pagaste a la banda de Baz Benin para que disparara a la emisora? —preguntó alguien.

—Nada... Yo...

—¿Entonces lo hicieron gratis?

Le tiraron agua helada en la cara. Presa del pánico, trató de levantarse de la silla, pero varias manos lo empujaron hacia abajo. Entre el humo, el vómito y el agua, sintió que se ahogaba.

Después del interrogatorio, lo dejaron solo en una celda húmeda. Esa tarde, su madre y su padre fueron a verlo. Se les permitió arrodillarse a su lado en el suelo, donde yacía en posición fetal, y quitarle la venda.

—Pascal, *chéri*. —Su madre lloró en silencio, mientras su padre la sostenía con una mano debajo de la axila y la otra firmemente apretada contra la espalda.

—Pascal, ¿es posible que hayas hecho una cosa así? —preguntó su padre. Su voz sonaba severa, como si regañara a un hijo.

Pascal negó con la cabeza. Le dolía la garganta, y podía saborear el vómito persistente aún en la boca. Sabía que su padre necesitaba que él negara todo para poder continuar con su lucha.

—No me están pegando demasiado —dijo, para llenar el silencio—. Todavía no, por lo menos. Ya ves que no tengo manchas de sangre.

La madre levantó la camisa del pijama sucio para buscar cortes, heridas.

—La abogada que tenemos para ti —dijo su padre—, el primo de la abogada es juez. Ella dice que va a tratar de mover rápido las cosas.

Años atrás, durante la dictadura, el padre de Pascal había tenido un tic facial, un entrecerrar rápido de los ojos y un temblor involuntario en la boca. Ahora el tic había vuelto. Hacía tanto tiempo que Pascal no lo veía que casi lo había olvidado.

—Probablemente te lleven a la corte, a Parquet, esta tarde —continuó su padre, a pesar de los espasmos en la cara—. Y luego, posiblemente, podrías ir a la Pénitencier, a la cárcel, por unos días, hasta que te saquemos.

Desde Montreal Jules le había dicho a sus padres qué decir y qué hacer. Jules había llamado a la abogada, que había representado con éxito a muchos de sus viejos compañeros en la policía en casos de corrupción, y le estaba pagando él mismo. También había llamado a muchos de sus amigos de la policía y a sus exjefes, entre ellos el Secretario de Estado, en cuyo reporte de seguridad había trabajado brevemente. Luego había llamado a la gente de Tiye, diciéndoles que Tiye debía haber entendido mal. Pascal nunca les habría pedido que dispararan a la emisora de radio. Si habían querido hacerle un favor, habían fallado.

Todas las personas a las que pudo contactar Jules, incluso el segundo de Tiye, le dijeron que se quedara tranquilo. El caso en contra de Pascal era un *lamayòt*, humo. No iba a quedar nada. Dale un par de horas más. Deja que se enfríe.

Pascal estaba en una vía rápida, al parecer. Después de que sus padres se fueron, un juez vestido de negro entró y le informó los cargos que se le imputaban. Por la tarde se presentaron más cargos. Ahora se decía no solo que era el autor intelectual de los disparos a la emisora de radio, sino alguien al que la policía había estado buscando durante mucho tiempo. Habían encontrado en él a un chivo expiatorio para una serie de crímenes no resueltos.

Debido a los gastos adicionales, la abogada pidió más dinero. Tenían que considerar comprar un juez, dijo ella. «Veinte mil dólares». Dólares norteamericanos.

«Esto es una especie de secuestro», gritó Jules por teléfono desde Montreal. Jules no había comido en todo el día. En su desesperación, estaba abandonándose también. Temía que su hermano se pudriera en una celda superpoblada en la Pénitencier o que desapareciera antes de que él llegara. Los padres de Pascal consideraban vender su negocio para comprar la liberación de Pascal. Esa noche, después de haber dormido durante la hora de la cena en su celda, con la cara apretada contra un surco fresco en el suelo, Pascal vio una fila de botas negras brillantes marchar hacia él. Le vendaron los ojos otra vez y lo echaron en el asiento trasero de un jeep de la policía.

—¿Quién lo protege? —preguntó el oficial que lo había empujado dentro del jeep—. ¿Qué le van a decir a la gente?

—Que cometieron un error —contestó otra voz.

Lo dejaron frente al restaurante de sus padres, a las diez de la noche.

Resultó que Tiye, había hecho algún trato con la policía por su liberación y la de Pascal. Se rumoreaba que después de convertirse en el jefe de Baz Benin, Tiye había recolectado pruebas altamente incriminatorias de mucha gente relacionada con las drogas, desde un policía de calle hasta los jueces del Tribunal Supremo. Cierto o no, se decía que tenía una gran cantidad de archivos, de videos y cintas de audio, de copias de los contratos y estados de cuenta bancarios, que guardaban familiares suyos en Miami. El día que lo mataran, o que lo condenaran por un crimen, ellos enviarían los archivos a un periodista determinado en el *Miami Herald*, que publicaría todo. Más tarde, esa noche, Jules festejó en el teléfono.

—Mamá y papá tendrán que irse ahora —dijo.

Pero Pascal no estaba seguro de adónde irían.

—¿De vuelta al campo? —se preguntó en voz alta, para que su hermano escuchara—. ¿A las colinas? ¿Contigo?

Esas eran todas las posibilidades, le dijo Jules. «Las posibilidades de urgencia», agregó. «A veces es fácil abandonar el hogar».

Pascal, ya duchado y limpio, yacía acostado en la cama mientras sus padres lo cuidaban, dándole agua, jugos, cremas para la piel. Era casi medianoche. Su madre no había cocinado esa noche, pero sus clientes igual habían ido a buscar cigarrillos y bebidas y a ofrecerle sus condolencias por la detención de Pascal y sus felicitaciones por su liberación.

Cuando Pascal terminó de hablar por teléfono, una de las chicas de la cocina se acercó para decirle que el señor Tiye estaba abajo y quería verlo.

—Nosotros iremos primero —dijo su padre, y el tic volvió en una versión más suave.

Sus padres salieron obedientemente, los cuerpos tensos con un nuevo nivel de preocupación. ¿Qué podría querer Tiye ahora? ¿Quería que se le pagara?

En el patio, Tiye y sus lugartenientes ya estaban en una mesa, con las bebidas que les habían servido las chicas.

—No hay necesidad de que paguen esta noche —dijo el padre.

Tiye tenía un par de tipos adicionales para su protección. Lo escuchaban con atención mientras describía por lo que había pasado.

—Tenía miedo de que me dispararan —decía—. Como cuando se llevan a algunos chicos a los bosques en Titanyen y los matan. Tenía miedo de que eso me pasara a mí.

Lo dijo casualmente, con desinterés, con una especie de aire divertido que indicó que, si eso pasara, no sería un gran problema. Quizás esa es la forma en la que Tiye y sus hombres enfrentan lo inevitable, pensó Pascal. Cruzando el patio con las piernas temblorosas, se dio cuenta de que compartía eso con ellos. Quizá Tiye había tratado de enseñarle eso cuando lo entregó y luego lo rescató. Un día todos serían fusilados. Como el guardia nocturno en Radio Zòrèy, como el predecesor de Tiye, Piye. Como casi todos los jóvenes que vivían en los barrios

pobres. Un día alguien, alguien enojado y poderoso, alguien obsesivo y maniático, un jefe de policía o el jefe de una pandilla, un líder de la oposición o un líder de la nación, podía decidir que ellos, y todos los que vivían como ellos o cerca de ellos, tenían que morir.

Pascal se detuvo frente a la mesa de Tiye y le tendió la mano.

—¿Sin resentimientos? —dijo Tiye, golpeando el puño contra su pecho, cerca del corazón, a modo de saludo.

Pascal notó, y no por primera vez, que las encías de Tiye eran de color rojo brillante, como si tuviera una infección perpetua o como si hubiera estado comiendo carne cruda.

—¿Te pegaron? —le preguntó Tiye a Pascal.

—No fue tan grave—dijo él.

Tiye no estaba usando su prótesis de brazo y la manga de su camisa color amarillo brillante colgaba. Con su otra mano le hizo una seña al hombre que estaba sentado junto a él para que se levantara y Pascal pudiera sentarse.

Pascal volvió a mirar el lugar en el que faltaba el brazo de Tiye. Le pareció ver algo blanco, como si asomara un pedazo de hueso pulido. Inclinó la cabeza para ver mejor, tratando de no ser obvio. Estuvo a punto de revisar su propio cuerpo para ver si le faltaba algo.

En sueños, Pascal había imaginado un primer programa de radio con un segmento sobre extremidades perdidas. No solo la de Tiye, sino las de otros también. Abriría con una discusión sobre cuántas personas en Bel Air habían perdido extremidades. Luego pasaría de las extremidades a las almas, con el número de personas que habían perdido familiares (hermanos, padres, hijos) y amigos. Estos eran los fantasmas reales, diría, extremidades fantasma, mentes fantasma, amores fantasma que nos persiguen, porque los usan y luego los abandonan, porque están desolados, porque son violentos, porque son despiadados, porque no tienen opciones, porque no quieren ser expulsados, porque son pobres.

Fue su madre la que trajo las últimas cervezas a la mesa y por primera vez en su vida Pascal pudo ver entre sus cejas fruncidas un desdén por las personas a las que les servía. Ella evitó los ojos de ellos cuando levantó las botellas de la bandeja de metal y las puso entre los ceniceros de concha de coco, sobre el mantel plástico estampado de hibiscos. Pascal esperó a que regresara a la cocina antes de levantar su bebida hacia Tiye y golpear el cuello de la botella contra la suya. La botellas chocaron con fuerza. Pascal vio una chispa rápida y el cuello de la botella se rompió, dejando un hueco irregular en el vidrio. Un fragmento cayó sobre la mesa con un chorro de cerveza, otro cayó al piso de arcilla endurecida.

Tiye mostró sus encías de color rojo brillante y señaló a Pascal con su botella de cerveza intacta.

—Querías averiguar cómo sería ser como nosotros —dijo—. Pensé que era bueno darte esa oportunidad.

Tiye llenó su boca con cerveza y la revolvió ruidosamente, como si estuviera haciendo gárgaras con enjuague bucal.

—No te preocupes —le dijo a Pascal, pero también, al parecer, a sí mismo—. Esta noche, mientras yo esté aquí, no nos va a pasar nada. ◣

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y PERSONAS

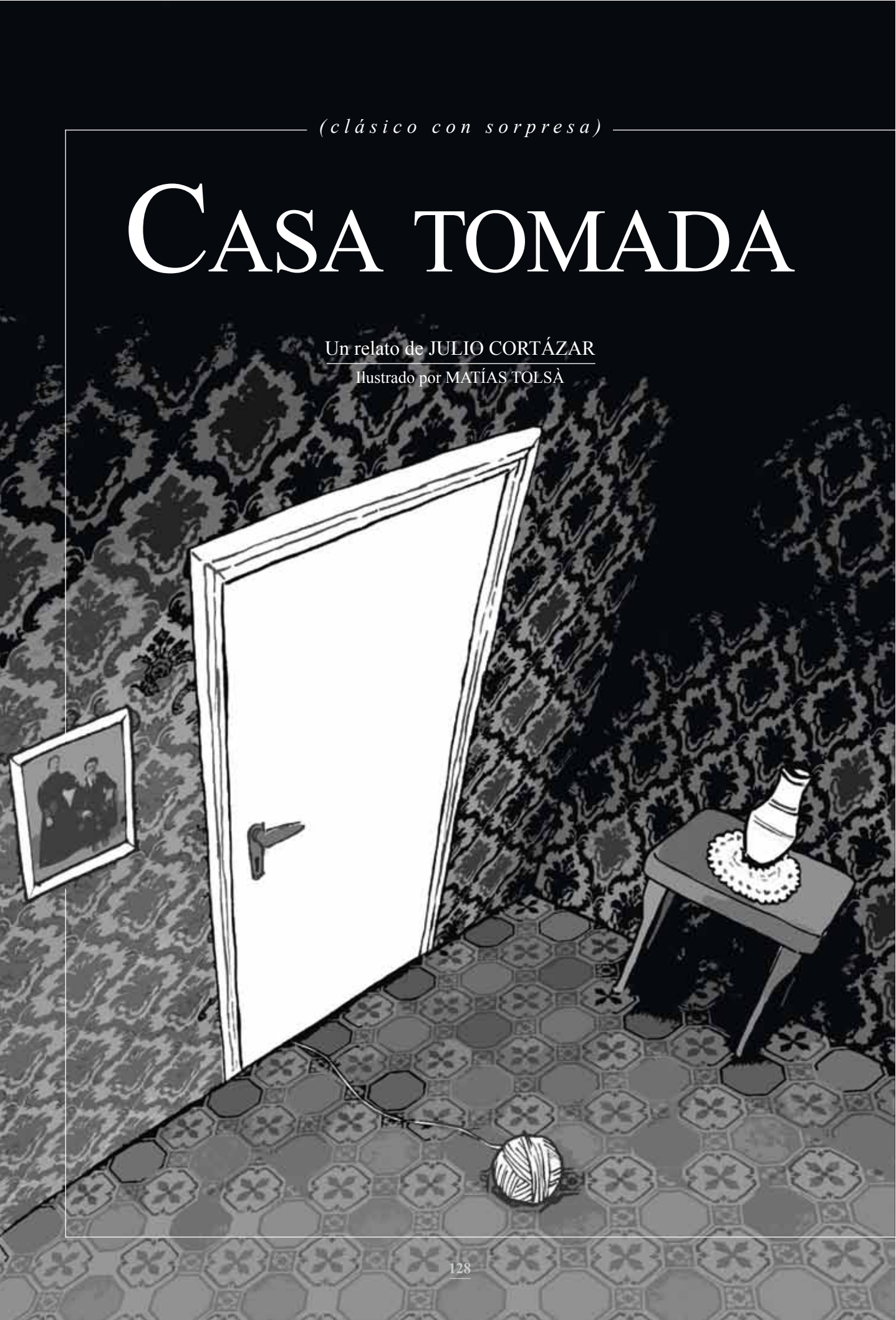
Bel Air: Barrio de Puerto Príncipe.
Carnation: Marca de leche condensada registrada por Nestlé.
Cité Pendue: Barrio muy pobre de Puerto Príncipe.
Chéri: «Querido», en francés.
Dictadura: Desde 1971 hasta 1986 Haití soportó la dictadura de Jean-Claude Duvalier, conocido también como Baby Doc.
Fusil M-16: Designación que las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos dan al fusil AR-15. Solo se utiliza ese nombre para la versión semiautomática.
Lamayòt: Juego de carnaval que consiste en una caja con una sorpresa adentro. Solo se muestra a quien pague. Mientras que se espera ver un objeto sumamente aterrador o desopilante, la caja contiene muchas veces un juguete inocente.
Léogane: Ciudad situada a cuarenta kilómetros de Puerto Príncipe.
Masisi: Gay en criollo haitiano.
Nubia: Región ubicada al sur de Egipto y al norte de Sudán. En la antigüedad fue un reino independiente.
Pénitencier: Penitenciaría Nacional de Haití..
Rap Kreyòl: Rap criollo de Haití.
Selassie, Haile: (1892-1975) Último emperador de Etiopía, considerado como un Mesías Negro por la comunidad Rastafari.

(clásico con sorpresa)

CASA TOMADA

Un relato de JULIO CORTÁZAR

Ilustrado por MATÍAS TOLSÀ



JULIO CORTÁZAR
Bruselas, 1914
París, 1984

Vivió en Buenos Aires a partir de los cuatro años. Se graduó como maestro de escuela y trabajó en varios pueblos del interior del país. Ejerció como profesor en la Universidad de Cuyo (Mendoza), cargo que más tarde dejaría por desavenencias con el peronismo. En 1951 publicó su libro de cuentos, *Bestiario*, y obtuvo una beca del gobierno francés para radicarse en Francia. Allí trabajó como traductor independiente en la Unesco. A partir de entonces combinó su labor creativa con su compromiso político, viajando frecuentemente por Latinoamérica en la lucha por los Derechos Humanos. Escribió las novelas *Los Premios* (1961), *Rayuela* (1963), *62/Modelo para armar* (1968) y *Libro de Manuel* (1973). También publicó libros de cuentos, ensayos, poemas y relatos cortos. El cuento "Casa tomada" apareció por primera vez en la revista *Anales de Buenos Aires*, dirigida por Jorge Luis Borges.

Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua (hoy que las casas antiguas sucumben a la más ventajosa liquidación de sus materiales) guardaba los recuerdos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno, nuestros padres y toda la infancia.

Nos habituamos Irene y yo a persistir solos en ella, lo que era una locura pues en esa casa podían vivir ocho personas sin estorbarse. Hacíamos la limpieza por la mañana, levantándonos a las siete, y a eso de las once yo le dejaba a Irene las últimas habitaciones por repasar y me iba a la cocina. Almorzábamos a mediodía, siempre puntuales; ya no quedaba nada por hacer fuera de unos platos sucios. Nos resultaba grato almorzar pensando en la casa profunda y silenciosa y cómo nos bastábamos para mantenerla limpia. A veces llegábamos a creer que era ella la que no nos dejó casarnos. Irene rechazó dos pretendientes sin mayor motivo, a mí se me murió María Esther antes que llegáramos a comprometernos. Entramos en los cuarenta años con la inexpresada idea de que el nuestro, simple y silencioso matrimonio de hermanos, era necesaria clausura de la genealogía asentada por nuestros bisabuelos en nuestra casa. Nos moriríamos allí algún día, vagos y esquivos primos se quedarían con la casa y la echarían al suelo para enriquecerse con el terreno y los ladrillos; o mejor, nosotros mismos la voltearíamos justicieramente antes de que fuese demasiado tarde.

Irene era una chica nacida para no molestar a nadie. Aparte de su actividad matinal se pasaba el resto del día tejiendo en el sofá de su dormitorio. No sé por qué tejía tanto, yo creo que las mujeres tejen cuando han encontrado en esa labor el gran pretexto para no hacer nada. Irene no era así, tejía cosas siempre necesarias, tricotas para el invierno, medias para mí, mañanitas y chalecos para ella. A veces tejía un chaleco y después lo destejía en un momento porque algo no le agradaba; era gracioso ver en la canastilla el montón de lana encrespada resistiéndose a perder su forma de algunas horas. Los sábados iba yo al centro a comprarle lana; Irene tenía fe en mi gusto, se complacía con los colores y nunca tuve que devolver madejas. Yo aprovechaba esas salidas para dar una vuelta por las librerías y preguntar vanamente si había novedades en literatura francesa. Desde 1939 no llegaba nada valioso a la Argentina.

Pero es de la casa que me interesa hablar, de la casa y de Irene, porque yo no tengo importancia. Me pregunto qué hubiera hecho Irene sin el tejido. Uno puede releer un libro, pero cuando un pulóver está terminado no se puede repetirlo sin escándalo. Un día encontré el cajón de abajo de la cómoda de alcanfor lleno de pañoletas blancas, verdes, lila. Estaban con naftalina, apiladas como en una mercería; no tuve valor de preguntarle a Irene qué pensaba hacer con ellas. No necesitábamos ganarnos la vida, todos los meses llegaba la plata de los campos y el dinero aumentaba. Pero a Irene solamente la entretenía el tejido, mostraba una destreza maravillosa y a mí se me iban las horas viéndole las manos como erizos plateados, agujas yendo y viniendo y una o dos canastillas en el suelo donde se agitaban constantemente los ovillos. Era hermoso.

Cómo no acordarme de la distribución de la casa. El comedor, una sala con gobelinos, la biblioteca y tres dormitorios grandes quedaban en la parte más retirada, la que mira hacia Rodríguez Peña. Solamente un pasillo con su maciza puerta de roble aislaba esa parte del ala delantera donde había un baño, la cocina, nuestros dormitorios y el living central, al cual comunicaban los dormitorios y el pasillo. Se entraba a la casa por un zaguán con mayólica, y la puerta cancel daba al living. De manera que uno entraba por el zaguán, abría la cancel y pasaba al living; tenía a los lados las puertas de nuestros dormitorios, y al frente el pasillo que conducía a la parte mas retirada; avanzando por el pasillo se franqueaba la puerta de roble y más allá empezaba el otro lado de la casa, o bien se podía girar a la izquierda justamente antes de la puerta y seguir por un pasillo más estrecho que llevaba a la cocina y el baño. Cuando la puerta estaba abierta advertía uno que la casa era muy grande; si no, daba la impresión de un departamento de los que se edifican ahora, apenas para moverse; Irene y yo vivíamos siempre en esta parte de la casa, casi nunca íbamos más allá de la puerta de roble, salvo para hacer la limpieza, pues es increíble cómo se junta tierra en los muebles. Buenos Aires será una ciudad limpia, pero eso lo debe a sus habitantes y no a otra cosa. Hay demasiada tierra en el aire, apenas sopla una ráfaga se palpa el polvo en los mármoles de las consolas y entre los rombos de las carpetas de macramé; da trabajo sacarlo bien con plumero, vuela y se suspende en el aire, un momento después se deposita de nuevo en los muebles y los pianos.

Lo recordaré siempre con claridad porque fue simple y sin circunstancias inútiles. Irene estaba tejiendo en su dormitorio, eran las ocho de la noche y de repente se me ocurrió poner al fuego la pavita del mate. Fui por el pasillo hasta enfrentar la entornada puerta de roble, y daba la vuelta al codo que llevaba a la cocina cuando escuché algo en el comedor o en la biblioteca. El sonido venia impreciso y sordo, como un volcarse de silla sobre la alfombra o un ahogado susurro de conversación. También lo oí, al mismo tiempo o un segundo después, en el fondo del pasillo que traía desde aquellas piezas hasta la puerta. Me tiré contra la puerta antes de que fuera demasiado tarde, la cerré de golpe apoyando el cuerpo; felizmente la llave estaba puesta de nuestro lado y además corrí el gran cerrojo para más seguridad.

Fui a la cocina, calenté la pavita, y cuando estuve de vuelta con la bandeja del mate le dije a Irene:

—Tuve que cerrar la puerta del pasillo. Han tomado la parte del fondo.

Dejó caer el tejido y me miró con sus graves ojos cansados.

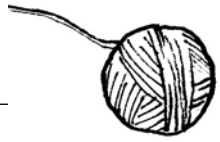
—¿Estás seguro?

Asentí.

—Entonces —dijo recogiendo las agujas— tendremos que vivir en este lado.

Yo cebaba el mate con mucho cuidado, pero ella tardó un rato en reanudar su labor. Me acuerdo que tejía un chaleco gris; a mí me gustaba ese chaleco.

Los primeros días nos pareció penoso porque ambos habíamos dejado en la parte tomada muchas cosas que queríamos. Mis libros de literatura francesa, por ejemplo, estaban todos en la biblioteca. Irene extrañaba unas carpetas, un par de pantuflas que tanto la abrigaban en invierno. Yo sentía mi pipa de enebro y creo que Irene pensó en una botella de Hesperidina de muchos años. Con frecuencia (pero esto solamente sucedió los primeros días) cerrábamos



algún cajón de las cómodas y nos mirábamos con tristeza.

—No está aquí.

Y era una cosa más de todo lo que habíamos perdido al otro lado de la casa.

Pero también tuvimos ventajas. La limpieza se simplificó tanto que aun levantándose tardísimo, a las nueve y media por ejemplo, no daban las once y ya estábamos de brazos cruzados. Irene se acostumbró a ir conmigo a la cocina y ayudarme a preparar el almuerzo. Lo pensamos bien, y se decidió esto: mientras yo preparaba el almuerzo, Irene cocinaría platos para comer fríos de noche. Nos alegramos porque siempre resultaba molesto tener que abandonar los dormitorios al atardecer y ponerse a cocinar. Ahora nos bastaba con la mesa en el dormitorio de Irene y las fuentes de comida fiambre.

Irene estaba contenta porque le quedaba más tiempo para tejer. Yo andaba un poco perdido a causa de los libros, pero por no afligir a mi hermana me puse a revisar la colección de estampillas de papá, y eso me sirvió para matar el tiempo. Nos divertíamos mucho, cada uno en sus cosas, casi siempre reunidos en el dormitorio de Irene que era más cómodo. A veces Irene decía:

—Fijáte este punto que se me ha ocurrido. ¿No da un dibujo de trébol?

Un rato después era yo el que le ponía ante los ojos un cuadradito de papel para que viese el mérito de algún sello de Eupen y Malmédy. Estábamos bien, y poco a poco empezábamos a no pensar. Se puede vivir sin pensar.

(Cuando Irene soñaba en alta voz yo me desvelaba en seguida. Nunca pude habituarme a esa voz de estatua o papagayo, voz que viene de los sueños y no de la garganta. Irene decía que mis sueños consistían en grandes sacudones que a veces hacían caer el cobertor. Nuestros dormitorios tenían el living de por medio, pero de noche se escuchaba cualquier cosa en la casa. Nos oíamos respirar, toser, presentíamos el ademán que conduce a la llave del velador, los mutuos y frecuentes insomnios.

Aparte de eso todo estaba callado en la casa. De día eran los rumores domésticos, el roce metálico de las agujas de tejer, un crujido al pasar las hojas del álbum filatélico. La puerta de roble, creo haberlo dicho, era maciza. En la cocina y el baño, que quedaban tocando la parte tomada, nos poníamos a hablar en vos más alta o Irene cantaba canciones de cuna. En una cocina hay demasiados ruidos de loza y vidrios para que otros sonidos irrumpan en ella. Muy pocas veces permitíamos allí el silencio, pero cuando tornábamos a los dormitorios y al living, entonces la casa se ponía callada y a media luz, hasta pisábamos más despacio para no molestarnos. Yo creo que era por eso que de noche, cuando Irene empezaba a soñar en alta voz, me desvelaba en seguida.)

Es casi repetir lo mismo salvo las consecuencias. De noche siento sed, y antes de acostarnos le dije a Irene que iba hasta la cocina a servirme un vaso de agua. Desde la puerta del dormitorio (ella tejía) oí ruido en la cocina; tal vez en la cocina o tal vez en el baño porque el codo del pasillo apagaba el sonido. A Irene le llamó la atención mi brusca manera de detenerme, y vino a mi lado sin decir palabra. Nos quedamos escuchando los ruidos, notando claramente que eran de este lado de la puerta de roble, en la cocina y el baño, o en el pasillo mismo donde empezaba el codo casi al lado nuestro.

No nos miramos siquiera. Apreté el brazo de Irene y la hice correr conmigo hasta la puerta cancel, sin volvernos hacia atrás. Los ruidos se oían más fuerte pero siempre sordos, a espaldas nuestras. Cerré de un golpe la cancel y nos quedamos en el zaguán. Ahora no se oía nada.

—Han tomado esta parte —dijo Irene. El tejido le colgaba de las manos y las hebras iban hasta la cancel y se perdían debajo. Cuando vio que los ovillos habían quedado del otro lado, soltó el tejido sin mirarlo.

—¿Tuviste tiempo de traer alguna cosa? —le pregunté inútilmente.

—No, nada.

Estábamos con lo puesto. Me acordé de los quince mil pesos en el armario de mi dormitorio. Ya era tarde ahora.

Como me quedaba el reloj pulsera, vi que eran las once de la noche. Rodeé con mi brazo la cintura de Irene (yo creo que ella estaba llorando) y salimos así a la calle. Antes de alejarnos tuve lástima, cerré bien la puerta de entrada y tiré la llave a la alcantarilla. No fuese que a algún pobre diablo se le ocurriera robar y se metiera en la casa, a esa hora y con la casa tomada. ◣

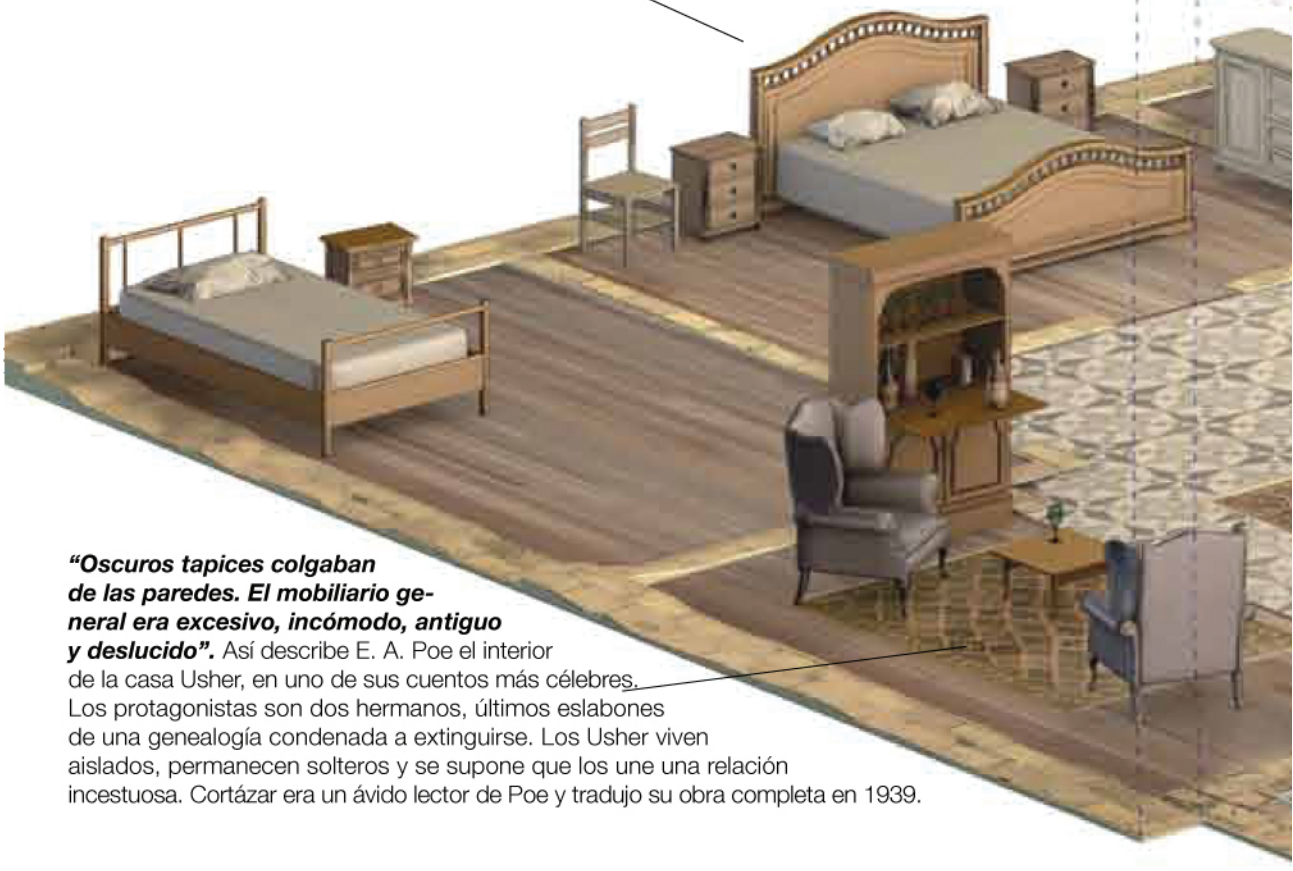
Arquitectura de un sueño

UNA INFOGRAFÍA DE **HERNÁN CAÑELLAS**

SOBRE UNA INVESTIGACIÓN DE **CHRISTIAN BASILIS**

"Pero es de la casa que me interesa hablar". A fines del siglo diecinueve y principios del veinte, un sector de la burguesía media argentina —a la que pertenecía la familia Cortázar— construyó en Banfield chalets de estilo victoriano y grandes caserones de similar arquitectura a la casa tomada.

"La parte más retirada, la que mira hacia Rodríguez Peña". En el número 585 de esta calle, pero en Banfield (localidad bonaerense) estuvo la casa en la que Cortázar vivió durante su infancia, junto a su hermana Ofelia. En el libro *Cortázar por Cortázar*, el escritor reconoció haber soñado muchas veces que se acostaba con su hermana para luego despertar "impresionado" por aquellas perturbadoras imágenes nocturnas.



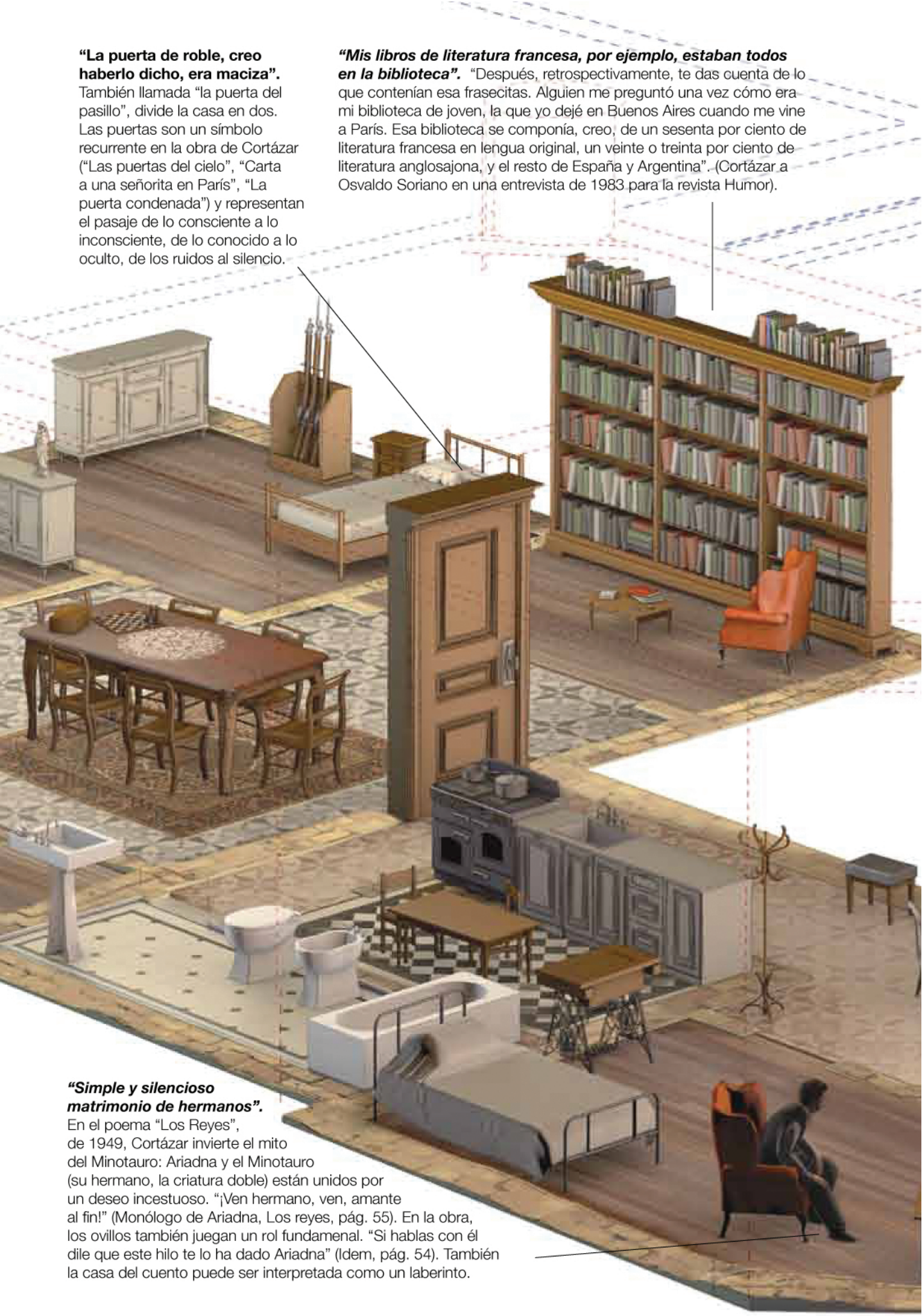
"Oscuros tapices colgaban de las paredes. El mobiliario general era excesivo, incómodo, antiguo y deslucido". Así describe E. A. Poe el interior de la casa Usher, en uno de sus cuentos más célebres. Los protagonistas son dos hermanos, últimos eslabones de una genealogía condenada a extinguirse. Los Usher viven aislados, permanecen solteros y se supone que los une una relación incestuosa. Cortázar era un ávido lector de Poe y tradujo su obra completa en 1939.

La casa

La casa más célebre de la literatura argentina fue producto de un sueño. ¿Pero cómo surgieron aquellas extrañas visiones? ¿Cuáles fueron sus orígenes conscientes? Esta infografía intenta bucear en las imágenes que Julio Cortázar soñó una noche de 1946. Aunque todavía fuera un joven arquitecto, ya era capaz de configurar enormes construcciones literarias.

“La puerta de roble, creo haberlo dicho, era maciza”. También llamada “la puerta del pasillo”, divide la casa en dos. Las puertas son un símbolo recurrente en la obra de Cortázar (“Las puertas del cielo”, “Carta a una señorita en París”, “La puerta condenada”) y representan el pasaje de lo consciente a lo inconsciente, de lo conocido a lo oculto, de los ruidos al silencio.

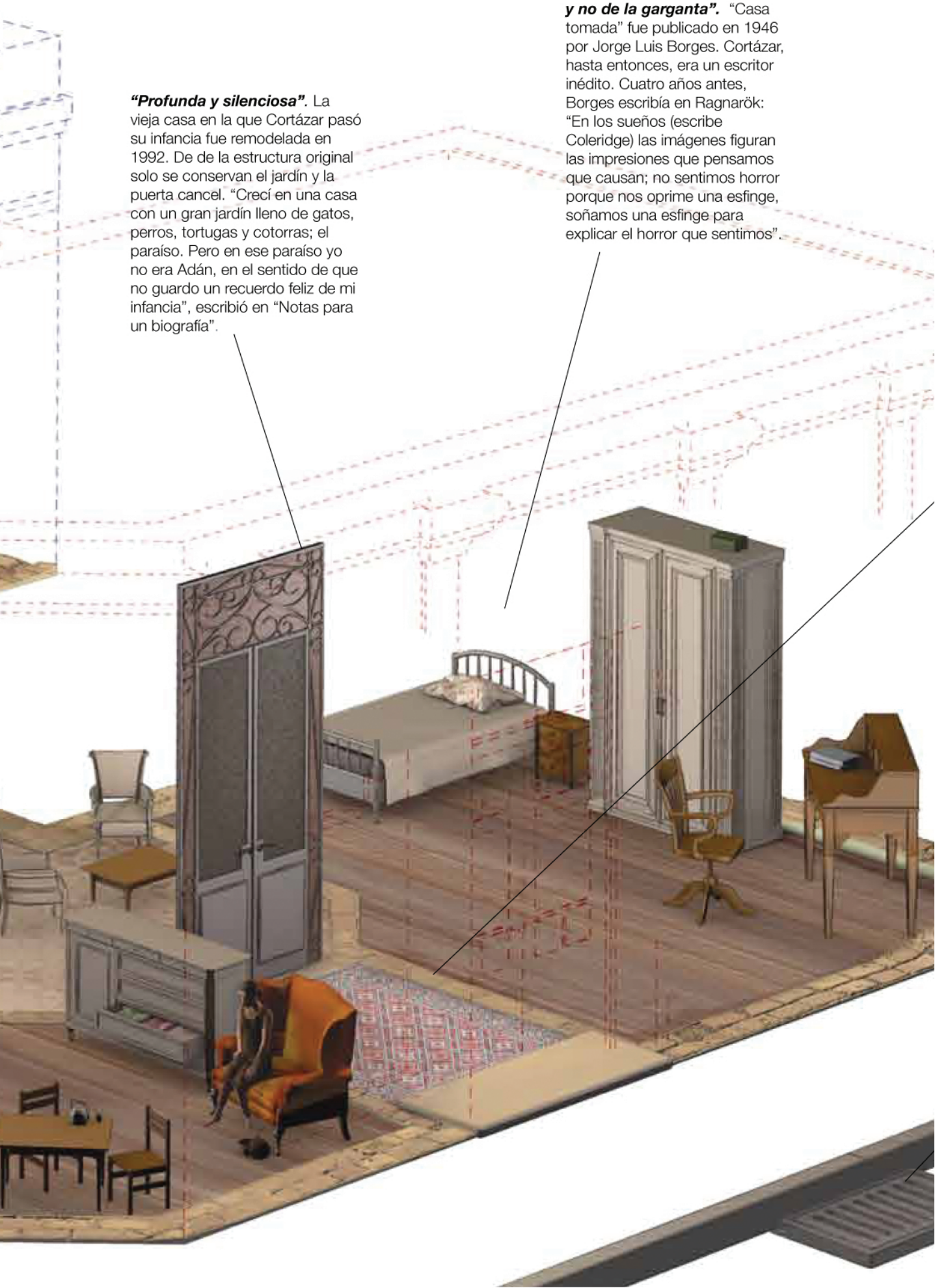
“Mis libros de literatura francesa, por ejemplo, estaban todos en la biblioteca”. “Después, retrospectivamente, te das cuenta de lo que contenían esa frasecitas. Alguien me preguntó una vez cómo era mi biblioteca de joven, la que yo dejé en Buenos Aires cuando me vine a París. Esa biblioteca se componía, creo, de un sesenta por ciento de literatura francesa en lengua original, un veinte o treinta por ciento de literatura anglosajona, y el resto de España y Argentina”. (Cortázar a Osvaldo Soriano en una entrevista de 1983 para la revista Humor).



“Simple y silencioso matrimonio de hermanos”. En el poema “Los Reyes”, de 1949, Cortázar invierte el mito del Minotauro: Ariadna y el Minotauro (su hermano, la criatura doble) están unidos por un deseo incestuoso. “¡Ven hermano, ven, amante al fin!” (Monólogo de Ariadna, Los reyes, pág. 55). En la obra, los ovillos también juegan un rol fundamenal. “Si hablas con él dile que este hilo te lo ha dado Ariadna” (Idem, pág. 54). También la casa del cuento puede ser interpretada como un laberinto.

"Profunda y silenciosa". La vieja casa en la que Cortázar pasó su infancia fue remodelada en 1992. De de la estructura original solo se conservan el jardín y la puerta cancel. "Crecí en una casa con un gran jardín lleno de gatos, perros, tortugas y cotorras; el paraíso. Pero en ese paraíso yo no era Adán, en el sentido de que no guardo un recuerdo feliz de mi infancia", escribió en "Notas para un biografía".

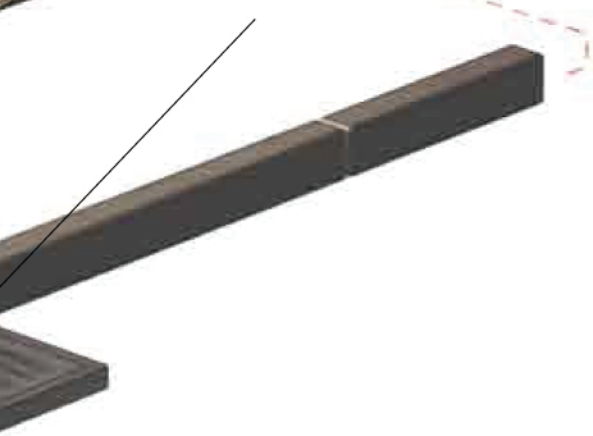
"Voz que viene de los sueños y no de la garganta". "Casa tomada" fue publicado en 1946 por Jorge Luis Borges. Cortázar, hasta entonces, era un escritor inédito. Cuatro años antes, Borges escribía en Ragnarök: "En los sueños (escribe Coleridge) las imágenes figuran las impresiones que pensamos que causan; no sentimos horror porque nos oprime una esfinge, soñamos una esfinge para explicar el horror que sentimos".



"Y con la casa tomada". Julio Cortázar nació en Bruselas el 26 de agosto de 1914, durante la Primera Guerra Mundial. Ese día se produjo un bombardeo sobre la ciudad, que había sido tomada por los alemanes. Hacia fines de la Primera Guerra la familia pudo pasar a Suiza y de allí, poco tiempo más tarde, se trasladó a Barcelona.

"Se entraba a la casa por un zaguán con mayólica". Al comienzo de la entrevista de Joaquín Soler Serrano ("A fondo", TVE), el escritor habla de los dos primeros años que pasó en Barcelona, y que de aquella estancia le habían quedado una serie de imágenes que no podía asociar con nada conocido. Su madre se lo aclaró. Le dijo que podían corresponder a que de niño lo llevaba a jugar al Parque Güell, construido con fragmentos de mayólica.

"Cerré bien la puerta de entrada y tiré la llave a la alcantarilla". Las interpretaciones más comunes de "Casa tomada" —la clausura del paraíso (Adán y Eva), el aluvión zoológico (peronismo) y la culpa (incesto)— se simbolizan en el acto de arrojar las llaves a la alcantarilla. En 1946, cuando el cuento se publica, asume J. D. Perón y Cortázar abandona su cargo en la Universidad de Cuyo. Cinco años después, todavía con Perón en el poder, se radica en París.



ALTURA

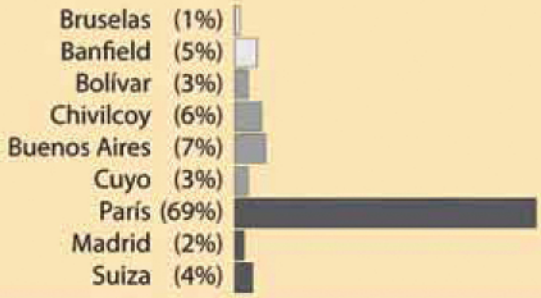
Irene y su hermano tenían una estatura parecida. Cortázar y su hermana Ofelia (un año menor) se llevaban una cabeza.

Irene (1,69 m.)
Su hermano (1,70 m.)

Ofelia (1,72 m.)
Cortázar (1,91 m.)

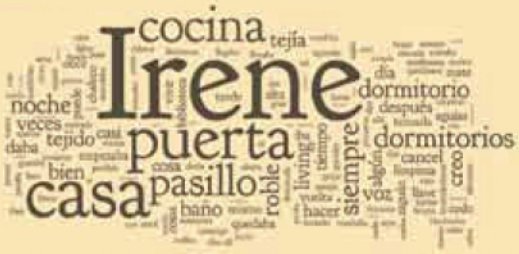
HOGARES

Julio Cortázar vivió setenta años, y habitó nueve casas diferentes.



CLAUSTROFOBIA

Las palabras que más aparecen en el cuento, en una nube de tags.



SUCIEDAD

En los años '50, Buenos Aires estaba entre las veinte ciudades más limpias del mundo. Por eso el protagonista dice: «Buenos Aires será una ciudad limpia, pero eso lo debe a sus habitantes». Ese párrafo no existiría si el cuento se hubiese escrito hoy.

CIUDADES MÁS SUCIAS DEL MUNDO		CIUDADES MÁS LIMPIAS DEL MUNDO
Bakú (Azerbaiyán)	1	Oslo (Noruega)
Addis Abeba (Etiopía)	2	Ottawa (Canadá)
México DF (México)	3	Reykjavik (Islandia)
Buenos Aires (Argentina)	4	Copenhague (Dinamarca)
Antananarivo (Madagascar)	5	Calgary (Canadá)
Dacca (Bangladesh)	6	Helsinki (Finlandia)
Katmandú (Nepal)	7	Honolulu (Hawai)
Dar es Salaam (Tanzania)	8	Wellington (Nueva Zelanda)
Bangui (República Centroafricana)	9	Kobe (Japón)
Lomé (Togo)	10	Adelaida (Australia)

Los datos son de NYC Asociación Consulting (2010).
Orsai se distribuye solo en dos de las ciudades más sucias, pero en cinco de las más limpias.

QUINCE MIL PESOS EN EL ARMARIO

En 1946 el Peso Moneda Nacional era la moneda vigente. A cotización de hoy: 62.250 dólares. En Mercado Libre se consiguen billetes originales de 1, 5, 10, 50 y 500 pesos Moneda Nacional del año 1946 por precios que van de los 12 a los 300 pesos.

LOS INFOGRAFISTAS **NO MIENTEN**

Edwidge dice en un reportaje que Haití conserva todavía una tradición oral muy fuerte. Y que desde chica ella quiso ser escritora por las historias que le contaban las mujeres de su familia. Tiene un libro que se llama *¿Cric? ¡Crac!* justamente por eso.

—¿Por qué, Christian Gustavo?

—Porque esas palabras, en Haití, vendrían a ser algo así como nuestro «Había un vez» o el «Once upon a time» de los ingleses. Pero no exactamente...

—Sería como decir «¡se acabó la joda! Ahora vamos a escuchar una historia».

—Claro. En el mismo reportaje también cuenta que las abuelas haitianas se sientan con su pipa y los chicos se acomodan a su alrededor. Entonces ellas preguntan (con acento creole, por supuesto) si ya están listos para escuchar una historia. Pero no lo preguntan así. Dicen, simplemente, «¿Cric?». Y los chicos, a coro, responden «¡Crac!». Y a partir de ahí no vuela una mosca.

—¡Qué hermosura!

—Hablando de tradición oral, ¿sabías que en Haití la radio sigue siendo el medio de comunicación más importante? De hecho Pascal Dorien, el personaje del cuento, sueña con hacer un programa de radio y no uno de tele.

—Quiere hacer algo tipo «Policías en acción»…

—Es verdad, porque se imagina un programa para despertar cierto «voyeurismo enfermo» en la audiencia.

—Hablando de eso, hace un rato vi al presidente de Haití en YouTube cantando *Suavemente, bésame*.

—¿Es cantante?

—Y músico, querido amigo miope. Verlo te da un poco de miedo. Igual no es François Duvalier...

—¡El famoso Papa Doc! Ese sí estaba loco.

—Aparentemente Duvalier empezó bien su presidencia, hasta que le dio un ataque cardíaco y estuvo varias horas inconsciente. El tema fue cuando despertó...

—¿El dinosaurio todavía seguía allí?

—Peor: mandó a que encarcelaran al presidente interino, y como no lo encontraron por ninguna parte pensó que se había convertido en un perro negro, y entonces mandó matar a todos los perros negros de Haití. Hasta que finalmente lo encontró.

—¿Lo mató?

—Claro. Y guardó su cabeza para usarla en ceremonias Vudú.

—Parece una historia de terror.

—Pero es real.

—¿Para vos qué vendría a ser «Casa tomada»? ¿Un cuento fantástico o una historia de terror?

—Sin un poco de miedo no hay cuento fantástico. Y en «Casa tomada» está esa presencia sobrenatural que no se sabe bien qué es.

—¡El peronismo!

—Bueno, pero también pueden ser los fantasmas de la culpa incestuosa. ¿Viste que hay varias teorías sobre el cuento?

—Sí, pero la única certeza es que «Casa tomada» surgió de una pesadilla de Cortázar, en el verano de 1946.

—Y además de una pesadilla muy nítida, en la que él iba cerrando puertas y retrocediendo para escaparse de los ruidos que iban tomando la casa.

—Si a Cortázar le gustaba tanto analizar sus propios sueños, ¿no te llama la atención que no le haya encontrado ninguna explicación a este?

—Por eso llamamos al mejor y más riguroso infografista de la Argentina y nos pusimos a trabajar nosotros. Para sacar a luz la verdad.

—¿Te dije lo que me contó tu tocayo Hernán Cañellas mientras trataba de bajar a tierra el plano de la casa?

—Creo que no.

—Me contó que de chico lo llevaban de visita a lo de unos tíos abuelos que vivían en Lanús, Alfredo y La Negra. Era una casa con pasillos y recovecos y una biblioteca muy grande, porque al tío Alfredo le gustaba leer. Cañellas siempre pensó que eran marido y mujer, pero de grande se enteró que eran hermanos.

—¿En serio? ¿Nunca nadie se lo dijo?

—Y él nunca preguntó. Y me dijo también que la casa de Alfredo y La Negra ya no existe, la demolieron. Pero que él se la sigue acordando perfecta, y que era igual a la casa tomada del cuento.

—Si lo ponemos así nadie nos va a creer. Parece que fuera a propósito.

—Pero es la pura verdad. Los infografistas nunca mienten. Y Cañellas, el mejor de todos, mucho menos. ◣

QUERIDO PERSONAJE QUE GRITA EN EL CUADRO "EL GRITO" (1893) DE EDVARD MUNCH:

POST DATA:

Les preguntamos a los distribuidores de la revista cuál fue el último hallazgo cultural (en lo posible alternativo) que les voló la cabeza. Recibimos un montón de respuestas y las dividimos en secciones. Cada recomendación es un pequeño lujo que te servirá para pasar la abstinencia de los meses pares, cuando no hay nuevo número de Orsai.

ARTE

* **Klimtbalan.wordpress.com.** Nunca en mi puta vida me interesó la pintura. Hasta que caí en este sitio que se llama Klimtbalan. Investíguenlo hasta el fin de las entrañas de sus textos, del primero al último. Es un viaje tremendo por la pintura contemporánea.

Andrés Monferrand
Distribuidor en Mercedes, Buenos Aires, Argentina.

* **MemoFlores.com.** Un día andaba upitiando (que en jujeño significa buscando donde no te han invitado) porque tenía que recomendar algo para aprender técnica en fotografía, y me di de cabeza con el sitio de un mexicano llamado Memo Flores, que grababa (primero solo audio, ahora ya con imágenes) maravillosos cursos de fotografía. Terminé descargándome casi todos. El tipo regala al mundo unas muy buenas clases y experiencias. Memo es lo más.

Alejandro Velázquez
Distribuidor en San Salvador, Jujuy, Argentina.

BLOGS Y WEBS

* **Agite.** Hace unos cuatro años, googleando el nombre de mi ciudad natal, di con un blog de tiras cómicas dibujadas por un tipo que se hace llamar Agite. En las ciudades chicas creemos que nos conocemos todos y que nada va a sorprendernos: nos equivocamos. Empecé a admirar los trabajos de Agite mucho antes de saber que se trataba de un flaco que hizo la primaria con mi hermano mayor. Recomiendo que entren a bellvillesensible.com.ar y vean sus tiras y las de sus amigos. Mis preferidas son las del Mostro Alberto y ¡Ay Diosito!

José Aliaga
Distribuidor en Bell Ville, Córdoba, Argentina.

* **Chequeado.com.** Tiene el sublema «La verificación del discurso público». Es un sitio imprescindible donde se trata de verificar, con datos fehacientes, comprobados, y sobre todo sin ninguna bandera política, la realidad sobre los discursos políticos. Los divide en verdadero, falso, engañoso, exagerado, etcétera, y trata de demostrarlo. Muy recomendable.

Victoriano Molinari
Distribuidor en Bahía Blanca, Buenos Aires, Argentina.

* **Genbeta.com.** Es una web en la que se publican novedades de tecnología y ocio en general. Siempre leí primero desde esa web los temas que luego estaban en boca de todo el mundo.

Silvia A. González
Distribuidora en Valentín Alsina, Buenos Aires, Argentina.

* **Mi mesa cojea.** Con este blog de José A. Pérez, que además es colaborador de Orsai, me troncho de risa.
* **Ironía del becario.** Y con las ironías del becario puedes estallar a carcajadas en medio de una reunión de trabajo.

Adrián López García de Lomana
Distribuidor en Zúrich, Suiza.

* **Osocio.** Un gran blog que está dedicado a desgranar la publicidad de organismos estatales, asociaciones de beneficencia o cualquier otro tipo de entidad que conjugue activismo y marketing.

Patricia Contreras García
Distribuidora en Segovia, España.

* **Perro con monóculo.** El propietario del blog, un perro muy estirado que tiene cientos de criados y además vive con una alondra, nos propone una palabra con la que escribir un microrrelato de mil caracteres como máximo. El mejor relato es publicado en una entrada, y la foto del autor pasa a la galería de relatos. Además, el perro nos cuenta sus vivencias que son casi mejores que los microrrelatos participantes.

Ignacio Dufour García
Distribuidor en Madrid, España.

CORTOS

* **Códigos Cooperativos.** Gcoop es una cooperativa de trabajo, una empresa donde todos los trabajadores deciden, sin importar su capital asociado. Como se trabaja implementando Software Libre, en 2012 se realizó este cortometraje donde explican los principios del Software Libre y la propuesta de cooperativismo como un buen modelo para ganarse la vida.

Diego Mascialino
Distribuidor en Belgrano, C.A.B.A., Argentina.

* **Lobo está.** Un relato sobre la trata de personas y la prostitución inducida, realizado de manera independiente en Río Cuarto, Córdoba, por Hugo Curletto y Marcos Altamirano, premiado en distintos festivales. Marcos es uno de mis suscriptores pero juro que eso no influye en la recomendación. El trabajo es realmente bueno.

Guido Lobato
Distribuidor en Río Cuarto, Córdoba, Argentina.

* **Malviviendo.** Me enganché hace tiempo a esta serie online, después de escuchar la referencia en el mismo programa en el que conocí Orsai. Es una serie por internet, realizada por las mismas personas que la protagonizan. Ambientada en un ficticio barrio marginal de Sevilla, muestra

el día a día de un grupo de jóvenes muy peculiares.

Santiago Alonso Domínguez
Distribuidor en Madrid, España.

* **Revolución.** Un corto genial de Martín Rosete, basado en un relato de Slawomir Mrozek, que no tengo ni idea quién es, pero no importa. Se puede ver desde YouTube.
* **Pene, otra historia de amor.** Y este otro es de Daniel Sánchez Arévalo, el director de *AzulOscuroCasiNegro*. Muy bueno también.

Miguel Ángel Morales
Distribuidor en Murcia, España.

* **Tres documentales.** Una idea imposible, sin intermediarios y con libertad. Tres de las características de la revista Orsai representadas cada una en tres películas documentales en YouTube. Son producciones audiovisuales que siembran una semilla para que cada uno cultive a su antojo.
* **Focus Group.** (Tojeiro). Si bien es de una agencia de publicidad, nos deja mucho sobre el trabajo en grupo.
* **Usa protector solar.** (Mardeoctubre). Es una adaptación audiovisual a una columna del *Chicago Tribune*, y tiene la particularidad de significar algo diferente según pase el tiempo en el que se la vuelva a ver.
* **Dos tomates y dos destinos.** (VSFTV). Es de una ONG que va en contra del capitalismo.

Maximiliano Liciaga
Distribuidor en La Plata, Buenos Aires, Argentina.

LIBROS

* **Gödel, Escher, Bach.** Un libro de Douglas Hofstadter, ganador de muchos premios, tremendamente atrapante e interesante para los que nos gusta la ciencia escrita en lenguaje accesible. Las traducciones disponibles fueron supervisadas por su autor así que son fieles al original. No puede faltar en tu biblioteca.

Nicolás Barberis
Distribuidor en C.A.B.A. Argentina.

* **El nombre del viento.** Empecé hace poco a leer esta novela de Patrick Rothfuss. Algunas reseñas indican que se parece mucho a *El Señor de los anillos*, pero cuando uno empieza a leer puede encontrar las diferencias que lo atrapan. Es la historia de un arcanista cuyas vivencias reales son un misterio y su reputación se basa en miles de historias y cuentos sobre sus hazañas. El autor crea un mundo antiguo, sus costumbres, sus lenguas... y sobre todo hay un poco de magia y fantasía para quienes les guste.

Silvia A. González
Distribuidora en Valentín Alsina, Buenos Aires, Argentina.

* **La venus de Donegal.** Un titán llamado José Siles González aúna literatura y humor hasta el gozo extremo. En esta, su última creación, ironiza sobre un mundo que conoce muy bien, la Universidad, y lo mezcla con el sexo, el alcohol y las sectas... También es un maestro titulando sus novelas: *Resaca Estigia*, *La delirante travesía del soldador borracho*, *La última noche de Erik Bikarbonato*, *El latigazo* (novela de encargo con propósito moralizante), y un corto etcétera. ¡Léanlo!

Salvador Martín
Distribuidor en Barcelona, España.

* **La vida exagerada de Martín Romaña.** Hacía años que no me reía tanto con un libro. Lo recomiendo, es de Alfredo Bryce Echenique. Martín es un joven peruano de familia culta que sueña con *la* experiencia europea, y cae en pleno mayo francés del 68. A partir de ahí, todo se vuelve excesivo: los muchachos de las habitaciones sin baño, la «camota» en su habitación del último piso, Inés, la novia educadita que se convierte en revolucionaria... Martín está siempre desubicado, recorre la geografía europea sin llegar a ninguna parte. Y nos lo cuenta hundido en un sillón Voltaire.

Gabriela Pedranti
Distribuidora en Barcelona, España.

* **Libros cartoneros.** Además de ser «porteña», la de los libros cartoneros es una idea parecida a Orsai, porque las editoriales se encargan directamente del contacto con el autor, la selección de textos, la construcción del libro y la venta. Como no cuentan con distribuidoras o altavoces en el mercado, sus mejores aliados son el boca a boca e internet. En Buenos Aires tenemos Eloísa Cartonera, donde publican autores que hemos leído en Orsai como Pedro Mairal o Merio Bellatin, pero hay más de cien editoriales en todo el mundo con esta estructura. Para encontrar una lista completa, recomiendo el sitio de la cartonera Cuernavaca, en México: edicioneslacartonera.blogspot.fr.

Niko Duracka
Distribuidor en Clermont-Ferrand, Francia.

* **Ocho quilates.** Cerca de los cuarenta me siento un crío al leer *Ocho Quilates*. Una historia de la Edad de Oro del Software Español. Al leer los nombres de las compañías, los programadores y los juegos es como volver a ese pequeño tiempo en el que todo era más fácil y solo tenía quince años.

Alejandro López
Distribuidor en Barcelona, España.

* **Partes de Manuel.** Los relatos de Manuel Mandeb —personaje ficticio de Alejandro Dolina, inspirado en su amigo Manuel Evequoz— son mis favoritos. Grata fue la sorpresa cuando descubrí que Evita Evequoz, su hermana, había escrito un libro conmovedor acerca de él con una visión histórica general. Manuel fue un abogado defensor de presos políticos, militante montonero, hasta hoy desaparecido. «El recuerdo de los amigos muertos suele convertirlos en parte de nosotros mismos», escribe Alejandro Dolina, pensando en Manuel. «Nadie regresa y la vida es triste».

Pablo D. Ramos
Distribuidor en Paraná, Entre Ríos, Argentina.

* **Pequeños gigantes.** Concebida para los que gustan de las producciones colectivas y de la literatura sobre fútbol, *Pequeños gigantes* es una recopilación de cincuenta anécdotas imperdibles sobre equipos tan simpáticos como sufridos, adorables perdedores que vivieron su minuto de gloria. La editorial se llama Bola Sin Manija y se aconseja la lectura de su página web para co-

nocer puntos de venta, nuevas publicaciones y/o terminar practicando actividades como el ping-pong con obstáculos.

Ricardo Ferrari
Distribuidor en Almagro, C.A.B.A., Argentina.

* **Ramón Llull, vida coetánea.** Aquí en Valencia todo el mundo estudiaba a Ramón Llull en bachiller, porque es un exponente de la cultura catalana (vivió hacia el año 1300). Este es un libro muy interesante para quien busque algo referente a Ramón Llull desde un punto de vista interior. En el libro se da a conocer lo que movía al autor a través de su obra. Básicamente narra la vida del «otro» en él, su compañero espiritual, su ser interior. Muy recomendable para quien le guste leer más allá de lo evidente.

Adrián Álvarez
Distribuidor en Valencia, España.

* **Scorecasting.** Un libro en donde Tobias J. Moskowitz nos cuenta que el arte de observar el deporte no es un terreno solo para los gordos, los alcohólicos y los holgazanes. A veces los nerds de vista corta, ropa ridícula y complexión huesuda tienen algo que decir. ¿A qué se debe que tu equipo gane más partidos de local que de visitante? ¿Será verdad que nuestros gritos en el estadio hacen vibrar el alma de los jugadores, haciéndolos invencibles? Pues aquí nos cuentan que lo romántico no es la respuesta. La verdad esta más cerca de los señores de negro que de los colores de nuestro equipo.

Erik Gutiérrez
Distribuidor en Querétaro, México.

* **Yes man.** Es la historia de un escritor que durante un año se comprometió a decir que sí a toda propuesta y oportunidad, y cómo eso lo llevó a viajar, conocer gente nueva y otras tantas cosas. Muy original, divertido, de lectura agradable. Es uno de esos libros que no querés que termine y que te encariñan con el autor.

Nicolás Barberis
Distribuidor en C.A.B.A., Argentina.

MÚSICA

* **Chinasky.** Es una banda de Madrid, con un solo disco en el mercado, que se llama *No tenéis ni puta idea de lo que es el amor*. Rock macarra con buen sonido y mejores letras, sin bajo, y con un directo en el que, además de escuchar buena música, es bastante difícil parar de reír. Están en Spotify las veinticuatro horas del día, alcoholizando enfermeras sin parar. ¡Play!

Salvador Martín
Distribuidor en Barcelona, España

* **Hacienda.** Es una banda de San Antonio, Texas (ahí donde brilla Manu Ginóbili), formada por tres hermanos chicanos de apellido Villanueva. La historia de la banda es reciente (tiene tres discos) y los produce Dan Auerbach, de The Black Keys. Este año Dan y los Hacienda se metieron en el estudio y lanzaron *Shakedown*. Lo recomiendo... mucho.

Julián Harf
Distribuidor en Vicente López, Buenos Aires, Argentina.

* **Jazzradio.com.** Una muy buena recopilación de alrededor de treinta diferentes estilos de jazz, de todo momento y lugar. Una delicia para escuchar tanto la excelente música de los mejores autores, como las voces de las locutoras inglesas. Cuenta con una excelente calidad de audio, es gratis, y hasta tiene su aplicación en Android para escuchar desde el teléfono celular.

Nahuel Tori
Distribuidor en Bernal, Buenos Aires, Argentina.

* **La Bombachita.** Aunque no soy fanático de la percusión, La Bombachita es una debilidad. La liman mezclando ritmos y melodías y suenan de puta madre. Busquen en su blog, en YouTube y en MySpace los temas que tienen grabados, y no dejen de verlos en vivo al menos una vez.

Ricardo Ferrari
Distribuidor en Almagro, C.A.B.A., Argentina.

* **Lemon Pie Jazz.** «El álbum lo pueden comprar en internet por un costo de cero pesos», fue la respuesta de uno de sus integrantes. Desde el vamos, la propuesta ya sonaba fuera de lo común, y al escuchar el disco *Mentiras para (no) ser populares*, su música entraba en la misma categoría. Una mezcla de jazz, funk y rock sin cantantes e instrumentos que suenan de puta madre (tocados por mayoría de pibes), más una exquisita versión de «Promesas sobre el bidet» me terminaron convenciendo de gastar cero pesos y varias horas disfrutando de buena trova.

Esteban Mantinián
Distribuidor en Rosario, Santa Fe, Argentina.

* **Los Inconseguibles del Rock Argentino.** Transcribo textual de la web: «Un sitio en el que encontrarás los álbumes y grabaciones de rock argentino que siempre quisiste tener y no pudiste conseguir». Solo buenos discos y grabaciones que, por alguna razón, son difíciles de hallar (descatalogados, no editados en CD, o mal editados).
* **Pandora.** Es una estación de radio online, en la que elegís un artista y el sistema carga una lista con sus temas y también de artistas similares. Con una interfaz muy sencilla e intuitiva, es genial para conocer nueva música, similar a tus gustos actuales. Además, gratis y totalmente legal.

Juan Pablo Barrera
Distribuidor en Auckland, Nueva Zelanda.

* **Sig Ragga.** Los vi por primera vez en un festival de rock, pero estos pibes no hacen rock; son una mezcla de reggae, ritmos africanos, jazz, rock y delirio. En vivo te vuelan la cabeza: hay teatro, cine, diseño y artes plásticas. Son una joyita. Tienen un solo disco en la calle y están grabando el segundo. Algunos de sus temas están cantados en un idioma inventado por ellos, demostrando que la música es el verdadero lenguaje universal.

Cristian Putrino
Distribuidor en Martín Coronado, B. A., Argentina.

* **Simón Fuga.** Es difícil para alguien criado en los setenta conseguir buena música nueva. A fines del año pasado quedé deslumbrado por esta nueva banda que, partiendo desde el funk, genera una música muy potente. Sus temas se bajan libremente

desde la web, y hace poco grabaron un DVD mediante crowdfunding. El nombre, «Simón Fuga», hace referencia al anarquista Radowitzky, del que salió una crónica en la Orsai N2. Jazz del mejor, poderoso groove. Muy recomendado.

Manuel Carlevaro
Distribuidor en La Plata, Buenos Aires, Argentina.

* **Tunefind.com.** Si nos gustan las series y nos gusta la música, es frecuente tratar de averiguar de qué banda o de qué disco es el tema de la intro, o el pedacito ese que suena cuando él o ella van caminando de la mano. La solución (o por lo menos parte) está en este sitio. Es muy interesante, porque no solo podemos extraer datos sino que podemos aportar, y de esa manera compartir nuestros conocimientos musicales.

Julián Harf
Distribuidor en Vicente López, Buenos Aires, Argentina.

PELÍCULAS

* **CafeyCigarrillos.com.ar.** Más que nada cine y un poco de música. En esta página podés encontrar desde la trilogía de *La venganza* de Chan wook Park, pasando por clásicos como *El halcón maltés* o *Bunny lake is missing*; películas de grandes directores como Scorsese, Cronenberg o Herzog; la discografía de Serge Gainsbourg, Gogol Bordello o Pequeña orquesta reincidentes; y hasta un audio de Cortázar leyendo cuentos y poemas. Y lo mejor son las reseñas cuando suben un disco o una peli o lo que sea. No se quedan en la sinopsis pelotuda, van mucho más allá.

Iván Calcagno
Distribuidor en Chivilcoy, Buenos Aires, Argentina.

* **Diablo.** Es pura acción y humor negro, de producción argentina. Un boxeador retirado, su primito el típico chanta, un héroe local y un narco que necesita un riñón. Ahora está en el cine y próximamente seguro se consigue en DVD.

María Paula Rithner
Distribuidora en C.A.B.A., Argentina.

* **Filmin.com.** En esta página (es de pago) se pueden ver largometrajes de estreno, o clásicos, por un precio variable. También puedes subir tu cortometraje para que los demás lo vean, valoren y, si hay suerte, te lo promocionen. ¡Muy divertidos sus sistemas de clasificación de géneros!

Patricia Contreras García
Distribuidora en Segovia, España.

* **J'ai toujours rêvé d'être un gangster.** Hace unos meses vi esta película y me pareció bellísima. La segunda vez que la vi, me pareció un clásico.

Adrián López García de Lomana
Distribuidor en Zúrich, Suiza.

* **Koyaanisqatsi, Powaqqatsi, Naqoyqatsi.** Son tres palabras en idioma navajo que titulan, cada una y en ese orden, las entregas de una trilogía de Godfrey Reggio. La trilogía logra una sinestesia (trastorno por el cual los sentidos se confunden y mezclan) sin mezcalina. En cada minuto de las tres entregas se ve música, se leen colores, se narra la historia de la Humanidad sin texto. Hay mucho transmitido de una manera muy poco habitual. Conviene verlo y recordar cuán arbitrario es el lenguaje de las palabras.

Fernando Martínez Llamosas
Distribuidor en Esquel, Chubut, Argentina.

REVISTAS DIGITALES

* **El Butano Popular.** Varios autores —Javier Pérez Andújar , Rubén Lardín, Carlos Acevedo, Miguel Noguera y muchos otros— escriben textos breves de temática muy variada donde cada uno hace, básicamente, lo que le place. Un grupo de amigos talentosos ha creado, ¡oh yeah!, una revista web imprescindible.

Salvador Martín
Distribuidor en Barcelona, España

* **TheLunes.com.** Es una asociación cultural que surge a raíz de la desaparición de la revista cultural gratuita *The Lunes*. En la web podéis encontrar los cinco números que se editaron de la revista. Ahora están buscando fondos para volver a editarla. La calidad de la revista era excelente.
* **Unfollow magazine.** Revista digital con contenidos periodísticos (reportajes, entrevistas) y culturales (cortometrajes, relatos) dirigida y financiada por Ana Boyero y Guillermo Ortiz. Han entrevistado a Lichis, a un coleccionista de Cobis, al exministro Jordi Sevilla, a Javier Cansado y a Pablo Lentile.Tienen columna propia Xavi Puig (director de *El Mundo Today*), Adolfo Valor (guionista de *El Intermedio*), Pepe Albert de Paco, Carmen Pacheco y Hughes. Cuentan también con la colaboración de Antonio Castelo y Miguel Noguera.

Ignacio Dufour García
Distribuidor en Madrid, España.

* **Esquina Corrientes.** Es una revista digital franco-argentina, bilingüe y de crónicas, que está lanzando su convocatoria para el primer número con el tema: El Dorado. Pueden participar con material en diversos formatos (audio, video, ilustración, textos), la única condición es que tome la forma de una crónica, o sea de una mirada personal del narrador.

Julián Chappa
Distribuidor en Caballito, Capital Federal, Argentina.

TURISMO

* **Liguria.** Si estás de paseo por Santiago, Chile, date una vuelta por el Liguria (tiene tres sucursales, en el barrio de Providencia). No solo la carta es «linda» sino que se come de primera y la atención es increíble. Si tu foco es comer, salís feliz; si tu foco es tomar, salís alegre, si tu foco es charlar, te encontrás con un espacio que casi te obliga a conversar. Si andás solo, tenés la barra que es buena compañera. Me avisás y te acompaño si hace falta.

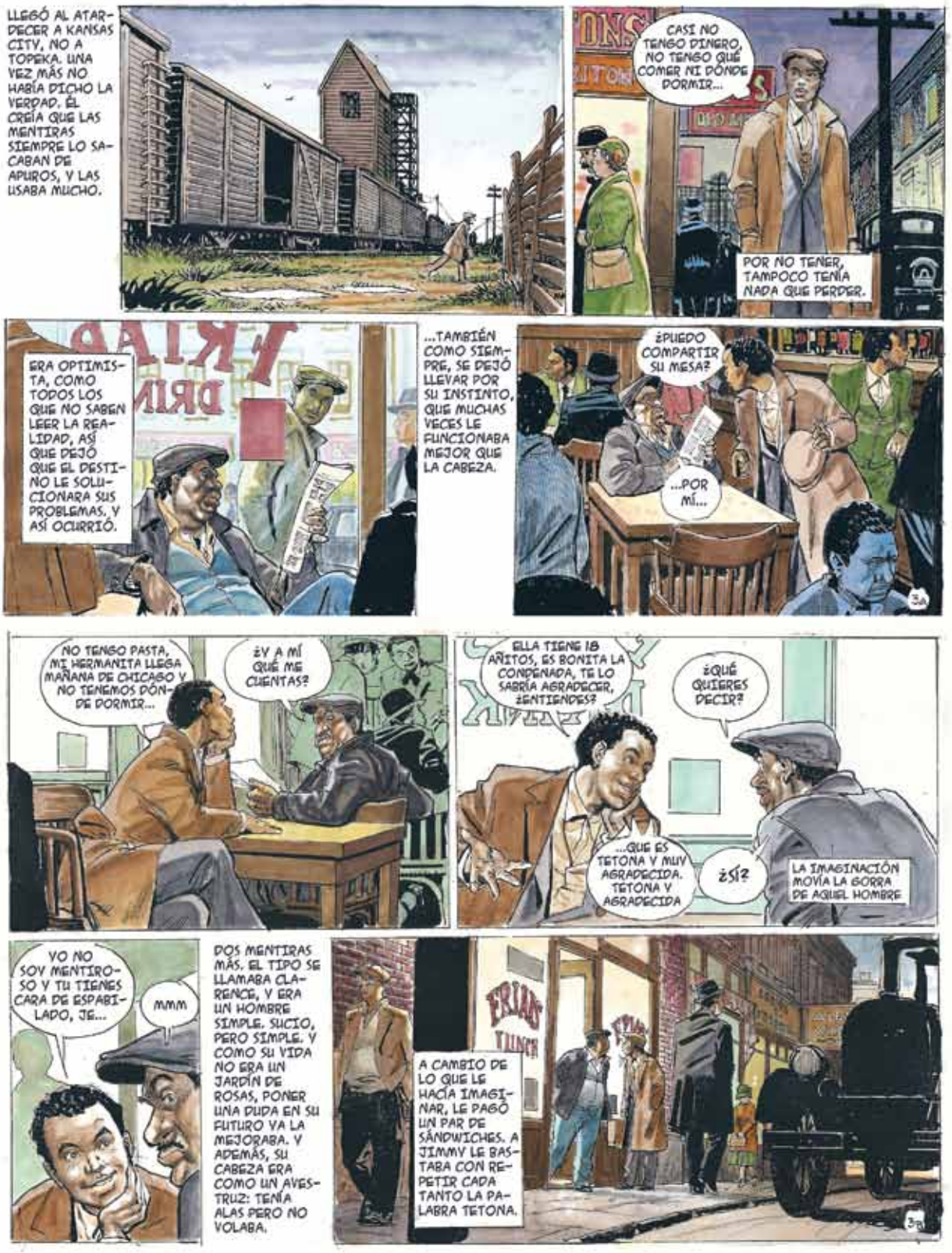
Juan Pablo Scarafia
Distribuidor en Santiago, Chile.

* **Sleeping in Airports.** Tanto si viajas frecuentemente como si solo tomas el avión en Navidades te será de gran ayuda la página Sleeping in airports. Guía de viajes, de aventuras, hoteles, recomendaciones de usuarios, y muchas cosas confiables para saber antes de viajar.

Patricia Contreras García
Distribuidora en Segovia, España.

A JIMMY CHANCE LE GUSTABAN EL JAZZ, LAS MUJERES Y NO HACER NADA. NO EN ESE ORDEN.
ADEMÁS ERA UN POCO TRAMPOSO
LO CIERTO ES QUE LAS TRES AFICIONES JUNTAS Y CON POCAS VARIANTES, LE DIERON UNA VIDA ENTRETENIDA, AL MENOS PARA CONTARLA. PORQUE PARA VIVIRLA... ES CUESTIÓN DE GUSTOS...
COMO CONOCEMOS LOS GUSTOS DE ESTE CHICO...
...SE PODRÍA DECIR QUE ERA COHERENTE CON ELLOS
SI LA PREGUNTA ES, ¿VALE LA PENA VIVIR ASÍ? JIMMY CONTESTA QUE SI VA ESTÁS MUERTO, NO PODRÁS ECHARLA DE MENOS.
EL ASUNTO ES QUE ESTE ES EL RELATO DE LA VIDA DE JIMMY CHANCE. COMENZAMOS CUANDO ÉL TENÍA 18 AÑOS

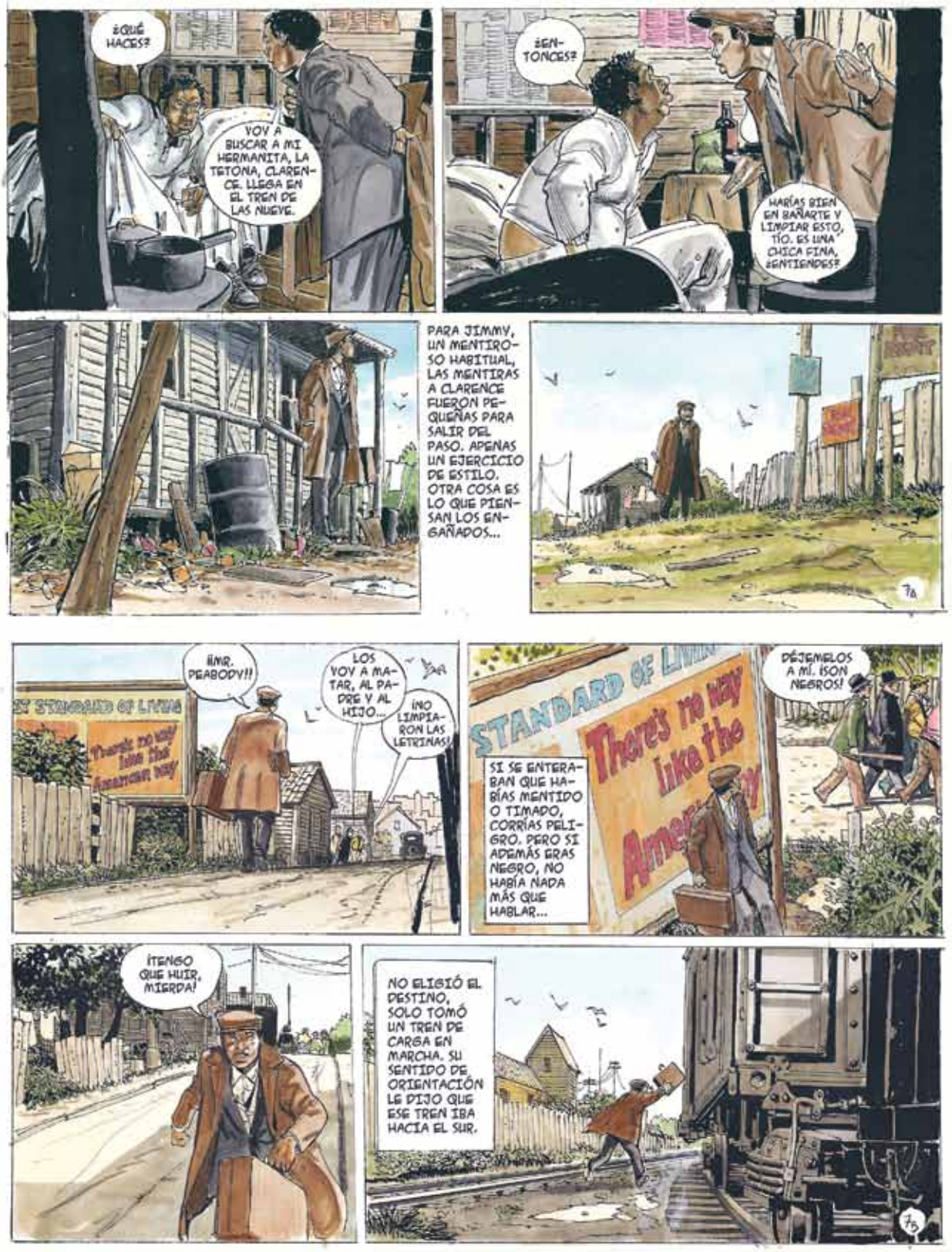
EL TRES DE ABRIL SE LO DIJO A JOHANA...
TE AMO...
EL CINCO SE LO DIJO A MARY-ANN...
...TE AMO
Y EL OCHO DE ABRIL LO SUPIERON LAS DOS.
¡ME LO DIJO A MÍ!
...¡Y A MÍ, EL CABRÓN!
...PERO LOS QUE REALMENTE SE ENFADARON FUERON LOS ESPOSOS DE JOHANA Y MARY-ANN.
¡LO MATARÉ!
¡BUSQUÉMOSLO! ¡HIJO DE...!
FUE CUANDO JIMMY DECIDIÓ CAMBIAR LOS PELIGROS DE VIVIR EN SU CASA, POR LA SEGURIDAD DE DESAPARECER E INICIAR UN VIAJE A NINGUNA PARTE.
ME VOY
¿CÓMO?
¿QUÉ DICES?
SUS PADRES NO ENTENDIERON TANTAS PRISAS Y CUANDO SUPIERON LA NOTICIA SE ALARMARON. PERO JIMMY LOS CONVENCIÓ CON UNA MENTIRA QUE, DE HABER SIDO VERDAD, ERA LO QUE ELLOS ESPERABAN DESDE HACÍA MUCHO TIEMPO...
ME VOY A TRABAJAR.. A.. A TOPEKA
¡AL FIN! ¡Y A TOPEKA, JIMMY!
¡QUÉ ALEGRÍA, HIJO!
TOPEKA ES UN BUEN SITIO. ES UNA CIUDAD
...¡DIOS LO AYUDE!


LLEGÓ AL ATARDECER A KANSAS CITY, NO A TOPEKA. UNA VEZ MÁS NO HABÍA DICHO LA VERDAD. ÉL CREÍA QUE LAS MENTIRAS SIEMPRE LO SACABAN DE APUROS, Y LAS USABA MUCHO.
CASI NO TENGO DINERO, NO TENGO QUÉ COMER NI DÓNDE DORMIR...
POR NO TENER, TAMPOCO TENÍA NADA QUE PERDER.
ERA OPTIMISTA, COMO TODOS LOS QUE NO SABEN LEER LA REALIDAD, ASÍ QUE DEJÓ QUE EL DESTINO LE SOLUCIONARA SUS PROBLEMAS, Y ASÍ OCURRIÓ.
...TAMBIÉN COMO SIEMPRE, SE DEJÓ LLEVAR POR SU INSTINTO, QUE MUCHAS VECES LE FUNCIONABA MEJOR QUE LA CABEZA.
¿PUEDO COMPARTIR SU MESA?
...POR MÍ...
NO TENGO PASTA, MI HERMANITA LLEGA MAÑANA DE CHICAGO Y NO TENEMOS DÓNDE DORMIR...
¿Y A MÍ QUÉ ME CUENTAS?
ELLA TIENE 18 AÑITOS, ES BONITA LA CONDENADA, TE LO SABRÍA AGRADECER, ¿ENTIENDES?
¿QUÉ QUIERES DECIR?
...QUE ES TETONA Y MUY AGRADECIDA. TETONA Y AGRADECIDA
¿SÍ?
LA IMAGINACIÓN MOVÍA LA GORRA DE AQUEL HOMBRE
YO NO SOY MENTIROSO Y TU TIENES CARA DE ESPABILADO, JE...
MMM
DOS MENTIRAS MÁS. EL TIPO SE LLAMABA CLARENCE, Y ERA UN HOMBRE SIMPLE. SUCIO, PERO SIMPLE. Y COMO SU VIDA NO ERA UN JARDÍN DE ROSAS, PONER UNA DUDA EN SU FUTURO YA LA MEJORABA. Y ADEMÁS, SU CABEZA ERA COMO UN AVESTRUZ: TENÍA ALAS PERO NO VOLABA.
A CAMBIO DE LO QUE LE HACÍA IMAGINAR, LE PAGÓ UN PAR DE SÁNDWICHES. A JIMMY LE BASTABA CON REPETIR CADA TANTO LA PALABRA TETONA.

¿AQUÍ VIVES? ¡QUÉ PALACIO!
¿Y TÚ QUÉ TIENES, CABRÓN?
...UNA HERMANA QUE ESTÁ BUENÍSIMA
SOY LAMPISTA, LIMPIO MIERDA. MAÑANA ME TOCA LIMPIARLA EN EL "WEST INN", EL LOCAL DE MISTER PEABODY
NO SÉ, YO SOLO LIMPIO MIERDA
¡ES DONDE ESTA NOCHE TOCAN LOS MÚSICOS QUE ESTABAN CON BENNIE MOTEN!
AHORA NO ME JODAS, QUIERO DORMIR. ACUÉSTATE AHÍ. TÁPATE CON ESA ALFOMBRA, TE ABRIGARÁ, TIENE MIGRE DE MESES...
MUY GENEROSO, CLARENCE. GRACIAS
EN ESOS TIEMPOS, ALEX RAYMOND CREABA "FLASH GORDON", HITCHCOCK ESTRENABA "EL HOMBRE QUE SABÍA DEMASIADO", MORÍA SANDINO EN NICARAGUA, Y CLARENCE VIVÍA PARA LA MIERDA EN UN BARRIO DE MIERDA DE KANSAS CITY...
ESTO ERA LO QUE SABÍA JIMMY. Y LO QUE PESABA LA BOLSA DEL TIPO.
EN KANSAS CITY TODO ESTABA A MANO: DROGAS, ALCOHOL, JUEGO Y MUJERES. TAMBIÉN HABÍA COSAS QUE NO VALÍAN LA PENA, PERO ESO QUEDABA PARA LA GENTE NORMAL. EN SUMA, ERA UNA CIUDAD PARA JIMMY CHANCE.
COMO LA NATURALEZA, NO CONTENTA CON NEGARLE LA SENSATEZ, LO HIZO CARADURA, ALLÍ ESTABA COMO PEZ EN EL AGUA.

HOLA, SOY EL LAMPISTA. VENGO A DESTAPAR LAS LETRINAS, PARECE QUE HAN CAGADO DE MÁS, JE...
VEN MAÑANA, CHICO. AHORA ESTÁ LLENO DE GENTE, YA ESTÁN TOCANDO LOS MÚSICOS
MR. PEABODY SE CABREARÁ. ME DIJO QUE VENGA AHORA
ESTÁ BIEN, PASA, PASA...
LOS MÚSICOS ESTABAN TOCANDO "MILENBERG JOYS" Y LA GENTE YA HABÍA BEBIDO BASTANTE, ASÍ QUE LA NOCHE ERA MARAVILLOSA. ADEMÁS, EL JAZZ ERA LA MÚSICA QUE SIEMPRE HABÍA ESCUCHADO Y LE GUSTABA PORQUE ERA COMO ÉL: LIBRE Y UN POCO CANALLA.
EL PIANISTA TOCABA EN FORMA SIMPLE, CON POCAS NOTAS, PERO ERA ENDIABLADAMENTE RÍTMICO Y CONTAGIOSO. ESCUCHÓ QUE SE LLAMABA BILL BASIE. Y EL BATERISTA SONREÍA CONCENTRADO MIENTRAS MOVÍA LOS "STICKS". ESE SE LLAMABA JO JONES. EL CONTRABAJISTA, UN TAL WALTER.
ESA NOCHE TODO SE LE ACLARÓ A JIMMY CHANCE: SERÍA MÚSICO DE JAZZ. ERA SU VOCACIÓN, DE LA MISMA MANERA QUE ERA JUERGUISTA, MUJERIEGO Y VAGO (SUS OTRAS AFICIONES).
HASTA DESCUBRIÓ CUÁL SERÍA SU INSTRUMENTO CUANDO JO JONES DEJÓ AL DESCUIDO LAS BAQUETAS EN SUS TAMBORES: SERÍA BATERISTA. EL DESTINO LE DABA LA OPORTUNIDAD DE ROBAR AQUELLOS PALILLOS PARA EMPEZAR SU CARRERA.

YA LIMPIÉ LAS LETRINAS, ESTABAN HECHAS UNA MIERDA, COMO SE DICE. SON SEIS DÓLARES.
TÚ NO ERES CLARENCE, EL LAMPISTA
SOY SU HIJO MENOR, ÉL TIENE TRES MÁS, VIVEN EN BONNVILLE
AH, TOMA TU PAGA
PARA QUE UNA MENTIRA SEA BUENA, TIENE QUE SER CREÍBLE. UN MENTIROSO POCO FIABLE NO ES UN BUEN MENTIROSO.
SALIÓ ENTUSIASMADO, HABÍA DADO SU PRIMER GRAN PASO COMO MÚSICO. TENÍA LAS BAQUETAS DE JO JONES, SOLO LE FALTABA EL RESTO DEL INSTRUMENTO Y SABER MÚSICA, PERO NO IBA A DESANIMARSE PENSANDO EN DETALLES.
NUNCA HABÍA PENSADO EN SU FUTURO, Y LA PRIMERA VEZ QUE LO HACÍA TODO SALÍA SIMPLEMENTE PERFECTO. ESTABA EMOCIONADO.
HACÍA HORAS QUE HABÍA DEJADO SU PUEBLO Y YA SABÍA CÓMO IBA A DIVERTIRSE EL RESTO DE SU VIDA. Y TODO EN UNA NOCHE EN KANSAS CITY.
PARECE QUE NO SE DESPERTÓ...
ESA NOCHE, EN AQUELLA CASA MISERABLE, ALGUIEN DORMÍA SIN SUEÑOS Y OTRO SOÑABA DESPIERTO. CLARENCE HABÍA SIDO UN JOVEN CON ILUSIONES Y AHORA LE COSTABA RECORDARLAS. JIMMY CHANCE TENÍA TANTAS QUE DEBÍA PERSEGUIRLAS DESPIERTO Y DORMIDO. COSAS DE LA VIDA.


¿QUÉ HACES?
VOY A BUSCAR A MI HERMANITA, LA TETONA, CLARENCE. LLEGA EN EL TREN DE LAS NUEVE.
¿ENTONCES?
HARÍAS BIEN EN BAÑARTE Y LIMPIAR ESTO, TÍO. ES UNA CHICA FINA, ¿ENTIENDES?
PARA JIMMY, UN MENTIROSO HABITUAL, LAS MENTIRAS A CLARENCE FUERON PEQUEÑAS PARA SALIR DEL PASO. APENAS UN EJERCICIO DE ESTILO. OTRA COSA ES LO QUE PIENSAN LOS ENGAÑADOS...
¡¡MR. PEABODY!!
LOS VOY A MATAR, AL PADRE Y AL HIJO...
¡NO LIMPIARON LAS LETRINAS!
STANDARD OF LIVING
There's no way like the American way
SI SE ENTERABAN QUE HABÍAS MENTIDO O TIMADO, CORRÍAS PELIGRO. PERO SI ADEMÁS ERAS NEGRO, NO HABÍA NADA MÁS QUE HABLAR...
¡DÉJENLOS A MÍ. ¡SON NEGROS!
¡TENGO QUE HUIR, MIERDA!
NO ELIGIÓ EL DESTINO, SOLO TOMÓ UN TREN DE CARGA EN MARCHA. SU SENTIDO DE ORIENTACIÓN LE DIJO QUE ESE TREN IBA HACIA EL SUR.

¡TE VENIMOS A MATAR, CABRÓN!
¡A MÍ NADIE ME ESTAFA, NEGRO DE MIERDA!
¿EH?
¡LA QUE TE ESPERA, HIJO DE PUTA! ¡TE HARÉ TRAGAR TU MIERDA!
¡A TI Y A TU HIJO! ¿DÓNDE ESTÁ TU HIJO?
NO... T-TENGO H-HIJOS..
8A
QUERÍA ALEJARSE LO MÁS POSIBLE, DE MANERA QUE SI EL VIAJE ERA LARGO, LE IBA A DAR TIEMPO PARA PENSAR EN SUS PLANES Y SU FUTURO. PERO NO LO HIZO. DURMIÓ HORAS Y HORAS.
AL CABO DE ESA LARGUÍSIMA TRAVESÍA VIO QUE SE ACERCABA A UNA GRAN CIUDAD, EN LA QUE BAJARÍA Y QUE, SI SUS CÁLCULOS Y SU ORIENTACIÓN NO SE EQUIVOCABAN, ERA OKLAHOMA CITY. PUES NO... ERA CHICAGO.
8B

Jorge González
Buenos Aires, 1970

Colabora en *The New Yorker* desde 2012. Ha publicado *El mendigo*, *Lanza en Astillero*, *Hate Jazz*, *Fueye* y *Dear Patagonia*. Está preparando su próximo libro: *Llamarada*. Fue el autor de la portada de Orsai N1, y repite la experiencia de ir al frente en la primera edición de 2013.

Juan Matías Loiseau, *Tute*
Buenos Aires, 1974

Publicó durante años en *La Nación*, donde realiza la tira diaria *Batu*. También publica en la revista dominical *LNR*. Sus dibujos se reproducen en diarios de todo el mundo. Ya estuvo en Orsai N3 y ahora estará durante todo el 2013, con su sección *Planeta Tute* de la página dos.

Poly Bernatene
Buenos Aires, 1972

Publicó libros infantiles en Argentina, México, España, Inglaterra, Australia, Dinamarca, Bélgica, Alemania, Francia, China, Taiwan, y Estados Unidos. Es una bestia importante. En esta edición ilustra *Sandy, la tormenta imperfecta*, de Hernán Iglesias Illa, desde la página ocho.

Armengol Tolsá i Badia, *Ermengol*
Córdoba, 1958

Vive en Lérida desde hace décadas, pero empezó en *Hortensia*. Dibujó en *Playboy* España, *Segre*, *Diari de Andorra* y *La Mañana*. Recibió el premio Mingote de ilustración en 1993. Miembro fundacional de Orsai, ilustra las seis sobremesas de esta edición, y todas las anteriores desde la N1.

Alberto Montt
Quito, 1972

Es ciudadano chileno. Se convierte en humorista gráfico desde internet, con su blog *Dosis Diarias*, donde dibuja una viñeta al día festejada por una enorme comunidad de lectores de todo el mundo. Su sección *Dosis Bimestrales*, de la página diecinueve, estará todo el año.

Luis Scafati
Mendoza, 1947

Dibujó en *Humor*, *Tía Vicenta*, *El Periodista* y *Péndulo* (como *Fati*). Ilustró libros de Kafka, de Piglia y de Allan Poe. Obtuvo el Gran Premio de Honor en el Salón Nacional de Dibujo y expone en el mundo entero. Ilustra *El Oso*, un policial de Ricardo Ragendorfer, desde la página veinte.

Ángel Boligán
La Habana, 1965

Es el mayor humorista gráfico cubano. Premiado innumerables veces en el mundo entero, su trabajo se encuentra expuesto en el Museo del Humor de San Antonio de los Baños. Actualmente colabora en *El Universal*. Estará en Orsai todo el año, con su sección *Per Saltum* en la página treinta y cinco.

Jorge Cabral
Buenos Aires, 1965

Vive en Sitges desde 2000. Se especializa en diseño editorial. Fue director de arte de *MAN* y realizó innumerables portadas para *Minotauro* y *Timun Mas*. Se suma a Orsai para ejecutar la puesta en página del cuento *10,6 Segundos*, de Hernán Casciari, desde la página treinta y seis.

Manel Fontdevila
Barcelona, 1965

Es colaborador habitual de la revista *El Jueves*, donde realiza las series *Para ti, que eres joven*, junto a Albert Monteys, y *La parejita S.A*. Colaboró en *Público* y ahora en *El Diario*. Estará en Orsai durante todo el año, con su sección *Me is Beatiful* de la página cincuenta y uno.

Carlos Nine
Buenos Aires, 1944

Es uno de los grandes maestros del dibujo. Colabora en *Clarín*, *Noticias* y *Le Monde*. Ha ilustrado en *Playboy* USA, España y Argentina. Sus portadas para libros son bellas e incontables. Ilustra la crónica *Vamos vamos, Argentina*, de Alejandro Seselovsky, desde la página cincuenta y dos.

Gustavo Sala
Mar del Plata, 1973

Es dibujante, guionista, humorista gráfico y un gran provocador. Colabora en *Rolling Stone*, *El Jueves* y *Página/12*, entre otros. También hace radio, canta, escribe y actúa en espectáculos de humor. Estará en Orsai todo el año, con la sección *Sin Afeitar*, desde la página sesenta y seis.

Javier Olivares
Madrid, 1964

Es uno de los mejores historietistas de España. Publica en *El País* y *El Mundo*. Ha editado numerosos álbumes, entre ellos *Cuentos de La Estrella Legumbre* y *Las Crónicas de Ono y Hop*. Ilustra la crónica *Cava para todos*, de José A. Pérez, desde la página sesenta y ocho.

Miguel Repiso, *Rep*
Buenos Aires, 1961

Es uno de los viñetistas más respetados de Argentina. Publica en *Página/12* desde el primer número. Colabora en *Veintitrés*, *Fierro*, *El País* y *La Vanguardia*. Ha pintado murales en grandes ciudades de todo el mundo. Estará en Orsai todo el año con su sección *Postales*, desde la página ochenta.

Cristóbal Reinoso, *Crist*
Santa Fe, 1946

Enorme humorista gráfico e ilustrador de categoría internacional. Publicó en *Rico Tipo* en 1967 y luego en *Gente*, *Satiricón* y *Hortensia*. Desde 1973 publica en la contra de *Clarín*. Ilustra la crónica Primavera maltratada, de Alejandro Almazán, desde la página ochenta y dos.

Carolina Aguirre
Buenos Aires, 1978

Su blog Bestiaria la convirtió en la escritora digital más leída de la Argentina. Publicó tres libros: *Bestiaria*, *El efecto Noemí* y *Ciega a citas*, del que también se hizo una serie de TV. Hará los guiones de *El diario de Malony* (junto a Lunik) durante todo el 2013.

Alejandra Lubliner Gonik, *Lunik*
Stgo. de Chile, 1973

Es ilustradora y dibujante de historietas. Actualmente publica sus *Crónicas de la cultura* en la revista *Ñ* y su personaje *Lola* en *Ohlalá*. Su nueva tira en Orsai, *El diario de Malony*, tiene guiones de Carolina Aguirre. Ambas estarán en Orsai desde la página noventa y seis.

Gonzalo Garcés
Buenos Aires, 1974

Novelista y crítico literario. Estudió Letras en La Sorbona. Colabora en diversos medios de España y América Latina. En el 2000 obtuvo el Premio Biblioteca Breve de Seix Barral. Su última novela se llama *El Miedo*. Será el encargado de las entrevistas durante todo el 2013.

Pedro Otero
Buenos Aires, 1979

Es fotógrafo editorial y publicitario. Trabaja en la revista *Access DirectTV*. También dirige cine.

En 2008 ganó el primer premio del concurso de cortometrajes Georges Méliès. Realiza la producción fotográfica de la Entrevista a Alejandro Dolina, desde la página noventa y ocho.

Bernardo Erlich
Tucumán, 1963

Ha publicado en *Sátira/12* y *La Gaceta de Tucumán*. Publica una viñeta diaria en la versión digital del diario *El País* de España. Nos acompaña en Orsai desde 2003 (antes de que esto fuese una revista) y estará durante todo el 2013 con su sección Amén, en la página ciento diecisiete.

Matías Tolsá
Santa Fe, 1983

Ilustrador y caricaturista. Coordina una escuela de dibujo en Cataluña. Como su padre Ermengol, es miembro fundacional de Orsai e ilustra los cuentos de Orsai desde la N1. En esta edición se encarga de *Fantasmas*, de Edwidge Danticat, y de *Casa tomada*, de Julio Cortázar.

Xtian Rodríguez
Buenos Aires, 1970

Escritor, traductor y analista de sistemas. En el 2000 tradujo Google al castellano. Dicta talleres de escritura breve y lectura de novelas. Colabora como guionista de televisión y prepara su primer libro. Tradujo el cuento *Fantasmas*, de Edwidge Danticat, desde la página ciento cieciocho.

Hernán Cañellas
Buenos Aires, 1966

Es ilustrador e infografista. Publicó en *Fierro*, *Noticias* y *Perfil*. Actualmente trabaja para *National Geographic Magazine*. En 2008 fue seleccionado para exponer en la feria del libro infantil de Bologna.

Durante 2013 se encargará de componer las infografías desplegables de la página ciento treinta y dos.

Ricardo Siri, *Liniers*
Buenos Aires, 1973

Comenzó a publicar historietas en fanzines, y después en periódicos y revistas. Es bestseller con su obra *Macanudo*. Sus libros, recopilaciones de sus publicaciones de tiras, son admirados. Estará en Orsai todo el año, con su sección *Carta Abierta* de la página ciento treinta y nueve.

Horacio Altuna
Córdoba, 1941

Es el embajador de la historieta argentina en el mundo. Publicó en *Fleetway*, *Thompson*, *Playboy*, *Fierro* y en innumerables revistas de comic. Después de años, volverá a dibujar una novela gráfica episódica, *Hot*, en las seis ediciones de Orsai 2013, desde la página ciento cuarenta y cuatro.

Eduardo Salles
Cd. de México, 1987

Fue, hasta hace poco, director creativo de JWT México. Es posiblemente uno de los mejores creativos de habla hispana. Su blog es uno de los más célebres de México. Estará en Orsai durante todo el año con su sección *Cinismo Ilustrado* de la página ciento cincuenta y cinco.

Juan Sáenz Valiente
Buenos Aires, 1981

Es historietista, ilustrador y animador. Publicó en Francia *Sarna*, historieta con guion de Trillo. También colaboró en la realización del libro *Arte y técnica de la animación*, junto con su padre, Rodolfo Sáenz Valiente. Dibujará todas las contratapas de Orsai durante 2013.

EDITORAS

¡Albricias! Durante 2013 Chiri y yo no estaremos solos en la edición —ardua y minuciosa edición— de los trabajos que se publiquen en Orsai. Nos acompañarán durante todo el año **Josefina Licitra** (La Plata, 1975) y **Karina Salguero-Moya** (San José de Costa Rica, 1970), experimentadas editoras que saben muchísimo más que nosotros sobre cualquier tema, menos fútbol. Por supuesto, no las elegimos por su talento sino por su belleza, pero eso no quita que también sean inteligentes y sensibles. La incorporación de estas escultoras de la palabra permitirá que Chiri y yo le podamos dedicar más tiempo a nuestro próximo objetivo: ocupar Oceanía, América del Norte y dos países de Europa, o destruir el ejército del jugador de la derecha. Lo que pase primero.

¿POR QUÉ GLOSARIOS?

Como habrán notado, incorporamos un glosario de términos y personas al final de cada trabajo, con la intención de mejorar la calidad de lectura en las diferentes zonas de habla hispana (en el caso de los regionalismos) y de reforzar la comprensión en los lectores más jóvenes (en el caso de los datos biográficos). Orsai se distribuye en treinta países del mundo desde 2013, y el target de lectura en las edades que van de los dieciséis a los veinte años se ha duplicado desde que empezamos a editar la revista. Las dos son excelentes noticias, y la inclusión del glosario intenta recibir con los brazos abiertos este crecimiento demográfico por un lado, y dermoestético por el otro. Querido lector, si eres culto y de edad madura, te está permitido pasar de largo por esa zona, pero en ningún caso entiendas que estamos menospreciando tu cultura general.

EL AUTOR MÁS JOVEN

Siempre estamos pidiendo a nuestro círculo de contactos que nos recomiende tuiteros eficaces para las frases al pie de cada edición. Hace dos meses un amigo de la revista nos recomendó una cuenta de Twitter y la empezamos a seguir. Como nos gustó mucho, le escribimos a nuestro amigo recomendador preguntándole los datos del autor de la cuenta, para invitarlo a participar de este número. «Es mi hijo», nos dijo el amigo. Por tanto ustedes han disfrutado, al pie de estas páginas de Orsai N11, del autor más joven que ha participado en la revista hasta el momento.

@voteporlancha tiene catorce años y escribe tuits cuando se aburre en el cole. Cuando se aburre de escribir tuits, hace magia. Cuando se aburre de hacer magia, vuelve a prestar atención en el cole. Por ahora su señor padre no nos permite develar el nombre ni el apellido del joven autor. Pero (con un extraño sentido de la privacidad) sí nos envía su foto, «para que en el colegio sepan que es él». Cuando @voteporlancha tenga dieciocho años, un nombre, un apellido y muchos pelos en las patas, lo querremos tener en Orsai para que escriba una crónica larga.

AVISO LEGAL. Orsai informa por este medio a sus inversores y accionistas privados que, por un error involuntario de nuestro asesor financiero, los beneficios 2012 de la revista no fueron transferidos a las Islas Caimán, como indicaba nuestra estrategia especulativa, sino a las Islas Galápagos, en el territorio del Ecuador. El error, suponemos, se debe a que nuestro gestor económico sabe muchísimo de números, pero desconoce la diferencia entre un reptil quelonio y otro anfibio. Por esta causa, durante 2013 nuestros dividendos, en lugar de mutar y reproducirse a gran velocidad, crecerán a paso de tortuga robusta. Los inversores que quieran coquetear con el suicidio tras conocer esta noticia, pueden arrojarse desde nuestras propias azoteas de lunes a viernes, de 21 a 23 horas, y los domingos durante toda la tarde. Nosotros nos encargaremos de avisar a sus familias y de limpiar el enchastre de la planta baja. Revista Orsai es un medio gráfico de Editorial Orsai SL. Su editor responsable es Hernán Casciari. En caso de accidente físico o cerebral que le impida al editor responsable hacer uso de sus facultades, el editor responsable será el segundo en la sucesión natural: el jefe de redacción Christian Gustavo Basilis, alias Ojosgachos. En caso de accidente de ambos (podría suceder que los dos viajen en el mismo auto, o tal vez cada cual vaya en su propio vehículo y colisionen entre ellos), en caso de muerte cerebral conjunta, decía, la revista Orsai será vendida al Grupo Planeta, para que ellos la conviertan en un catálogo de publicidades de perfumes, relojes pulsera y pantalones de jean. El Grupo Planeta, además, posee asesores financieros que jamás confundirían quelonio con anfibio, por lo que las stock options de los inversores de Orsai volverían a estar disponibles para practicar inversiones inmobiliarias. Se imprimieron ocho mil ejemplares de este número once, correspondientes a los meses de enero y febrero de 2013, en imprenta Mundial, de calle Cortejarena 1862 de Buenos Aires, en el mes de diciembre de 2012. El depósito legal es el L-1382-2010. El ISSN, el 9772014015004-11. La marca «Orsai, Nadie en el Medio» está registrada.

STAFF

Editor responsable
Hernán Casciari

Jefe de redacción
Christian Basilis

Dirección de arte
María Monjardín

Edición
Karina Salguero-Moya
Josefina Licitra

Entrevistas
Gonzalo Garcés

Novela Gráfica
Horacio Altuna

Arte y diseño
Ermengol Tolsà
Matías Tolsà
Hernán Cañellas
Jorge Cabral

Humor gráfico
Alejandra Lunik
Ángel Boligán
Bernardo Erlich
Carolina Aguirre
Eduardo Salles
Gustavo Sala
Liniers
Juan Sáenz Valiente
Manel Fontdevila
Miguel Rep
Tute

Corrección
Florencia Iglesias

En este número
Alejandro Almazán
Alejandro Seselovsky
Carlos Nine
Crist
Edwidge Danticat
Hernán Iglesias Illa
Javier Olivares
Jorge González
José A. Pérez
Luis Scafati
Pedro Otero
Poly Bernatene
Ricardo Ragendorfer
Xtián Rodríguez

Gestión cultural
Pablo Perantuono

Desarrollo web
Guillermo Harosteguy

Administración
Cristina Badia
Silvia Peralta

POR FAVOR
DAME
LIKE
SALLES

1/ Portada
Jorge González
2
3/ Editorial
Hernán Casciari
4/ Correo de lectores
Varios autores
8/ La tormenta imperfecta
Hernán Iglesias Illa /
Poly Bernatene
19/ Dosis bimestrales,
Alberto Montt
20/ El Oso, un policial insurgente
Ricardo Ragendorfer/
Luis Scafati
36/ 10,6 segundos
Hernán Casciari/Jorge Cabral
35/ Per Saltum
Boligán
51/ Me is beautiful
Manel Fontdevila
52/ Vamos vamos, Argentina
Alejandro Seselovsky/
Carlos Nine
66/ Sin afeitar
Gustavo Sala
68/ Cava para todos
José A. Pérez /
Javier Olivares
80
82/ Primavera maltratada
Alejandro Almazán/Crist
96/ El diario de Malory
Carolina Aguirre / Alejandra Lunik
98/ Entrevista a Alejandro Dolina
Gonzalo Garcés / Pedro Otero
117/ Amén
Erlich
128/ Casa tomada:
Arquitectura de un sueño
Chiri Basilis / Hernán Cañellas
139/ Carta abierta
Liniers
118/ Fantasmas
Edwidge Danticat/
Matías Tolsà
140/
Picadito
Varios autores
144/ Hot,
capítulo 1,
Horacio Altuna.
155/ Cinismo ilustrado
Eduardo Salles
Varias páginas/ Sobremesas
Hernán Casciari, Chiri Basilis/
Ermengol
Ud. está aquí/ Contratapa
Juan Sáenz Valiente
ÍNDICE
POSTALES
11
9 772014 015004